Jane y Prudence

BARBARA PYM

gatopardo ediciones

JANE Y PRUDENCE

PYM BARBARA

Traducción de Ana Mata Buil

gatopardo ediciones

Título original: *Jane and Prudence*

Copyright © the Estate of Barbara Pym, 1953

© de la traducción: Ana Mata Buil, 2009
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2022
Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: septiembre, 2022

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Inside Out* © 2022 Nigel Van Wieck /
Licensed by AFNYLAW.com
Imagen de la solapa: © Mayotte Magnus
Imagen del interior: © The Barbara Pym Society

Traducciones de los versos del interior: págs, 15, 148 y 295:
© Carlos Pujol, Pre-Textos, Madrid/ Buenos Aires/Valencia, 2006;
págs, 186 y 277: © Alejandro Valero, Hiperión, Madrid, 1995; pág, 224;
© E. Cavacciolo -Trejo,
Ediciones 29, Barcelona, 1986; pág, 263:
© Purificación Ribes, Cátedra, Madrid, 1996.

eISBN: 978-84-124869-7-1
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,

www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La joven Barbara Pym fotografiada en los años treinta.

CAPÍTULO 1

Jane y Prudence salieron a dar un paseo por el jardín de la facultad antes de la cena. Su alegre conversación surgía a borbotones, pues Oxford es una delicia en pleno verano y los retazos de edificios que veían entre los árboles y el río que corría junto a ellas evocaban recuerdos de otros tiempos.

—¡Qué bonitas son esas candelillas! —suspiró Jane—. Y yo que pensaba que Nicholas tenía los ojos del mismo color… Pero supongo que un hombre de mediana edad (porque eso es lo que es ya mi pobre marido) no puede tener los ojos del azul intenso de las candelillas.

—Pues esas rosas blancas siempre me recuerdan a Laurence —dijo Prudence, retomando el hilo de su conversación—. Me acuerdo de que una vez vino a buscarme y me regaló una rosa blanca. ¡Y la señorita Birkinshaw lo vio desde la ventana! Fue como en *La bella y la bestia* —añadió—. Aunque no lo digo porque Laurence fuera feo. Siempre me pareció bastante atractivo.

—Pero tú sí que parecías la Bella, Prudence —dijo Jane con afecto —. ¡Ay, los días de vino y rosas! Dónde quedan ya…

—Y pensar que no sabíamos valorar el buen vino —comentó Prudence—. ¡Qué inocentes éramos entonces! ¡Y qué felices!

Continuaron paseando sin hablar, y con su silencio rindieron un breve tributo a su juventud perdida.

Prudence Bates tenía ya veintinueve años, una edad que a menudo se considera crítica para una mujer que aún no se ha casado. Jane Cleveland tenía cuarenta y uno, una edad que puede proporcionar compensaciones que ni siquiera sospecha la ansiosa mujer de veintinueve. Si formaban una pareja muy poco común para ir paseando juntas a una reunión de antiguas alumnas, donde la edad de las amigas suele diferir en uno o dos años como mucho, era porque su relación había empezado como la de maestra y discípula. Durante dos años, cuando el trabajo de su esposo había requerido que se mudaran a las afueras de Oxford, Jane había regresado a su antigua facultad para ayudar a la señorita Birkinshaw impartiendo clases de filología inglesa. Prudence había sido su alumna y, desde entonces, también su amiga. Jane había disfrutado mucho durante esos dos años, pero

después se habían trasladado a una parroquia de las afueras de Londres, «y ahora —pensó la mujer mientras desplazaba la mirada por la mesa durante la cena— estoy otra vez donde empecé. Soy una de tantas antiguas alumnas que se han casado con un clérigo». Visualizó la lista de la revista *Chronicle*, debajo del epígrafe «Bodas»: «Cleveland-Bold», o, más bien, «Bold-Cleveland», porque las mujeres tenían preferencia y sus maridos solo existían en relación con ellas: «Jane Mowbray Bold con Herbert Nicholas Cleveland». Y después, tras un intervalo, «Jane Cleveland (Bold) ha dado a luz a una hija (Flora Mowbray)».

Cuando Nicholas y ella estaban prometidos, le encantaba la idea de ser la esposa de un clérigo, una tradición que empezaba con Trollope y se extendía a lo largo de todas las novelistas victorianas hasta las mujeres actuales, divertidas y valientes, que sabían llevar la casa y cuidar de sus familias con muy poco dinero y que a veces escribían artículos sobre el tema en la revista parroquial *Church Times*. Pero no había tardado en desilusionarse. La primera parroquia de Nicholas estaba en una localidad en la que Jane había encontrado escasos puntos en común con las mujeres maduras que abundaban entre los feligreses. La espontaneidad de Jane y su fantástica imaginación no eran valoradas en aquel ambiente; al parecer, lo que se requería eran otras cualidades que ella no poseía ni creía que pudiera adquirir jamás. Y después, cuando pasaron los años y llegó al convencimiento de que Flora sería su única hija, volvió a ser consciente de su fracaso, porque su imagen mental de la esposa del pastor incluía una familia numerosa victoriana como las de las novelas de la señorita Charlotte M. Yonge.

—Por lo menos he tenido a Flora, aunque aquí todo el mundo tiene como mínimo dos hijos —dijo, como si pensara en voz alta sin importarle quién estuviera a su lado.

—Yo no —contestó Prudence con frialdad, porque esas situaciones le recordaban que seguía soltera. Sin embargo, lo cierto era que las mujeres de veintinueve o treinta años, o incluso mayores, todavía podían casarse, y lo hacían, según los anuncios del *Chronicle*. Habría preferido que Jane no dijera esas cosas en voz tan alta y convincente, una voz que habría sido más adecuada para dirigirse a los feligreses. Además, ¿por qué no se había tomado la molestia de cambiarse de ropa para la cena de antiguas alumnas en lugar de aparecer con ese traje de franela gris de falda ancha? Jane era bastante guapa, con ojos grandes y un pelo corto, fuerte y rizado, pero vestía fatal. No se podía culpar a nadie por pensar que todas las mujeres universitarias fueran fantoches, pensó Prudence, después de repasar con la mirada la retahíla de vestimentas curiosas y personas todavía más curiosas que la rodeaban, todas ellas con la cara lavada y sin arreglar, el cabello

ralo y la ropa pasada de moda; y lo mejor era que casi todas estaban casadas… Eso era lo más extraño y desconcertante de todo.

«Esta noche Prudence está preciosa —pensó Jane—. Parece salida de una revista femenina, tan "sofisticada" y con ese vestido rojo que realza su piel pálida y su pelo oscuro.» Era francamente insólito que siguiera soltera. Al verla uno se preguntaba si en verdad era mejor haber amado y olvidado que no haber amado nunca, pues la pobre Prudence parecía haber tenido que olvidar demasiadas veces. Aunque había despertado (y seguía despertando) mucha admiración, tenía una increíble tendencia a tener relaciones amorosas insatisfactorias, hasta tal punto que empezaba a convertirse en una mala costumbre. Su última pasión no parecía mucho más adecuada que las anteriores. Se había fijado en alguien de su trabajo, recordó Jane, aunque sabía poco más porque no se había atrevido a pedirle detalles. Sin duda esos detalles saldrían a relucir más tarde, al anochecer, como cuando eran estudiantes y se hacían confidencias mientras tomaban un vaso de leche con cacao u Ovaltine[1] en el dormitorio de una de ellas, salvo que ahora tendrían que contentarse con una montaña de cigarrillos sin el inocente consuelo de una bebida caliente.

—Así que todas os habéis casado con clérigos —comentó la señorita Birkinshaw en voz alta desde su lugar presidencial—. Tú, Maisie, y Jane y Elspeth y Sybil y Prudence…

—No, señorita Birkinshaw —rectificó irritada Prudence—. Yo no me he casado.

—Claro, ahora me acuerdo… Eleanor Hitchens, Mollie Holmes y tú sois las únicas de vuestra promoción que no os habéis casado.

—Lo dice de una forma que parece definitiva —intervino Jane—. Estoy segura de que aún hay esperanza para ellas.

—Bueno, Eleanor tiene su empleo en el ministerio, y Mollie tiene el organismo y los perros, y Prudence también tiene su trabajo…

El tono de la señorita Birkinshaw perdió un poco de fuelle y abandonó el retintín, ya que se dio cuenta de que nunca conseguía recordar qué hacía Prudence en cada momento. Le encantaba cuando podía etiquetar a sus alumnas con facilidad: las esposas de los clérigos, las otras mujeres casadas y las que se habían «realizado» por caminos menos evidentes, como escribir novelas, colaborar con la beneficencia o hacer carrera en la Administración pública. ¿A lo mejor era a eso a lo que se dedicaba Prudence?, pensó la señorita Birkinshaw esperanzada.

«Podría haber dicho, "y Prudence también tiene sus escarceos amorosos"», pensó Jane en ese momento, porque sin duda le servían de ocupación tanto o más que cualquier otra cosa.

—Tu trabajo debe de ser muy interesante, Prudence —continuó la

señorita Birkinshaw—. No suelo preguntar a las personas que tienen trabajos como el tuyo qué es lo que hacen exactamente.

—Digamos que soy la ayudante personal del catedrático Grampian —dijo Prudence—. Es un poco difícil de explicar. Me encargo de toda la parte rutinaria de su trabajo: buscar las reseñas de los libros en la prensa y ese tipo de cosas.

—Debe de ser maravilloso tener la sensación de que participas en su labor, aunque sea como ayudante —dijo una de las mujeres que estaba casada con un clérigo.

—Apuesto a que le escribes buena parte de sus libros —comentó otra—. Siempre pienso que una tarea así debe de servir de compensación por no estar casada —añadió con voz condescendiente.

—No me hace falta compensación —contestó Prudence alegremente—. Muchas veces pienso que estar casada debe de ser una lata. Tengo un piso que me gusta y estoy tan acostumbrada a vivir sola que creo que no sabría qué hacer con un marido.

«Pero si a un marido le puedes contar las tonterías que te pasan por la cabeza; además, te lleva las maletas y es quien deja propina en los hoteles», pensó Jane de inmediato. Aunque lo cierto era que, si bien hacía todas esas cosas, Nicholas era mucho más que eso.

—Me encanta ver que algunas de mis alumnas han seguido en el mundo académico —dijo la señorita Birkinshaw con cierta melancolía, porque había muy pocas que lo hubieran hecho. Tenía entendido que el catedrático Grampian era una especie de economista o historiador. Escribía ese tipo de libros que seguramente no leía nadie.

—Aquí estamos todas reunidas alrededor de usted, señorita Birkinshaw —dijo Jane—, y ninguna ha cumplido del todo sus sueños de juventud.

Por un instante, casi lamentó haber dejado a medias su «trabajo de investigación» —¿no lo había llamado Virginia Woolf «la influencia de algo sobre alguien»?—, que había quedado inconcluso a causa de su temprano matrimonio. Hasta le costaba recordar el tema del trabajo… Donne y su influencia en otro poeta posterior y más oscuro, ¿verdad? ¿O era un estudio sobre el tocayo de su esposo, el poeta John Cleveland? Cuando se hubiera acomodado del todo en la nueva parroquia a la que iban a mudarse en breve, repasaría sus apuntes una vez más. En el campo tendría mucho más tiempo para dedicarse a su investigación.

La señorita Birkinshaw parecía una escultura de marfil antigua, pensó Prudence, sin edad, inmaculada, con ese lazo en la garganta… Había permanecido tal cual a lo largo de muchas generaciones de alumnas que habían estudiado literatura inglesa bajo su tutela. ¿Habría amado alguna vez? Era imposible pensar que no. Sin duda

tuvo al menos una fantástica historia trágica y romántica hacía mucho tiempo. Seguro que habían asesinado a su novio o había muerto de fiebres tifoideas, o a lo mejor ella, una mujer nueva, ávida de conocimiento, lo había rechazado para dedicarse a Donne, Marvell y Carew…

> Si el tiempo y el espacio nos sobraran,
> tu recato no fuera ningún crimen…[2]

Pero el espacio nunca sobraba ni tampoco el tiempo, y la gran obra de la señorita Birkinshaw sobre los poetas metafísicos del siglo xvii continuaba inacabada y tal vez permanecería siempre así. Y el amor de Prudence hacia Arthur Grampian, o como quisieran llamarlo (quizá «amor» fuera un término demasiado elevado), continuaba existiendo mientras el tiempo se le escapaba de las manos…

—En fin, Jane, me he enterado de que tu esposo va a cambiar de parroquia —dijo la señorita Birkinshaw, llevando los hilos de la conversación por otros derroteros—. Lo leí en el *Church Times*. Te encantará vivir en el campo. Además, la catedral de la zona está muy cerca.

—Sí, nos mudamos en septiembre. Será como una novela de Hugh Walpole —dijo Jane con entusiasmo.

—Por desgracia, esa catedral es bastante moderna —dijo una de las mujeres casadas con un clérigo—. Y tiene un canónigo que no me gusta nada…

—Nunca me he parado a pensar si me importan los canónigos —contestó Jane algo airada.

—Lo que el uno aborrece, al otro… —empezó a decir la esposa de otro párroco, aunque dejó la frase sin terminar, lo cual pareció poco acertado, y tampoco el rotundo comentario de Jane sirvió para enmendarlo:

—¡Os aseguro que no hay nada de eso!

—El sitio al que vais a mudaros es pequeño y encantador —dijo la señorita Birkinshaw—. Aunque quizá ha crecido desde la última vez que estuve allí. Entonces apenas era una aldea.

—Creo que ahora está muy dejado —comentó alguien con malicia —. Esos pueblos cercanos a Londres ya no son lo que eran.

—Bueno, espero que sea mejor que los barrios residenciales —dijo Jane—. La gente será más abierta y simpática.

—Tu marido tendrá que andarse con cuidado —dijo otra de las esposas de los clérigos—. Nosotros tuvimos que superar muchos escollos cuando nos mudamos al pueblo en el que vivimos ahora. La iglesia no era tan «católica» como pensábamos y los feligreses no veían los cambios con buenos ojos.

—Bueno, no pretendemos hacer cambios radicales —dijo Jane—. Cerca de nuestra parroquia hay una iglesia que se construyó hace poco tiempo y es donde se han realizado todas las innovaciones. El vicario estudió con mi marido.

—Y tu hija Flora estará con nosotras el trimestre que viene —intervino la señorita Birkinshaw—. Me encanta que las hijas sigan los pasos de sus madres.

—Ah, sí. Reviviré mis años en Oxford gracias a ella —dijo Jane suspirando.

Se oyó un ruido de sillas y después se hizo un silencio. La señorita Jellink, la decana, se había levantado. Todas las mujeres reunidas bajaron la cabeza a modo de saludo.

—*Benedicto benedicatur* —dijo la señorita Jellink regodeándose en las palabras, como si las analizara.

Tomaron el café en el salón de actos y luego fueron a la capilla del pequeño edificio con tejado de zinc que había entre los árboles, en el otro extremo de los jardines. Jane cantó con todo su corazón, pero Prudence permaneció callada a su lado. Todo el asunto de la religión carecía de significado para ella. Sin embargo, le resultaba en cierto modo reconfortante el sonido aflautado de las voces femeninas aficionadas entonando juntas el himno vespertino. Tal vez era porque la transportaba a sus años de estudiante, cuando el amor —aunque algunas veces no fuera correspondido y otras resultara insatisfactorio — se vivía en románticas circunstancias o al menos rodeado por el entorno idílico de los antiguos muros de piedra, los ríos, los jardines e incluso las salas de lectura de las grandes bibliotecas.

Después de la oración pasearon un poco más por los jardines hasta que anocheció y, a continuación, se reunieron en distintos dormitorios para seguir contándose chismes y confidencias.

Jane se acercó corriendo a la ventana y desde allí observó el río y la torre levemente visible por entre los árboles. Le habían dado la misma habitación que había ocupado en el tercer curso de carrera, de modo que aquel paisaje estaba cargado de recuerdos. Desde allí había visto a Nicholas llegar en bicicleta por el camino en una época en la que ni siquiera soñaba con hacerse clérigo. Aunque, al percatarse de que entraba en el vestíbulo de la residencia sin quitarse las pinzas con las que se sujetaba los pantalones para no mancharse con la cadena, Jane podría haber caído en la cuenta de que acabaría consagrándose al Señor. Lo recordaba de forma muy vívida, pedaleando por el camino sin perder de vista ni un instante la ventana, casi como si temiera que fuese la propia señorita Jellink y no Jane quien lo estuviera observando desde allí.

Prudence también conservaba muchos recuerdos de su época de estudiante. Laurence y Henry y Philip, ¡había tantos! Porque había

tenido muchos admiradores y ahora mentalmente los veía subir todos juntos por el camino, formando una enorme amalgama, cuando en realidad habían llegado cada uno por separado. Si se hubiera casado con Henry, pensó Prudence, que ahora era profesor de lengua inglesa en la Universidad Provincial, o con Laurence, que trabajaba en la empresa de su padre en Birmingham, o incluso con Philip, un joven bajo y con gafas que hablaba de coches de forma tan seria y aburrida… Pero a Philip lo habían matado en el norte de África porque sabía demasiadas cosas sobre tanques… Las lágrimas que nunca había derramado por él cuando estaba vivo inundaron los ojos de Prudence.

—Pobre Prude… —dijo Jane cálidamente, pues no sabía qué decir. ¿Por quién lloraba? ¿Sería por el doctor Grampian?—. Pero al fin y al cabo está casado, ¿no? Me refiero a que, aunque no la hayas visto nunca, en algún lugar estará su esposa… Si ella muriera sería diferente. Entonces la cosa podría funcionar.

Un viudo, eso era lo que hacía falta, si conseguían encontrarlo. Un viudo sería ideal para Prudence.

—Estaba pensando en el pobre Philip —dijo Prudence con frialdad.

—¿En el pobre Philip? —Jane frunció el entrecejo. No recordaba que hubiera existido nadie llamado Philip—. Esto…, ¿quién…? —empezó a preguntar.

—¡Ah, es imposible que te acuerdes! —dijo Prudence mientras encendía otro cigarrillo—. Me ha venido a la cabeza mientras miraba por la ventana, pero hacía años que no pensaba en él.

—Normal. Supongo que ahora solo puedes pensar en Adrian Grampian —comentó Jane.

—No se llama Adrian. Se llama Arthur.

—Ay, sí, Arthur, perdona.

«¿Cómo puede alguien enamorarse de un tal Arthur? —se preguntó Jane—. Bueno, todo es posible.» Empezó a repasar los Arthur famosos de la historia y la literatura. Por supuesto, inmediatamente se acordó del rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda, pero reconoció que en la actualidad ese nombre no era de los más habituales. Tenía un descolorido aire victoriano.

—No es tanto por lo que hay entre nosotros, sino más bien por lo que «no hay» —dijo Prudence—. Lo que me hace tanto daño es la relación negativa, la falta absoluta de relación. No sé si me explico.

—Bueno, puede resultar ventajoso mantener una relación negativa con alguien —dijo Jane, que intentaba animar a su amiga por todos los medios—. Te aseguro que, como esposa del párroco, me veo obligada a tener una relación negativa con mucha gente. De lo contrario, la vida sería casi insoportable.

—Pero no es lo mismo —contestó Prudence con paciencia—. Estoy segura de que debajo de todo esto hay algo, algo positivo…

Jane tuvo que contener un bostezo, pero apreciaba mucho a Prudence y quería hacer todo lo que estuviera en su mano por ella. Cuando se instalara en la nueva parroquia, la invitaría a quedarse con ellos varios días; no un fin de semana, sino una buena temporada. Los aires nuevos y las caras nuevas del lugar la ayudarían mucho y, además, incluso podría desempeñar alguna tarea manual que le sirviera de entretenimiento: cuidar del jardín o del huerto, hacer algo al aire libre… Pero un simple vistazo a las manos pequeñas y aparentemente inútiles de Prudence, con sus largas uñas pintadas de rojo, la convenció de que quizá no fuera tan buena idea. Nada de jardinería, pues. Lo que necesitaba era un viudo.

CAPÍTULO 2

Yo creía que un montón de feligreses saldrían a recibirnos —dijo Jane mientras miraba por la ventana, por encima de los arbustos de laurel —. Pero está todo desierto.

—Esas cosas solo pasan en las obras de tus escritores favoritos —le contestó su marido con tono indulgente, porque su esposa era una apasionada lectora de novelas, quizá demasiado apasionada para ser la mujer de un pastor—. Te aseguro que es mejor que nos instalemos antes de empezar a tratar con la gente. Le dije a Lomax que se pasara por nuestra casa después de la cena, tal vez para tomar un café.

Miró a su mujer con los ojos llenos de esperanza.

—Sí, ya sé que tengo que preparar la cena —dijo Jane, algo cansada—, y puede que hasta haya café por algún rincón. Supongo que también podríamos ofrecerle té al señor Lomax, aunque aquí no es lo más común. Me pregunto si mantenemos ese hábito tan poco corriente de ofrecer té en lugar de café después de una comida porque somos personas de costumbres o porque somos unos excéntricos… No me gustaría que pensara que estamos siendo condescendientes con él porque su iglesia no es tan antigua como la nuestra…

—Bueno, está claro que el café mantiene despierto —dijo Nicholas sin que viniera al caso.

—Para pasarse la noche en vela pensando en el próximo sermón —comentó Jane—. Puede que no sea tan mala idea.

—¿Qué vamos a cenar? —preguntó su marido.

—Flora está en la cocina, desempaquetando parte de la vajilla. Podríamos abrir una lata de conservas —contestó Jane como si fuera algo rarísimo, cuando sin duda no lo era—. A decir verdad, creo que es lo que vamos a tener que hacer. Pero me parece que hay café por alguna parte. A ver si consigo encontrarlo a tiempo. ¿Crees que vendrá con la señora Lomax?

—No. Que yo sepa, no está casado —dijo Nicholas algo ausente—. Aunque hace mucho tiempo que no nos vemos. Ayer, cuando hablamos, nuestra conversación se centró en los asuntos de la parroquia. Recuerdo que en Oxford era bastante partidario del celibato.

—Si me lo permites, te diré que recuerdo que era un joven enclenque y con gafas —añadió Jane—. A lo mejor pensó que no le quedaban muchas esperanzas y por eso decidió hacerse de la conservadora Iglesia anglocatólica.

—Cariño, suele haber motivos más elevados que ese —dijo Nicholas con una sonrisa—. No todos los párrocos anglocatólicos son feos.

—Ni todos los anglicanos liberales, mi amor —añadió Jane, a quien le seguían atrayendo los ojos azul intenso de su marido y su buena forma física.

Se hallaban en la habitación destinada a ser el estudio de Nicholas, sentados en medio de un montón de libros que Jane iba colocando de forma indiscriminada en las estanterías.

—Todos tus libros hablan de teología —dijo Jane cuando Nicholas sugirió que tal vez fuera mejor que lo hiciera él—. Mientras no haya nada inapropiado que se cuele entre todas estas cubiertas tan aburridas, no creo que importe el orden en que los coloquemos. Es imposible que alguien quiera leerlos. ¿Estás seguro de que no prefieres montar el despacho en la habitación que hay libre del piso de arriba? Desde allí se ve el jardín y apuesto a que es más tranquila.

—No; creo que esta habitación es perfecta para trabajar. No sé por qué, pero me parece poco adecuado que el despacho de un párroco esté en el segundo piso —dijo Nicholas, y entonces, antes de que Jane pudiera darle alas a la idea con su inextinguible imaginación, añadió cortante—: Pondré el escritorio debajo de la ventana. A veces es una ventaja poder ver a la gente cuando se acerca.

—Pues entonces habrá que poner visillos —le dijo su esposa—. De lo contrario, perderás la ventaja si ellos también te ven. Aunque de momento no parece que vaya a venir nadie a visitarnos… —Volvió a mirar por encima de los laureles, hacia la puerta del jardín pintada de verde—. Sería de esperar que se acercaran, aunque solo fuera por curiosidad, ¿no te parece?

Se dio la vuelta y continuó organizando los libros.

—¡Pues mira, resulta que viene alguien! —exclamó Nicholas bastante agitado—. Una chica, o tal vez es una mujer, con un sombrero de paja que tiene un pájaro encima. Y lleva un bulto sanguinolento en las manos…

Jane se apresuró a acercarse a la ventana.

—Vaya, debe de ser la señora Glaze. ¡Seguro que es ella! Nos echará una mano con la casa. Se me había olvidado… Ya sabes lo poco que me preocupo de las tareas domésticas. No me acordaba de que iba a venir esta noche.

Salió corriendo al recibidor y abrió la puerta principal de par en

par, antes de que la señora Glaze hubiera subido los peldaños de la entrada.

—Buenas tardes, señora Glaze. ¡Qué atenta es usted! ¡Gracias por venir a vernos el primer día! —exclamó Jane.

—Bueno, señora, habíamos quedado en eso. La señora Pritchard me comentó que les iría bien que les echara una mano.

—Ah, sí, claro. El señor Pritchard y ella son tan amables…

—El canónigo Pritchard —rectificó con delicadeza la señora Glaze mientras entraba en la casa.

—Sí, por supuesto, ahora es el canónigo Pritchard. Se mueve en las altas esferas.

Jane permaneció en el recibidor sin saber qué hacer, pensando que ese tipo de palabras se empleaban ya únicamente en las lápidas o en los obituarios de la hoja parroquial, y le parecían muy poco adecuadas para su predecesor, que estaba todavía vivito y coleando.

—Bueno, si me disculpa, señora… —La señora Glaze hizo ademán de pasar.

—Ah, sí, ¡pase! —Jane se apartó porque todavía no sabía muy bien dónde estaba la cocina. Además, era la parte de la casa que menos le interesaba de todas—. No sé qué vamos a cenar.

—No se preocupe por eso —contestó la señora Glaze. Entonces levantó el hatillo manchado de sangre y se lo mostró a Jane—. He traído hígado.

—¡Qué maravilla! ¿De dónde lo ha sacado?

—Verá, señora, resulta que mi sobrino es carnicero, además de monaguillo de la parroquia. Le comenté cuándo llegaban ustedes y, naturalmente, quiso asegurarse de que iban a cenar en condiciones. Le encanta su trabajo, señora. Está más contento que unas pascuas cuando empiezan las celebraciones navideñas… Se pasa el año deseando que llegue ese momento. Aunque, claro, no puede sacarle el mismo provecho que antes a su género, por lo menos, no todos los días… Las carnicerías nunca han tenido una racha tan mala como ahora, que todo tiene que pasar por los controles del gobierno; no es de extrañar que a los carniceros les cueste tanto ganarse el pan. ¿No le parece, señora?

—Sí, sí, sin duda. No sé cómo consiguen ganarse el pan… —contestó Jane dándole la razón—. A mi marido le encanta el hígado. Pero ¿qué me dice de las verduras?

—¿Qué quiere que le diga, señora? ¡Que están en el huerto! —contestó la señora Glaze, sorprendida.

—¡Claro!, hay un huerto «muy bien surtido». En Londres no teníamos nada comparable —dijo Jane a modo de disculpa.

Ya habían llegado a la cocina, que estaba al final de un largo

pasillo con las paredes de piedra. Flora estaba acabando de sacar las piezas de la vajilla de las cajas de la mudanza. No había heredado el aire etéreo de su madre; se parecía mucho más a su padre. Era alta y delgada, con los ojos azules y el pelo oscuro y suave. Había cumplido dieciocho años y tenía muchísimas ganas de ir a Oxford en septiembre.

—Esta es mi hija Flora —dijo Jane—. Estaba ordenando las piezas de la vajilla.

—Vaya, qué amable —comentó la señora Glaze—. Así me ahorraré un montón de trabajo. Y veo que incluso ha recogido unas cuantas hortalizas. Puedo empezar a preparar la cena ahora mismo. Así tendrán tiempo de cenar tranquilos antes de recibir al padre Lomax, que vendrá a tomar café.

Casi resultaba un alivio que supiera tantas cosas sobre la vida de los demás, pensó Jane.

—Sí —contestó Jane—. Confío en que él pueda ponernos al corriente de la parroquia y contarnos lo que haga falta saber sobre los habitantes del pueblo. Ya ve que estamos igual de perdidos que si hubiéramos entrado en el cine con la película empezada —continuó. Casi se había olvidado de que tenía interlocutoras—. No sabemos qué ha pasado antes de llegar nosotros, si es que ha pasado algo. Como mucho, contamos con el resumen apresurado que nos susurra alguien que ha decidido marcharse del cine y que en este caso es, por supuesto, el canónigo Pritchard.

—Mamá —interrumpió Flora algo incómoda—, ¿quieres que coloque unas cuantas tazas en la bandeja de plata?

—Sí, cariño, me parece perfecto.

—Bueno, bueno —dijo la señora Glaze con un tono desenfadado pero cargado de intención—. He vivido toda mi vida en esta parroquia. Si el señor Meadows, nuestro coadjutor, todavía estuviera aquí, le habría sido de gran ayuda al párroco. Pero, claro, se marchó cuando lo hizo el canónigo Pritchard. Se casó justo antes de irse.

—¿Se casó? Ah, qué bien. ¿Y su esposa era del pueblo?

—No, señora. Ya estaba comprometido cuando llegó a nuestra parroquia.

La señora Glaze se volvió y empezó a trajinar en el fregadero.

El tono rotundo del comentario de la criada hizo que Jane abandonara sus pensamientos y volviera a poner los pies en el suelo. Entonces alzó la mirada. «Ya estaba comprometido cuando llegó a la parroquia…» ¡Vaya, menuda lástima! Estaba muy mal eso de que el obispo les hubiera mandado a un coadjutor ya comprometido. No se explicaba cómo no habían intentado lincharlo las chicas solteras del pueblo. Un hombre casado habría sido preferible a un hombre

comprometido, porque la esposa de un coadjutor es siempre un tipo de mujer débil y maleable, mientras que una prometida, y más si está ausente, tiene un aura de misterio e incluso de glamour a su alrededor. «¿Quién más queda en el pueblo?», le habría gustado preguntar. «Cuénteme la vida de todos.» Pero no podía plantearlo de forma tan brusca, a pesar de que era obvio que a la señora Glaze le habría encantado entrar en el juego.

—¿Y el señor Lomax también tiene coadjutor? —preguntó al fin.

—Se hace llamar padre Lomax —la corrigió la señora Glaze—. No está casado, claro. De hecho, ninguna mujer pone el pie en esa casa parroquial, salvo la señora Eade cuando va a limpiar y las ancianas de su parroquia. No, señora, el padre Lomax no tiene ayudante. Apenas una veintena de personas van a su iglesia. Verá, señora, es por el tipo de servicio religioso que ofrece. Me refiero a que prefiere las prácticas católicas romanas, ¿me explico? Aunque debo reconocer que la señora Lyall va a su parroquia de vez en cuando, y eso es un punto a su favor. De todas formas, nosotros contamos aún con el señor Edward. —Su voz se suavizó y por un instante levantó la mirada de las verduras con una sonrisa en el rostro—. Y así es como debe ser, ¿no le parece, señora?

—¿El señor Edward? —repitió Jane, esperanzada, porque había muchos detalles de aquella perorata que se le escapaban.

—Sí, el señor Edward Lyall, el miembro del Parlamento. Es un joven encantador, hijo de la señora Lyall. Por supuesto, su padre fue parlamentario antes que él, y su abuelo también. Oh, es magnífico tener entre los nuestros a alguien de la categoría de un Lyall. Viven en The Towers desde hace varias décadas y siempre han pertenecido a la Iglesia anglicana liberal; excepto la señora Lyall, claro. Verá, señora, la pescó un vicario de Kensington, en Londres, hace ya diez años, y entonces empezó a ir a la parroquia del padre Lomax, pero el señor Edward ha seguido en nuestra iglesia.

—¿El señor Lyall hace las lecturas alguna vez en misa? —preguntó Jane—. Parece que está muy bien que un miembro del Parlamento lea en la iglesia de su comarca.

—Sí, señora, cuando está aquí suele hacerlo. Aunque también tenemos al señor Oliver, que lee en misa algunas veces, si bien al señor Mortlake y a sus amigos, ¡ay!, no les gusta, señora. Pero bueno, ya se enterará de esas cosas. Y dicen que al señor Fabian Driver también le gustaría encargarse de las lecturas. Le encantaría levantarse del banco delante de todos y observar a los feligreses como un león que acecha a su presa, pero ya hablaremos de eso en otro momento. ¿Tiene un tamiz para la harina, señorita Flora? Voy a rebozar el hígado.

«"El señor Mortlake y sus amigos"… "Un león que acecha a su

presa”… Pero si parecen los títulos de dos novelas recién publicadas, con sus cubiertas brillantes e impolutas», pensó Jane emocionada. Y las tenía allí mismo, en la parroquia, con todo su esplendor.

—Mamá, creo que será mejor que cenemos cuanto antes —dijo Flora con firmeza—. ¿No habíais invitado al señor Lomax a las ocho y media? No querrás que llegue y nos encuentre con la boca llena, ¿verdad?

—No, hija mía, no. Y menos si no ha comido hígado…

—No lo habrá comido, señora, se lo digo yo —intervino la señora Glaze—. La señora Eade no ha conseguido hígado esta semana. Ella es quien le hace la compra. Por supuesto, mi sobrino reparte el género entre los distintos clientes, pero entenderá, señora, que no todo el mundo puede comprar siempre de todo. El padre Lomax ya comió hígado la última vez —dijo para zanjar el tema—. Y volverá a comerlo la próxima vez —añadió con un ápice de esperanza.

—Pero eso no le servirá de consuelo hoy —dijo Jane—. Así que será mejor que no nos vea comiéndolo esta noche. Como la carne que se ofrenda a los ídolos —continuó—. Seguro que recuerda que san Pablo no tenía inconveniente en que los fieles la comieran, pero decía que la carne podía ser una tentación para los débiles de espíritu… No pretendo decir que el padre Lomax lo sea, por supuesto.

—La verdad es que toda la comparación está cogida por los pelos, mamá —comentó Flora—, porque no vamos a ofrendar este hígado a los ídolos.

—No, pero hoy en día la gente tiende a adorar la carne en sí —añadió Jane mientras se sentaban a la mesa para cenar—. Cuando viajan al extranjero de vacaciones, parece que traen un recuerdo especial del sabor de la carne.

—Pues esta tiene una pinta excelente —dijo Nicholas, que se había puesto las gafas para ver mejor lo que estaba a punto de comer—. Parece que la señora Glaze es una cocinera fabulosa. Pritchard me habló muy bien de ella. Aunque creo que también tenían a una criada fija para servirlos.

—Sí —dijo Jane—. Alguien que, cuando ofrecía el acompañamiento, dejaba el plato demasiado bajo. Me acuerdo de ella por aquella vez que los Pritchard nos invitaron a comer. Me pareció del todo innecesaria.

Los Cleveland todavía estaban en la sobremesa cuando llamaron al timbre y se oyó una voz masculina en el recibidor.

La señora Glaze apareció por la puerta.

—Lo he acompañado al salón, señora —anunció—. Llevaré el café directamente allí.

—Me parece que nuestro salón no tiene ni punto de comparación

con el de la señora Pritchard —dijo Flora—. Seguro que el señor Lomax se da cuenta.

—Bueno, pero por lo menos se nota que «se vive» en él —contestó Jane—. Y se supone que eso es bueno. Cuando vi el comedor de la señora Pritchard me dio la sensación de que estaba demasiado bien amueblado… Con esas cortinas de terciopelo tan recargadas y todas esas figuras de porcelana en la vitrina del rincón. La verdad, me pareció excesivo.

—¿Puedo ir yo también, mamá? —preguntó Flora.

—Pues claro, cariño. Al fin y al cabo, es una ocasión social, ¿no? —Se levantó y se sacudió unas migajas que le habían quedado en la falda. Mientras lo hacía, observó su vestido algo insegura—. Tenía intención de ponerme algo un poco más elegante, pero supongo que será comprensivo y me perdonará el atuendo. No creo que sea el tipo de hombre que se fija demasiado en las mujeres…

Flora, que se había cambiado de vestido y retocado el peinado, no hizo comentarios. Conocía a su madre de sobra para saber que le traía sin cuidado que el señor Lomax fuera comprensivo con ella y perdonara su atuendo.

Cuando abrieron la puerta del salón, descubrieron al padre Lomax, que estaba de pie, con la espalda vuelta hacia la chimenea, cuya vacuidad ni siquiera había sido cubierta con cubrefuegos ni una cesta de hojas o unas flores secas.

No encajaba en absoluto en el patrón de clérigo de aire asceta, y Flora notó cómo crecía en ella la decepción al verlo: era rubio y de piel rosada, de constitución atlética. A ella le gustaban los hombres morenos, pero bueno. De todas formas, era mayor (debía de tener la misma edad que su padre), y por lo tanto le resultó poco interesante y consideró que no merecía la pena perder el tiempo con él.

—Bueno, señor Lomax —dijo Jane con alegría mientras servía el café—, estamos muy contentos de que haya venido a visitarnos, sobre todo teniendo en cuenta que se supone que somos rivales…

—Sí, es una manera de decirlo —coincidió el padre Lomax—. Pero confío en que su esposo y yo podamos llegar a un acuerdo amistoso para no pisarnos el terreno mutuamente. Además, estudiamos juntos en Oxford, ¿sabe? Yo ya llevo aquí unos cuantos años y es probable que pueda contarle muchas cosas sobre su parroquia. Los clérigos siempre nos enteramos de lo que pasa en las parroquias vecinas: una palabra por aquí, un descuido por allá, un comentario espontáneo en un bar… Todo acaba sabiéndose.

—Espero que no haya muchas cosas que saber —dijo Jane—. Por lo menos, no de las que se cuentan en los bares.

—Oh, Lomax se refiere a cómo van las cosas en general —dijo

Nicholas de forma imprecisa—. Las cifras de las parroquias, las personalidades que pertenecen a cada una y cosas así.

—Ah, claro, las personalidades —comentó Jane—. Eso sí que es interesante.

Pero el padre Lomax no pilló la indirecta y empezó a recordar batallitas de la época en que estudiaba con Nicholas de una forma que a Jane le resultó muy aburrida. Después sacó a colación que el padre de Nicholas se había opuesto a que su hijo se ordenara, e incluso había pedido audiencia con el decano de la facultad para presentar una queja formal.

—¿Al final no pudo hacerle entender su modo de pensar? —le preguntó el padre Lomax a Nicholas.

—Me temo que no. Yo diría que murió sin creer en nada.

—Supongo que los viejos ateos eran menos peligrosos y retorcidos que los jóvenes —dijo Jane—. Da la sensación de que hay en ellos un resquicio de los antiguos griegos.

El padre Lomax, que evidentemente era de otra opinión, hizo oídos sordos y cambió de tema. Sin saber cómo, Nicholas y él empezaron a hablar de cuestiones relativas a los feligreses, las reuniones parroquiales, los monitores de catequesis y las visitas que hacían a los fieles. Jane se recostó en el sillón, perdida en sus pensamientos, y empezó a preguntarse quiénes serían el señor Mortlake y sus amigos. Flora se incorporó y volvió a llenar en silencio las tazas de café. De paso, ofreció un plato de galletas al padre Lomax, pero él las rechazó sacudiendo la mano sin prestarle atención. «La carne que se ofrenda a los ídolos», pensó Flora con sorna mientras cogía una galleta y se la llevaba a la boca. Después, como parecía que nadie se percataba de su presencia, se comió otra, y otra más, hasta que el reloj dio las diez y su madre, sin pensar en que tenían invitados, se levantó, se desperezó y soltó un bostezo.

—Al joven Francis Oliver le encanta leer en misa —comentó entonces el padre Lomax—, y en ese sentido puede que se produzca algún problema con el señor Mortlake. He oído que la última reunión parroquial fue bastante tensa.

—Vaya, vaya —respondió Nicholas, hombre afable y de buen carácter, que no entendía por qué el ambiente tenía que ser tenso a veces—, intentaremos solucionarlo.

—Tanto Oliver como Mortlake son bastante testarudos —dijo el padre Lomax con satisfacción—. Mis feligreses son muy distintos… Nunca tenemos esa clase de problemas.

—Pues no sé por qué tiene que leer las lecturas uno de los dos —dijo Nicholas.

—Es que durante la guerra, cuando el canónigo Pritchard no tenía

coadjutor, se estableció esa costumbre.

—¿Y no podría leer el señor Fabian Drover? —preguntó Jane con aire inocente.

—¿Se refiere a Driver? —preguntó el padre Lomax—. Uf, dudo que eso fuera lo más apropiado. No creo que pueda considerársele un hombre de iglesia, ¿sabe? Tengo entendido que a veces va al oficio de vísperas. E incluso se ha presentado un par de veces en mi parroquia.

—A la gente le encanta ir al oficio de vísperas, ¿verdad? —dijo Jane—. Me refiero a que les atrae más que los otros servicios religiosos. Parece que en especial los himnos antiguos y modernos calan muy hondo en todos nosotros. No sé muy bien cómo describirlo.

Ni su marido ni el padre Lomax tenían una respuesta preparada para ese comentario, así que, como ya llevaban un ratito de pie junto a la puerta principal abierta, el padre Lomax bajó por fin los peldaños de la entrada y desapareció en la oscuridad.

—Parece un hombre simpático y muy cabal, ¿no crees? —comentó Nicholas con la mirada perdida.

Sin duda estaba pensando en que quizá ambos podrían jugar al golf los lunes.

CAPÍTULO 3

El sábado por la mañana Jane se coló a hurtadillas en la iglesia para examinarla bien. Estaba tan llena cuando su marido tomó posesión como párroco (con el obispo, los clérigos vestidos con su mejor sotana y los feligreses más curiosos) que apenas había conseguido formarse una idea de cómo era. Solo se había dado cuenta de que era antigua. Su querido Nicholas ya no tendría que decir a los visitantes con su tono humilde que parecía que estuviera pidiendo perdón, como si fuera culpa suya: «Me temo que nuestra iglesia se construyó en 1883», tal como había ocurrido en la parroquia de las afueras de Londres de la que venían. En esta había placas antiquísimas, lápidas en las paredes y piezas de madera tallada en el techo, y en un rincón estaba la majestuosa tumba con doselete de la familia Lyall: un caballero con una dama y un perrillo a sus pies.

Jane avanzó sin hacer ruido por la iglesia. Fue leyendo las inscripciones de las paredes y el suelo, y se percató, sin caer en la cuenta de la verdadera importancia del detalle, de que los objetos de bronce estaban relucientes. Se encontraba de pie delante del atril, casi cautivada por el brillo elegante de la cabeza de pájaro que lo coronaba, cuando oyó pasos a su espalda y unas voces femeninas, que hablaban con un tono bastante bajo y respetuoso, pero que, a pesar de ello, demostraban la autoridad de las personas que se creen con derecho a hablar dentro de una iglesia. Una de las voces se oía más que la otra. A decir verdad, después de escucharlas durante uno o dos minutos, Jane llegó a la conclusión de que la persona de la voz más fuerte debía de ser de rango superior a la de la voz más suave.

—Lo llamamos Acción de Gracias por la cosecha —dijo la voz más alta—. La fiesta de la cosecha tiene connotaciones diferentes, me parece a mí. Casi suena a pagano.

—Sí, sí. —La voz más baja parecía muy comedida—. Fiesta suena mucho más pagano… Ya me estoy imaginando al señor Mortlake con una piel de leopardo a modo de taparrabos y unas hojas de vid en el pelo.

—Chist, Jessie —dijo la voz más fuerte a modo de reprimenda—. No debemos olvidar que estamos en la iglesia. Ay, mira, ahí están la

señora Crampton y la señora Mayhew. Será mejor que empecemos.

Jane tenía a las tertulianas en su campo de visión, así que distinguió a una mujerona que le pareció que llevaba un vestido morado con unas cadenas de oro, y a una mujer más menuda y joven vestida de marrón con un jarrón de flores marchitas en las manos. Saludaron a dos señoras de mediana edad que iban vestidas con trajes de tweed y que sostenían sendos ramos de dalias.

«Qué escena tan inglesa —se dijo Jane—, y qué preciosidad.» Entonces se acordó de que debía de estar cerca el día de Acción de Gracias (o de la fiesta) por la cosecha; por eso seguramente habrían ido las señoras a decorar la iglesia. Se escabulló lentamente por detrás del grupo de mujeres y se encontró en el claustro, rodeada de frutas, verduras y flores.

—¿Quién era esa mujer? —preguntó la señorita Doggett, la mujer vestida de morado, que parecía una anciana con mucho carácter.

—Creo que la esposa del nuevo párroco —dijo Jessie Morrow, su acompañante, con aire desenfadado—. Bueno, me ha parecido que era ella…

—¿Y por qué no me has avisado? —La señorita Doggett levantó el tono de voz—. ¿Qué habrá pensado de que ni siquiera le hayamos dado los buenos días?

La señora Crampton y la señora Mayhew seguían allí con las dalias en la mano y una expresión consternada en el rostro.

—Seguro que quiere ayudar con la decoración —dijo la señora Crampton, una mujer alta con un típico rostro inglés: mejillas sonrosadas, ojos azul grisáceo y dientes prominentes.

—Me pregunto por qué no habrá hecho las presentaciones —dijo la señora Mayhew, que se parecía mucho a la señora Crampton—. La señora Pritchard no habría sido tan esquiva, ¿verdad? Por supuesto, yo también la he reconocido, pero me ha sorprendido tanto que se fuera así, que ni siquiera me ha salido un saludo.

La señorita Doggett se asomó al jardín de la iglesia.

—Vaya, ahora está en el camposanto, ¡paseando entre las tumbas! —exclamó—. La hierba tan crecida debe de estar muy húmeda. Me pregunto si lleva un calzado apropiado.

—¿Quiere que vaya a mirar? —preguntó la señorita Morrow totalmente en serio.

—Bueno, no estaría de más que le preguntaras si quiere entrar en la iglesia —dijo la señorita Doggett—. Me refiero a que puedes decirle que es más que bienvenida a nuestro grupo. Al fin y al cabo, seguro que tiene muchas ideas acerca de cuál es la mejor decoración para conmemorar la cosecha.

La señorita Morrow tuvo que contenerse para no soltar una

carcajada. Ni siquiera la señora Pritchard, la esposa del anterior párroco, que era una mujer con una personalidad muy fuerte, había conseguido desbancar a la señorita Doggett de su trono de máxima responsable de la decoración de la iglesia. Al verla, daba la sensación de que la señora Cleveland no parecía ser capaz ni estar dispuesta a desempeñar semejante labor.

La señorita Morrow avanzó lentamente por entre la hierba alta y las tumbas, mientras tarareaba una canción popular del momento. Elegía muy bien dónde colocaba cada pie, porque le daba mucho respeto pisar las lápidas antiguas, y algunas tenían tanta vegetación alrededor que era difícil saber dónde terminaban para evitar tocarlas.

Encontró a Jane contemplando un túmulo funerario que parecía bastante nuevo y estaba decorado, no con los habituales jarrones de flores o macetas con plantas, sino con una fotografía muy grande enmarcada de un hombre apuesto con melena leonina.

—Qué idea tan curiosa —dijo Jane, mientras levantaba la mirada hacia la mujer que se acercaba a ella por entre las tumbas y la reconocía de algún modo como la que había visto vestida de marrón y que antes llevaba en las manos un jarrón de flores mustias—, colocar una fotografía del difunto en la tumba. Me pregunto si será muy común por aquí. Es un asunto complejo… Tal vez fuera preferible que recordaran a alguien solamente por su persona, por sus buenas obras, aunque, bien pensado, colocar una fotografía para la posteridad puede resultar adecuado si era alguien especialmente guapo, y este hombre da la sensación de haberlo sido.

—¡Da la sensación de haberlo sido, dice! —La señorita Morrow soltó una risita—. Pero es que aún lo es, o cree que lo es. La fotografía es de Fabian Driver, y esta es la tumba de su esposa.

—Fabian Driver —repitió Jane, que de pronto se acordó de los leones y las águilas revoloteando sobre las presas—. ¿Murió hace poco su mujer?

—Ya hace casi un año. Al principio pensamos que dejaría la fotografía de forma temporal, hasta que tuviera preparada la lápida, pero parece que ha llegado a la conclusión de que no es necesario hacer ese gasto. Ahora la gente ya se ha acostumbrado a verla aquí.

—A lo mejor su esposa habría preferido el retrato a una lápida de piedra —sugirió Jane.

—Bueno, al menos tiene algo, la pobrecilla. Supongo que incluso una fotografía es mejor que nada. ¿Sabe una cosa? Su marido se preocupaba más por las otras mujeres que por ella. Me parece que a veces ocurre así. De modo que su muerte fue algo inesperado para él, porque… casi se había olvidado de que existía. —La señorita Morrow dio esa información con un tono frío y desprovisto de emoción. No hablaba cuchicheando ni como quien confiesa un secreto—. De vez en

cuando le lleva unas flores a la tumba —continuó—. Siempre son de la misma clase. Hay quien dice que eran sus favoritas, pero yo me pregunto si realmente lo eran.

—¿Se refiere a que tal vez esté confundiendo sus preferencias con las de otra persona? —preguntó Jane muy interesada.

—Bueno, parece que por ahí van los tiros. Lo suyo son las grandes hazañas, así que no puede detenerse en menudencias.

—Y ahora, ¿qué? ¿Vive solo?

—Sí. En una casa preciosa junto al parque que hay en el pueblo. Es un viudo inconsolable.

—¿A qué se dedica?

—Eh, creo que lleva un negocio en el centro de Londres que pertenecía a su suegro. Pero sea lo que sea, no parece que requiera su presencia a diario, porque no pisa el despacho muy a menudo. Por lo visto, casi siempre está por aquí perdiendo el tiempo.

—Está muy bien que me haya revelado todas estas cosas —dijo Jane mientras caminaba acompañada de la señorita Morrow hacia la iglesia—. El canónigo y la señora Pritchard nos contaron muy poco sobre los habitantes del pueblo.

—Sí, hay cosas que es mejor saber —dijo la señorita Morrow—. No sirve de nada decir que sí a todo y apretar los labios para luego ir con habladurías, pero como estaba usted junto a la tumba, sentí que podía contárselo. Es mejor no hablar de ese tipo de asuntos dentro de la iglesia. Por cierto, iba a preguntarle si le apetecería preparar la decoración con nosotras, aunque supongo que, de haber querido participar, no se habría marchado.

—No se me da muy bien, la verdad —reconoció Jane—. No es mi punto fuerte preparar adornos florales y tengo todavía menos experiencia con las frutas y verduras. Como venimos de una parroquia urbana, debo reconocer que no preparábamos gran cosa para el día de Acción de Gracias por la cosecha. Incluso le diré que a veces colocábamos frutas artificiales… Ya veo que le sorprende, pero entenderá que teníamos una excusa. Los huertos de los barrios residenciales de Londres no son tan fértiles como los de aquí.

—A lo mejor es que me ha venido a la cabeza la imagen de las iglesias católicas romanas de Italia y España —dijo la señorita Morrow para intentar disculparse—, con todos esos ramos polvorientos de flores artificiales. Pero supongo que lo de las frutas puede ser distinto. Por lo menos será más fácil mantenerlas limpias.

—Algo me llevó a escabullirme cuando vi que había tanta gente en la iglesia —dijo Jane—. Me temo que es un defecto mío y deben de haber pensado que no ser sociable es un defecto tremendo en la esposa de un clérigo. Aunque, por supuesto, me encantaría conocerlas

a todas —añadió con más seguridad de la que sentía por dentro.

—Bien, pues yo soy Jessie Morrow —dijo la mujer menudita vestida de marrón—. Supongo que puede utilizarse ese término ya pasado de moda para decir que soy una especie de «dama de compañía». La señorita Doggett, para quien trabajo, es una anciana llena de vitalidad que no necesita mis servicios en absoluto como dama de compañía, sino más bien como contrincante. Las otras dos señoras están muy comprometidas con la iglesia.

—¿Se refiere a que son diaconisas? —preguntó Jane.

—No, son viudas que realizan muchas de las tareas de la parroquia. En realidad, tienen un puesto de té con tartas caseras para recaudar fondos y cosas así.

Volvieron a entrar en la iglesia y se hicieron las presentaciones pertinentes. A las señoras que ya había visto se les habían unido otras mujeres, y había un batiburrillo de frutas, verduras y flores por todas partes. Las dalias y los crisantemos florecían en los rincones más insospechados, mientras que las calabazas poblaban los alféizares de las ventanas y unos centros puntiagudos de zanahorias y chirivías descansaban apoyados en la parte baja de las vidrieras.

—Espero que cantemos el «Let us with a gladsome mind» —dijo Jane—. Es un himno precioso de John Milton. Aunque en muchos sentidos me disgusta Milton, claro; tenía una forma de tratar a las mujeres que dejaba mucho que desear.

—Bueno, en los viejos tiempos tenían otras costumbres —dijo la señorita Doggett frunciendo el entrecejo—. Por supuesto, tendremos los cánticos típicos de la época de la recolección. Supongo que el «We plough the fields and scatter» o alguno parecido —expuso con voz firme, casi como si retara al resto de las presentes a llevarle la contraria.

Las comisuras de la señorita Morrow se elevaron en una media sonrisa:

—O «Not without our galoshes» —murmuró mientras bajaba la mirada hacia los zapatos de piel de cabritilla que se le habían mojado de tanto andar entre las tumbas.

La señora Crampton y la señora Mayhew alzaron la vista desde la pila bautismal, muy sorprendidas.

—La señorita Morrow me estaba contando que venden postres con fines benéficos —dijo Jane—. Confío en que hagan también comidas de hermandad. ¡Tengo que mandar a mi marido a comer fuera por lo menos dos veces a la semana!

—Sí, a veces es difícil llegar a todo —dijo la señora Crampton.

—Y los clérigos nunca se pierden una comida —suspiró Jane.

—Está claro que un hombre necesita su ración de carne —intervino

la señora Mayhew.

—Sin duda alguna —dijo una voz amable desde la entrada.

Jane miró en esa dirección y vio a un hombre apuesto de unos cuarenta años, con una calabaza en los brazos, que se acercaba a ellas.

—Ah, señora Cleveland, ¿todavía no conoce al señor Driver? —preguntó la señorita Doggett, poniéndose al mando de la situación, como si las otras señoras no tuvieran el mismo derecho a presentarlos.

—No, no tengo el placer —dijo Jane, percatándose de inmediato del atractivo físico algo castigado de aquel hombre, algo devastado, si podía utilizarse una palabra tan agresiva en ese contexto. Observó que llevaba el pelo rizado demasiado largo y tenía canas en las sienes, y, por último, se fijó en el traje de tweed premeditadamente informal y los zapatos de cuero, que le otorgaban un aspecto de hombre de ciudad, vestido de pies a cabeza, para ir de excursión al campo.

—El placer es mío —dijo Fabian mientras se estrechaban la mano.

Jane levantó los ojos para mirarlo a la cara con franqueza y después los bajó, algo avergonzada de tener ante sí un semblante tan parecido al de la fotografía que había visto en la tumba de su esposa. Le dio la sensación de que sabía muchas más cosas sobre él de las habituales cuando se acaba de conocer a alguien. Recordó, por ejemplo, a la señorita Morrow diciéndole que el hombre se preocupaba más por otras mujeres que por la suya, así como la posibilidad de que le llevara a la tumba las flores que no debía. Que ella conociera esos detalles, lo de la fotografía y las infidelidades, podía suponer un gran obstáculo entre ambos, pensó, aunque tal vez llegara el día en que consiguieran hablar con sinceridad sobre esos temas e incluso pudieran reírse juntos. Sin embargo, pensándolo bien, ni las tumbas ni las infidelidades eran motivos de guasa.

—Qué calabaza tan hermosa, señor Driver —dijo la señorita Doggett con tono jovial—. Es la más grande que han traído de momento, ¿verdad, señorita Morrow?

La señorita Morrow, que rebuscaba en el suelo entre las verduras y hortalizas, murmuró algo inaudible.

—Es magnífica —dijo la señora Mayhew con admiración.

El señor Driver se acercó algo más y mostró la calabaza a la señorita Doggett con una especie de reverencia.

Jane tenía la impresión de estar asistiendo a un extraño ritual primitivo cuyo significado se le escapaba y no se atrevía a preguntar.

—Tenemos muchísimas ganas de oír el primer sermón de nuestro nuevo párroco —dijo Fabian cortésmente mientras miraba a Jane como insinuándose.

—Bueno, Nicholas no es uno de esos oradores impactantes —contestó ella con rapidez. Se sentía algo confusa.

Las señoras mostraron interés, casi como si esperasen que ella faltara al respeto a su marido en otros aspectos, pero Jane se recompuso a tiempo y dijo:

—Claro que sí, es muy buen predicador. A lo que me refería es a que no le gusta leer un montón de citas y cosas por el estilo.

—Es mucho más sensato así —coincidió la señorita Doggett—. Lo que queremos escuchar son las enseñanzas cristianas simples y llanas, ¿verdad?

Jane tuvo que estar de acuerdo, aunque se había percatado de que el tono de la señorita Doggett tenía un punto condescendiente, así que no se sorprendió cuando oyó que decía de nuevo que el canónigo Pritchard era un excelente orador.

—De lo más elocuente. Tenía una voz muy armónica y nunca se quedaba sin palabras.

—Nicholas tampoco se queda sin palabras, y su voz también es armónica. Eso es, armónica —añadió entonces Jane, que de pronto se sintió ridícula y deseó con todas sus fuerzas encontrar un pretexto para marcharse cuanto antes.

—Estoy seguro de que nos gustará su estilo —dijo Fabian con amabilidad.

—Bueno, ahora debo irme —dijo Jane—. Tengo que ocuparme de la comida —añadió sin dar más explicaciones, mientras recordaba que tanto Flora como la señora Glaze estaban, esa mañana, en la casa parroquial, así que, en realidad, su presencia era del todo prescindible.

—Claro, claro —dijo la señora Crampton, en actitud comprensiva.

—Vaya, por ahí viene su marido —dijo la señorita Doggett—. Qué amable por su parte el acordarse de nosotras. Trabajaremos mucho mejor si él nos alienta.

—Ah, estás aquí, cariño —dijo Jane, que pisó sin querer un montoncito de verduras que tenía detrás—. Ahora mismo iba a ir a casa a preparar la comida. Adiós a todos —dijo, y dejó a Nicholas allí para que se formara su propia impresión.

Jane se dio cuenta de que Nicholas se sentía mucho más cómodo que ella con las decoradoras, aunque eso era de esperar.

Recorrió a toda prisa el pasillo central de la iglesia y vio que Fabian le seguía los pasos.

—No creo que pueda ayudar mucho por aquí —se excusó el hombre—. Yo también voy a preparar la comida.

—Entonces, ¿se ocupa usted de las comidas?

—Sí, claro. Sabe, desde que murió mi mujer…

—Sí, lo siento. Ya me lo ha dicho la señorita Morrow.

—¿De verdad? ¿Y qué le ha contado?

—Pues lo triste que fue y esas cosas —contestó Jane rápidamente

con los ojos fijos en el suelo.

—Sí, creo que ella también lo sintió. Es una mujer muy comprensiva, a su modo.

—¿Y le gusta cocinar y encargarse de las tareas del hogar? —preguntó Jane con tono más jovial.

—Me las apaño —dijo Fabian—. No le queda a uno otro remedio, supongo.

El uso de esa tercera persona parecía añadir efecto a su reflexión. Jane pensó que tal vez fuera intencionado.

—Su esposo y usted tienen que venir un día a cenar a mi casa —continuó Fabian.

—Claro, nos encantaría —dijo Jane. Entonces se detuvo para abrir la verja de la casa del párroco.

—Bueno, adiós.

Fabian se alejó lentamente por el camino.

«Ahora se pondrá a cocinar para una comida en solitario —pensó Jane—, o quizá se limita a tomar una cerveza con un poco de pan con queso, una comida típica de hombres y la mejor opción cuando uno come sin compañía.»

—Acabo de conocer al señor Driver —le contó a Flora en cuanto Jane entró en casa—. Es viudo y vive solo. Me dio un poco de pena pensar que iba a su casa a prepararse una triste comida.

La señora Glaze, que estaba barriendo el recibidor, soltó una risotada.

—Si la oyera la señora Arkright, no creo que le agradeciera esas palabras, señora —dijo.

—¿La señora Arkright?

—Sí, es quien cocina para el señor Driver. Y, por cierto, es muy buena cocinera. Me atrevería a decir que hoy va a hacerle un guiso con vísceras y corazón —dijo la señora Glaze como si tal cosa.

—Un guiso elaborado a base de vísceras y corazón —murmuró Jane, confundida, porque todavía tenía en mente la tumba y el tema de las infidelidades. ¿Acaso se comía a sus víctimas?

—Mi sobrino, el carnicero, ha traído corazón e hígado esta semana, pero no le he pedido el corazón porque no sabía si le gustaría, señora. A algunas personas les da repelús…

—Sí, creo que a mi esposo no le gusta —dijo Jane.

—¿Al párroco no le gusta el corazón? Vaya, tendré que acordarme.

La señora Glaze asintió con la cabeza y dejó de barrer por un momento, como si quisiera dar tiempo a que el pensamiento se asentase en su cabeza.

—Pero el señor Driver me ha dado a entender que él mismo se preparaba la comida —dijo Jane.

—Bueno, señora, no niego que sea capaz de hacerse un café o incluso de hervir un huevo; ya sabe cómo son los hombres…

—Sí, ya sé —asintió Jane—. Creo que la iglesia quedará preciosa.

—¡Vamos, mamá! Siempre dices lo mismo —comentó Flora una vez que la señora Glaze las hubo dejado a solas—. Y luego nunca te fijas.

—No es verdad. Me fijo en las cosas que no debería —dijo Jane.

Volvió a darle vueltas al asunto la tarde siguiente, cuando Flora y ella se acomodaron en uno de los primeros bancos para la oración de vísperas y Jane se arrepintió de no haberse sentado más atrás, donde podrían haber tenido una vista panorámica de todos los feligreses. Fabian Driver estaba en la misma fila que ellas, pero al otro lado del pasillo. Cuando entraron en la iglesia, el hombre levantó la vista y sonrió tímidamente a Jane; era ese tipo de sonrisa que se dedicaba a alguien en la iglesia o también a un amigo muy cercano. La señorita Morrow y la señorita Doggett y unas cuantas ancianas más con abrigos de pieles de color pardo amarillento estaban sentadas en las primeras filas. Aparte de ellas, Jane no vio a mucha gente. Hasta que llegó el momento de pasar el cepillo para la colecta y alguien le alargó una bolsa, no se dio cuenta de que debía de ser el señor Mortlake quien estaba allí de pie, respetuoso y expectante, en apariencia convencido de que ella le entregaría un billete doblado o por lo menos dos medias coronas. Sin embargo, como el hombre pilló a Jane desprevenida, no tenía preparada su limosna y, rebuscando en el monedero, apenas encontró una moneda de tres peniques y un par de peniques sueltos. Casi sintió que tenía que disculparse ante el caballero alto, entrado en años y con nariz aguileña que esperaba con tanta paciencia su contribución, porque sin duda debía de haber visto lo mísera que había sido su limosna.

—Ah, hija mía —susurró a Flora—. No tenía preparada la limosna y le he dado muy poco. Seguro que se ha dado cuenta.

Pero Flora no prestaba atención a lo que le decía su madre. Sus ojos estaban fijos en un joven que estaba sentado en otro de los primeros bancos y que había leído la segunda lectura. Alto, de pelo castaño claro y ondulado, y un rostro de aspecto espiritual; parecía un poco cansado, quizá incluso pasara hambre. Tenía que convencer a su madre de que lo invitara a cenar un día de esos.

«Supongo que será el hombre que el señor Mortlake no quiere que lea en misa: el señor Oliver o algo así», pensó Jane, que intentaba situar mentalmente al caballero. Pero no tardó en perder interés en el joven y fijó su atención en el señor Driver mientras se preguntaba, aunque sin mucho convencimiento, si sería un buen candidato para su amiga Prudence.

CAPÍTULO 4

A diferencia de Jane y su familia, Prudence no había asistido a ninguna celebración de Acción de Gracias por la cosecha, así que, el lunes por la mañana, se levantó pensando únicamente en la semana laboral que le esperaba y en su amor arrebatado, triste y aburrido por Arthur Grampian.

Cuando llegó a la organización cultural en la que trabajaba para él, descubrió que la señorita Trapnell y la señorita Clothier, que compartían despacho, ya habían llegado. La señorita Trapnell estaba poniéndose la chaqueta de punto que solía usar en el trabajo, mientras la señorita Clothier arreglaba unas hojas verdes de origen desconocido en un jarrón que después colocó encima del archivador. La chaqueta de la señorita Trapnell había encogido y no estaba del todo limpia, pero la mujer consideraba que no había que llevar «ropa buena» en el despacho. A menudo, Prudence se preguntaba cuándo debía de ponerse esa «ropa buena» que, por lo visto, poseía y qué compañía debía de considerar lo bastante especial para merecer que se arreglara. Tanto la señorita Trapnell como la señorita Clothier tenían una edad indeterminada, si bien la gente decía que la señorita Clothier ya pasaba de los cincuenta. Entre las tres existía una especie de relación neutral, aunque formaban una piña a la hora de aguantar la falta de consideración de su jefe y las impertinencias o caprichos de las dos jovencitas mecanógrafas. Además de las tres mujeres y las dos muchachas había también un joven, el señor Manifold, una especie de «ayudante de investigación» que tenía un despachito propio y se dedicaba a sus asuntos con mucho misterio.

Prudence se sentó a su escritorio anhelando, como hacía siempre, poder tener un despacho para ella sola. Su estatus, aunque no del todo definido, era superior al de la señorita Trapnell y la señorita Clothier, pero ellas llevaban más tiempo en la organización, cosa que les daba una ligera ventaja. Si alguien les hubiera preguntado directamente y sin tapujos, les habría resultado difícil describir con exactitud lo que hacía cada uno de ellos en la organización (incluido el doctor Grampian); tal vez las obligaciones de las jóvenes mecanógrafas fueran las más concretas, porque estaba claro que eran quienes

preparaban el té, taquigrafiaban y pasaban a máquina unas cartas que no siempre tenían mucho sentido. Sin embargo, ese lunes por la mañana Prudence se puso sus gafas con montura de un azul apagado y forma curiosa, agarró un fajo de pruebas y un manuscrito de una bandeja metálica, y se dedicó en cuerpo y alma a leerlos. La señorita Trapnell se aproximó al archivador y colocó unos folios en una de las carpetas. Por su parte, la señorita Clothier arrastró un fichero hacia ella y empezó a mover las fichas de aquí para allá con los dedos, como si quisiera producir música con un delicado instrumento.

—No estaría de más encender un poco la estufa —comentó al fin la señorita Clothier.

—Pero si no hace frío —respondió la señorita Trapnell—. ¿Le parece que hace frío, señorita Bates?

Prudence odiaba que la llamaran «señorita Bates». Si se parecía a algún personaje de ficción, desde luego no era a la tontorrona señorita Bates de la novela *Emma* de Jane Austen. Pero, por otra parte, ¿de qué otro modo podían llamarla la señorita Trapnell y la señorita Clothier? ¿Y cómo iba a llamarlas Prudence a su vez, Ella y Gertrude?

—No, no tengo frío —contestó.

—Bueno, como llevo aquí sentada desde las diez menos cuarto —dijo entonces la señorita Clothier—, puede que haya cogido frío de tanto estar quieta.

—Claro, quizá ha cogido frío de tanto estar sentada —repitió la señorita Trapnell—. Yo solo llevo aquí desde las diez menos cinco.

Prudence, que había llegado a las diez y diez, no hizo ningún comentario. Además, era innecesario. El horario laboral era oficialmente de diez a seis, pero Prudence consideraba que tenía unos estudios que le permitían no estar sujeta a un horario estricto. No era de esperar que su lúcido cerebro, que ahora buscaba con detenimiento una nota al pie que se había perdido, funcionara sujeto a unas condiciones tan absurdamente rígidas. Ella siempre le decía al doctor Grampian que no le importaba quedarse más tarde de las seis si él lo consideraba necesario, algo que casi nunca ocurría, pues él solía tener mucha prisa por marcharse al club o a su casa.

No obstante, había sido en una de las escasas ocasiones en que se habían quedado trabajando hasta tarde, ambos enfrascados en la revisión de un manuscrito, cuando el amor que Prudence sentía por él, si es que era eso lo que sentía, había hecho presa en ella. Tal vez hacer presa parezca una expresión demasiado violenta, pero eso era lo que Prudence creía que había ocurrido al mirarle desde la distancia. Recordaba que ella estaba de pie junto a la ventana, contemplando un atardecer de principios de primavera, con el cielo de un color azul muy claro justo antes de caer la noche, sin ver ni pensar nada en concreto; quizá un detalle curioso de aquí o de allá se le había

quedado grabado en la mente (a ella le gustaba plantearlo así): el canto de los estorninos, la ventana iluminada de otro edificio… Y entonces, de pronto, la había cautivado la emoción. «¡Oh, amor mío!», pensó entonces. Y como en aquella época había un vacío en su corazón, dejó que la emoción surgiera en su interior, y ahora la tenía siempre consigo, una compañera infatigable o un dolor como una punzada reumática en la rodilla al subir un tramo largo de escaleras. También había sido en esa ocasión cuando Arthur Grampian había tomado por un instante las manos de la joven en las suyas y había dicho sin que viniera a cuento: «¡Ay, Prudence…!». Ella pensó que tal vez se disponía a besarla, pero no había llegado tan lejos; se había limitado a apartar la mano de la joven y a decir en el mismo tono neutro de siempre: «Bueno, gracias, señorita Bates. Lamento haberla retenido hasta tan tarde. Ahora será mejor que vuelva pronto a casa». Así pues, había sobrevivido todos esos meses con aquel mero «¡Ay, Prudence…!» para alimentar su corazón, para repetirlo y rememorarlo varias veces al día, porque lo cierto era que nada más había ocurrido desde entonces, ni siquiera había vuelto a llamarla por su nombre de pila. Él había vuelto a centrarse en su club y en su casa, con su esposa Lucy y sus hijos Susan y Barnabas, y mientras tanto Prudence, deseosa de avanzar de algún modo, había ido construyendo esa relación negativa de la que le había hablado a Jane en el encuentro de antiguas alumnas, la relación negativa con algún matiz positivo que, sin duda, debía de subyacer bajo la superficie.

—Debe de ser ya la hora de la pausa para el té, ¿o ha vuelto a retrasarse el lechero? —dijo la señorita Clothier—. Hoy he desayunado muy temprano y me muero de ganas de tomar un buen té.

—No sé cómo se atreve a llamarlo «un buen té» —intervino la señorita Trapnell—. Si por lo menos esas jovenzuelas no lo vertieran todo de una vez y lo dejaran reposar durante diez minutos… He perdido la cuenta de las veces que se lo he advertido.

—Sería mejor que nos preparásemos el té nosotras —comentó Prudence.

—Pero, señorita Bates, no podemos hacer eso —dijo la señorita Clothier casi indignada—. No estaría bien.

—No, supongo que no —contestó Prudence.

Precisamente en ese momento se oyó un ruido al otro lado de la puerta, y una chica guapa de unos diecisiete años vestida a la última moda irrumpió en la sala con una bandeja con tazas en las que vertía un poco de té de aspecto flojo.

—Pero, Marilyn, ¿por qué no traes las tazas y los platitos por separado en la bandeja? —aconsejó la señorita Clothier algo irritada —. Si lo hicieras así, no derramarías la mitad del té en los platillos.

—Lo siento, señorita Clothier —dijo la chica sin dejar de sonreír—.

Es que quería darme prisa para servir el té antes de que llegara él.

—Pero el doctor Grampian querrá una taza cuando llegue —dijo la señorita Clothier.

—Pues se quedará con las ganas, porque se ha acabado el té. Por eso he tenido que hacerlo tan flojo… Ya no podía añadir más agua a lo que quedaba en la tetera.

—Lo que dices es inconcebible —intervino la señorita Trapnell con tono cortante—. Todavía no ha llegado el momento de reponer provisiones. Es imposible que hayamos gastado todo el té.

Se oyó a alguien entrar por la puerta.

Marilyn movió las manos con un gesto cómico.

—¿Qué les decía? ¡Ya ha llegado!

—Pero seguro que hay Nescafé o algún tipo de infusión —dijo Prudence con voz débil. No le apetecía nada inmiscuirse en esa controversia tan trivial, pero no podía soportar pensar que Arthur iba a quedarse sin su tentempié de media mañana. Aunque no es que aquel té fuera una maravilla…

—El señor Manifold tiene una lata de Nescafé, pero siempre se lo prepara él y lo guarda bajo llave en su cajón.

—Pues entonces habrá que ir a preguntarle al señor Manifold si no le importaría darle un poco al doctor Grampian —insistió Prudence.

La señorita Trapnell y la señorita Clothier dieron media vuelta y se dedicaron a sus archivos y ficheros con aire de no tener nada que ver con ese asunto.

—Ay, señorita Bates, no puedo ir a preguntarle al señor Manifold —dijo entre risitas Marilyn—. Pero no me importaría preparárselo si se lo pide usted.

—De acuerdo, voy yo.

Prudence se levantó de la silla y siguió a Marilyn hasta que salieron del despacho compartido.

La señorita Trapnell y la señorita Clothier intercambiaron miradas.

—¿Le apetece una galleta, señorita Clothier? —preguntó la señorita Trapnell con voz ceremoniosa. Abrió una latita y se la ofreció a su compañera—. Son Lincoln de crema. El tendero siempre me las guarda.

—Muchas gracias —dijo la señorita Clothier—. Me pregunto si el doctor Grampian también querrá una.

—No voy a ofrecérsela. Come muy bien en el club y supongo que habrá tomado un buen desayuno.

—Y tal vez a la señorita Bates no le haría mucha gracia que le ofreciera galletas al doctor Grampian —dijo la señorita Clothier con picardía.

—Pues no pasaría nada si lo hiciera —dijo la señorita Trapnell—.

Creo que, a decir verdad, ya le he ofrecido galletas alguna vez cuando me ha parecido conveniente. Aunque, naturalmente, no iría a verlo solo por eso.

—No, no, claro. Yo no me tomaría tantas molestias como se toma la señorita Bates con él. El doctor Grampian no es mi hombre ideal.

—Sería de esperar que la señorita Bates aprovechara mejor sus aptitudes. Al fin y al cabo, es guapa e inteligente. Y el doctor Grampian está casado.

—Bueno, pero ¿a qué otra cosa puede optar aquí? —preguntó la señorita Clothier—. Es evidente que ella considera que es demasiada mujer para el señor Manifold.

Prudence llamó a la puerta del despacho del señor Manifold y después se sintió molesta consigo misma por haberlo hecho. A fin de cuentas, no era su dormitorio. Tenía todo el derecho a entrar allí sin llamar.

Él era un joven moreno y delgado que no llegaba a los treinta años y que siempre se mostraba muy reservado, algo que podía deberse a que fuera un hombre tímido por naturaleza o a que fuera consciente de que era el único hombre de la organización aparte del doctor Grampian. Se decía que algunas veces se relajaba un poco con las mecanógrafas, pero Prudence prefería no imaginarse de qué tipo de relajación se trataba.

Cuando Prudence entró en su despacho, el joven levantó la vista de la mesa, donde parecía que estuviera organizando un montón de páginas garabateadas con su retorcida letra.

—Me han dicho que tiene una lata de Nescafé —soltó Prudence de forma bastante ruda.

—Sí, es cierto —contestó él sin dar más información.

—Bueno, me preguntaba si podría pasarle un poco al señor Grampian.

—¿Es que no va a tomar una taza de té? Las chicas acaban de prepararlo.

—No queda bastante té. Se han terminado las provisiones y ya no se podía añadir más agua a la tetera. Me refiero a que apenas había té en la tetera e iba a quedar increíblemente flojo si le añadían más agua —dijo Prudence, y se arrepintió de haber dado una explicación tan larga y tediosa para una cosa tan trivial.

—Pues a mí personalmente me gusta el té flojo —dijo el señor Manifold—. Eso cuando bebo té, que no es muy a menudo. De todas formas, supongo que al Abuelo le sentará bien un café para espabilarse —añadió con tono sarcástico mientras abría un cajón de su mesa y sacaba de él la lata de Nescafé—. Si no le importa, devuélvamelo cuando haya terminado.

—Por supuesto —contestó Prudence con sorna—. Muchísimas gracias.

No le gustaba que el señor Manifold llamara Abuelo a Arthur Grampian. Era uno de esos apodos obvios y absurdos que la gente ponía a la gente de cierta edad, y sospechaba que las mecanógrafas también debían de llamarlo así cuando hablaban entre ellas.

Le dio la lata a Marilyn, que preparó el café y se dirigió al despacho del doctor Grampian con él en la mano. Prudence oyó cómo llegaba hasta allí y, como era de suponer, ponía la taza encima de la mesa de trabajo del catedrático, pero lo que no supo fue que la taza se quedó allí intacta hasta que la quitó la señora de la limpieza por la tarde, así que volvió a la lectura de sus pruebas con la sensación de haber hecho algo más útil que enmendar las notas al pie de página y colocar los acentos del texto en francés que estaba revisando.

Transcurrió la mañana y el doctor Grampian no la llamó a su despacho ni una sola vez. A las doce en punto, la señorita Clothier se levantó de la silla para ir a comer después de repetir que llevaba sentada desde las diez menos cuarto y que ya tenía mucha hambre. Al poco, la señorita Trapnell sacó unos sándwiches envasados del enorme bolso que llevaba y cogió también el jersey de lana que estaba tejiendo. A las doce y media oyeron que el doctor Grampian salía de la oficina. A la una menos cuarto, Prudence también se marchó a comer.

Camino del restaurante, pasó por delante del club de Arthur Grampian, con sus nobles soportales desde los que se veía a unos hombres de aspecto nada distinguido pero posiblemente famosos que se apresuraban a llenarse el estómago. Supuso que Arthur debía de estar hablando con catedráticos y obispos. Pero ¿acaso hablaban? No estaba segura. ¿No era probable que se concentraran únicamente en la tarea de comer? Los hombres solos, comiendo en un lujoso club con soportales ornamentados; las mujeres solas, comiendo en un restaurante pequeño y algo mugriento que servía comidas a tres chelines con seis peniques, café incluido. Mientras Arthur Grampian aderezaba con pimienta roja su salmón ahumado, Prudence tenía que elegir entre un pastel de carne o una calabaza rellena.

Entre un bocado y otro, iba pasando las páginas de un libro de poemas de Coventry Patmore. El Cuervo rompía el corazón del Joven Día mientras el tenedor de Prudence jugueteaba con la comida. Pero el libro se quedó abierto por esa página, y al cabo de un rato Prudence dejó de leer y empezó a tomar conciencia de sí misma sentada sola a una mesa que podría haber sido para dos. Todavía era lo bastante joven (¿cuándo se empezaba a ser viejo?) para plantearse si la gente debía de estar mirándola y preguntándose: «¿Quién es esa chica joven y tan interesante que está sentada sola y lee a Coventry Patmore?». Sin embargo, era muy poco probable que alguno de los comensales de ese

tipo de restaurante se fijara en ella, porque era evidente que todo el mundo se dedicaba a comer y no prestaba mucha atención a los demás.

—¿Está ocupado el asiento? —preguntó una voz masculina.

Prudence levantó la mirada con recelo.

—No —contestó con voz algo nerviosa.

El hombre se quitó la gabardina y se sentó. Era un caballero de mediana edad con un bigote fino. Prudence le ofreció la carta sin mirarlo. No le apetecía nada que el hombre empezara a hablar con ella.

—Tienes que comer algo consistente —dijo una voz femenina desde la mesa de al lado. Estaba claro que iban juntos, pero no habían encontrado una mesa libre para dos personas—. Hoy cenarás muy tarde.

—Ya, pero lo cierto es que no tengo mucha hambre. La hora de visita es de siete y media a ocho. Tal vez pueda picar algo antes de ir.

—Madge tendrá muchas ganas de verte —dijo la mujer—. Aunque no esperes encontrarla con muy buena cara…

—No, ya lo sé. Esa operación debe de resultar muy agresiva para el organismo, ¿no crees? No le apetecerá comer mucho, pero se me ha ocurrido que puedo llevarle un racimo de uvas…

El nudo en la garganta de Prudence le impedía articular palabra, pero consiguió ofrecerse a cambiar de sitio para que el hombre y la mujer pudieran compartir mesa. Se lo agradecieron e hicieron el cambio. Prudence permaneció durante el resto de la comida con los ojos anegados en lágrimas mientras escuchaba la conversación de sus vecinos. Aunque le desagradaba la humanidad en general, era una de esas personas con un corazón tan grande que se quedan conmocionadas ante los problemas de unos completos desconocidos, así que a veces imaginaba que podía aliviarlos si actuaba de forma noble. El hombre que se había sentado a su mesa, que al principio le había parecido un aburrimiento o incluso una amenaza, había demostrado ser un objeto digno de interés. Había nobleza y dramatismo en él.

Se dirigía a la caja a pagar la cuenta cuando se percató de la presencia de un joven que estaba sentado a otra de las mesas. Era el señor Manifold. Estaba comiendo (tal vez «engullendo» fuera una palabra más apropiada) el pastel de carne al horno que Prudence había evitado por considerarlo demasiado graso. Nunca lo había visto comer hasta entonces, y se vio obligada a desviar la mirada de inmediato, porque le parecía que tenía un punto indecente, como si un manto hubiera caído y dejado al descubierto más de lo que ella debía ver. Por supuesto, todas las mujeres de la oficina sabían que comía en

alguna parte. Es más, incluso habían hecho conjeturas sobre el lugar adonde podía ir; tal vez se lo tragaba la amplitud masificada de la Corner House o lo arropaba la seguridad masculina de un pub. Prudence se apresuró a salir del local entre incómoda e irritada. ¿Habría ido alguna otra vez a ese restaurante?, se preguntó. Confiaba en que no tomara por costumbre frecuentar los lugares a los que iba ella. Le molestaría tener que cambiar de hábitos.

Cuando volvió a la oficina, se encontró a la señorita Trapnell y a la señorita Clothier sentadas con recato en sus respectivos sitios y ocupadas en las mismas tareas indefinidas de la mañana. Prudence se sentó delante de sus pruebas una vez más y empezó a sentir un sopor; incluso se echó una siestecita de unos minutos cubriéndose los ojos con la mano. Al otro lado del despacho no se oía nada; el doctor Grampian no había vuelto de comer. No llamó nadie por teléfono ni hubo visitas. A las cuatro menos cuarto la señorita Trapnell y la señorita Clothier empezaron a especular acerca del té: ¿llegaría puntual o no? Al poco rato se oyó el tintineo de la bandeja y apareció Gloria, la otra mecanógrafa, en el despacho. La señorita Trapnell abrió su lata de galletas y la señorita Clothier sacó una porción de tarta casera de una bolsa de papel; Prudence no comió nada, pero encendió un cigarrillo. Y así pasaron las horas hasta que llegaron las seis menos cuarto.

—Creo que hoy puedo permitirme marcharme un poco antes de las seis —comentó la señorita Clothier—. Esta mañana he llegado a la oficina a las diez menos veinte y ya estaba sentada y trabajando a menos cuarto.

Miró a Prudence y a la señorita Trapnell como si las retara a contradecirla.

—Claro que sí —dijo Prudence con tono aburrido.

—Bueno, creo que me quedaré hasta las seis —dijo la señorita Trapnell—, aunque lo cierto es que he llegado entre las diez menos diez y las diez menos cinco, así que también podría irme un poco antes de las seis. Sin embargo, me parece que voy a acabar primero lo que estoy haciendo; es un fastidio dejar el trabajo a medias.

—¡Estoy totalmente de acuerdo! Pero a veces hay que detenerse en algún punto si uno no puede terminarlo todo en un horario razonable —dijo la señorita Clothier—. No me importaría quedarme hasta las seis y media si creyera que iba a terminar todo lo que estoy haciendo, pero, para dejarlo acabado, tendría que quedarme hasta las once de la noche. —Soltó una risita—. Y estoy segura de que el doctor Grampian no espera que haga eso.

Prudence se tragó su indignación. ¿Cómo podían presumir de saber lo que él esperaba de ellas?

—Parece que el doctor Grampian espera poco y mucho a la vez —

dijo crípticamente la señorita Trapnell—. Es difícil encontrar el punto exacto.

—Pues nunca se ha quejado de mi trabajo —dijo la señorita Clothier muy ufana.

—No, no, no me refería a eso —dijo la señorita Trapnell mirando a Prudence. Ambas consideraban que la señorita Clothier podía resultar «difícil de tratar» algunas veces.

—Y ¿no va a perder el tren si no se da prisa? —preguntó Prudence.

—Ya cogeré otro —dijo la señorita Clothier—. No me gustaría que nadie pensara que no hago más que mirar el reloj.

—Pero, en cierto modo, todos estamos pendientes del reloj —dijo Prudence—. No seríamos humanos si no nos diéramos cuenta de cuándo es la hora del té o si no nos alegráramos cuando se acaba la jornada.

—Bueno, ahora sí que me voy —dijo la señorita Trapnell mientras recogía todas sus cosas—. No se quede hasta muy tarde, señorita Bates —añadió con sorna—. No me gustaría pensar que usted va a seguir aún por aquí a las once.

Por fin se marcharon las dos. Prudence terminó de leer la página que tenía a medias y, a continuación, empezó a recoger, aunque con parsimonia. A veces el doctor Grampian llegaba a las seis y trabajaba tranquilo y sin interrupciones hasta la hora de cenar. Sin embargo, hoy no iba a ser una de esas tardes. Prudence, que ya había abandonado toda esperanza, se dispuso a salir por la puerta cuando oyó unos pasos detrás de ella.

—¿Ha comido bien, señorita Bates?

Era el señor Manifold. Había un punto de picardía en su tono de voz. De modo que sí la había visto en el restaurante.

—Ni mejor ni peor que otras veces —contestó Prudence—. No es el restaurante ideal para disfrutar de la comida.

—Bueno, se me ocurrió probar a ver qué tal —dijo el señor Manifold mientras pasaba junto a ella—. Pero podría haber comido una ración el doble de grande.

—Ustedes los hombres tienen un apetito voraz —dijo Prudence, consciente del doble sentido de sus palabras.

—Parecía usted más interesada en el libro que en el plato —dijo el señor Manifold—. ¿Qué estaba leyendo tan absorta?

—A Coventry Patmore —dijo Prudence con frialdad.

—Ah, Coventry Patmore. Le va como anillo al dedo, diría yo:

> Seco estaba mi corazón,
> seco de devoción y agotada memoria…[3]

Inmediatamente después, el señor Manifold añadió:

—Mire, por ahí va mi autobús. Creo que si corro llegaré a tiempo. Discúlpeme, por favor. ¡Adiós!

Prudence se quedó clavada en el suelo como si hubiera echado raíces, la verdad es que no había una forma mejor de expresarlo. ¡Ni siquiera se le había ocurrido que el señor Manifold hubiera oído nunca el nombre de Coventry Patmore! Y que encima recitara esos versos, esos versos tan expresivos… ¿Qué le había dicho? Que le iba como anillo al dedo… ¿A qué se refería con eso? Había sonado casi como si la hubiera estado observando y analizando, a ella y sus posibles gustos, como si se hubiera percatado de ciertos aspectos de Prudence, incluso de sus sentimientos hacia Arthur Grampian. Era de lo más irritante y perturbador. Caminó airadamente, y con paso brioso subió al autobús y se quedó apretujada entre los otros viajeros.

Cuando llegó a su piso ya se había calmado. ¡Como si importara algo que Geoffrey Manifold pensara en ella! Era un joven aburrido que guardaba la lata de Nescafé bajo llave en un cajón de la oficina. Había sido muy impertinente por su parte preguntarle qué estaba leyendo. Ojalá no se lo hubiera dicho.

Se percató de que había una carta sobre el felpudo. Era de Jane, una especie de misiva incoherente y espontánea llena de subrayados.

Mi queridísima Prue:

¡Qué maravilla de parroquia! Supongo que puede decirse que ya estamos instalados, aunque me parece que todavía no he organizado toda mi ropa y ¡hace un momento he tenido que revolver en un baúl para encontrar una sobrepelliz limpia para Nicholas! Ojalá las hicieran de papel y se pudieran tirar después de usarlas… O por lo menos de nailon. Si no me equivoco, en Estados Unidos son así. Siempre me acuerdo de cuando viajé a Dresde de niña y fui a una iglesia típica de allí. Era el edificio con la mejor calefacción de la ciudad, ¡y tenía estrellitas doradas en el techo! En fin, ¡menuda riqueza! El secretario del consejo de la iglesia parroquial se llama Mortlake; es un caballero alto y muy digno que recuerda levemente a un águila, y también es afinador de pianos. Parece que hay cierta tensión entre él y otro joven, un empleado de banca que a veces hace las lecturas en misa. Creo que a Flora le parece muy atractivo. ¡Ay, quién fuera joven otra vez! Y luego está el señor Fabian Driver, un viudo desconsolado pero fascinante. Me parece que se come el corazón de sus víctimas a la cazuela. Parece un león, así que entre el águila y él, estamos rodeados de las criaturas más nobles que hizo Dios.

Prudence continuó leyendo, porque la carta era mucho más larga, siempre con un tono similar. Al final consiguió enterarse de que Jane confiaba en poder ir a la ciudad pronto «en especial para ir a la librería Mowbray's a comprar libros religiosos», pero insistía en que Prudence tenía que comer algún día con ella, y entonces se lo contaría «absolutamente todo».

Volvió a introducir la carta en el sobre y se sirvió una ginebra con martini seco. Le encantaba llegar a casa por la noche y entrar en su pisito amueblado, con un mobiliario que Jane calificaba de «estilo regencia bastante incómodo». Cuando terminó la copa entró en la cocina y empezó a prepararse la cena. Aunque estaba sola, no era una comida de la que avergonzarse. Añadió una pizca de ajo a la ensalada aliñada con aceite y queso curado. Puso la mesa con todos los complementos y después de cenar tomó un café que no salió de una lata ni de un bote.

Había sido un día complicado, se dijo Prudence, aunque no habría sabido decir exactamente por qué. Ni una muestra de afecto por parte del doctor Grampian, la comida tan tristona (ese pobre hombre debía de estar sentado junto a Madge ahora mismo, ligeramente inclinado hacia delante, esperando a que los labios de ella se movieran para hablar), la falta de delicadeza del señor Manifold, la irritación perpetua de la señorita Trapnell y la señorita Clothier… Cualquiera de esas cosas habría bastado para arruinarle el día, y habían sucedido todas juntas. Por eso decidió que se iría a la cama temprano y leería un poco. No era un libro muy bonito (a menudo la señorita Trapnell o la señorita Clothier le preguntaban: «¿Está leyendo algún libro bonito, señorita Bates?»), pero describía una relación amorosa en el sentido más amplio de la palabra y no escatimaba en detalles, aunque todo narrado en un tono muy intelectual y con muchísimas citas de Donne. Era difícil imaginarse que su amor hacia Arthur Grampian pudiera acercarse alguna vez a lo que leía y, de hecho, apenas pensó en él mientras estaba enfrascada en la lectura; leyó hasta bien entrada la madrugada, cuando consiguió llegar al final inevitablemente infeliz pero satisfactorio.

CAPÍTULO 5

Jane no dejaba de pensar en el día que iba a pasar en Londres como un aliciente que la mantenía animada mientras realizaba las tareas propias de la parroquia, que parecían superarla. No dejaba de pensar en todas las cosas que pretendía contarle a Prudence cuando la viera, e incluso empezó a especular acerca de dónde podrían ir a comer y qué elegirían como plato principal. Al día siguiente de haber escrito a Prudence, a la señora Glaze le fue imposible presentarse en su casa (por un misterioso motivo que Jane no se atrevió a preguntar), así que Jane tuvo que encargarse de preparar la comida, porque Flora había ido a visitar a una amiga del colegio y no volvería hasta tarde.

—Cariño, estaba pensando —dijo Jane mientras entraba en el despacho de Nicholas justo antes de la hora del almuerzo— que podríamos ir a comer fuera.

Nicholas la observó por encima de la montura de sus gafas con una mirada tierna y cariñosa. Era evidente que no había oído lo que acababa de decirle su esposa.

Las miradas tiernas y cariñosas y las gafas, pensó Jane. A eso se reducía todo en el fondo. La pasión de los primeros años, los versos de Donne y de Marvell, así como de los poetas más oscuros del siglo xvii que tanto le gustaban a Jane, protagonistas de su trabajo de investigación frustrado, se habían ido desvaneciendo para convertirse en miradas tiernas y cariñosas por encima de unas gafas. Llegaba un día en que una mujer dejaba de recitarle poemas a su marido. ¿Cuándo había ocurrido? ¿Acaso habría podido darse cuenta y llorar su pérdida de haber sido más observadora?

Murmuró para sus adentros:

> ¿Por qué elude mi valedora
> el beneficio?[4]

No eran nada apropiados, ya lo sabía, pero le encantaban esos versos.

—¿Qué decías, mi amor? —preguntó Nicholas, sin levantar la mirada esta vez.

—No lo sé —dijo Jane—. Se me ha olvidado lo que quería decirte.

—Pero has dicho algo. Que querías salir o no sé qué.

—Sí, a comer. Creo que sería una excelente idea salir a comer hoy a un restaurante.

—¿Por qué precisamente hoy?

—Bueno, ya sabes, la señora Glaze no ha venido y Flora tampoco está. Y a mí no se me ocurre qué podríamos comer —dijo Jane a la desesperada.

—¿Por qué no abrimos una lata de conserva o comemos algo precocinado?

—¿Una lata de qué? Esa es la cuestión.

—No sé, de carne o algo así. De Spam[5] o como se llame.

—Pero, cariño mío, ya no hay Spam. Lo traían de Estados Unidos durante la guerra, pero ya no se encuentra.

—Entonces, ¿es que no hay nada comestible en esta casa? ¿Es eso lo que intentas decirme? —preguntó Nicholas, divertido por la situación.

—Sí, más o menos. Creo que la señora Glaze me comentó que podría encontrar salchichas en la carnicería si iba temprano, pero no me he acordado hasta ahora mismo, y ya son casi las doce y media… —dijo Jane con sentimiento de culpabilidad.

—Bueno —dijo entonces Nicholas mientras se incorporaba—, en ese caso comeremos fuera. ¿Adónde quieres ir?

Jane se puso un abrigo viejo de tweed que estaba colgado en el recibidor (el tipo de prenda que cualquier otra persona se habría puesto para dar de comer a las gallinas) y salieron juntos de casa. Vacilaron en la verja del jardín, preguntándose qué dirección era mejor tomar, y después pasaron por delante de la iglesia sin tener todavía una idea clara de adónde podían ir a comer.

—¡Ya sé! —dijo Jane de repente—. ¡La señora Crampton y la señora Mayhew! Tienen un café, ¿verdad? Creo que se llama The Spinning Wheel.

—¿The Spinning Wheel? —repitió Nicholas no muy convencido—. ¿«La Rueca»? Con ese nombre no parece que vayan a darnos de comer. ¿Estás segura de que no es uno de esos sitios en los que venden bufandas tejidas a mano y cosas así?

—No… Estoy segura de que sirven comidas. De hecho, el otro día estuvimos charlando sobre eso en la iglesia mientras preparaban la decoración para la fiesta de la cosecha.

Por fin llegaron a The Spinning Wheel y, aunque efectivamente había expuestos en un escaparate unos cuantos objetos con detalles artesanales que parecían hechos a mano, también había un menú escrito con letra femenina llena de filigranas y clavado en un lateral

de la puerta.

—Parece un sitio muy tranquilo —dijo Jane antes de entrar—. No hay nadie comiendo.

—A lo mejor es que aquí la gente no come hasta la una —se aventuró a decir Nicholas.

—Supongo que será eso. ¿Nos sentamos al lado de la ventana? Así podremos ver qué se cuece en la calle.

Eligieron una mesa junto a la ventana y se sentaron a observar la calle desierta.

—Imagino que todos habrán madrugado para llegar pronto a la carnicería y comprar salchichas antes de que se acabaran —dijo Jane —. Ahora deben de estar comiéndolas.

—No creo que sea eso —dijo Nicholas con un tono más rotundo que de costumbre.

Notaron un movimiento junto a ellos y Jane levantó la vista y se topó con la señora Crampton en persona, de pie junto a la mesa.

—Buenos días, reverendo y señora Cleveland —dijo—. ¿Qué les apetece tomar?

Les tendió el menú del día, que daba a elegir entre salchichas envueltas en pasta de huevo o ternera al curry.

—¡Vaya! —exclamó Jane—. Me temo que no me gusta el curry y a mi marido no le convienen las salchichas, así que tal vez tomamos solo una sopa y algo dulce…

—Y ¿qué les parecería si les preparo unos huevos con beicon? —propuso, de pronto, la señora Crampton bajando el tono de voz.

—Sería perfecto —dijo Nicholas.

—¿En serio podría hacerlo? —preguntó Jane.

—Sí, algunas veces nos salimos del menú. Aunque no podemos hacerlo con todo el mundo, claro. Y también quieren un plato de sopa, ¿verdad?

Los dos comensales asintieron y la señora Crampton se marchó deprisa hasta desaparecer tras una cortina de terciopelo que había al fondo del café.

—¿Por qué has dicho eso de que «a mi marido no le convienen las salchichas»? —preguntó Nicholas conteniendo la risa—. Ha sonado muy raro.

—No lo sé. Creo que no me he dado cuenta del significado de mis palabras hasta que las he dicho. Supongo que pensé que ella esperaba que yo dijera algo por el estilo.

La señora Crampton les sirvió la sopa, que terminaron enseguida, tras lo cual se produjo un largo silencio. Ni Jane ni Nicholas hablaban y nadie más entró en la cafetería. Al cabo de un rato, Jane oyó unos ruidos al otro lado de la cortina de terciopelo, el murmullo de unas

voces cuchicheando y el siseo del aceite hirviendo. Por fin, la señora Crampton salió de detrás de la cortina con una bandeja y dos platos. Colocó un plato delante de Jane con un huevo frito, una loncha de beicon y patatas fritas cortadas en una forma rara, y delante de Nicholas un plato con dos huevos, beicon y bastantes más patatas.

—Bueno, ¡los hombres necesitan huevos! —exclamó la señora Crampton satisfecha con su comentario.

A Jane le divertía esa insistencia sobre las necesidades de los hombres. Los hombres necesitaban carne y huevos. Bueno, sí, era razonable, pero ¿por qué los necesitaban más que las mujeres? Tal vez tenía algo que ver con la viudedad de la señora Crampton. Quizá compensara el no tener que cocinar para ningún hombre en casa cubriendo las necesidades culinarias de todos los varones que entraban en su establecimiento.

Nicholas aceptó sus dos huevos y el beicon, así como la implicación de que sus necesidades eran más importantes que las de su esposa con cierto grado de complacencia, pensó Jane. Pero como clérigo había tenido que acostumbrarse a aceptar halagos y obsequios de buena gana; en la primera etapa no le había resultado nada fácil. Modesto y algo reservado por naturaleza, al principio no entendía por qué, en realidad, tenían atenciones especiales con él.

—Está delicioso —comentó Jane confiando en que la señora Crampton no se quedara a mirar cómo comían.

—¿Suele venir mucha gente a comer? —preguntó Nicholas.

—Bueno, tenemos algunos clientes fijos, ya sabe, y otros ocasionales, como los llamamos nosotras. El señor Oliver es uno de los fijos. Siempre viene a la una y cuarto. Trabaja en el banco y me parece que su ama de llaves no le prepara la comida; solo el desayuno y la cena.

—Pobre señor Oliver —dijo Jane rebosante de comprensión.

Lo cierto era que, cuando salía a leer en misa los domingos por la tarde, tenía un aspecto muy pálido, pero puede que solo fuese cosa de la iluminación de la iglesia. Terminó deprisa el huevo y el beicon por si llegaba el señor Oliver y los veía comiendo algo que no estaba en el menú.

—Miren, ahí está.

La señora Crampton abrió la puerta e hizo un gesto de bienvenida. El señor Oliver tomó asiento en una mesa pequeña del rincón. Saludó con la cabeza y se sirvió un vaso de agua. Ella desapareció entonces a través de la cortina de terciopelo.

—Buenos días, reverendo —dijo el señor Oliver—, o buenas tardes tal vez, aunque parece que sigue siendo de mañana cuando no se ha comido aún…

Nicholas le presentó a Jane al señor Oliver y empezaron a charlar de forma algo convencional desde una punta de la cafetería a la otra. Jane sentía un poco de vergüenza porque Nicholas no se había acabado el segundo huevo y confiaba en que el señor Oliver no se diera cuenta de lo que había en el plato.

—Tiene que venir a tomar el té con nosotros algún domingo —dijo Jane. Seguro que a Flora le apetecía conocerlo, aunque tal vez se sintiera un poco decepcionada al verlo. No parecía que tuviera mucha conversación y llevaba un traje azul demasiado chillón para resultar elegante, pensó Jane. Aun con todo, no estaría de más quedar un día para el té, así que acordaron que iría a su casa precisamente el domingo siguiente.

En estas volvió a aparecer la señora Crampton y colocó delante del señor Oliver un plato con pollo al horno con abundante guarnición como Dios manda. Él lo aceptó con la misma complacencia que Nicholas había aceptado sus huevos con beicon, y empezó a comer.

Jane miró hacia otro lado para que el señor Oliver no se sintiera incómodo. «Los hombres necesitan comer pollo. Lo mejor de lo mejor, eso es lo que necesitan los hombres.»

—Me pregunto si el señor Fabian Driver come aquí alguna vez —le comentó a su marido.

—¿Fabian Driver? ¿Y cómo voy a saberlo yo? —preguntó a su vez Nicholas con indulgencia.

Pidieron el postre: ciruelas al horno y arroz con leche. Después tomaron una taza de café sorprendentemente bueno. A continuación, Nicholas pidió la cuenta.

—Confío en que venga a la partida de *whist* —dijo la señora Crampton—. Si quiere, le vendo unas papeletas.

—¿La partida de *whist*? —preguntó Nicholas—. No sabía que fueran a hacer una partida de *whist*. Nadie me ha dicho nada.

—No, no es una actividad de la parroquia —dijo la señora Crampton con una sonrisa—. Es para recaudar fondos para financiar el partido, ¿sabe? Será a principios de diciembre, pero las papeletas están muy solicitadas. El señor Lyall en persona ha prometido acudir, e incluso su madre, la señora Lyall, si le es posible. Puede ser un gran acontecimiento.

—Sí, claro que nos apetecería ir —dijo Jane—. Todavía no conozco a nuestro parlamentario. ¿Puede darnos cuatro papeletas, por favor?

—Lo organiza la señorita Doggett, mientras que la señora Mayhew y yo nos encargamos de los refrescos y las cosas de picar.

—Eso sí que es un buen aliciente para no faltar —dijo Nicholas con su tono más cortés.

Entonces se despidieron y salieron, dejando al señor Oliver solo

con su pollo.

—Ojalá consiguiera convencer a Prudence para que viniera ese fin de semana —dijo Jane—. A lo mejor así se anima.

—No sé si una partida de *whist* en un pueblo es lo más apropiado para animar a tu amiga Prudence —dijo Nicholas—. Siempre me pregunto por qué no se apunta a hacer algún tipo de labor social.

—Hablas como si estuvieras predicando, o como si fueras la señorita Birkinshaw, nuestra anticuada tutora —dijo Jane molesta—. ¿Crees que Prue se sentiría realizada si tuviera un asiento en algún comité o preparando actividades para los pobres?

—No va nunca a la iglesia, ¿verdad? —preguntó Nicholas para tantear el terreno—. Pues es una pena.

—Bueno, supongo que tienes razón —dijo Jane—. Sobre todo viviendo en Londres, con la oferta tan amplia que hay.

Nicholas suspiró y dejó el tema por imposible.

Fabian Driver, que estaba tomando una copa como siempre antes de comer en el bar de The Golden Lion, miró hacia el exterior y vio a Nicholas y a Jane que volvían a su casa. Al verlos, sintió una sensación indefinida, a medias entre la irritación y la envidia. Supuso que era por la sonrisa que Jane le dedicaba a su esposo o por ese abrigo tan horrible que llevaba puesto, la clase de abrigo que una mujer solo podía atreverse a lucir en presencia de su marido, pensó. Por un instante se sintió tentado de saludarlos con la mano e invitarles a que entraran a tomar algo. Pero el momento se esfumó y, además, ya era la una y media, la hora de que Fabian se marchara a casa a tomar lo que él llamaba su solitaria comida.

—Por ahí iban el nuevo párroco y su esposa —dijo a la camarera del bar—. Podría haberlos invitado a tomar una copa.

—¡Venga ya, señor Driver! —dijo riendo la muchacha.

—Bueno, ¿qué tiene de divertido?

—Estaba pensando en el canónigo y su esposa, la señora Pritchard. Seguro que a ellos no los habría hecho entrar aquí.

—Por supuesto que no. Y a lo mejor los Cleveland tampoco habrían entrado. Si no me equivoco, han ido a comer a The Spinning Wheel.

En el bar ya no quedaba nadie aparte de Fabian. El hombre seguía allí sentado tranquilamente, contemplando su imagen en el espejo enmarcado con madera de caoba y rodeado de botellas de licor.

—La señora Arkright le va a tirar de las orejas como no vuelva a casa a tiempo para la comida —dijo la camarera con humor—. Seguro que le ha preparado algo muy sabroso.

Fabian dejó el vaso en la barra.

—Sí, tiene razón. Será mejor que me vaya.

—Eso, eso —contestó ella dándole la razón—. No quiero que su guiso se eche a perder.

No, pensó Fabian, él tampoco querría eso. No se le ocurrió que tal vez la que tenía ganas de marcharse a comer era la camarera.

Fabian caminó despacio por la calle principal, dejando atrás la hilera de edificios nuevos y antiguos que se sucedían a ambos lados. La iglesia parroquial y la casa del párroco estaban en la otra punta del pueblo. La enorme capilla con la que se topó entonces era la metodista, pero, por supuesto, él no podía ir allí. De hecho, ninguna de las personas que conocía iba a esa capilla, salvo por curiosidad, claro, aun cuando la verdad se encontrara entre sus muros. Un poco más abajo y, como era de esperar, en la otra acera, había una estructura pequeña con tejadillo de hojalata que servía de lugar de culto para los católicos. Fabian conocía al padre Kinsella, un irlandés bastante agraciado que a menudo iba al bar de The Golden Lion para beber algo. Incluso se le había ocurrido un par de veces ir a su iglesia, pero nunca había pasado de ser una intención. El carácter provisional del edificio, la relativa incomodidad del interior, las figuras e imágenes de escayola de gusto más que cuestionable, la simplicidad de los sermones del padre Kinsella, que solo iban dirigidos a una congregación de campesinos irlandeses y criadas…, todas esas cosas frenaban sus deseos de entrar. No cabía duda de que el glamour de Roma no se encontraba allí.

Aparte de eso, solo quedaba la iglesia anglicana, al menos se podía elegir entre la parroquia del señor Cleveland y la iglesia anglocatólica del padre Lomax, que se hallaba en el pueblo de al lado, pero, de todos modos, a una distancia razonable. Habría sido más acorde con el temperamento de Fabian preferir el servicio religioso anglocatólico, pero al padre Lomax no le gustaban los mirones ni los visitantes ociosos, y esperaba que su congregación aceptara también las partes más incómodas de la fe: confesarse, levantarse para cantar misa a las seis y media de la mañana en invierno… Así pues, no le quedaba más remedio que ir a la parroquia anglicana liberal, donde, aunque la celebración era menos exótica, el yugo era más ligero. Además, la iglesia en sí era más antigua y tenía unos retablos y tumbas en las paredes muy interesantes. A menudo Fabian se imaginaba que colocaban su propia lápida dentro de la iglesia, pese a que nunca se había parado a pensar quién iba a pedir que lo hicieran ni por qué motivo.

Su casa era una de las que rodeaban el parque público, que, con sus castaños y su estanque, conformaba el verdadero epicentro de la localidad. Cuando abrió la verja de hierro de su jardín y recorrió el camino que iba hasta la casa, bordeado en esa época por distinguidas dalias, reparó en que la señora Arkright estaba esperándolo en la

puerta, con la cofia y el delantal puestos.

—Vaya, señor Driver —dijo ella a modo de reproche—, creía que le había pasado algo… Le he comprado filete de ternera y no quería ponerlo en la parrilla antes de que llegara. No están los tiempos como para malgastar la carne, ¿no le parece?

Fabian cruzó el recibidor y, a través de las puertas acristaladas del salón, salió al jardín posterior, que era un largo parterre de césped con un nogal en el centro y, al fondo, un par de hileras de hortalizas y unos cuantos manzanos.

A un lado de su casa vivía el médico y al otro la señorita Doggett y la señorita Morrow. Esta última se encontraba en esos momentos en el jardín, cortando unos crisantemos muy tempraneros que crecían cerca de la valla que separaba ambos jardincillos.

—Hola. Así que cortando flores… —dijo Fabian.

—Sí, cortando flores… —contestó alegre la señorita Morrow.

Sí, no cabía duda de que estaba cortando flores, pensó Fabian con fastidio. Se arrepintió de haber salido al jardín, porque le costaba mucho mantener una conversación con la joven. Cuando vivía su mujer nunca le había prestado atención a Jessie Morrow; es más, le había prestado todavía menos atención que a su propia esposa, si eso era posible. A la señorita Doggett la conocía bien, por supuesto, pero la señorita Morrow siempre parecía quedar en la sombra, era como una cosa sin personalidad propia, tan neutra como su forma de vestir.

Últimamente, sin embargo, había empezado a tomar conciencia de ella, aunque no sabía decir exactamente por qué o en qué sentido en concreto. No parecía que la joven hablara con él más que antes, pero cuando estaba en su compañía Fabian se sentía incómodo, como si se mofara de él, o incluso como si supiera cosas sobre su persona que él no quería que se supieran.

—¿Le apetecen unas manzanas? —preguntó Fabian para romper el silencio.

Miró sin mucho interés hacia el árbol.

—No, gracias. Ya tenemos muchas —dijo la señorita Morrow, indicando sus propios manzanos con un gesto.

De pronto, Fabian se sintió ridículo; era cierto que el jardín de la señorita Doggett tenía muchos más manzanos que el suyo.

—Si quiere que le guarde algunos membrillos cuando estén maduros… —se ofreció ella—. Nuestro árbol da mucho fruto. Usted no tiene ningún árbol de esa especie, ¿verdad?

—Pues no. A Constance le gustaban tanto los membrillos… —dijo Fabian con tristeza.

«¡A Constance le gustaban tanto los membrillos!», repitió para sus adentros la señorita Morrow con ironía. Como si Fabian supiera o

diera importancia a lo que le gustaba a Constance… ¡Pero si la señorita Doggett le había ofrecido membrillos varias veces y siempre los había rechazado!

—¡Señor Driver! ¡Señor Driver! —le llamó la señora Arkright, que acababa de salir al jardín—. ¡Ya está listo su filete!

—Ah, sí, el filete. —Fabian sonrió—. Discúlpeme, señorita Morrow.

—Por supuesto. No me gustaría que se le enfriara la carne por mi culpa. Los hombres necesitan carne, como dicen siempre la señora Crampton y la señora Mayhew.

La joven se despidió de él haciendo un gesto con la mano.

Fabian se marchó corriendo, consciente de su propia necesidad de carne y del tono ligeramente burlón del comentario de la señorita Morrow, como si hubiera algo cómico en el hecho de que los hombres necesitaran carne.

El comedor estaba en la parte delantera de la casa, decorado con buen gusto, pero bastante contenido, quizá demasiado bien amueblado y decorado para que uno se sintiera cómodo en él. Por supuesto, la impresión general al entrar era que se trataba de un salón de estilo regencia.

La ternera estaba tierna y perfectamente cocinada, igual que las patatas y las judías verdes. Constance no apreciaba la buena comida. Era una mujer sencilla y de aspecto apagado, algunos años mayor que Fabian. Cuando se casaron era guapa, y le había proporcionado una abundante cantidad de dinero, así como mucho amor. Además, su muerte lo había pillado por sorpresa y lo había dejado destrozado, porque había sido repentina, sin enfermedad alguna para prepararlo psicológicamente, y había ocurrido cuando él estaba absolutamente inmerso en uno de sus deslices amorosos, esos que parecía necesitar como el comer, ya fuera para subir su autoestima o por alguna necesidad más perentoria. El descalabro que supuso todo ese asunto lo había entristecido mucho, y aunque había contado con varias mujeres dispuestas a consolarlo, él había abandonado a todas sus anteriores amantes y se había dedicado a su papel de viudo inconsolable en lugar de al de donjuán. De hecho, había pasado casi un año desde la última vez que había pensado en alguien que no fuera él mismo. De todas formas, creía que ahora estaba a punto de volver a sus aventuras amorosas. Constance no habría querido que viviera solo, pensó. La mujer de Fabian había llegado incluso a invitar a sus amantes a pasar el fin de semana con el matrimonio, y más de una vez, al mirar hacia el jardín por una ventana del piso de arriba, él había descubierto a las dos mujeres sentadas juntas en sendas hamacas a la sombra del nogal, charlando animadamente sobre él, o eso imaginaba. En realidad, puede que las mujeres hablasen de otras cosas (de la vida en general, de cocina o de costura, por ejemplo, porque sus amantes siempre

llevaban a esas reuniones la prenda de punto o la labor que estuvieran tejiendo entonces para enseñarle a Constance lo bien que quedaba). No obstante, siempre hablaban de forma un poco acartonada, como suele ocurrir con las mujeres que comparten al mismo hombre. Era inevitable que se produjera una falta de espontaneidad y franqueza.

Después de comer, Fabian subió a la planta superior y entró en la habitación que había sido de Constance. Parecía sacada de una novela victoriana, y seguía intacta porque Fabian no había tocado ninguna pertenencia de la fallecida. Sin embargo, había sido la pereza y la falta de iniciativa más que el sentimiento lo que había hecho que la ropa continuara colgada en los armarios y que los cepillos de plata y el espejo aún estuvieran encima del tocador. Tal vez le pidiera a alguien que lo ayudara a escoger entre esas cosas y tirar las que no fueran aprovechables. La esposa del nuevo clérigo, la señora Cleveland, podría echarle una mano. Parecía una persona muy sensata. Además, era incapaz de pedirle a la señorita Morrow o a alguien que hubiera conocido a Constance y estuviera al corriente de su comportamiento hacia ella que lo ayudara a realizar dicha tarea. Así pues, decidió que le mencionaría el asunto a Jane Cleveland la próxima vez que la viera.

Fabian se había acercado a la ventana y miraba hacia el exterior. La señorita Morrow seguía al fondo del jardín de la casa contigua. Era imposible que llevara todo ese tiempo cortando flores. De pronto, para su sorpresa, vio cómo levantaba la mirada hacia su casa y lo saludaba con la mano, pero cuando él volvió a mirar la mujer ya se había ido, así que después empezó a dudar si de verdad lo había saludado o si se había imaginado todo el episodio.

CAPÍTULO 6

—Mamá —dijo Flora el sábado siguiente—, no te olvides de que mañana viene el señor Oliver a tomar el té. Me dijiste que lo habías invitado el día que coincidisteis en el restaurante.

—Ah, sí. Tienes razón —contestó Jane—. Bueno, supongo que la señora Glaze preparará un bizcocho o compraremos alguna tarta en The Spinning Wheel.

La señora Glaze no estaba del todo segura de ser capaz de preparar un bizcocho, y Jane creyó notar cierta reticencia a hacerlo en su comentario.

—Tranquila, no creo que coma demasiado bien en la pensión —dijo Jane para dar confianza a la señora Glaze—. Siempre me dan mucha pena los jóvenes que viven en casas de huéspedes, sobre todo los domingos por la tarde. Me pregunto si en la sala de estar tendrán una aspidistra sobre una mesa de bambú colocada debajo de la ventana, un rimbombante mantel con borlas y flecos y cuadros horrorosos o incluso fotografías de familiares muertos colgadas en la pared —dijo Jane pensativa, olvidando una vez más a sus interlocutoras.

—La señora Walton le ha dado una habitación exterior y muy acogedora —dijo la señora Glaze—. Y sí que tienen una planta encima de la mesa que hay bajo la ventana, pero es un helecho ornamental precioso, mejor de lo que él se merece.

Jane cambió de tema enseguida. Tal vez no era muy buena idea invitar al señor Oliver a tomar el té. Nicholas también había tenido sus dudas después de que ella lo hiciera.

—¿Es que vas a ir invitándolos a todos uno por uno? —le preguntó algo temeroso—. ¿No vamos a tener ninguna tarde de domingo en paz?

—Claro que sí, pero el señor Oliver me pareció un joven muy agradable, y vive solo en una casa de huéspedes, así que pensé que invitarlo sería un detalle por nuestra parte —dijo Jane—. Y por supuesto no tengo intención de invitar a todo el consejo parroquial ni a todos los feligreses, si es lo que estás pensando…

—Querida, ya sé que no piensas hacerlo —dijo Nicholas—. Pero

tampoco quiero que Mortlake, Whiting y los demás se sientan menospreciados por no haber sido invitados.

—Bueno, pues ya los invitaremos a una taza de té y unas pastitas después de la próxima reunión del consejo parroquial —sugirió Jane, despreocupada—. Así quedarán contentos, ¿no?

—¿Se puede comer y beber en la sacristía? —preguntó Flora.

—Supongo que podríamos hacer aquí la reunión —dijo Nicholas—. Tenemos sitio de sobra. Aunque… —añadió algo dubitativo— no sé si es muy adecuado que se apoltronen en los sillones.

—Bueno, no tienen por qué apoltronarse —dijo Jane—. Además, seguro que habría menos discusiones y rencillas si se encontraran más cómodos en las reuniones de la parroquia. Hoy en día la gente ya no da importancia al cuerpo. Ah. Los poetas del siglo xvii sabían dársela… —Y añadió a toda prisa—: Ejem, aunque no en el mismo sentido…

—No, la verdad es que no —dijo Nicholas, y le dirigió a su esposa una mirada llena de terror, porque no estaba nada seguro de por dónde iba a salir Jane, y con Flora delante, había que poner el límite en alguna parte—. Bueno, no importa —añadió—, veremos cómo van las cosas.

A continuación, fue a refugiarse en su estudio, consciente de que había eludido la cuestión con poca destreza, si es que había una forma de eludirla.

Al día siguiente, después de comer, Flora sacó el mejor juego de té y empezó a lavar las tazas y los platitos, porque hacía ya unas semanas que no los utilizaban. Con mucho cuidado, introdujo las piezas de porcelana dorada y rosa en el agua jabonosa y, después de aclararlas, las secó primorosamente con un paño de cocina limpio. Serviría el té en la mesa baja que había junto a la chimenea, se dijo, con el mantel que tenía un ribete de raso ancho. Al final, habían convencido a la señora Glaze para que preparase un bizcocho relleno, y también habían comprado unos pastelillos y galletas de chocolate en The Spinning Wheel. Además de eso, Flora quiso ofrecer unos canapés salados y unas tostadas con mantequilla. Sería un té mucho más completo que el que solían tomar en la casa parroquial; solo deseaba que su madre no lo estropeara con alguna de sus inapropiadas ocurrencias. Cuando todo estuvo preparado, fue a cambiarse de vestido y a acicalarse un poco, y después se sentó junto al fuego con una novela ligera, muy apropiada para un domingo por la tarde, que había cogido de la biblioteca. Jane estaba sentada al otro lado de la chimenea con los pies apoyados en un puf; tenía un libro abierto sobre el regazo y los periódicos del domingo desparramados a su lado, pero no leía ninguna de las dos cosas. Estaba echando una siestecita, como solía hacer los domingos por la tarde, y había dejado caer la cabeza

hacia atrás, apoyada en el respaldo del sillón. Además, tenía la boca entreabierta. Acababa de leer una crítica sobre una novela en la que se hablaba de un personaje que había «surgido en el teatro como un triunfador», y sin saber por qué la frase había facilitado su ensoñación. Era consciente de que Flora había entrado en la sala y creía recordar que le había dicho algo sobre la necesidad de limpiar el cuarto de baño. «Pero no creo que el señor Oliver quiera darse un baño a las cuatro de la tarde», había contestado Jane. Y después de ese comentario se había sumergido en el olvido hasta que el cruel tintineo de la campanilla de la puerta la sobresaltó y le hizo soltar un grito e incorporarse de un brinco en el sillón.

—Debe de ser él —dijo Flora. Su tono dejaba entrever la agitación —. Pero solo son las tres y media.

—Rápido, déjame que salga del salón.

Ni Diana y sus ninfas al verse sorprendidas por Acteón en pleno baño pudieron haber sentido más vergüenza que Jane en ese momento. Recogió todos los periódicos y se esfumó volando.

Flora se apresuró a llegar a la puerta y se encontró al señor Oliver allí plantado. Llevaba un traje oscuro, ya fuera porque la ocasión de tomar el té en casa del párroco lo merecía o porque se había arreglado a conciencia por si salía a leer una de las lecturas en la oración vespertina. Como era de esperar, visto de cerca no parecía tan pálido ni tan etéreo como cuando lo había contemplado bajo la luz tenue de la iglesia.

—Creo que he llegado demasiado pronto —dijo—. La señora Cleveland solo me dijo que viniera a tomar el té, así que no sabía a qué hora debía presentarme.

—No, qué va. No es demasiado pronto —dijo Flora con entusiasmo —. Pase, pase. ¿Quiere dejar la gabardina en el recibidor?

—Sí, gracias. La he traído por si acaso llovía. El cielo estaba encapotado cuando salí de la casa de huéspedes y creo que han caído un par de gotas mientras venía.

Flora miró hacia el techo.

—Supongo que la lluvia irá bien para la cosecha —dijo la muchacha.

—Pero si ya han recogido la cosecha.

—Ay, sí, claro. Por eso celebramos la fiesta de Acción de Gracias por la cosecha, ¿no?

Se acordaba de lo apuesto que estaba el señor Oliver aquel día en el entorno otoñal: las espigas de trigo, los enormes jarrones de margaritas de otoño y crisantemos, las uvas en el atril del altar…

Flora le mostró el camino hasta el salón. Estaba vacío.

—Perdone el desorden —dijo Flora mientras se acercaba al sillón

de Jane, ahuecaba un cojín y recogía una página suelta que se había caído de uno de los periódicos del domingo—. Me temo que mi padre no ha llegado todavía. Está dando la catequesis.

Se hizo un silencio. ¿Qué más podía decir?, se preguntó Flora. No resultaba muy fácil entablar conversación con el señor Oliver. Ojalá apareciera pronto su madre. Así al menos dejarían de producirse esos silencios.

El señor Oliver escudriñó la habitación esperanzado. Observó el mantel con el ribete de raso y el juego de té encima de la mesa. Así pues, habría té, y tal vez tras unos pocos minutos. No se había imaginado quedarse a solas con la hija adolescente del párroco. A decir verdad, apenas se había percatado de su existencia hasta que le había abierto la puerta. Se había hecho a la idea de que iba a mantener una provechosa charla con el párroco y tal vez con su esposa, pero no con su hija. De lo contrario, habría preferido quedarse en su casa, preparando la lectura para la celebración religiosa vespertina e incluso, por qué no, practicar leyéndola en voz alta. La señora Walton, su casera, siempre ponía la radio altísima los domingos por la tarde, de modo que él podía elevar la voz sin temor a que lo oyeran o a ponerse en ridículo.

—Me marcho a Oxford la semana próxima —dijo Flora para romper el silencio.

—¿Ah, sí, señorita Cleveland? ¿Tiene familia allí?

—No. Quiero decir que voy a ir a la universidad.

—Ah, a estudiar… ¿Y qué va a estudiar, si me permite preguntárselo?

—Literatura inglesa —dijo Flora muy orgullosa.

—Vaya, vaya.

Al parecer, el señor Oliver no tenía nada que decir acerca de la literatura inglesa, así que Flora se alegró cuando se oyó un ruido en la puerta y apareció Jane en el salón.

—Señor Oliver, ¿qué tal está? Me alegro mucho de que haya venido.

Flora miró a su madre anonadada. Había invertido el tiempo transcurrido entre su fuga del salón y su encuentro con el señor Oliver en mejorar su imagen, o más bien en alterarla, porque era difícil decir si las prendas que lucía ahora eran más apropiadas para la ocasión que las que llevaba antes. Su vestido de cuadros de color azul marino y manga larga, pero sin duda demasiado vaporoso para octubre, estaba un poco arrugado, porque, como Flora supuso con acierto, debía de llevar guardado en un cajón desde que había empezado el mal tiempo. También se había tomado la molestia de ponerse medias de seda y unos zapatos del mismo color azul marino y aspecto muy incómodo

con la punta afilada y tacón alto. Para terminar, se había empolvado la cara con un tono excesivamente claro.

El señor Oliver se levantó para darle la mano.

—Confío en que mi hija lo haya entretenido en mi ausencia —dijo Jane con aire despreocupado—. Había recibido una llamada —añadió, y luego pensó que era el tipo de comentario que hacían los clérigos cuando escribían en la hoja parroquial acerca del fallecimiento de algún feligrés. Decían que había recibido la llamada de Dios o que gozaba del descanso eterno.

—Supongo que estará usted muy ocupada, igual que su esposo —dijo el señor Oliver.

—Mire, por ahí viene Nicholas —dijo Jane mientras se acercaba cautelosamente a la ventana con sus zapatos de tacón—. Ya podremos tomar el té. Hija mía, ve a poner el agua a hervir, por favor. Me parece que todo lo demás ya está listo.

Flora salió en silencio del salón y entonces entró Nicholas, que iba frotándose las manos y con aspecto benevolente.

—Buenas tardes, Oliver, me alegro mucho de verlo —dijo en un murmullo—. ¿Todavía no está listo el té? —añadió con esa impaciencia propia de los hombres, que no se paran a pensar que puede haber una mujer que en ese preciso instante esté vertiendo el agua en la tetera—. Qué difícil es educar a los hijos…

—Flora ya está preparando el té, cariño —dijo Jane con dulzura—. Mira, aquí viene.

El señor Oliver se levantó de un salto para ayudarla con la bandeja, y al cabo de un instante todos estaban cómodamente aposentados junto al fuego.

Al principio la conversación no fue muy fluida. Se dedicaron a pasarse los canapés y a preguntarse mutuamente quién quería azúcar. A Jane le costaba recordar incluso las preferencias de su familia a ese respecto. Una vez que hubo cumplido con sus obligaciones de anfitriona, le preguntó al señor Oliver por su trabajo.

—Debe de ser muy interesante trabajar en el banco —comentó Jane.

—¿Interesante? —repitió él—. Bueno, en cierto sentido sí, supongo.

—Siempre pienso en las casas bancarias de Florencia en la Edad Media; aquellos sí que debieron de ser buenos tiempos —se animó Jane impulsada por su imaginación.

—Me atrevería a decir que las cosas han cambiado mucho desde entonces —observó Nicholas con frialdad—. ¿En qué departamento trabaja?

—Ahora mismo estoy en el departamento testamentario y

fiduciario —dijo el señor Oliver.

—Vaya, eso debe de recordarle la fugacidad de la vida… —dijo Jane mientras juntaba las manos por debajo de la barbilla con bastante afectación—. Supongo que también debe de ver lo mejor y lo peor de las personas, ¿verdad? Me parece que esas cosas se descubren cuando hay dinero de por medio. Pero entonces, ¿está encerrado en un despacho en la parte interior del banco? ¿No podemos pasarnos por allí y verlo en una ventanilla?

—No, no trabajo de cara al público —dijo el señor Oliver con una leve sonrisa.

—¡Qué decepción! —dijo Jane, haciéndose eco de los pensamientos de su hija, porque el semblante de Flora se había apagado al darse cuenta de que no podría verlo si iba al banco con un pretexto u otro.

Por desgracia, el suyo no era el banco en el que los Cleveland tenían sus ahorros. Sin embargo, tampoco importaba demasiado, porque estaba empezando a desenamorarse de él, pensó la chica. A fin de cuentas, no era tan interesante y apenas la había mirado. Había sido un detalle que la ayudase con la bandeja, pero cualquier hombre con buenos modales habría hecho lo mismo. Ahora estaba hablando con su padre sobre las reuniones parroquiales, un tema de lo más aburrido. Decían no sé qué acerca del señor Mortlake y el señor Whiting. «Es como un pez que se muerde la cola», pensó Flora, que de pronto sintió ganas de echarse a reír. Al parecer había una disputa latente por un tema en concreto, aunque nada «explícito», fuera lo que fuese, nadie había dicho nada, pero el problema estaba ahí. Nicholas se limitaba a asentir y a decir: «¿De verdad?» y «¿Ah, sí?», como si tampoco le interesara mucho la cuestión, pero la voz del señor Oliver hablaba y hablaba sin parar. Era una de esas voces machaconas.

Jane deseaba que su invitado se marchara de una vez para poder tomarse la cuarta taza de té en paz, quitarse los zapatos de tacón y terminar de leer la crítica literaria del periódico, pero la reunión no terminó hasta que Nicholas miró de repente el reloj y descubrió que ya era hora de prepararse para la celebración vespertina.

En la iglesia, el señor Oliver recuperó su halo de glamour, visto desde lejos y con la luz tenue del interior. Flora volvió a sentirse inundada por el amor, hasta tal punto que no podía mirarlo siquiera. Mientras leía ante todos las lecturas, su voz sonaba diferente de cuando hablaba sobre las reuniones parroquiales a la hora del té. De pronto recordó un poema que había leído una vez, algo así como «mi devoción más auténtica, eleva tu espíritu alto y puro»… Si lo encontraba, lo copiaría en su diario.

Más tarde, durante la cena, Jane y Nicholas comentaron lo que su invitado les había contado acerca del señor Mortlake y el señor

Whiting.

—Yo me he perdido un poco —confesó Jane—. Me resultaba todo algo confuso. En un momento dado, me ha parecido incluso que hablaba de los lavabos para hombres de la parroquia, de la cisterna o algo así, pero ¿cómo puede ser que se refiriera a eso?

—Bueno, digamos que hay algo más —dijo Nicholas con cautela—. Aunque en gran medida se reduce a eso… Me pregunto —añadió enseguida, porque temía que su esposa se echara a reír— si ha sido buena idea invitar a Oliver a tomar el té. Si Mortlake o Whiting se enteran, seguro que se ofenden.

—Pues entonces tendremos que invitarlos a ellos también —dijo Jane tan tranquila—. Aunque, ¡a saber de qué vamos a hablar con ellos! Me parece que deben de tener todavía menos conversación que el señor Oliver.

—Bueno, la banca y la Iglesia no siempre son una combinación fácil… Me refiero a cuando se juntan.

—Tendríamos que haberle preguntado cosas sobre su familia —dijo Jane, arrepentida—. Sobre su madre y sus hermanas. Estoy segura de que tiene hermanas.

—Tampoco hemos hablado de su vida militar —dijo Nicholas—. Tal vez habría sido un buen tema de conversación.

—Sus triunfos en el ejército —dijo Jane.

—No creo que se haya distinguido precisamente por su servicio a la patria…

—Me refería a sus triunfos con las mujeres —explicó Jane—. A lo mejor tenía historias interesantes que contar. De todas formas, supongo que no eran temas muy apropiados para una visita en casa del párroco, claro. Incluso lo de la cisterna de la iglesia era más apropiado, ahora que lo pienso.

Nicholas suspiró.

—Sí, la verdad es que echo de menos hablar con personas inteligentes de vez en cuando… Me refiero a personas con más afinidades.

Jane se echó a reír.

—Uf, ¡eso sería demasiado! Además, no sé si ahora mismo sabríamos estar a la altura…

CAPÍTULO 7

Jane estaba en el andén de la estación, esperando el tren que la llevaría hasta el lugar en el que haría transbordo y tomaría el tren con destino a Londres. Era un día frío de noviembre, así que se había puesto varios jerséis y encima el abrigo largo de tweed, el que parecía apropiado para dar de comer a las gallinas. En contraste, el sombrero que llevaba era muy elegante y no combinaba en absoluto con el resto de sus prendas, pues lo había comprado para una boda y apenas se lo había puesto desde entonces. Era negro y tenía una forma muy favorecedora, aunque la humedad del día hacía que el velo le cayera con poca gracia sobre la cara.

Paseaba arriba y abajo por el andén mientras murmuraba para sus adentros y contemplaba los jardines que rodeaban la estación sin dejar de preguntarse si a Nicholas le importaría mucho que no asistiera a la merienda de la Asociación de Madres. En apariencia había aprobado su decisión de ir a comer con Prudence, aunque había sonreído un poco al oír las serias excusas de su esposa (ir a la librería Mowbray's a comprar regalos apropiados para los confirmandos y tal vez incluso a mirar las felicitaciones de Navidad con tiempo) y le había dicho que se divirtiera.

«Al fin y al cabo —se había excusado Jane—, tampoco me siento representativa de las madres, porque tengo una sola hija. Y ya sabes lo mal que se me da presidir las reuniones. Sería mucho más apropiado que alguien como la señorita Doggett la organizara, aunque supongo que no admitirán a las solteronas en la Asociación de Madres…»

—Buenos días, señora Cleveland… —la saludó alguien con voz firme desde lejos.

Era la señorita Doggett en persona, que se acercaba a ella a paso ligero. Sin embargo, cuando ya estaba a pocos metros de Jane, pareció dudar un instante. Abrió la boca y miró alrededor como si quisiera asegurarse de que no la oía nadie más. Entonces dijo con tono confidencial:

—Espero que no le moleste que se lo diga, señora Cleveland, pero creo que después me lo agradecerá. —Bajó la voz aún más y añadió casi en un susurro—: Le asoma un poco la combinación por el lado

izquierdo.

—Es el maldito corchete —contestó Jane en voz demasiado alta y tono desenfadado, hasta el punto de que la señorita Doggett retrocedió ligeramente—. Se suelta cuando quiere… Pero bueno, ahora tampoco puedo hacer gran cosa. Ahí viene el tren.

Montaron en un vagón vacío y ambas se sentaron bastante enderezadas una frente a la otra, junto a la ventana. La señorita Doggett sacó un imperdible del bolso.

—Quizás podría sujetársela con esto en el hombro —sugirió mientras le tendía el imperdible.

—Muchas gracias —contestó Jane, que no tenía intención de hacer nada con respecto a su indiscreta combinación—. Supongo que tendré que arreglarla. Y más teniendo en cuenta que voy a Londres. Si no, puede que alguien se fije… —añadió con poco convencimiento, porque, ¿quién de entre los millones (cuántos eran: ¿seis, ocho?) de londinenses se iba a percatar de que a la esposa de un párroco de pueblo le sobresalía medio centímetro la combinación por el lado izquierdo, debajo de la falda?

—Bueno, lo importante es sentirse a gusto consigo misma —dijo la señorita Doggett, y se arregló el abrigo de piel de almizclera—. Yo voy a que me pruebe la modista.

—Qué maravilla. Suena muy bien eso de que nos hagan la ropa a medida para que se nos adapte perfectamente a nuestro cuerpo y al de nadie más —dijo Jane, emocionada.

La señorita Doggett, cuya figura tenía una forma bastante extraña, de las que las modistas llaman «difíciles», no sabía cómo tomarse el comentario de Jane. Sin embargo, debió de llegar a la conclusión de que era demasiado ofensivo para ser dicho como una crítica, así que decidió tomarlo como un cumplido.

—Imagino que usted tiene que solventar asuntos en Londres —dijo bastante ufana—. Habrá lamentado de veras perderse la reunión de la Asociación de Madres… Tengo entendido que es todo un acontecimiento.

—Sí, lo lamento mucho —dijo Jane rápidamente—. Pero ¿sabe qué? Me siento muy perdida en esas reuniones. Soy tan atípica como madre y ama de casa… Y todas las madres que asisten son espléndidas y muy eficientes, y siempre tienen ideas estupendas. ¿Sabe que una de las madres de nuestra anterior parroquia consiguió que le publicaran uno de sus consejos en la revista *Christian Home*?

—¿En serio?

—Sí. Era un consejo sobre cómo reutilizar la funda de un termómetro si tenías la mala pata de que se te rompiera el termómetro. ¡Se le ocurrió que podía servir para guardar las agujas de

ganchillo! ¡Qué ingeniosa! —Jane se echó a reír satisfecha.

Una sonrisa insegura apareció en el rostro de la señorita Doggett.

—Vaya, vaya, intentaré recordarlo —dijo.

—¡Sí, sí!

Se hizo un silencio. Parecía que el último tema de conversación no podía derivar en ningún otro con facilidad.

Por fin, la señorita Doggett dijo:

—Supongo que el señor párroco y usted irán a la partida de *whist*…

—Por supuesto que sí —dijo Jane—. Tengo unas ganas tremendas de conocer a nuestro miembro del Parlamento. He oído que es encantador.

—Y sus principios son inquebrantables.

—A menudo me pregunto si las personas que nacen en su entorno social pueden saber de verdad cómo viven los demás —dijo Jane, pensativa—. Siempre me acuerdo de un verso del poema «We are Seven» de Wordsworth, que plantea qué puede saber un niño que respira plácidamente acerca de la muerte. ¿Entiende a qué me refiero?

Era evidente que la señorita Doggett no entendía a qué se refería, porque insistió en que los principios de Edward Lyall eran firmes y en que, por supuesto, su padre y su abuelo ya habían sido parlamentarios antes que él.

—¿No está casado? —preguntó Jane intentando que su voz fuera neutral.

—No, me parece que no. —Por un instante la señorita Doggett se mostró confundida—. Tiene treinta y dos años, pero, claro, un hombre con su posición no puede arriesgarse a elegir mal con quién se casa. Su mujer tendrá que ser bastante excepcional… Tampoco sería de esperar que se casara con una chica muy joven —añadió mirando fijamente a Jane.

—Por supuesto que no —coincidió Jane—. No tengo expectativas a ese respecto.

—Bueno, no creo que fuera muy apropiado —insistió la señorita Doggett—. Su hija…

—Acaba de marcharse a estudiar a Oxford, donde estará rodeada de chicos jóvenes. Un hombre de veintidós años parecería bastante mayor para ella —dijo Jane con humor.

De pronto le asaltaron las dudas: ¿acaso estaba faltando a su deber de madre al no albergar esperanzas de que Edward Lyall fuera un posible pretendiente de Flora? En todo caso, el caballero le parecía más adecuado para Prudence, aunque lo cierto era que alguien como Jane no solía considerar que los miembros del Parlamento pertenecieran a su mismo ambiente social. Le habría parecido presuntuoso barajarlos como posibles maridos de sus parientes y

amigas.

—¿Cómo es la señora Lyall? —preguntó de repente Jane.

—Bueno, sin duda no es como nosotras —dijo la señorita Doggett —. Tal vez se haya enterado usted de que va a la iglesia del padre Lomax. Es una auténtica pena.

—Eh, no se preocupe. A Nicholas no le importan demasiado esas cosas. Él y el padre Lomax estudiaron juntos en Oxford. A veces pienso que yo también preferiría formar parte de la Iglesia anglocatólica, pero, claro, las esposas de los clérigos tienen que andar con pies de plomo, ya sabe. Deben sentarse vestidas con ropa vieja y sin estilo en uno de los primeros bancos de la iglesia… Casi es una especie de deber.

Una vez más, la señorita Doggett no supo qué contestar. Al cabo de un rato intervino:

—Además, las ideas políticas de la señora Lyall tampoco son demasiado apropiadas que digamos. He oído que sus tendencias se inclinan hacia el otro lado…

Movió las manos con un gesto vago.

—¿El otro lado? —repitió Jane—. Ah, ya sé a qué se refiere: Roma y Rusia.

—No, no, Rusia no —dijo la señorita Doggett muy alarmada—. A fin de cuentas, su hijo estudió en Eton y Balliol, y la señora Lyall es de muy buena familia.

—Vaya, gracias por decírmelo —respondió Jane en tono rotundo —. No dejaré que se note que lo sé cuando me presenten a la señora Lyall —añadió—. Me refiero a lo de las tendencias hacia el otro lado…

Ambas guardaron silencio de nuevo, cada una en su rincón, durante un par de minutos, hasta que Jane dijo:

—Me cae muy bien su dama de compañía, la señorita Morrow.

—¿Que le cae bien la señorita Morrow? —La señorita Doggett parecía sorprendida—. Bueno, más que mi dama de compañía es una pariente lejana. Su madre era mi prima. Consideré que tenía que hacer lo que estuviera en mi mano para ayudarla cuando la joven se puso a buscar trabajo.

—Es una posición delicada, sobre todo cuando hay lazos familiares de por medio —dijo Jane—. Pero parece una persona muy inteligente y avispada… Me contó muchas cosas sobre el pueblo.

—¿Se refiere a cosas sobre los habitantes del pueblo? —rectificó la señorita Doggett con brusquedad—. Sí, no cabe duda de que Jessie tiene los ojos bien abiertos.

—Me habló largo y tendido del señor Driver —prosiguió Jane—. De su mujer y de otras cosas.

—Ah, de otras cosas… —dijo la señorita Doggett con reservas—.

En fin, nosotras nunca vimos nada de todo eso. Aunque sabíamos que ocurría, por supuesto… En Londres, creo.

—Sí, resulta plausible que las cosas así ocurran en Londres —coincidió Jane—. En cierto modo, parece de mejor gusto que un hombre le sea infiel a su mujer lejos de casa. Sin embargo, no todos los hombres tienen la oportunidad de hacerlo así, claro.

—La pobre Constance pasaba mucho tiempo sola —dijo la señorita Doggett—. Por supuesto, el señor Driver es encantador en muchos sentidos. No obstante, dicen que los hombres solo buscan una cosa. Esa es la verdad. —Una vez más, la señorita Doggett pareció desconcertada; era como si hubiera oído que los hombres solo buscaban una cosa, pero de momento se hubiera olvidado de qué cosa era—. Ay, ya estamos en la estación donde tenemos que hacer transbordo —dijo mientras reunía sus cosas con cierto alivio—. Tendrá que darse prisa si quiere coger el tren que va a Londres. No hay mucho tiempo entre uno y otro.

El resto del viaje de Jane fue más corto y menos interesante. Para entretenerse pensó en Fabian y empezó a plantearse si podría servir como novio de Prudence, pero en un abrir y cerrar de ojos el tren empezó a aminorar la marcha bajo el gran techo de cristal de la estación principal de Londres, y Jane se vio recogiendo el bolso y el paraguas, así como el libro y el periódico que no había leído.

Tenía que encontrarse con Prudence a la una menos cuarto, y cuando llegó a Piccadilly reparó en que todavía le quedaba algo de tiempo. Así pues, puede que para ir abriendo el apetito o tal vez para martirizarse contemplando las tentaciones que, sin duda, no comería, entró en una tienda grande de alimentación y empezó a pasearse despacio por entre las estanterías mientras sus pies se hundían en la mullida moqueta, disfrutando de la penumbra y del ambiente casi sagrado del establecimiento. Por fin, se detuvo en medio de un pasillo, delante de un estante en el que se almacenaba el *foie gras*, envasado en tarrinas de cerámica de color crema, algunas adornadas con dibujos.

Un hombre alto, demasiado bien vestido para su oficio de tendero, pensó Jane, se acercó.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarla, señora? —preguntó en voz baja.

—Bueno, no sé si podrá ayudarme en algo —contestó Jane.

—Haré todo lo que esté en mi mano para servirla, señora —dijo entonces el hombre, muy serio.

—La cuestión es la siguiente: ¿puede permitirse la esposa de un clérigo comprar *foie gras*?

—Es bastante complicado —dijo el hombre con todo el respeto—.

Veamos qué podemos hacer. —Cogió un cartoncillo de la estantería—. La tarrina más pequeña cuesta catorce chelines con nueve peniques.

—Sí —dijo Jane—. Ya lo he visto. Pero no estaba pensando en la más pequeña. Los tarritos de cerámica decorados son los que me han llamado la atención.

—Uy, señora, esos cuestan ciento diecisiete chelines —dijo el tendero, dejando que se le llenara la boca con las palabras.

—Vaya, lamento de veras haberle hecho perder el tiempo —dijo Jane mientras se alejaba—. Me habría gustado comprar uno.

—A decir verdad, no me importa hacerlo —dijo el vendedor, que la acompañó hasta la puerta—. Y a mi esposa tampoco le importa.

Así que, reconfortada por esas palabras, Jane salió a la calle sintiendo que le habían permitido acceder a una parcela de la vida de otras personas. Se preguntó quién sería ese hombre mientras iba al encuentro de Prudence. A lo mejor era coadjutor de la iglesia, o subdirector de algo. Había algo en su aspecto que lo delataba. En cierto modo, le recordó al señor Mortlake.

Jane se dio cuenta de que había pasado demasiado tiempo en la tienda y ahora llegaba tarde, porque Prudence ya estaba esperando en el restaurante vegetariano donde habían quedado para comer. El local estaba abarrotado, y tuvieron que sentarse a una mesa con otras dos mujeres, debajo del retrato del fundador de un tipo de dieta en el que estaba especializado el restaurante. El hombre llevaba barba y quevedos, lo que parecía muy apropiado para el lugar.

Prudence pidió una ensalada de *crudités*, mientras que Jane optó por un plato caliente de unas verduras muy raras. Al principio les costó entablar conversación, porque las otras dos mujeres que estaban sentadas a la misma mesa se hallaban enfrascadas en un relato familiar muy interesante al que Jane y Prudence no pudieron evitar prestar atención. A decir verdad, habría parecido una falta de educación que hubieran empezado a charlar en voz alta, así que se contuvieron e intercambiaron murmullos y miradas. Jane se fijó en una mujer que llevaba unas pesadas joyas de plata y un jersey de color naranja: tenía el aspecto de una amante de la década de 1920. También se interesó por dos caballeros extranjeros que estaban sentados a la mesa contigua y que discutían acaloradamente.

—Prue —dijo Jane cuando se quedaron por fin solas en la mesa—, me encantaría que vinieras a vernos dentro de dos fines de semana y te quedaras a dormir en nuestra casa. Estará Flora y, además, se va a celebrar una partida de *whist* para recaudar fondos en la que podrías conocer a todo el pueblo.

Prudence confiaba en que su rostro no desvelara el horror que le producía tal propuesta. Aborrecía dormir fuera de casa en otoño e

invierno. Las casas de los demás eran muy frías, y sabía por experiencia que Jane y su familia vivían de modo muy austero e incómodo. Ni siquiera la comida era especialmente buena; Jane era capaz de detenerse a admirar el salmón ahumado en un escaparate o de entrar en una tienda de *delicatessen* a preguntar por las tarrinas de *foie gras*, pero lo hacía de forma generalizada, por decirlo de alguna manera; sus comidas nunca igualaban esos estándares, ni siquiera se le aproximaban.

—Vaya, no sé si voy a poder ir justo ese fin de semana —dijo con cautela.

Sus amigas casadas eran demasiado propensas a pensar que ella no tenía absolutamente nada que hacer cuando no estaba trabajando. A sus ojos, un piso sin un marido dentro no parecía digno de llamarse un hogar.

—¡Vamos, Prue! ¡Ven, por favor! Será divertido y te irá bien salir un poco de Londres.

—Bueno, reconozco que podría ir… Pero la idea de jugar una partida de *whist* no me atrae lo más mínimo.

—No hace falta que juguemos. O al menos no en serio —dijo Jane —. Ya sabes que a mí lo único que se me da bien es tener paciencia. ¡Y aún hay veces que la pierdo! Pero tengo la sensación de que puede ser la mejor forma de atar cabos sueltos. Será como ver el pueblo desde todos los ángulos al mismo tiempo.

—¿Has conocido a gente interesante? Me refiero a gente que se parezca a nosotras… —preguntó Prue con mucho tiento.

—En cierto modo sí. Están la señorita Morrow y Fabian Driver. Creo que te hablé de él en una carta.

Jane sabía muy bien que tenía que mantener el tono despreocupado siempre que hablara del viudo y potencial novio. Era consciente de que el orgullo de las solteras, aunque fueran jóvenes, estaba a flor de piel, y Prudence era una persona especialmente sensible. No debía dejar entrever ningún indicio de su intención de emparejarlos.

—Sí, me comentaste que creías que se comía el corazón de sus víctimas… —contestó Prudence con un tono igual de despreocupado.

Se percató de que era posible que Jane albergara una absurda esperanza de hacer de casamentera, pero no quería que su amiga notara que sospechaba de ella ni que ella tenía sus propias expectativas. Así pues, las dos quedaron satisfechas y, por lo pronto, ninguna se engañó realmente en sentido estricto. La conversación continuó de forma fluida. Jane añadió que Fabian era muy apuesto y bastante alto, bueno, medía más de un metro ochenta, es decir, era relativamente alto como hombre, y además tenía una casa muy bonita.

Al cabo de un rato, Prudence miró el reloj y dijo que tenía que volver a la oficina.

—¿Solo puedes tomarte una hora para comer? —preguntó Jane.

—¡No, por Dios! —dijo Prudence con impaciencia—. Puedo tomarme el tiempo que quiera… A Arthur no le importa y no tengo que rendir cuentas a nadie más.

Sentía un placer especial al hablar del doctor Grampian por su nombre de pila. Jane era la única persona con la que se atrevía a hacerlo.

—¡Qué gracia! No sé por qué pensaba que se llamaba Adrian —comentó Jane mientras salían a la calle—. Pero ¿no tendrán envidia tus compañeras de trabajo si te tomas más tiempo del habitual para comer?

—No lo sé. Y la verdad es que no me importa lo que piensen.

—Estoy segura de que yo me preocuparía horrores por lo que pudieran pensar de mí —dijo Jane regocijándose en la imagen—. Notaría su mirada inquisidora. Tendría que fingir que había ido al lavabo o algo así.

—Hay que defender con coraje las propias convicciones —dijo Prudence.

—Supongo que las veo como a los hermanos más débiles —dijo Jane—. Tal vez se podría pensar en ellas así: que podrían extraviarse con nuestro ejemplo si nuestras acciones no son las correctas.

—Por favor, Jane, hablas como si estuviera haciendo algo malo —dijo Prudence enfadada—. Y no hay nada que se parezca menos a nuestros hermanos más débiles que la señorita Trapnell y la señorita Clothier. Estoy segura de que no les gustaría ni un pelo que las describieras así.

Se detuvieron en la puerta del edificio en el que trabajaba Prudence y concretaron los detalles para quedar para el fin de semana en el campo. Estaban a punto de despedirse cuando se les acercó un hombre y saludó a Prudence.

—Buenas tardes.

—Jane, creo que no conoces al doctor Grampian —dijo ella algo nerviosa—. Es una amiga mía, la señora Cleveland —la presentó.

Jane le dijo que estaba encantada de conocerle y se dieron la mano, mientras miraba con sumo interés al hombre que tenía delante. Así que ese era el tal Arthur Grampian. A decir verdad, ahora que lo había visto con sus propios ojos, se dio cuenta de que el nombre Adrian, que evocaba una elegancia alta y lánguida, habría resultado totalmente inapropiado. Grampian era de estatura media, más bien baja, y desprendía cierto aire gris, tanto por su ropa y su cara como por los ojos como piedrecillas que se distinguían detrás de las gafas.

¿Qué era lo que veía Prudence en él?, se preguntó, consciente de la futilidad que encerraba el interrogante mientras lo formulaba mentalmente. Arthur Grampian y su esposa Lucy, ella no podía olvidarse de su esposa Lucy, aunque daba la impresión de que Prue sí se había olvidado. Ese hombrecillo con aspecto insignificante… Ay, era extraordinario ver todas las cosas que hacían sin cesar las mujeres por los hombres, pensó Jane. Como, por ejemplo, hacerles sentir, a veces mediante una mirada fortuita, que eran amados y admirados y deseados cuando no merecían ninguna de las tres cosas; o permitirles pavonearse y ahuecar el plumaje como las aves y calentarse al sol del amor, real o imaginario, daba igual. Sin embargo, no parecía que el amor de Prudence hubiera provocado ningún efecto visible en Arthur Grampian, pues mantuvo una conversación nerviosa acerca del tiempo y luego sonrió y asintió de un modo bastante impreciso, como si no supiera muy bien quiénes eran aquellas mujeres.

Al final, Jane se despidió y fue a buscar los libros que quería regalar para las confirmaciones. Prudence entró en el ascensor con Arthur Grampian, pero se apartó todo lo que pudo de él, como si temiera que sus respectivas mangas se rozaran.

—¿Va todo bien, señorita Bates? —le preguntó Grampian cuando se detuvo el ascensor y ambos se apearon en la planta en la que trabajaban.

«No, en absoluto. Nada va bien, todo va mal», le habría gustado confesar a Prudence, pero en lugar de eso se limitó a decir:

—Sí, supongo que sí. ¿Quiere verme para tratar algún tema esta tarde?

Tal vez sus palabras dejaron entrever un halo de esperanza, porque él puso cara de perplejidad, y Prudence creyó percibir que apretaba su maletín contra el pecho con más fuerza y daba un paso atrás para alejarse de ella aún más mientras decía:

—¿Tratar algún tema? No, creo que no. Estoy seguro de que no hay ningún tema pendiente.

Entonces se apresuró a meterse en su despacho y Prudence en el suyo.

La señorita Trapnell y la señorita Clothier ocupaban ya sus puestos, vigilantes, pensó Prudence, como proclamaban los himnos, o como las vírgenes sabias de la Biblia. No había peligro de que ellas derramaran el aceite de sus lámparas.

> Oh, bendito sea el siervo
> en tal postura hallado.

Prudence pensó en el salmo con irritación al percatarse de que la señorita Clothier dirigía una de sus miradas desenfadadas al reloj.

—He quedado con alguien a quien hacía mucho que no veía —se oyó decir con poco convencimiento—. Por eso me he retrasado. Pero me quedaré un poco más para recuperar.

—Ah, claro, si una queda con alguien es diferente —dijo la señorita Trapnell con afectación—. Seguro que al doctor Grampian no le importaría que ninguna de nosotras alargáramos la pausa de comer por un motivo así.

—De hecho, me lo he encontrado en la puerta —dijo Prudence—, así que he tenido oportunidad de presentarlos.

Aborrecía el modo en que ella misma se refería a Jane en todo momento como «alguien», como si deseara dar la impresión de que había ido a comer con un hombre.

Mientras tanto, Jane había entrado en una librería especializada en temas religiosos y estaba echando un vistazo a la sección de novedades de ficción. Tan absorta estaba que transcurrió media hora como si fuera un minuto, y reparó en que tenía que ir corriendo a la estación para coger el tren de vuelta. Le habría encantado haber tomado un té en la Corner House o haber ido, con cierta picardía, a una solemne celebración religiosa vespertina con intenso olor a incienso, pensó. Sin embargo, era tan tarde que ni siquiera le daba tiempo de comprar los regalos para las confirmaciones. Madre mía, no había hecho nada en todo el día salvo mirar los tarros de *foie gras*, comer con Prudence y conocer por fin al doctor Grampian.

CAPÍTULO 8

Prudence estaba en el tren, camino de casa de los Cleveland, con quienes iba a pasar el fin de semana. Era viernes por la tarde y la joven estaban bastante arrinconada, porque el vagón medio vacío que había elegido a conciencia para ir tranquila se había llenado en el último momento con un montón de hombres con bombín y abrigos largos que llevaban maletines de trabajo y los periódicos de la tarde. Prudence los miraba con resentimiento, casi con odio; ojalá tuviera una esencia de fresia o de lirio del valle para ponérsela debajo de la nariz y no tener que soportar el horrible humo de sus pipas. Odiaba a los hombres que fumaban en pipa. Además, había empapado el pañuelo en un caro perfume francés, porque cuando iba a casa de Jane siempre cometía excesos, y se había puesto sus mejores galas en lugar de un atuendo más adecuado para ir al campo. Para colmo, estaba la partida de *whist* en la que se suponía que tenían que asomar la cabeza, porque Jane le había prometido que en ella vería al miembro del Parlamento y a un viudo muy interesante. Y, claro, era de esperar que se arreglara para tal ocasión.

A pesar de que no le gustaba viajar en los meses de invierno, en el fondo había sido un alivio salir de Londres y de su piso. El aburrimiento de las últimas semanas, en las que Arthur Grampian le había prestado todavía menos atención que de costumbre, junto con la llegada inminente de la época invernal, le habían dejado el ánimo por los suelos. «Le he entregado los mejores años de mi vida —se dijo— y él ni siquiera se ha dado cuenta.» Grampian estaba inmerso en su trabajo, en su club y en su obsesión por volver rápido a casa todas las noches (eso imaginaba Prudence) y reencontrarse con su esposa Lucy. Y ella le diría: «Cariño, ¿qué tal te ha ido el día?» o lo que fuera que decían las esposas a sus maridos cuando estos regresaban a casa después de trabajar.

El tren disminuyó la velocidad y Prudence recogió sus cosas rápidamente, porque había llegado a la estación en la que debía hacer transbordo. Se levantó y se dispuso a sacar la maleta del compartimento superior, pero antes de que pudiera hacerlo el hombre que había sentado junto a ella había dado un salto y se la había

bajado. Prudence le dio las gracias y experimentó el sentimiento de contrición que a todos nos asalta cuando, tras habernos convencido de que alguien nos cae mal sin motivo aparente, esa persona tiene un gesto amable con nosotros. Ella le dedicó su sonrisa más encantadora y pensó que él seguiría disfrutando de su pipa en el tren mientras se dirigía a su casa; seguro que era un buen marido y padre de familia. Se percató de que el hombre llevaba unos pasteles en una caja de cartón blanca. Supuso que eran para sus hijos. La imagen le resultaba insoportable… Se bajó del vagón con los ojos llenos de lágrimas.

Jane iba a encontrarse con ella en la estación de enlace, en teoría para «mostrarle el camino», pero en la práctica porque le encantaba aprovechar cualquier excusa para realizar un viaje, aunque fuera corto. Observó a todos los que bajaban del tren hasta que vio a su amiga, y entonces corrió a saludar a Prudence y la azuzó para que cruzara el paso entre las vías cuanto antes.

—El tren no para ni un minuto —dijo—. Cuánto me alegro de verte, y ¡qué bien hueles! ¿Qué es?

Prudence murmuró el nombre un poco avergonzada, porque sabía que su acento francés no era muy bueno y el nombre tenía un toque romántico que sonaba ridículo cuando se pronunciaba en voz alta. En el fondo daba igual, a Jane no le diría nada. Pero apretó los dientes cuando vio que a su amiga le entraba un ataque de risa antes incluso de que hubiera acabado de decirle qué perfume era.

—¡Hay que ver qué nombres se les ocurren! Y luego todos están hechos de alquitrán de hulla. ¿Le gusta al doctor Grampian?

—No lo sé. No me lo pongo para ir a la oficina.

—No, claro que no. Supongo que para ir a trabajar te pones una colonia ligera o algo fresco, ¿verdad? Ya ves, leo las revistas femeninas cuando voy al dentista. Por cierto, ¿qué tal está el doctor Grampian?

—Pues como siempre —dijo Prudence algo evasiva.

—Entonces debe de seguir triste y poco hablador, a menos que fuera porque yo le daba miedo —dijo Jane.

—¿No es como te lo imaginabas? —preguntó Prudence con frialdad.

—No, aunque la gente nunca es como nos la imaginamos. Eso me recuerda un poema que habla de dos hombres que miran a través de los barrotes de una celda. Uno ve el barro y otro ve las estrellas. ¿Lo conoces?

—Sí. —Prudence no pudo evitar sonreír ante lo absurdo de la comparación de su amiga—. Pero no veo que venga a cuento.

—Bueno, quizá no, pero recoge la idea general. Tú lo ves con ojos muy distintos a los míos. Yo me lo imaginaba grande, alto, moreno.

Una especie de señor Rochester.

—Pero es bastante bien parecido, a pesar de todo, ¿no te parece?

—Sí, podría decirse que sí. Pero si a ti te lo parece, eso es lo importante. Un hoyuelo en la barbilla o unas muñecas bonitas, eso es lo único que hace falta en realidad…

Un tren pequeño llegó resoplando al andén y Jane y Prudence se montaron en él.

—La casa parroquial está un poco lejos de la estación —dijo Jane—, pero le he pedido a uno de los monaguillos de Nicholas que venga a buscarnos y te lleve la maleta.

El muchacho agarró la maleta, se la cargó al hombro y empezó a andar con ella a paso ligero. Jane y Prudence lo seguían más despacio, comentando lo que veían. O más bien Jane comentaba con mucho entusiasmo los edificios por los que pasaban mientras Prudence escudriñaba en la oscuridad de una noche sin luna intentando distinguirlos: la compañía de gas, The Golden Lion, donde Fabian Driver se tomaba la copa del aperitivo, la capilla que tenía el hotel Temperance al lado y The Spinning Wheel enfrente…

Y después, en la parte antigua del pueblo, pasaron por delante de la iglesia, el parque municipal, el estanque y las casas más pintorescas, hasta que por fin llegaron a la casa del párroco, con su verja pintada de verde para delimitar el jardín y los laureles delante de la ventana del estudio de Nicholas.

—Ya hemos llegado —dijo Jane—. Es una casa muy acogedora, aunque no tan antigua como la iglesia. Por supuesto, es enorme, y tiene dos salones. Resulta imposible calentarla como es debido.

Prudence sintió un escalofrío. Se preguntó si la recibirían con una copa de jerez o un poco de ginebra; estaba tan acostumbrada a ese pequeño placer después de la jornada laboral que sintió que en aquel entorno tan extraño todavía lo necesitaba más.

Habían llegado al recibidor, donde estaban todos los abrigos viejos colgados y las pilas de periódicos y revistas parroquiales esperando a ser repartidas. El lugar era húmedo y fresco. Nicholas salió de su despacho con las gafas puestas en la nariz y saludó a Prudence.

Antes era muy atractivo, pensó ella, pero convertirse en pastor y en marido no le había sentado nada bien, había desaparecido todo su encanto, por así decirlo. Nicholas hizo un comentario típico acerca del viaje y los días cada vez más cortos y Prudence recordó los estúpidos chistes habituales para la ocasión.

—¿Quieres ver tu habitación? —intervino Jane—. No te hemos puesto en el cuarto de invitados, porque nos pareció que era demasiado grande y frío, sino en uno de los pequeños. Mira, está aquí.

Abrió una puerta de par en par que daba a lo que Prudence,

acostumbrada a vivir en un piso con calefacción central y del tamaño de una caja de cerillas, consideró una habitación bastante grande y desangelada con una cama en un rincón, una cómoda en otro, una silla y un lavabo pasado de moda con una repisa de mármol. Había unos cuantos libros en la mesilla junto a la cama, pero Prudence se dio cuenta enseguida de que no había lamparita de noche, sino una lámpara que colgaba de un techo excesivamente alto en el centro del dormitorio. El suelo estaba cubierto con un linóleo estropeado que disimulaban dos alfombras colocadas en posiciones estratégicas, una junto a la cama y la otra delante de un espejo pequeño que había colgado en una de las paredes.

«Qué detallista es Jane», pensó Prudence al ver un jarroncito con unas flores invernales sobre la mesilla de noche: una rosa solitaria, unas cuantas margaritas y una dalia.

Encendió un cigarrillo y empezó a deshacer la maleta. Se sintió más animada cuando tuvo sus pertenencias alrededor: la bolsa de agua caliente con la funda rosa, la bata de estar por casa de lana azul turquesa, los frasquitos y enseres encima de la cómoda y la fotografía de Arthur Grampian, recortada de un periódico ya antiguo, en la mesita de noche.

—¡Prue! —la llamó Jane desde la planta de abajo—. ¡La cena está casi lista! He intentado abrir una botella de jerez, pero el sacacorchos ha entrado muy torcido y no puedo sacarlo… Anda, haz el favor de ayudarme.

Prudence corrió escaleras abajo con el corazón emocionado. Así que tenían buen jerez, nunca habría dicho que Jane fuera a comprar…

—Me acordé de que te gusta así —dijo Jane—. Por eso le pedí al tendero un jerez muy pálido y me dijo: «Querrá decir muy seco, señora». Claro, siempre se me olvidan esos detalles.

—¿No vas a probarlo? —preguntó Prudence, al ver que Jane solo llenaba la copa de Nicholas y la de ella.

—No, ya sabes que no me gusta mucho. La verdad es que prácticamente no bebo nada. Me parece una costumbre espantosa…

—No digas eso, querida —contestó Nicholas educadamente.

—Soy un desastre como esposa del párroco —se lamentó Jane—, pero por lo menos no bebo. Esa es mi única virtud.

—Bueno, las esposas de los párrocos no suelen beber mucho, ¿no? —dijo Prudence mientras contemplaba el color topacio de su copa bajo la luz—. No creo que el alcohol sea uno de sus vicios.

—Ya ves, ni siquiera puedo decir que tenga la virtud de no beber alcohol —dijo Jane—. Pues mira, entonces quizá lo pruebe.

Jane se sirvió una copa entera de jerez.

—No lo bebas si no te gusta —dijo Nicholas algo ansioso—. Sería

una pena malgastarlo.

Jane lo fulminó con la mirada y Prudence se dio cuenta. Supuso que el matrimonio estaba lleno de momentos así. Se entretuvo en mirar el salón grande y frío, amueblado con poco gusto, e imaginó lo que haría ella con una habitación como esa.

—Las cortinas son demasiado cortas —dijo Jane, que siguió la mirada de su amiga— y también algo estrechas. No se cruzan del todo en el centro de la ventana. El canónigo Pritchard era un hombre bastante acaudalado, así que ellos tenían cortinas largas de terciopelo color carmesí y además un visillo que cubría la puerta. Y por supuesto no se habrían puesto a beber jerez en la vida… Pero así no notamos el frío.

Prudence se acordó de las otras casas en las que habían vivido Jane y Nicholas, y pensó en la especie de desolación que parecían crear a su alrededor. Era evidente que no notaban el frío, pero ella se alegraba de haberse puesto el vestido negro con la estola de lana de cuadros escoceses para calentarse los hombros.

—Ay, ya está lista la cena —dijo Jane—. He oído a Flora, que viene a servirla. Es que la señora Glaze no nos prepara la cena, solo la comida.

—Flora cocina cada vez mejor —dijo Nicholas—. No sé de quién habrá heredado el talento; decididamente, no de nosotros dos… Cualquier día se convertirá en una buena esposa.

—Pero los hombres quieren algo más que eso —dijo Jane—, aunque quizá los mejores crean que con eso basta. El otro día estuve hablando con la señorita Doggett en el tren…

Dejó la frase en suspenso, como si de repente a ella también le costara recordar qué era lo que querían los hombres.

—¿Qué tal le va a Flora el primer trimestre en Oxford? —preguntó Prudence.

—Pues es difícil saberlo —dijo Jane con poco entusiasmo—. Yo confiaba en que lo cogiera con más ganas. La facultad nueva, el maravilloso ambiente que hay en Oxford en otoño, los paseos hasta la colina de Boar y Shotover, con aquellas moras tan ricas que recogíamos, y luego ir a la iglesia de Saint Mary los domingos por la tarde… ¡Ay, era todo tan emocionante!

—Querida, seguro que ahora ha cambiado mucho —dijo Nicholas.

—Sí, supongo que es un error pensar que se puede revivir la juventud a través de los hijos —dijo Jane con tristeza.

—¿Se ha enamorado? —preguntó Prudence.

—No nos cuenta nada. Como es lógico, ha conocido a muchos jóvenes, pero no parece haber encontrado a nadie especial aún.

Prudence sonrió con cierta complacencia al recordar su primer

trimestre en la universidad. Ya la primera semana alguien se había enamorado de ella, el pobre Cyril, que había dicho muy pomposo: «Hombre y mujer los creó Dios», cuando ella se había negado a darle un beso de buenas noches. Y luego, apenas un mes más tarde, Philip, que le mandaba flores todos los días…

—Bueno, ¿vamos al comedor a cenar? —sugirió Nicholas—. Prudence, será mejor que te sientes cerca de la chimenea. Me parece que solo funciona una de las placas de la estufa. Algo debe de pasarle a la otra, pero no sé qué puede ser.

Flora había preparado una comida excelente: un guiso de pollo con arroz y judías tiernas y una tarta de merengue y limón. Prudence apenas había visto a la muchacha, salvo cuando había salido a recibirla a la puerta, y se sorprendió al percatarse de lo atractiva que era y lo bien que vestía, casi como una adulta. Sin embargo, Flora no participó demasiado de la conversación sino que se dedicó a comer en silencio. Prudence se dio cuenta de que la chica se iba alejando de Jane conforme maduraba, llevando su vida en secreto. Después de cenar, las mujeres fueron a la cocina a fregar los platos y dejaron a Nicholas en su estudio, preparando el sermón del domingo. Por lo menos eso es lo que supuso Prudence que debía de estar haciendo, porque su imaginación era incapaz de penetrar más allá de la puerta cerrada del estudio de un clérigo.

Más tarde, cuando estaba ya tumbada en la cama dura, leyendo a la luz de una vela que le había dado Jane, oyó el murmullo de la conversación de Nicholas y Jane en su dormitorio, contiguo al suyo. Los maridos alejaban a sus esposas de sus amistades, pensó, aunque Jane había mantenido su independencia mucho mejor que la mayoría de las mujeres casadas que conocía. Y sin embargo incluso ella parecía haberse perdido algo de la vida; su trabajo de investigación, sus estudios sobre los oscuros poetas del siglo xvii, todo eso había quedado en nada, y a cambio allí estaba, intentando (aunque no con mucho empeño) ser una buena esposa para un clérigo, pero solo lo conseguía a medias. Comparada con la vida de Jane, la de Prudence parecía rica y prometedora. Tenía su trabajo, su independencia, su vida en Londres y su amor hacia Arthur Grampian. Pero al día siguiente, si así lo deseaba, cerraría esa puerta y se enamoraría de otro hombre. Creyó ver ante sí filas y filas de hombres libres y encantadores, y con esa agradable perspectiva se durmió plácidamente.

No obstante, más tarde se despertó con el convencimiento de que las personas casadas no comprendían la importancia de una bolsa de agua caliente bien llena. La suya se había quedado fría y flácida, y tampoco se había dado el acostumbrado baño caliente antes de acostarse. Por un instante barajó la posibilidad de levantarse de

puntillas y bajar para llenar la bolsa con más agua caliente, pero le dio pereza y temió despertar a los demás. Así pues, se arropó colocando su capa de pieles sobre la cama y después, gracias a un arrebato de inspiración, se puso una de las alfombras pequeñas del suelo encima de los pies y se quedó acurrucada bajo el peso de todas esas prendas, esperando a que llegara el sueño otra vez.

CAPÍTULO 9

—¿Crees que deberíamos comer algo antes de ir? —preguntó Jane—. Me parece que allí van a dar cosas de picar y bebidas, pero no sé si hasta muy tarde.

—¿Qué te parece una copa de jerez con un par de galletas? —sugirió Prudence esperanzada—. No tengo muchas ganas de comer…

«¡Pero si supieras las ganas que tengo de beber!», se dijo para sus adentros. La idea de tener que enfrentarse a esa partida de *whist* sin una copita para darle confianza la aterraba.

—Sí, algo así estaría bien —dijo entonces Jane inclinando la cabeza hacia delante.

Le resultaba casi imposible mirar a Prudence a la cara, cuyos párpados lucían de un verde despampanante. Casi le daba apuro contemplar esa preparación oleosa y resplandeciente con motitas plateadas. «¿Es así como se maquillan ahora las solteras? —se preguntó—. Pues qué fastidio, tener que acordarse en todo momento de darse unos retoques aquí y allá.» Se le ocurrió que tal práctica escondía algo primitivo, como los jóvenes de las tribus africanas que se pintaban el rostro de blanco antes de cortejar a las muchachas. Lo que le resultaba más curioso y a la vez más irritante era que Nicholas mirara a Prudence con admiración; saltaba a la vista. Así pues, el truco funcionaba. Jane estudió su propia cara en el espejo del mueble del comedor y le dio la sensación de que tenía exactamente el mismo aspecto que antes, cuando Nicholas la miraba a ella con admiración. ¿Volvería a mirarla con renovado interés si se maquillaba los ojos de verde?, se preguntó. Pero sus pensamientos se vieron interrumpidos por la voz de su marido, que preguntaba dónde estaba esa copa de jerez. ¿Iban a tomarla o no?

—Aquí la tenéis —dijo entonces Flora—. Y he preparado unos bocadillos. Será mejor que empecemos a cenar cuanto antes.

—Ay, qué amable eres, hija mía —dijo Jane con un tono sorprendentemente maternal—. Ese es el vestido que te cosiste tú, ¿verdad?

—Sí, me lo hice yo —dijo Flora apresuradamente. Se sentía algo avergonzada de que su madre hubiera hecho ese comentario, y temía

que lo peor aún estaba por llegar—. ¿Alguien quiere un bocadillo? Me temo que todos son de queso.

—Es un vestido precioso —dijo Prudence, que lamentaba no ser capaz de charlar con más naturalidad con Flora. Resultaba extraño cuando los hijos de sus amigas se convertían, de repente, en personas adultas—. Tienes un aire, eh, victoriano. Con esa seda de rayas y con la redecilla y ese peinado que te has hecho. Había una foto de una modelo con un aspecto muy parecido en la revista *Vogue* del mes pasado —añadió, intentando complacer a la jovencita a toda costa.

—Qué va, tu vestido es mucho más bonito —soltó Flora—. Y el color de tu esmalte de uñas es precioso. ¿Cuál es?

«Somos dos mujeres hechas y derechas que conversan de igual a igual», pensó Prudence con una mezcla de sorpresa y decepción. Se alegró cuando Jane hizo un comentario gracioso y dijo que no le gustaba que Flora se pintara las uñas, lo que volvió a convertirla en una niña.

—Bueno, creo que ahora sí tenemos que irnos —dijo Nicholas—. Empieza a las ocho, ya lo sabéis.

—No pasa nada si llegamos un poco tarde —dijo Jane—, aunque no tan tarde como cuando fuimos a la fiesta que dieron en The Towers. Sería una falta de respeto imperdonable si llegáramos más tarde que los Lyall.

—Supongo que los del pueblo ya estarán allí —comentó Prudence mientras miraba el reloj.

—Sí, el antiguo orden todavía no se ha alterado. Edward Lyall no es uno de esos parlamentarios modernos. Sus antepasados han representado a este lugar durante generaciones y generaciones.

Se pusieron en marcha, Jane con su abrigo viejo de tweed y Prudence con su capa de pieles. El salón donde se celebraba la partida estaba prácticamente junto a la casa del párroco, así que no tuvieron mucho tiempo para acicalarse por el camino. De pronto se abrió una puerta de par en par y oyeron el jaleo de voces, risas y sillas que chirriaban al arrastrarse por el suelo de madera. Al mirar a su alrededor, Prudence reparó de inmediato en que se había arreglado en exceso. Su vestido de fiesta de tafetán en verde y dorado estaba fuera de lugar, pues la mayoría de las mujeres iban ataviadas con vestidos de lana de manga larga o incluso con falda y chaqueta. Su capa de pieles era la única en su especie dentro del reducido guardarropa donde colgaron los abrigos.

—Creo que voy a dejármela puesta por encima de los hombros —dijo—. No parece que haga mucho calor.

—Te vas a asar —le dijo Jane con voz alegre—. Y te molestará para jugar a las cartas.

Entraron en el local y se quedaron de pie, mirando a su alrededor, aunque solo durante un instante. La señora Crampton y la señora Mayhew se abalanzaron sobre ellas, Jane presentó a Prudence y, en cuestión de segundos, se encontró sentada a una mesa con otras tres personas.

—Usted debe de ser la amiga de la señora Cleveland, que ha venido a pasar el fin de semana —dijo una mujer que llevaba un sombrero de fieltro oscuro ribeteado con plumas—. Soy la señora Glaze y este es mi sobrino —dijo señalando a un joven de cara vigorosa—. Y este caballero es el señor Mortlake. Somos asiduos de la iglesia y apreciamos mucho al pastor.

—Qué bien —dijo Prudence algo nerviosa.

—El canónigo Pritchard era un buen hombre a su manera, pero su esposa no nos caía muy bien —confesó la señora Glaze—. Era una entrometida. Nada que ver con la señora Cleveland.

—No, supongo que no —dijo Prudence—. Suele llevarse bien con todo el mundo.

Deseó que dejaran de hablar con ella durante algunos minutos, porque hacía muchos años que no jugaba al *whist* y tenía que concentrarse mucho para no despistarse. Su pareja en el juego, el sobrino de la señora Glaze, el carnicero, no participaba en la conversación, pero los demás no callaban ni un instante. Sobre todo, hablaban de personas que Prudence no conocía o que acababa de oír en boca de Jane.

Fue un alivio cambiar de mesa y encontrarse con Jane, el señor Oliver y el señor Whiting, quienes, al parecer, también eran muy buenos feligreses.

—Llegarán enseguida —dijo el señor Whiting—. Me refiero a los que viven en The Towers. Confío en que el señor Edward nos dedique unas palabras. En una época como esta se necesita un poco de aliento.

—¿Suele pronunciar un discurso? —preguntó Jane.

—Sí, señora Cleveland. Casi siempre tiene un mensaje que dar. Y después de su discurso pasamos a tomar los refrigerios. A continuación, él suele jugar una mano y la señora Lyall también, pero la pobre anciana apenas sabe cómo se juega al *whist*.

Negó con la cabeza y se concentró en las cartas.

—Pero es buena persona —dijo el señor Oliver—. La señora Lyall tiene algunas ideas muy acertadas, aunque, por supuesto, no puede ir abiertamente en contra del partido.

—Bueno, si quiere usted llamarlas ideas acertadas —dijo el señor Whiting lanzando a Oliver una mirada feroz—. Yo no diría lo mismo.

—En fin, ya sabe cuál es mi opinión —respondió el señor Oliver con sequedad.

—Desde luego, la hemos oído muchas veces —dijo el señor Whiting.

Jane y Prudence intercambiaron una mirada.

—Ay, cada uno tiene su forma de pensar —empezó a decir Jane, pero, por suerte, no fue necesario que siguiera con su perorata porque en ese mismo instante una ráfaga de aire pareció recorrer el salón, todos dejaron las cartas sobre la mesa y volvieron la cabeza hacia la puerta.

Un joven menudo y moreno, con un rostro pálido e interesante y el pelo algo largo, se detuvo en el quicio de la puerta. Iba acompañado de una mujer de avanzada edad que llevaba un vestido de raso negro y miraba a su alrededor con ansiedad.

—¡Aquí los tenemos! —dijo el señor Whiting mientras levantaba las manos y las juntaba dando una palmada que imitaron todos los demás asistentes.

—¿Es normal aplaudir cuando llega el parlamentario? —susurró Jane a Prudence—. Lo más lógico sería aplaudir después de que hubiera dicho unas palabras, ¿no?

Edward Lyall agradeció el aplauso con un gesto de la mano y una sonrisa encantadora que parecía ir dirigida a todo el mundo.

—Gracias, amigos míos —dijo con voz cantarina—. Muchas gracias. Me llena de satisfacción poder estar entre ustedes esta noche y ver que tantos ciudadanos se han movilizado por esta buena causa. Mientras salía del Parlamento esta tarde para venir aquí me preguntaba qué podría decirles, de qué forma podría animarles.

—Hace bien en preguntárselo… —dijo el señor Oliver en voz baja, pero cerró la boca en cuanto se percató de la mirada enojada que le dedicaba el señor Whiting.

La suave voz de Edward Lyall siguió fluyendo. Los discursos políticos en esos encuentros tendían a parecerse mucho entre sí, y el mensaje de Edward Lyall a sus conciudadanos no era especialmente original. Jane no pudo evitar fijarse en el montón de veces que hacía referencia a «la carga», y empezó a preguntarse quién utilizaba más ese término, si los clérigos o los políticos. De hecho, después de que Edward hablara durante unos diez minutos, llegó a la conclusión de que sus palabras podrían haber salido del pulpito de una iglesia. ¿Acaso terminaría con una oración?

—Bueno, amigos míos, creo que ya he hablado bastante. No han venido ustedes aquí para escucharme. Lo sé y no me avergüenza reconocer que cuando venía hacia aquí no hacía más que pensar en los excelentes canapés que iban a preparar la señora Crampton y la señora Mayhew. —Volvió la cabeza hacia las dos mujeres y sonrió—. Así que no quiero entretenerles más e impedir que puedan disfrutar de ellos.

Por último, hizo alusión a «estos tiempos de austeridad» e insistió en que deseaba que todos tuvieran buena suerte, por decirlo de alguna manera, y entonces terminó, por fin, su discurso. Jane y Prudence se vieron arrastradas sin querer por la marea de gente que las empujaba hacia el tentempié y hacia su querido miembro del Parlamento.

—Supongo que tendremos que esperar a que nos presenten —dijo Jane alzando la vista hacia donde estaban Edward Lyall y su madre, allí plantados, como si aguardasen a que se hicieran las presentaciones —. Es una pena que se hayan quedado justo delante de la mesa de los canapés. Si no, por lo menos podríamos haberles hincado el diente.

—Pero no vamos a empezar antes de que empiecen ellos —dijo Prudence—. Todavía no han tomado nada.

—Ah, señora Cleveland… —La señorita Doggett, con su vestido de lana de color morado, pareció tomar la iniciativa—. Permítame que le presente a nuestro parlamentario.

Jane la siguió dócilmente y estrechó la mano, primero a la señora Lyall y después a su hijo. Él tuvo unas palabras para ella y, aunque no hizo ningún comentario demasiado profundo, Jane se dio cuenta de que le había resultado simpático, como si hubiera caído víctima (por usar su propia expresión) de los encantos y los buenos modales del joven. Entonces se levantó la veda de los canapés y refrescos, y muchas mujeres se acercaron al señor Lyall con platos llenos de bocaditos y otras delicias. Jane vio cómo la señora Mayhew le ofrecía un plato con gesto furtivo y le decía en voz baja:

—Canapés de ostra. Los he preparado especialmente para usted. Sé que le encantan.

La situación le pareció divertida e interesante a un tiempo. Había algo que le resultaba muy familiar, no obstante tardó un par de minutos en darse cuenta de qué era. El salón de actos, las mesas con caballetes, el joven tan apuesto, las damas que lo rodeaban… ¿Dónde había visto algo similar? Entonces se le encendió la bombilla. Solían ser los coadjutores los que recibían los tratos de favor, pero su parroquia no tenía ese tipo de figura. Por lo tanto, Edward Lyall era una especie de sustituto. La idea le hizo tanta gracia que deseaba con todas sus fuerzas comunicársela a alguien, pero se encontró con que tenía al lado a la madre del joven y dudó que pudiera compartir con ella sus pensamientos.

¿Qué podía decirle a la señora Lyall, una persona de apariencia afable con un rostro largo y melancólico?

Por suerte, fue la señora Lyall quien rompió el hielo.

—Edward está agotado —dijo—. Es un descanso para él venir aquí. El discurso político de ayer lo dejó sin fuerzas.

¿El discurso? Jane nunca seguía las intervenciones en el

Parlamento, pero podía imaginarse lo que habría expresado un joven de su partido, así que dijo con tono alegre:

—Claro, no me sorprende. Creo que fue muy acertado, sobre todo la parte acerca de la juventud y el imperio —se aventuró a decir.

—Sí, todo el mundo quedó muy contento. Me alegra que se desenvuelva tan bien, aunque, por supuesto, como tal vez haya oído por ahí, yo no siempre comparto sus opiniones.

La señora Lyall frunció levemente el entrecejo, cosa que obligó a Jane a decir con un tono rotundo:

—No, no, por supuesto que no. Todo tiene su parte buena y su parte mala, ¿verdad?

—Me alegro mucho de oírla decir eso, porque es exactamente lo que yo pienso.

—Al fin y al cabo —dijo Jane, que se iba animando—, los parlamentarios también son seres humanos, ¿no cree? Todos cometemos errores, incluso los mejores en cualquier terreno.

Se dio cuenta de que había estropeado su comentario positivo añadiendo esa explicación tan enrevesada, porque el ceño preocupado volvió a aparecer en el rostro de la señora Lyall.

—Ojalá pudiéramos quedarnos con lo mejor de ambos lados —dijo con tristeza—. Aun con todo, creo que las cosas ya no son como eran.

—No —coincidió Jane—. Se han producido muchos cambios en los últimos años.

—Sobre todo desde la guerra —continuó la señora Lyall—. A menudo pienso en ese tema, en especial a la hora del desayuno.

—¿A la hora del desayuno? —repitió Jane.

—Sí, al ver toda la vajilla sucia esperando junto al fregadero. Cuando aún vivía mi marido, solíamos tomar tres o cuatro platos calientes y jamón curado los días que desayunábamos solos los tres.

—Ah, sí —dijo Jane emocionada—. *Foie gras* y beicon y huevos revueltos y tal vez un huevo hervido, o incluso pescado, por no hablar de los copos de avena. Lo he leído en algunas novelas que hablan de las fiestas que se daban en el campo en la época eduardiana.

—Ahora ya no queda nada de todo eso —añadió la señora Lyall—, y es un alivio. Yo solo desayuno una taza de té con tostadas. A Edward le gusta tomar un café y cereales. Como mucho, de vez en cuando toma un huevo hervido o una loncha de beicon…

Jane se volvió, pensando que no era merecedora de escuchar esas sagradas revelaciones acerca de los gustos culinarios de Edward Lyall. Estaba convencida de que habría más oídos puestos en las palabras de la anciana, y así era, pues de pronto la voz de la señorita Doggett intervino para decir:

—Soy de la opinión de que los hombres necesitan desayunar algo

caliente y contundente, sobre todo después de haber tenido una larguísima reunión en el Parlamento la tarde anterior. De modo que comprendo perfectamente que el señor Lyall necesite un buen desayuno. ¿No te parece, Jessie?

Volvió la cabeza hacia su dama de compañía y la interpeló con bastante brusquedad, porque, tal como percibió Jane, la señorita Morrow sonreía tímidamente, igual que si le estuvieran contando algo divertido.

—Parece que los hombres necesitan alimentarse en todo momento —dijo la señorita Morrow con un tono espontáneo y también brusco.

—Algunas veces —dijo la señora Lyall a modo de reproche— Edward está tan cansado que ni siquiera tiene ganas de desayunar después de quedarse hasta la madrugada en el Parlamento.

—Dios mío… —La señora Mayhew y la señora Crampton se habían unido al grupito que rodeaba a la señora Lyall.

—A lo mejor en esos casos lo más conveniente sería una bebida láctea bien nutritiva —aconsejó la señora Crampton—. Como Benger u Ovaltine…

—O tal vez un remedio más drástico —dijo la señorita Doggett con picardía—. ¿Una copa de brandy, quizá?

—Sí, yo también opino que, en casos de fatiga, es necesario tomar algo muy fuerte —dijo la señora Mayhew.

—Considero que siempre hay que tener el brandy a mano —añadió la señora Crampton.

—¿Se refiere a que debe haber brandy en casa o en el Parlamento? —le preguntó la señorita Morrow a Jane—. Bueno, creo que podemos dejarlas solas con sus cosas, ¿no le parece?

—Sí —coincidió Jane—. Oiga, ¿qué tiene ahí? —preguntó al ver que la señorita Morrow parecía ocultar una bolsa de papel detrás de la espalda.

—Son empanadillas de ostra —susurró la señorita Morrow—. A mí también me gustan. Se me ocurrió que podría comérmelas tranquilamente en mi dormitorio cuando llegara a casa. He cogido unas pocas en un momento en que no me veía nadie, mejor dicho, nadie que me importase. Creo que me ha visto el señor Oliver, pero dudo que le haya parecido mal, teniendo en cuenta sus opiniones. ¿Le apetece una?

—No, gracias —dijo Jane.

A continuación, miró algo nerviosa a su alrededor para asegurarse de que Prudence y Flora estaban bien. Su hija estaba hablando con el señor Oliver, pero Prudence estaba de pie en un grupo bastante incongruente, en el que se hallaban la señora Glaze, Nicholas y los dos monaguillos. No daba la impresión de estar divirtiéndose mucho,

entre otras cosas porque Jane le había prometido que por lo menos allí vería a Fabian Driver y de momento no había ni rastro de él.

—Me pregunto qué puede haberle pasado al señor Driver —le dijo a la señorita Morrow—. ¿No suele asomar la cabeza en estos eventos?

—Sí, sí —dijo la señorita Morrow—. Aparecerá cuando crea que la fiesta está en lo mejor.

—¿En lo mejor? —repitió Jane, confundida—. ¿Lo mejor para qué?

—Para hacer su aparición estelar. Tiene que cronometrar su llegada con absoluta exactitud… Si llega poco tiempo después que Edward Lyall, nadie se dará cuenta de su presencia.

—No es posible que se lo plantee de esa forma —dijo Jane entre risas—. Seguro que es porque le gusta cenar tranquilo en casa y después pasarse por aquí.

—Sí, la señora Arkright le ha dejado preparada ave en escabeche, un faisán, creo, y además una ensalada. Es obvio que se relamerá en su cena, pero le aseguro que empleará más tiempo del necesario en llegar.

—¡Qué bien lo conoce usted! —dijo Jane, que ahora miraba a la señorita Morrow con otros ojos. Pero lo que vio no era nada muy especial: una mujer de cara menudita, como de pájaro, con la nariz larga y unos ojos brillantes y grandes, ataviada con un vestido de crepé azul oscuro y una gargantilla de pasta barata alrededor del cuello.

—Bueno, como vivimos puerta con puerta, es fácil enterarse de esas cosas. Además, claro está, conocía a su esposa Constance. Una aprende muchos secretos sobre los hombres a través de sus mujeres.

—Ay, sí… —Jane se paró a pensar en sí misma por un instante—. Sí, supongo que es cierto. ¿Cómo era su esposa?

—Mayor que él, y, la verdad, no era una persona muy interesante. Pero cosía de maravilla.

El tono de la señorita Morrow fue cortante, y Jane no consideró que pudiera formarse una idea clara de cómo era Constance a partir de esa descripción. Seguro que el señor Driver no tardaría en llegar, se dijo, nerviosa por su amiga Prudence. Y muy poco después de esta escena él llegó, con paso lento y la cabeza leonina bien alta, mirando a su alrededor con un aire más bien sorprendido.

La señorita Morrow sonrió con ironía. Jane avanzó hacia él y el señor Driver la saludó.

—Me gustaría que conociera a la señorita Prudence Bates —dijo ella—. Ha venido a pasar el fin de semana con nosotros.

Así que ese era el famoso Fabian Driver, pensó Prudence, con una pose bastante fría que reservaba para las reuniones sociales. Desconfiaba por naturaleza de los hombres apuestos, aunque a la vez

suponían un reto que ella estaba siempre dispuesta a aceptar. La mirada que le dedicó Fabian cuando se dieron la mano fue tan penetrante que una parte de aquella pose se esfumó. En otras ocasiones ya había habido hombres que la habían observado de ese modo, y tal vez era esa mirada lo que las mujeres no podían soportar en exceso. Ella alzó los ojos también y le sostuvo la mirada.

—Encantado de conocerla —murmuró él.

Jane, que veía la escena desde fuera, pensó: «¡Ay, Dios mío!», como una niña. Seguro que todo iba a salir bien. La forma en que la había mirado era de lo más prometedora. «En nuestro primer encuentro extraño y fatal…», recitó para sus adentros.

Prudence y Fabian se alejaron un poco de los que estaban jugando a las cartas, que habían empezado ya la siguiente partida, con Edward Lyall y su madre entre ellos.

—¿Ha jugado alguna mano? —preguntó Fabian.

—Solo un par —dijo Prudence entre risas—. Me temo que se me ha olvidado lo poco que sabía sobre este juego…

—Me gusta participar en estas actividades —dijo Fabian—. Hay ciertas responsabilidades. Ya sabe, cuando se vive en una población pequeña…

—Sí, puedo imaginármelo.

Se hizo un silencio. «Es como ir a una fiesta y no tener nada en la mano para beber», pensó Prudence.

—¿Quiere un canapé? —preguntó ella mientras le ofrecía un plato con aspecto algo reseco a Fabian.

—No, gracias. He cenado antes de venir. Aunque estaba pensando —la miró fijamente a los ojos— que tal vez podríamos escaparnos e ir a tomar una copa… ¿Le apetecería?

—Ya lo creo que sí. El esfuerzo de tener que charlar con tanta gente nueva me ha dejado agotada.

—¿Ha traído abrigo o algo más grueso? En la calle hace bastante frío.

—Tengo una capa de pieles. —Prudence hizo un gesto inútil rodeándose los hombros para intentar explicarse—. La he dejado en algún sitio al llegar.

Fabian retiró la capa de Prudence de entre una pila de abrigos de tweed y se marcharon juntos. El pub estaba al otro lado del lago. Llegaron casi corriendo, y a los pocos minutos ya estaban sentados junto a un fuego encendido. La mayoría de los habitantes del pueblo había ido a la partida de *whist*, así que el pub estaba desierto. Fabian le preguntó a Prudence qué le apetecía tomar y ella se lo dijo sin falsa modestia y sin rodeos. Una sidra o una jarra de cerveza (que, además, no le gustaba) no le parecían dignas para la ocasión. Sin embargo, su

conversación no mejoró demasiado a pesar de la bebida fuerte, aunque sí es cierto que poco a poco se fueron relajando y sus ojos se encontraban tan a menudo, perdidos en miradas penetrantes, que no pareció importarles que tuvieran muy pocas cosas que decirse el uno al otro o que Prudence acabara llevando la voz cantante. Había pasado muchas veladas así en su vida y siempre disfrutaba de ellas; el tiempo transcurría plácidamente hasta que llegaba la hora de volver a casa.

—Me temo que el campo de noche está bastante oscuro —dijo Fabian mientras tomaba a Prudence del brazo—. Deje que le muestre el camino.

—Seguro que lo encuentro, no se preocupe —dijo Prudence con ese tono suyo tan frío—. Me gusta pasear en la oscuridad.

—Bueno, pero deje que la acompañe hasta la puerta —insistió Fabian.

—Es muy amable. Lo cierto es que no estoy segura de dónde está la casa parroquial.

—Está justo al otro lado del lago, pero es muy fácil perderse en un lugar desconocido. Mi casa está aquí mismo.

Señaló una puerta con el dedo.

—Qué bien. Jane me ha dicho que tiene una casa preciosa.

Fabian suspiró.

—Sí, supongo que sí, pero estoy tan solo…

Prudence, cuyos reflejos habían quedado algo adormecidos por el whisky, no sonrió. Le miró fijamente el rostro y pensó que tenía un perfil atractivo. Pobre Fabian, qué solo estaba… Empezó a preguntarse si la besaría cuando llegaran a la puerta de la casa de su amiga.

—Buenas noches, señor Driver —interrumpió sus pensamientos una voz contundente de campesina, y entonces se dio cuenta de que estaban pasando por delante del local social del pueblo, de donde empezaba a salir una muchedumbre. Así pues, parecía poco probable que tuviera la oportunidad de darle un beso de despedida. Se preguntó si a ella le habría gustado que se lo diera.

—Deberíamos vernos en Londres —dijo Fabian cuando le soltó el brazo—. Tal vez podríamos comer juntos algún día, ¿no cree? O si prefiere podríamos ir al teatro y después a cenar.

—Me parece muy bien.

—Entonces, ¿quiere que le escriba o la llame por teléfono? ¿Encontraré su número en el listín?

—Oh, sí.

—Señorita Bates… Señorita Prudence Bates.

Le tomó la mano como si fuera a besarla, pero su gesto galante se vio interrumpido por la aparición de la señorita Doggett y la señorita

Morrow, que gritaron «¡Buenas noches!» y continuaron caminando entre murmullos.

Fabian suspiró.

—¡Ay! En fin, buenas noches, querida mía.

Y Prudence recorrió en solitario el caminito que llevaba a la casa del párroco.

En cuanto entró, reparó en que toda la familia estaba congregada en el despacho de Nicholas.

—Nos apetecía tomar un vaso de leche caliente con cacao —dijo Jane con alegría—. ¿Quieres uno tú también?

—No, gracias —contestó Prudence mientras entrecerraba los ojos por la luz.

—Claro, mejor no. Has ido a tomar algo con Fabian, ¿verdad?

Jane procuró que su tono de voz fuera neutral y falto de interés.

—Pues sí.

—¿Y qué habéis tomado?

—Whisky.

Jane hizo una mueca.

—¡Qué barbaridad! ¿Y Fabian mantuvo la compostura?

—¿Que si mantuvo la compostura? No sé a qué te refieres. Hemos estado hablando sobre Italia y sobre Coventry Patmore y Donne y otras muchas cosas.

—¡Coventry Patmore y Donne! A mí nunca me ha hablado de esas cosas… Seguro que habéis congeniado.

—Me ha parecido bastante simpático —dijo Prudence con aire despreocupado. Aunque, a decir verdad, ahora que lo pensaba, había sido ella la que había sacado el tema de Coventry Patmore y Donne.

«Me pregunto si la habrá besado», pensó Jane. Le sorprendió oír que habían mantenido lo que parecía una tranquila conversación inteligente, porque a ella Fabian nunca le había parecido un hombre demasiado intelectual. Jane tenía una teoría para explicar por qué a Fabian le encantaba hacer el amor con las mujeres: porque no se le ocurría de qué podían hablar. Pero, por supuesto, no se lo contó a Prudence.

—Edward Lyall es encantador, ¿no crees? —continuó Jane—. Aunque me da la impresión de que hoy estaba muy cansado. Debe de ser agotador sentirse tan admirado. Y me parece que los políticos no están tan acostumbrados a que los alaben como los clérigos.

Nicholas sonrió sin dejar de mirar su vaso de leche con cacao.

Prudence reconoció que Edward Lyall era guapo. Flora se apresuró a recoger las tazas usadas, pero no dijo nada. Esa noche había conocido la exquisitamente dolorosa sensación de ser infiel por un instante en su amor al señor Oliver, cuyo lugar no se había visto

suplantado hasta ese momento por ningún estudiante de la universidad. Las mejillas pálidas y ligeramente hundidas de Edward Lyall habían hecho mella en su imaginación. Sin embargo, todo el mundo había sido muy hostil con el señor Oliver, y eso había conmovido su corazón. No sabía en quién de los dos pensaría esa noche cuando se fuera a la cama.

Jane se levantó de la silla y se desperezó. Confiaba en que la velada hubiera servido de algo. Tal vez Fabian y Prudence pudieran quedar en Londres. Empezó a organizar mentalmente comidas y cenas para los dos. Se le ocurrió que era como el clásico Pándaro, aunque ella abogaba por un cortejo seguido de un matrimonio como dictaban los cánones y las convenciones del decoro. Fabian era viudo y Prudence era soltera, así que ni siquiera tendrían que pasar por el bochorno de un divorcio. Bueno, ahora que lo pensaba mejor, Jane decidió que, en realidad, se parecía más a Emma Woodhouse.

CAPÍTULO 10

—¿Crees que la señorita Bates tiene algún tipo de vida amorosa? —preguntó Marilyn con gran desenvoltura después de que Prudence fuera a pasar el fin de semana a casa de Jane—. Yo creo que todavía es bastante atractiva.

—Me pregunto cuántos años tendrá —comentó Gloria—. Unos treinta, ¿no crees?

—Sí, algo así. Espero no llegar nunca a cumplir los treinta. ¡Menudo vejestorio!

—Pues tener cuarenta debe de ser aún peor —dijo Gloria—. No me gustaría nada ser tan vieja. Y eso que yo diría que la señorita Trapnell pasa de los cuarenta… Igual que la señorita Clothier.

Permanecieron un momento en silencio pensando en semejante barbaridad.

—Manifold también tiene treinta años —dijo Marilyn con tono más alegre—. Pero no parece tan terrible en el caso de los hombres.

—Y el Abuelo cumplirá cuarenta y ocho este año —dijo Gloria—. Lo he buscado en el *Who's Who*.

—Me hace ilusión que salga en los libros —dijo entre risas Marilyn —. Al verlo nunca lo dirías. ¡Cuarenta y ocho! Eso significa que tiene casi veinte años más que la señorita Bates. Cuando ella nació, él ya era un hombre hecho y derecho. ¡Qué te parece! ¿Cómo crees que va su romance últimamente?

Durante unos instantes, comentaron la pasión que la señorita Bates sentía por el doctor Grampian, tras los cuales llegaron a la conclusión de que cualquier sentimiento que una mujer pudiera experimentar hacia semejante carcamal (y más en el trabajo) no podía calificarse de vida amorosa. Estaban convencidas de que ellas eran mucho más afortunadas por tener amigos de su edad que no guardaran relación alguna con su trabajo.

—Bueno, será mejor que vaya a preparar el té —dijo entonces Gloria; se levantó y cogió el hervidor para llenarlo de agua—. Hoy me toca a mí.

—¿Vas a prepararle un Nescafé a Manifold?

—No, que se lo prepare él si quiere, aunque no me importa

hervirle agua. Puede utilizar la que sobre después de hacer el té.

En la otra sala, Prudence barajaba con la señorita Trapnell y la señorita Clothier la posibilidad de que les sirvieran el té en breve.

—Las once y cinco —dijo la señorita Trapnell—. Espero que hayan puesto a calentar el agua por lo menos…

—Me ha parecido oír un ruido —dijo a su vez la señorita Clothier mientras abría su lata de galletas.

—¿Qué ruido? —preguntó Prudence por pasar el rato.

—El del grifo del agua.

—¿Ha dicho usted el del grito del agua? —preguntó la señorita Trapnell muy seria.

—No, no, el grifo del agua —contestó la señorita Clothier impaciente—. Como si alguien estuviera llenando el hervidor.

Se oyeron unos pasos al otro lado de la puerta y entonces se detuvieron un momento.

—Ah —dijo la señorita Trapnell.

—¡Mire esto, señorita Bates!

El señor Manifold irrumpió en el despacho y se quedó plantado frente a las tres mujeres.

«Supongo que esconde su sentimiento de inferioridad tras esos modales tan rudos», pensó Prudence, que apenas levantó la cabeza de los papeles en los que estaba enfrascada. Al poco, alzó la vista hacia Manifold dirigiéndole lo que ella consideraba una mirada fría y enfadada.

Vio al hombre de pie junto a su escritorio, con un fajo de páginas mecanografiadas en la mano. Pantalones de pana, camisa de cuadros y americana de tweed. «¿Puede saberse por qué se viste como un estudiante?», se preguntó con irritación. El hombre estaba que se subía por las paredes. Echaba fuego por los ojos.

—¿He hecho algo mal? —preguntó Prudence.

—Sí, o eso creo yo —contestó él, desarmado por la frialdad de la joven—. ¿No pasó usted a limpio estas notas mías para el Abuelo?

—Tal vez sí. Déjeme ver. —Prudence alargó una mano para coger los folios—. ¿De qué tratan? Ah, sí. —Sonrió—. Fue muy complicado… El doctor Grampian y yo nos devanamos los sesos para intentar entender qué quería decir usted.

—Bueno, pues decididamente no lo que ha escrito… —dijo el señor Manifold con los humos un poco más bajos—. A lo mejor no me expliqué bien del todo.

—Pues la verdad, yo diría que no. Mire, aquí está el té. Tome una taza y después hablamos de este tema.

—No me apetece una taza de té.

—Vaya, no le gusta, ¿verdad? Pues Gloria le preparará un Nescafé,

¿a que sí, Gloria?

—De acuerdo, señorita Bates —contestó Gloria a regañadientes.

—No quiero nada, muchas gracias —dijo el señor Manifold—. Ya me lo prepararé yo más tarde si tengo ganas.

—Le iría muy bien tomar algo —intervino la señorita Clothier—. ¿Por qué no come una galleta?

—Gracias. Lo cierto es que tengo bastante hambre.

—Iré a decirle a Gloria que le prepare un Nescafé —dijo la señorita Trapnell.

El señor Manifold se sentó al lado de Prudence y juntos discutieron las correcciones que debían hacerse en las pruebas.

—¿Lo ve? Yo no quería decir exactamente lo que ha escrito aquí —dijo él—. Lo ha simplificado en exceso.

—¿De verdad? —Prudence simuló estar interesadísima en su explicación y lo miró a los ojos, de color miel claro, como si comprendiera todas y cada una de las palabras que decía—. En ese caso, creo que no nos entendimos.

—No me gustaría que se me malinterpretara.

—No, no, por supuesto que no. Lo siento.

—No pasa nada. Es que por un momento pensé…

—¿Qué pensó? —Prudence volvió a mirarlo a la cara.

«Qué ojos tan bonitos tiene», se dijo. La voz de Prudence había adquirido un cariz íntimo y ausente, como si ya no estuvieran en la oficina.

El señor Manifold parecía sorprendido. Entonces sonrió y algo parecido a un sonrojo empezó a teñir sus pálidas mejillas. Prudence volvió la cabeza para ocultar una sonrisa y él salió corriendo de la oficina que compartían las tres empleadas.

—¡Anda, no se ha terminado el Nescafé! —exclamó la joven una vez que Manifold se hubo ido.

—Estoy segura de que se le ha olvidado —dijo la señorita Trapnell.

—Estar en su compañía ha hecho que dejara de pensar en el café —añadió la señorita Clothier.

—¿Estar en mi compañía?

—Sí, siempre he pensado que usted le gusta, señorita Bates.

Prudence soltó una carcajada.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué idea tan peregrina!

Aunque, ¿por qué no? ¿Qué tendría de raro que le gustara al señor Manifold? Era atractiva e inteligente, incluso deseable. No sería de sorprender que Geoffrey Manifold se hubiera fijado en ella.

Cuando sonó el teléfono y el doctor Grampian requirió su presencia, Prudence se dirigió a su despacho con el corazón

alborozado y muy confiada, dispuesta a recibir la admiración de otro hombre.

Lo encontró sentado junto a su escritorio, con un vaso de agua y un frasco de pastillas ante él. Prudence creyó percibir que no se sentía tan emocionada al verlo como unas semanas antes.

—Hola, señorita Bates —dijo mientras abría el frasco y desperdigaba unas cuantas pastillas encima de la mesa.

—¿Se encuentra mal? —preguntó Prudence con tono afectuoso.

«Debemos amar a todo el mundo —pensó—, y tal vez sea necesario hacer un esfuerzo extra hacia aquellos por quienes nuestro amor se ha enfriado.»

—No, supongo que estoy igual que siempre —dijo el doctor Grampian con un tono impasible—. Pero últimamente las cosas no me resultan nada fáciles.

Prudence se preguntó a qué cosas se refería. Los hombres no tenían los mismos quebraderos de cabeza que las mujeres. Debía de tratarse de alguna preocupación importante: la salud, el trabajo, o incluso quizá su esposa Lucy. ¿Acaso no estaba satisfecho con ella en algún sentido? En realidad, Prudence pensó que jamás podría preguntarle una cosa así.

—Me parece que entre Manifold y usted podrían sacar algo de aquí… —continuó el catedrático, que había cogido una carpeta grande abarrotada de papeles e iba pasando las páginas mecanografiadas que contenía y marcando algunos párrafos con un lápiz.

Prudence fingía prestarle atención, pero en el fondo sus pensamientos vagaban pensando en la velada que iba a pasar con Fabian. Su relación había progresado desde la noche en que se habían conocido durante la partida de *whist*. Varias comidas y otras tantas cenas, con los debidos platos y bebidas, habían convertido sus encuentros en una aventura amorosa bastante romántica.

Hacia el final de la jornada laboral, Prudence se preparó para marcharse de la organización antes incluso de que dieran las seis.

—Reunirme con el doctor Grampian siempre me deja sin fuerzas —se justificó—. Estoy agotada.

La señorita Trapnell asintió, comprensiva.

—El contacto con una mente tan excepcional debe de ser muy cansado —coincidió—. Hay que estar dispuesta a prestarle atención con los cinco sentidos.

Prudence se acordó del frasco de pastillas y de los dedos que pasaban las páginas mecanografiadas, así como de su propio silencio; estaba absorta porque no dejaba de pensar en Fabian. Entonces decidió con buen juicio zanjar allí la cuestión.

Había quedado con Fabian en un restaurante del Soho al que solían

ir, pero, por suerte, disponía de tiempo para pasar antes por su casa, cambiarse de vestido y acicalarse un poco para la velada.

Él la estaba esperando con un ramo de rosas rojas, sus flores favoritas. Le encantaba poder volver a cenar con una mujer atractiva. Habían pasado más de diez meses desde la última vez que lo había hecho y le parecía una eternidad. Ahora se daba cuenta de lo mucho que lo había echado de menos y se sintió complacido al comprobar que no había perdido su buena mano con las mujeres. Además, esta vez contaba con el placer añadido de tener la conciencia tranquila; hacía muchísimo tiempo que no podía invitar a cenar a una mujer sin que le acosara el sentimiento de culpabilidad que repiqueteaba en el fondo de su mente, la imagen de Constance sentada en una tumbona bajo el nogal, haciendo punto.

—Querida mía —le dijo mientras tomaban un cóctel. Era evidente que la confianza iba en aumento—, estás guapísima esta noche. Me moría de ganas de volver a verte.

Prudence dio un sorbo más largo a su copa. Le pareció que sus palabras eran banales, decepcionantes, incluso. Sus noches imaginarias con Arthur Grampian nunca eran así, aunque seguramente el catedrático hubiera sido igual de aburrido en aquella situación. Tal vez no existiera nada tan dulce como las veladas imaginarias amenizadas con una conversación fluida e inagotable. Sin embargo, obviamente no podía decirle algo así a Fabian. A pesar de todo, se dijo para sus adentros con absoluta sensatez que podría ser un buen marido para ella. Tenía la edad adecuada, compartían muchos gustos y ella disfrutaba de su compañía. Además, y no era un detalle insignificante, era guapo. Harían muy buena pareja.

—Y ahora a ver qué cosas buenas podemos cenar —dijo Fabian mientras leía la carta de arriba abajo—. ¿Qué te apetecería tomar, querida?

Prudence eligió sus platos, tal vez con más cuidado del que habría mostrado una mujer locamente enamorada, y Fabian hizo lo propio, también tras pensárselo dos veces. Sus platos eran bastante distintos de los de ella.

«Seguro que sirven el pollo con esa salsa tan rica», pensó Prudence mientras miraba a Fabian a los ojos. Ella había pedido salmón ahumado como entrante, y después tal vez tomaría un plato de queso brie, tan cremoso y exquisito.

—¿Has visto a Jane últimamente? —preguntó Prudence.

—Sí, la veo a menudo —contestó Fabian—. Somos muy buenos amigos. Me parece una persona encantadora.

—Sí, Jane es un encanto. Es maravillosa, aunque parece que se haya perdido algo. La vida no ha resultado ser como ella esperaba.

Fabian se sorprendió.

—A mí me parece que es feliz —se aventuró a decir.

—Lo parece, sí, pero…

A Fabian le desconcertó el tono de Prudence. Era como si ninguna mujer pudiera ser del todo feliz, aun cuando la invitaran a una cena romántica. Consideró que tenía que decir algo consistente al respecto, pero, naturalmente, no se le ocurrió nada que lo fuera.

—Bueno, yo diría que tiene una vida que le permite realizarse: trabaja en la parroquia y esas cosas —continuó él sin entrar en detalles.

—Pero en el fondo no se le dan bien las tareas de la parroquia… Es una pena que se limite a vivir así. Ella tiene mucho talento, ¿sabes? Podría haber sido escritora.

—¿Escritora? ¡Por el amor de Dios!

—Sí, escritora. ¿Qué tiene de malo? —preguntó Prudence algo irritada.

—Siempre he pensado que las mujeres que escriben libros son formidables.

—Tú prefieres que sean tontas y femeninas, ¿verdad? Prefieres que piensen que los hombres son maravillosos…

—Bueno, a todos los hombres les gusta que piensen que son maravillosos. No hace falta que una mujer sea tonta para que admire a un hombre.

Prudence pensó con cierta tristeza en su admiración por Arthur Grampian, que casi era ya agua pasada. No podía fingir que admirara a Fabian de la misma manera. Sin embargo, cuando les sirvieron el vino, dorado y delicioso, sintió cómo su corazón se enternecía hacia él y, cuando les sirvieron el café solo y el brandy, llegó a pensar que tal vez admirara a Fabian. Al fin y al cabo, ¿para qué servía tener una mente privilegiada y escribir libros aburridos que seguramente no leía nadie? La verdad es que tenía poco valor, comparado con un pelo rizado, unos ojos hermosos y unas facciones proporcionadas.

—Me temo que voy a tener que volver a casa, triste y solo, en esta noche tan negra —dijo Fabian con cariño—. Qué lástima que tengamos que despedirnos ya.

—Sí, es una pena —dijo Prudence con pies de plomo—. Pero las veladas siempre llegan a su fin, por mucho que intentemos alargarlas.

—No tienen por qué terminar —dijo entonces Fabian, pero enseguida se percató de que no podía comparar a Prudence con el resto de las mujeres que había tratado. Debía contar con la complicación de que ella era amiga de Jane Cleveland. No estaba bien coquetear con la amiga de la esposa del párroco, pensó con solemnidad.

—Quizá en otra ocasión… —dijo Prudence dejando la frase a medias.

—Entonces llamo a un taxi para que te lleve a casa.

Mientras Prudence esperaba en el vestíbulo del restaurante, una mujer joven y alta con un traje de tweed se acercó a ella.

—¡Hola, Prue! Te he visto de lejos, pero tú no me has visto…

—Vaya, Eleanor, ¿qué haces aquí?

—He venido a cenar con J. B. Mañana tiene que marcharse a Oriente Próximo. Hemos estado en el ministerio hasta más de las nueve… Teníamos asuntos que tratar, ya sabes.

El tono de Eleanor, misteriosamente colmado de importancia, como siempre, puso a Prudence un poco nerviosa. Debía de ser maravilloso trabajar para alguien que te necesitara de verdad, que no pudiera marcharse a Oriente Próximo sin haber tratado unos asuntos contigo antes. J. B. no podía hacer nada sin Eleanor. Allí estaba ella, radiante, con su traje de chaqueta y su eficiencia, mientras J. B., un hombre alto de aspecto preocupado, con un maletín excesivamente lleno, retiraba el abrigo del guardarropía.

—Tenemos que comer juntas un día de estos —dijo Prudence sin demasiado convencimiento.

—Sí, por supuesto. Llámame cuando quieras.

Mientras Prudence volvía a casa sola en el taxi, pensó en Eleanor y en sus otras compañeras de facultad en Oxford, todas etiquetadas con precisión dentro de las categorías establecidas por la señorita Birkinshaw: «Bueno, Eleanor tiene su empleo en el ministerio, y Mollie tiene el organismo y sus perros, y Prudence…». ¿Qué pasaba con Prudence? Prudence tenía sus aventuras amorosas, eso era lo que solía decir Jane, y tal vez, en el fondo, fuera cierto. Pondría las rosas rojas en un jarrón junto a su mesita de noche y las llevaría a la oficina al día siguiente.

CAPÍTULO 11

Ahora que la primavera empezaba a respirarse en el ambiente, Fabian decidió que tenía que hacer algo sin falta con «las cosas de la pobre Constance». Además, la entrada de Prudence en su vida hacía que pareciera todavía más inapropiado que no se hubiera encargado antes de ese asunto.

Fue la señora Arkright la que consiguió que se decidiera a ponerse manos a la obra. Siempre les contaba a sus amigas que era una lástima que todas aquellas cosas tan bonitas de la pobre señora Driver continuaran guardadas en los cajones y armarios, y ahora que se aproximaba de nuevo la primavera, con la necesidad de limpiar y reordenar lo que eso comportaba, le parecía que no podía demorar más el momento de decirle algo al respecto al señor Driver. La primavera anterior había sido muy distinta, por supuesto; el funeral estaba demasiado reciente, y fresco aún en la memoria del pobre viudo, pero ahora había llegado para él la hora de recapitular y serenarse.

Jane Cleveland se enteró de todo esto a través de la señora Glaze.

—Hace justo un año que murió —le dijo—. He buscado en el periódico a ver si veía un recordatorio del aniversario, pero no he visto nada.

—¿En el periódico? —preguntó Jane—. ¿Por qué iba a ponerlo en la prensa?

—*In Memoriam* —dijo la señora Glaze con altanería—. Es un detalle poner algo.

—Ah, bueno, se refiere al periódico local —dijo Jane, que entonces recordó la larguísima columna de versos sensibleros y facilones que había leído para conmemorar la muerte del abuelo de alguien, del padre y del resto de los seres queridos que habían pasado a mejor vida.

—Sería de esperar que publicara algo en recuerdo de su difunta esposa —insistió la señora Glaze—. La señora Arkright me comentó lo mismo ayer. ¿Cree usted que se acordará de ella?

—No creo que la haya olvidado —dijo Jane—, pero las personas no siempre muestran sus sentimientos de la misma manera, ¿no le

parece?

«Y algunas veces —añadió para sus adentros—, no experimentan los sentimientos que uno espera.»

> Un largo y triste año hace hoy
> que mi querida Connie se marchó…

¿Acaso era ese el tipo de recuerdo que la señora Glaze y la señora Arkright habrían considerado apropiado? ¿Habrían asentido con la cabeza y habrían dicho entonces que eso era «lo correcto»?

—Los cristianos no necesitamos hacer esas cosas —empezó a decir Jane con convicción—. Si creemos, como deberíamos creer…

«Aun así —pensó—, ¿acaso no somos todos, incluso los más inteligentes, como niños que temen la noche? ¿No somos como los pueblos primitivos con sus cultos ancestrales? ¿No nos parecemos a ellos cuando vamos al cementerio el domingo por la tarde y llevamos ramos de flores?» Por supuesto, no podía decirle todo eso a la señora Glaze, que la miraba fijamente con su cofia y su delantal, allí de pie junto a la mesa de la cocina, mientras preparaba un pastel.

—Al menos va a ocuparse por fin de sus cosas, eso ya es algo —dijo la señora Glaze—. La señora Arkright dijo que sería buena idea dejar que la señorita Doggett y la señorita Morrow lo ayudaran. Son buenas personas y además eran amigas de la pobre señora Driver.

—O la señora Crampton y la señora Mayhew —sugirió Jane—. Aunque tal vez tengan demasiado trabajo con The Spinning Wheel.

—Bueno, cuatro mujeres puede que sean demasiadas, incluso para el señor Driver —dijo la señora Glaze riendo—. Tal vez sería buena idea que participase una mujer casada. Él se lo iba a pedir a usted, pero le dije a la señora Arkright que no sabía si a usted le iba mucho lo de ordenar y limpiar.

Jane bajó la cabeza.

—Sí, puede que ordenar no sea mi fuerte —reconoció. Sin embargo, ¿acaso no contaba para nada su estatus como esposa del pastor? No podía añadir que su insaciable curiosidad tal vez la hiciera merecedora de ser elegida para el puesto—. ¿Cuándo piensan encargarse de todo?

—Consideran que el sábado por la tarde sería el mejor momento.

—Yo diría que es más adecuado por la mañana —dijo Jane.

La señora Glaze estaba perpleja.

—Por la mañana tenemos trabajo, señora —dijo ella dándose importancia—. Aunque la señora Arkright irá a preparar el té, por supuesto.

—¿Así que habrá una pausa para el té?

—Claro que sí. Les hará falta una taza de té. Hay muchísimas cosas que sacar y guardar.

—Sí, tiene razón —contestó Jane lentamente, mientras su cerebro hacía conjeturas acerca de cómo podía presentarse ella también en la reunión. ¿Y si aparecía de improviso? ¿Y si decía que necesitaba el cortacésped en aquellas fechas? ¿Cómo iba a conseguir meterse en la casa? Bueno, seguro que se le ocurriría algo cuando llegara el momento.

El sábado, después de comer, la señorita Doggett y la señorita Morrow salieron de su casa a las dos y cuarto. La señorita Doggett consideró que la ocasión era lo suficientemente importante para saltarse su siesta y se vistió con una elegancia excesiva para alguien que va a llamar al timbre de la puerta de al lado, ya que se había puesto una capa de zorrillo y un sombrero grande tipo cofia, rematado con un ribete de terciopelo marrón y unos adornos de plumas. La señorita Morrow llevaba su abrigo de tweed y un pañuelo de cuadros en la cabeza.

Cuando llegaron a la puerta de Fabian, llamaron al timbre.

La señora Arkright, con el delantal y un turbante morado, les abrió la puerta y les indicó que pasaran al salón, donde Fabian todavía estaba tomando el café. Se hallaba sentado con la cabeza gacha y miraba fijamente la taza, con una mejilla apoyada en la mano. La posición parecía muy adecuada para el momento, como si en lugar de un año hubieran pasado apenas una o dos semanas desde la muerte de la pobre Constance.

—Me perdonarán que no las ayude a recoger —dijo en voz baja—. Me resultaría…

—Claro, demasiado doloroso. Lo entendemos perfectamente —dijo la señorita Doggett sin dejarle tiempo a terminar—. Nos pondremos manos a la obra ahora mismo.

—Casi todas sus cosas están en el piso de arriba —dijo Fabian con el mismo tono de voz—. En la habitación grande que da al jardín y en la estancia contigua. Yo me quedaré aquí…

Tomó un jarrón con jacintos blancos que había encima de la mesa y empezó a oler las flores como si estuviera ausente.

La señorita Doggett y la señorita Morrow se dirigieron lentamente y en silencio a la habitación indicada. Sin embargo, una vez que quedaron fuera de la vista del señor Driver aceleraron el paso y dejaron de disimular la curiosidad que sentían por verlo todo.

—Venga, al ataque —dijo la señorita Morrow, casi corriendo escaleras arriba.

—Jessie —dijo la señorita Doggett, cuyos pasos eran más lentos que los de su dama de compañía solamente porque era más vieja y

más voluminosa que ella—, me pregunto si al señor Driver le importará que encendamos la estufa —dijo mientras abría la puerta y notaba el fresco de la habitación grande desde la que podía verse el jardín—. Aquí dentro hace bastante frío. La pobre Constance siempre se quejaba de que esta era una habitación muy húmeda.

—Por Dios, ¡cómo va a importarle! —exclamó la señorita Morrow mientras encendía la estufa y se quitaba el abrigo y el pañuelo—. ¿En qué categorías dividimos sus pertenencias? ¿En prendas para las mujeres necesitadas y en prendas para la venta benéfica? ¿O deberíamos separarlas haciendo distinciones más precisas?

—No, creo que eso es lo que espera el señor Driver, y seguro que es lo que habría deseado la pobre Constance —dijo la señorita Doggett mientras abría el armario—. ¡Mira, aquí está el abrigo de almizclera! Nunca lo llevó a arreglar, a pesar de que le aconsejé que lo modernizara. El señor Rose podría habérselo adaptado como hizo con mi capa.

Acarició las tiras de piel de zorrillo que todavía llevaba puestas encima de los hombros, porque a pesar de la estufa de leña que centelleaba y crepitaba, la habitación todavía no se había caldeado.

—Me la estoy imaginando con el abrigo puesto —dijo Jessie mientras contemplaba el abrigo largo de color marrón con sus hombros estrechos y el cuello pasado de moda. Recordó la cara larga y pálida de Constance con sus ojos grises preocupados y el pelo rubio y rizado recogido con cierto desaliño en un moño bajo—. Y fíjese, aquí están todos sus zapatos, largos y estrechos, y de piel de calidad… Ideales para las mujeres.

—Era demasiado buena para él —dijo la señorita Doggett mientras cogía un par de zapatos entre las manos—. A menudo me pregunto cómo llegaron a casarse. Estos mocasines de cocodrilo costaron ocho guineas. Me acuerdo de cuando me lo contó Constance. Se los hicieron a medida, porque tenía los pies estrechísimos.

La señorita Doggett todavía sostenía los zapatos en la mano cuando Jane entró en el dormitorio con una bolsa grande de lona de color caqui.

—Se me ha ocurrido pasarme por si había algo para la caridad —dijo Jane, repitiendo de memoria las palabras que había ido ensayando desde que había salido de su casa. Al final había decidido aparecer por allí en calidad de esposa del pastor que buscaba prendas para la beneficencia, y confiaba en resultar convincente. La señorita Arkright, que le había abierto la puerta, la había mirado con cierto recelo, pero la señorita Doggett y la señorita Morrow parecieron aceptar su justificación sin problemas.

—Las cosas para la beneficencia están encima de la cama —dijo la señorita Doggett—. Hemos dejado las prendas que pensamos que

pueden encajar a las mujeres necesitadas en la *chaise longue*.

—¡Está muy bien que las hayan dejado allí! —exclamó Jane—. Imagino que esta era la habitación de la señora Driver.

—Sí, y además utilizaba el cuartito pequeño que hay al lado a modo de taller de costura. Allí tenía la máquina de coser y sus labores.

—¿Estos libros son suyos? —preguntó Jane mientras se acercaba a una estantería que había colgada de la pared, cerca de la cama.

—Supongo que sí —contestó Jessie—, aunque Constance no daba la impresión de ser muy aficionada a la lectura. De vez en cuando cogía una novela de la biblioteca.

—O una buena biografía —se apresuró a añadir la señorita Doggett.

—Seguro que se refiere a la vida de Florence Nightingale o a las memorias de alguna viuda de diplomático de la época eduardiana… —murmuró Jane—. Pero lo que hay aquí son sobre todo libros de poesía. ¿Acaso era esto lo que leía en secreto?

—Uf, no creo que Constance fuera el tipo de persona que hace algo así —dijo la señorita Doggett bastante sorprendida.

—Muchas veces a la gente le da vergüenza reconocer que lee poesía —dijo Jane—, a menos que hayan estudiado filología inglesa o algo por el estilo. Entonces se les perdona. Leer poesía se ha convertido en una mala costumbre, aunque sea tolerada. Me pregunto si leería al señor Auden y al señor MacNeice… Tal vez tuviera predilección por los autores del siglo xvii, como yo. Es curioso pensar que quizá tuviéramos eso en común.

Cogió un libro de la estantería y empezó a examinarlo, confiando en encontrar una dedicatoria interesante en la portadilla. Y no se vio decepcionada porque, con letra delicada y de aspecto inteligente, apareció escrito:

Para F, de C., 18 de abril de 1935

> Mi amor nació de forma tan extraña,
> como raro y altísimo es su intento.

Cerró el libro a toda prisa y lo guardó en la bolsa de lona. Ni hablar, eso no podía ir a la beneficencia. Era «La definición del amor» de Marvell. «¿Acaso Constance había visto cómo su amor sufría la desesperación de lo imposible?», se preguntó Jane. Aunque, claro, cuando se escribía una cita a modo de dedicatoria, no siempre se tenía en cuenta si era apropiado o no el resto del poema. En 1935, Fabian debía de contar apenas veinte años, y Constance tendría unos cuantos más. Tuvo que ser en algún momento de su noviazgo. Jane se preguntaba cuándo habría recuperado ella el regalo hecho a su futuro

esposo, si habría sido una acción consciente realizada a raíz de algún acontecimiento especial, tal vez después de una infidelidad especialmente dolorosa por parte de Fabian, o si la obra habría acabado en la estantería por iniciativa propia, por decirlo de algún modo, como sucede a veces con los libros cuando no se los valora demasiado.

—¿Opinan que él va a querer quedarse con alguno de estos libros? —preguntó Jane con cierta brusquedad.

—Bueno, lo mejor sería preguntárselo —dijo la señorita Doggett—. Aunque dijo que lo dejaba todo a nuestro criterio.

—Si quieren, se lo pregunto —se ofreció Jessie mientras salía a toda prisa de la habitación.

Se encontró a Fabian en el piso de abajo, ovillado junto al fuego del salón. No daba la impresión de estar haciendo nada en especial, aunque había doblado el *Times* de manera que el crucigrama quedaba a la vista y había rellenado algunas casillas. Jessie pensó que debía de resultarle difícil saber qué hacer mientras las mujeres estaban en el piso superior. En la radio había un partido de rugby y música de baile, pero ninguna de las dos cosas le parecía adecuada para la situación, y el Tercer Programa aún no había empezado. Tal vez podría poner algo de Bach en la gramola o salir al jardín, pero la tierra estaba seca y bastante yerma, así que no parecía que fuera a crecer nada en ella.

—La señora Cleveland quiere saber qué va a hacer con los libros —empezó.

—¿Qué libros?

—Los que hay en la estantería, junto a la cama.

—Ah, que haga lo que quiera con ellos. Que se los lleve o que los venda en el rastro de la beneficencia. Me da igual.

—Pobre Fabian… ¿Qué está haciendo? —Jessie apoyó una mano sobre su cabeza y lo miró a la cara—. ¿Matar el tiempo?

—No sé qué hacer —dijo—. Todo esto me resulta muy doloroso.

—Sí, ahora es cuando sufre por ella —dijo Jessie—. Las mujeres tienen mucho poder… Tal vez, al final, siempre salen victoriosas.

—¿A qué se refiere?

—A nada, ¡no lo entendería!

Le dio un beso fugaz en la frente y se marchó corriendo.

Si a Fabian le había sorprendido su comportamiento, no dio muestras de ello. Al fin y al cabo, no era la primera vez que una mujer le había ofrecido un tributo espontáneo; podía considerarse simplemente como algo que él se merecía. Se levantó y contempló su cara en el espejo con marco de cupidos dorados que había colgado encima de la repisa de la chimenea. Su superficie en penumbra le devolvió una imagen interesante y ensombrecida. Pensó en Jessie

Morrow, era como si se le hubiera metido en la cabeza, se dijo, convirtiendo aquella sensación en una frase hecha. Tenía una lengua increíblemente afilada, lo que le hacía sentirse algo incómodo. Siempre vestía fatal, a menudo con abrigos o chaquetas de tweed que nunca eran de buena calidad. Sería interesante verla transformada del mismo modo que las revistas femeninas transformaban a veces a mujeres con atuendos pasados de moda. Sin duda, Prudence podría darle un par de recomendaciones… Ahora los pensamientos de Fabian se desplazaron hacia Prudence, pero las veladas pasadas en su compañía, aunque encantadoras, le parecían poco reales en esos momentos. Vino, buena comida, flores, luces tenues, manos entrelazadas, ojos brillantes, besos… y en el piso de arriba esas tres mujeres seleccionando las pertenencias de la pobre Constance. En el fondo se alegró cuando la señora Arkright anunció que había dejado el té en el comedor.

—He pensado que a las señoras les apetecería sentarse un rato a la mesa —dijo a modo de explicación.

Las llamó y las tres bajaron sin tardanza. Mientras Jane bajaba la escalera, se preguntó si les ofrecerían algo salado, incluso carne o pescado con patatas fritas, como recompensa por el esfuerzo que estaban haciendo, pero se sintió más que satisfecha cuando vio las tostadas con mantequilla y los distintos tipos de pasteles.

—Casi hemos terminado —dijo la señorita Doggett nada más sentarse—. Solo quedan un par de cajas con cosas personales, pero hemos pensado que tal vez…

—No, por favor… —Fabian ocultó la cabeza entre las manos—. Eso no…

—Será mejor que alguien sirva el té —dijo Jane con sensatez, pues no sabía cuándo Fabian iba a levantar la cabeza.

—Hágalo usted, señora Cleveland, por favor —dijo la señorita Doggett.

—No se me da muy bien, la verdad —contestó Jane—. La habilidad para servir el té no me fue otorgada instintivamente al casarme. Preferiría que lo hiciera usted, señorita Doggett.

—Muy bien, si así lo desea… —respondió esta.

Fabian había levantado ya la cabeza y decidió tomar una tostada caliente con mantequilla.

La señora Arkright entró entonces en el comedor con un bizcocho de nueces glaseadas en una bandeja.

—Acaban de pasar por aquí la señora Crampton y la señora Mayhew —contó—. Han traído este pastel porque han pensado que le gustaría al señor Driver. Sé que es su favorito…

—Qué amables —dijo Fabian mientras se enderezaba—. ¿Están

esperando en la puerta? Dígales que pasen para que pueda agradecérselo en persona.

—No, señor. Se marcharon; tenían prisa —dijo la señora Arkright.

Jane reflexionó acerca del comportamiento de las mujeres, mucho más prudentes que ella, y bajó la cabeza. De todas formas, a lo mejor había hecho una buena obra al impedir que el regalo de Constance cayera en manos curiosas, y sin duda había recolectado un montón de cosas útiles para la beneficencia.

La señorita Doggett y Jessie también tenían la sensación de haber ayudado tanto a Fabian como a las mujeres necesitadas, y en secreto Jessie le había echado el ojo a un par de prendas que pensaba quedarse, para retocarlas convenientemente y añadirlas a su guardarropa.

La conversación que tuvieron mientras tomaban el té y merendaban no fue una maravilla. Jane pensaba en todo momento en Constance y en el libro, Jessie pensaba en Fabian, y el propio Fabian pensaba en la asfixiante presencia de las tres mujeres, no muy atractivas, que tenía sentadas a su mesa, así como en el comportamiento tan extraño que había mostrado Jessie al principio de la tarde. Confiaba en que no fuera a convertirse en un problema en ningún sentido. Todavía les quedaba un poco que seleccionar, pero decidió que no les ofrecería una copa de jerez cuando terminaran. Podría subírseles a la cabeza y entonces, pensó lleno de temor, tal vez empezaran a decir tonterías. Le resultaría fácil convencerlas de que estaba demasiado triste para prolongar el doloroso trámite durante más tiempo. Después, bebería media botella de Saint-Émilion para acompañar la cena y a continuación tal vez le escribiera una carta a Prudence.

—Bueno, estoy muy satisfecha de lo que hemos hecho —comentó la señorita Doggett cuando ya estaban al otro lado de la verja del jardín de Fabian. Era de noche y una fría brisa mecía a las mujeres—. Confío en que el señor Driver se sienta aliviado gracias a nuestra colaboración. Mañana iremos a empaquetar las cosas que hemos reservado para las mujeres.

—En fin, creo que me voy a casa —dijo Jane—. Aunque da pena dejar al pobre señor Driver solo en una noche como esta.

—Sí, tiene razón —coincidió la señorita Doggett—. Me da la impresión de que los hombres necesitan más compañía que las mujeres. Una mujer tiene mil y una cosas que hacer dentro de casa, y además puede coser y bordar.

Jane, que no solía dedicarse a esas cosas, no abrió la boca.

—Un hombre puede refugiarse en sus pensamientos —aportó la señorita Morrow.

—A lo mejor no les importa que los dejemos a solas para pensar —dijo Jane—. A menudo me lo pregunto cuando Nicholas se mete en su despacho.

—Pero, señora Cleveland, estoy segura de que en el caso del pastor es diferente. Es posible que piense en un sermón o qué debe escribir en una carta para el obispo…

—Sí, supongo que debe de hacer cosas así —dijo Jane no muy convencida—. Bien, no me gustaría retenerlas aquí con el frío que hace. Buenas noches.

Se marchó a paso ligero en dirección a la casa parroquial, pero cuando llegó a la altura de la iglesia se entretuvo un rato junto al muro del camposanto, pensando en los poetas del siglo xviii y en los osarios y las exhumaciones hechas a la luz de unas velas parpadeantes. Entonces se dio cuenta de que había luz en la sacristía del coro. Probablemente Nicholas estaría haciendo algo por allí; habría una reunión de feligreses o estaría ensayando con la coral. Pero se acordó de que esa noche él estaba fuera, había ido a una conferencia de no sé qué, algo que superaba los estrechos confines de su parroquia. Se suponía que la señora Glaze le iba a dejar preparado algo sencillo y ligero para cenar, el tipo de plato que alguien con poca traza para la cocina podría calentar y servirse sin problemas.

Se acercó sigilosamente a la ventana de donde procedía la luz y se quedó fuera un instante. Se oían voces en el interior, unas voces masculinas que empezaron a elevarse, como si discutieran. Jane se sintió como un personaje de una novela de Henry Wood. Pero era la esposa del pastor y, como tal, no cabía duda de que tenía derecho a entrar en el coro. Así que fue muy decidida hasta la puerta y la abrió.

—Buenas noches —dijo—. He visto la luz encendida y he oído voces, así que se me ha ocurrido asomarme a saludar.

—Buenas noches, señora Cleveland.

El señor Mortlake le interceptó el paso. Era evidente que le molestaba que les hubiera interrumpido. Además, tenía un aspecto deplorable.

—Buenas noches.

El señor Oliver se puso en pie y mostró cierta sorpresa. El tercer miembro del grupo, el sobrino de la señora Glaze, el carnicero, no dijo nada. «Puede que mañana —pensó Jane— nos veamos las caras alrededor de una bandeja llena de vísceras o delante de unas costillas de cerdo, así que tal vez sea una buena idea guardar silencio.»

—Les he oído desde fuera —comentó despreocupada—. ¿Ocurre algo?

—Discutíamos por una tontería —dijo el señor Oliver quitando hierro—. Algo sin importancia, de verdad.

—Discrepamos —dijo entonces el señor Mortlake.

—Digamos que hay disparidad de opiniones —apuntó el sobrino de la señora Blaze.

—Bueno, pues yo diría que no deben estar en desacuerdo —dijo Jane—. A fin de cuentas, todos pertenecen al consejo parroquial, y en cierto modo puede decirse que están en un lugar sagrado.

—Yo no diría tanto, señora Cleveland —dijo el señor Mortlake indignado, hasta el punto de que Jane pensó que la había malinterpretado.

—Bueno, tal vez he exagerado —rectificó Jane, que no estaba segura de si el coro se consideraba realmente parte de la iglesia o no —. Pero, de todos modos, no me parece que sea el lugar idóneo para discutir y decir cosas desagradables. Sé que a mi marido le dolería si se enterara.

—Que yo sepa, nadie ha dicho nada desagradable —dijo entonces el señor Oliver con tono hostil—. Cada persona tiene su forma de pensar y yo diría que tenemos derecho a exponerla.

—Por supuesto —dijo Jane—. Aunque tal vez alguien que contemple el problema desde fuera pueda ayudarles a formarse una opinión.

—No se lo tome a mal, señora Cleveland, pero no podemos considerar que usted vea las cosas «desde fuera» —dijo el señor Mortlake muy educadamente—. Además, no nos gustaría hacerle perder el tiempo con nuestras insignificantes diferencias. Es algo que no le incumbe en absoluto.

«La verdad —pensó Jane— es que esto parece una de esas escenas cómicas de Shakespeare que pueden resultar tediosas, de Dogberry y Verges, por ejemplo.» No entendía qué estaba pasando. De pronto se los imaginó a todos vestidos con atuendo isabelino y no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—En ese caso, supongo que será mejor que no interfiera —dijo—. Las mujeres no siempre podemos hacer tantas cosas como nos parece.

Se había imaginado a sí misma mediando entre los hombres y ayudándoles a hacer las paces para luego ver cómo se iban los tres juntos a acabar de debatir mientras se tomaban una jarra de cerveza. Dio media vuelta para marcharse, albergando aún la esperanza de que la llamaran para que volviera a acercarse al grupo, pero los tres se la quedaron mirando en silencio, hasta que el señor Oliver le deseó una buena noche, y los otros dos hicieron lo mismo.

Al llegar a casa reparó en que la señora Glaze le había dejado preparado un pastel de carne de hojaldre, un plato que aborrecía, para que lo calentara en el horno. Esperó ansiosa el regreso de Nicholas, pero cuando por fin llegó su marido, Jane se sorprendió hablándole

sin parar sobre anécdotas de la tarde que había pasado en casa de Fabian, sin mencionar en absoluto el episodio del coro de la sacristía.

CAPÍTULO 12

Cuando era joven, Jane había publicado un libro de ensayos y formaba parte de una sociedad literaria a cuyas reuniones seguía asistiendo de vez en cuando. Solían celebrarse por la tarde, y eran otra de las excusas que tenía Jane para ausentarse de sus obligaciones en la parroquia y quedarse a dormir después en casa de Prudence. Esta reunión en concreto prometía ser bastante especial; celebraban el centenario del nacimiento de un autor cuyas obras no había leído, pero que había muerto recientemente, por lo que todavía vivían muchas de las personas que lo habían conocido. Era un buen motivo para que la sociedad literaria se reuniera, tal como le había expuesto Jane a Nicholas, que había protestado (aunque con poco convencimiento) porque su esposa iba a perderse una reunión de la parroquia.

—No creo que mi presencia vaya a servir de mucha ayuda —dijo Jane con sentimiento de culpabilidad, pues todavía recordaba su intrusión en la sacristía del coro unas semanas antes, de la que no le había contado absolutamente nada a su marido.

—Pues yo diría que es más provechoso alentar a los escritores jóvenes que dedicarse a homenajear a los escritores muertos —dijo a su vez Nicholas.

—Pero estos homenajes también les dan ánimos —dijo Jane—. Se imaginan que llegará el día en que se celebrará una reunión semejante en su honor. Y supongo que también se preguntan qué cosas se recordarán de ellos y desean que no sean aquellas que preferirían que se olvidaran.

Nicholas suspiró y dejó de discutir, porque sabía que sería una discusión igual de improductiva que la mayoría de las que mantenía con su esposa. ¡Ah, su pobre Jane! Había que dejar que fuera a donde quisiera.

La sociedad se reunía en una casa con leves reminiscencias literarias, contigua al edificio en el que había residido uno de los poetas victorianos menos importantes, pero que, pese a ello, tenía una entrada más que digna en el *Oxford Book of Victorian Verse*.

Jane entró en la casa menos nerviosa que el día de su primera

visita, hacía ya muchos años, y se dirigió a una sala de la primera planta, donde siempre celebraban las reuniones. Era una estancia acogedora con aire de salón de actos, aunque las hileras de sillas estaban demasiado cerca unas de otras para que una se sintiera cómoda. Jane se detuvo en el quicio de la puerta para ver si había llegado alguien que ella conociera, y no tardó en distinguir a su amiga de la universidad Barbara Bird («La señorita Bird tiene sus novelas y sus perros», como habría dicho la señorita Birkinshaw), que estaba sentada en la última fila. Llevaba una ajada capa de zorrillo de color anaranjado y fumaba un cigarrillo con el que saludó a Jane, indicándole que se sentara en la silla libre que había a su lado.

—Qué frío hace aquí —dijo la señorita Bird—. Me alegro de verte, Jane.

Jane se sentó y miró a su alrededor. Se dio cuenta de que, como le ocurría siempre que regresaba a su antigua facultad, no resultaba mucho más estrafalaria que la mayoría de las mujeres allí presentes, casi todas ajenas a cualquier moda en el vestir. Pero era cierto que esa noche hacía mucho frío, así que tal vez eso las excusara más que cuando las exalumnas se reunían en verano. La misma Jane llevaba puestas sus botas ya gastadas forradas de borreguillo y el abrigo de tweed, bajo el que llevaba varios jerséis y bufandas que escondían un vestido de lana rojo que Prudence le había regalado hacía unos años.

—Esta reunión será de las mejores —dijo la señorita Bird—, he visto a unos cuantos críticos.

—Qué poca gracia tienen esos hombres —dijo Jane, que vio a uno de ellos sentado muy cerca de la primera fila—. Tal vez compensan su aspecto dócil con las palabras envenenadas que salen de sus plumas.

La señorita Bird se dispuso a contarle a Jane lo que habían dicho los críticos de su última novela, pero mientras tanto los pensamientos de Jane empezaron a vagar («muchos incidentes y poca miga», le pareció oír), hasta que la risa rota de fumadora de la señorita Bird terminó convertida en un ataque de tos que la sacó de sus ensoñaciones.

¿Por qué, se preguntó Jane, solía haber más mujeres que hombres en esas reuniones? ¿Era porque los hombres se mostraban menos sociables, menos inclinados a escuchar una conferencia o una charla impartida por un congénere? ¿O era por un motivo más simple y prosaico, como que la falta de bebidas alcohólicas impedía que se acercaran? Por supuesto, había algunos hombres que asistían a las reuniones con regularidad y cada uno de ellos tenía su pequeño grupo de lo que podrían considerarse admiradoras. De momento Jane no se había adherido a ningún grupito; prefería moverse con libertad y observar a los demás con lo que ella esperaba que fuera desapego.

Esa noche habría tres interlocutores: una novelista entrada en

años, un crítico distinguido y un joven poeta muy guapo. O a lo mejor no era tan joven, se dijo Jane, aunque no cabía duda de que era guapo, con los ojos castaños y una nariz bien modelada. Para una mujer de físico corriente, contemplar de vez en cuando a un hombre apuesto era como una bocanada de aire fresco, así que Jane se recreó en la contemplación, mientras que las palabras de la novelista y el crítico flotaban en sus oídos. El poeta habló el último, y lo hizo con una voz suave y atractiva que resultaba totalmente inaudible desde el fondo de la sala. La señorita Bird hizo que Jane sintiera vergüenza ajena cuando exigió con su voz áspera que hablara más alto, cosa que él hizo hasta que terminó la frase, pues inmediatamente después volvió a sumirse en una suave falta de audibilidad.

Cuando se acercó la hora en que solían terminar las reuniones, Jane vio a través de una puerta acristalada que había al fondo de la sala los rostros de dos mujeres que escudriñaban el interior, muy nerviosas. Una de ellas llevaba una cafetera en la mano. Puede que se hubieran hecho notar ante los conferenciantes mediante un gesto, ya que a los pocos minutos la charla se dio por concluida. Se produjo un silencio corto y respetuoso, seguido de un apresurado comentario para dar las gracias, tras el cual la concurrencia procedió a apretujarse con tanta dignidad como le fue posible a través de la estrecha puerta que daba a la sala donde se servirían los tentempiés. La señorita Bird volvió a poner en evidencia a Jane al abrirse camino a codazos hasta la mesa de la comida, de modo que tropezó con una novelista mucho más distinguida que ella sin pedirle perdón siquiera y se apoderó de una bandeja de sándwiches, que se llevó como un trofeo a un rincón comparativamente despejado de la mesa.

—Es que no he cenado —se excusó.

—¿No es usted la señorita Barbara Bird? —dijo una mujer alta y de aspecto joven, con los ojos grandes y unos dientes prominentes, dirigiéndose a Jane.

—No, no, yo no soy Barbara Bird —contestó Jane—. Dudo que haya oído hablar de mí. Barbara Bird es ella.

Señaló a su amiga.

La mujer se presentó, pero su nombre resultaba desconocido tanto para Jane como para la señorita Bird, y después citó el título de las dos novelas que había publicado, ninguna de las cuales conocían.

—Creo que me han hablado de ellas —dijo Jane por educación—. Y ahora que la he conocido, me han entrado más ganas de leerlas.

—Bueno, no son nada del otro mundo —dijo la joven.

—Las dos primeras novelas siempre son importantes para quien las escribe —apuntó la señorita Bird—. Después de la segunda o de la tercera, hay que aprender a ser más generoso y preocuparse por los

gustos del público o del editor. Yo acabo de terminar mi decimoséptima novela: «Los lectores de la señorita Bird saben qué pueden esperar, y no se sienten decepcionados».

Jane tuvo la sensación de que la joven parecía algo alicaída, así que dijo:

—Bueno, creo que una escritora va evolucionando conforme escribe. Todo depende del carácter de cada una. Por ejemplo, yo no tendría la misma actitud que Barbara si hubiera escrito más de un libro. Seguramente usted no lo habrá leído —continuó diciendo de un tirón, al ver la cara desencajada de la joven escritora—. Era un libro de ensayo acerca de los poetas del siglo xvii y lo escribí hace cosa de quince años; uno de esos libros que pueden quedar bien en el cuarto de baño, si hay estanterías allí, claro. Sí, podría colocarse junto a *Wild Wales* y *Brief Lives*, de Aubrey. ¡Ya lo creo! ¡Menuda combinación!

—Estoy encantada de haberla conocido a usted y a la señorita Bird —dijo la mujer—. Me pregunto si creen que puedo atreverme a hablar con «él»… —dijo señalando al joven o no tan joven poeta que estaba rodeado de un grupito de admiradoras—. Su intervención me ha parecido tan increíblemente estimulante…

—¿Ah, sí? Desde detrás no se oía nada —gruñó la señorita Bird.

—Pero ¿creen que debería atreverme a decirle lo mucho que me han gustado sus palabras? —insistió la mujer.

—Por supuesto —respondió Jane, comprensiva. Entonces se dio cuenta de que también se moría de ganas de que esos ojos castaños se posaran en ella—. Creo que está acostumbrado a que lo admiren.

—Realmente, han sido sus palabras lo que me ha impresionado —protestó la joven, vacilante.

—Sí, adelante —añadió entonces Barbara Bird, que casi le dio un empujón a la escritora.

Tanto ella como Jane se alejaron un poco y observaron cómo su anterior interlocutora se acercaba al poeta, se detenía un momento en el perímetro del círculo que lo rodeaba y después se adentraba con ímpetu, lo que pareció tener un efecto paralizante en los demás, porque de inmediato se dispersaron y la dejaron a solas con él.

—A partir de ahora pensará que la velada ha valido la pena —dijo Barbara Bird no exenta de afecto.

—Sí, ya lo creo —coincidió Jane con entusiasmo mientras daba un paso atrás con el que pisó a un crítico, haciendo que se derramara el café encima.

—Creo que será mejor fingir que no me he dado cuenta —susurró al oído de su amiga.

—Sin lugar a dudas. Mira, ya tiene quien se encargue de él. Una mujer le está limpiando los pantalones con su pañuelo.

—Me parece que ha llegado el momento de marcharnos —dijo Jane—. Así nos llevaremos una buena impresión del final: una mujer rindiendo homenaje a un poeta y otra limpiando una mancha de café de los pantalones de un crítico. Los detalles así no son tan triviales como puede parecer.

Para sorpresa de Jane, su decisión de marcharse fue secundada por otros grupitos de asistentes que se disolvieron y una vez fuera, en la oscura plaza, dejaron de ser grupos para convertirse en individuos aislados que emprendían caminos distintos. Barbara Bird tomó un taxi y el crítico fue caminando hasta el metro, mientras que el poeta se alejó a paso ligero y la joven que lo había admirado, después de mirar con lástima hacia él, se quedó bastante desanimada en la parada del autobús. Tal vez tenía la esperanza de ir con él a tomar algo, o por lo menos confiaba en poder continuar su conversación (si es que la habían tenido) mientras paseaban juntos por la plaza. Sin embargo, una vez fuera, el círculo mágico de escritores se convirtió en un conjunto de seres solitarios que barruntaban poemas, observaban a sus compañeros de profesión con descaro o incorporaban mentalmente a sus conocidos en las novelas que estaban escribiendo; no era de extrañar que carecieran de amigos. Jane recordó de pronto *Siren Chorus* de George Darley, y le vinieron a la mente sus últimos versos:

> En brazos del amor descansan los hombres,
> en pérgolas sin amor suspiramos a solas.
> Entrañables amigos son de otros bendición,
> mas a nosotras nadie nos arropa.[6]

Los cisnes blancos como la nieve que nadan en parejas y la foca que murmura mientras descansa junto a su resbaladizo compañero… Jane estuvo a punto de olvidar adónde se dirigía y no cayó en la cuenta hasta que llegó a la parada del autobús que debía llevarla a casa de Prudence. Le gustaba sentarse en el segundo piso y desde allí, mientras fumaba, ver las ventanas iluminadas de las casas que dejaban atrás, con la esperanza de descubrir algo interesante. La mayoría de cortinas, sin embargo, estaban discretamente corridas, excepto alguna que otra, como la de una cocina en la que un hombre llenaba una bolsa de agua caliente (¿sería para su mujer inválida o para él?, se preguntaba Jane) o la de un piso en el que una mujer madrugadora dejaba preparado el desayuno. Una vez, se detuvieron delante de una casa alta y oscura, y Jane se encontró mirando, a través de una ventana sin cortinas, una habitación de la segunda planta, de luz tenue, en la que un grupo de hombres y mujeres estaban sentados alrededor de una mesa grande cubierta por un mantel de color verde oscuro. La visión fue demasiado fugaz para descubrir si se trataba de

una velada larga o de la reunión de un comité. ¿Volvería a pasar por delante de esa casa alguna vez? Jane no estaba segura. Además, dudaba si sabría reconocerla si pasara por delante de nuevo.

El piso de Prudence estaba en un edificio en el que a Jane le resultaba fácil imaginarse una muerte trágica, aunque, por supuesto, nunca se lo había dicho a su amiga. Le parecía una fantasía bastante macabra y, desde luego, no apta para confiársela a una mujer soltera que vivía sola. Prudence acudió enseguida a abrir la puerta tras la llamada de Jane; llevaba puesta una prenda larga de terciopelo rojo oscuro, una especie de batín, consideró Jane, una bata de estar por casa que más bien parecía apropiada para una noche romántica. Sin duda, no era el tipo de atuendo que le correspondería llevar a la esposa de un pastor.

—Jane, ¡cuánto me alegro de verte! ¿Ha sido interesante la reunión? Dame la bolsa… ¿Te apetece algo de beber, un té o una taza de Ovaltine?

Prudence se enorgullecía de ser una buena anfitriona e intentaba pensar en todas las cosas que podían desear sus invitados. Pese a que Jane apreciaba las atenciones de su amiga y se las agradecía, no pudo evitar pensar que el piso parecía demasiado perfecto para ser real. Esa colcha de satén claro de rayas «no debía de disimular nada la suciedad», el hermoso sofá estilo regencia era demasiado incómodo y todo el apartamento estaba tan ordenado que Jane se sintió fuera de lugar. Su anticuada bata de pelo de camello destacaba tanto en la habitación de invitados de Prudence como la de lana azul turquesa que esta había llevado en casa del pastor.

—Te has comprado otra bata —dijo Jane, intentando que su tono de voz resultara indiferente y desprovisto de ese toque acusador que las mujeres son capaces de emplear cuando hablan entre sí, como si uno no tuviera derecho a gastarse el dinero en ropa buena si le apetecía.

—Sí, me parece que el rojo es un buen color para el invierno. Y la gente suele decirme que me favorece. ¿Seguro que no te apetece un whisky? Yo voy a tomarme una copa… Aunque ahora que lo pienso no te gusta mucho, ¿verdad?

Prudence hablaba atropelladamente, como si estuviera nerviosa.

—No, gracias. Mejor tomaré Ovaltine —contestó Jane—. No me gusta nada el whisky.

¿Habría recibido alguna vez a Fabian con el batín rojo?, se preguntó Jane. Había comentado que la gente pensaba que le favorecía ese color, y cuando se decía algo así la «gente» solía ser sinónimo de un hombre.

—¿A Fabian le gustas vestida de rojo? —preguntó Jane de sopetón.

—Sí, me parece que sí —dijo Prudence sin darle importancia.

—¿Te ha visto con el batín?

—La verdad es que no me acuerdo… Puede que sí.

—Supongo que en Londres está bien visto —dijo Jane mientras daba vueltas a su Ovaltine con mucho ímpetu.

—¿A qué te refieres?

—A recibir a un hombre en batín.

—No es un batín —dijo Prudence con impaciencia—. Es una bata de estar por casa. Y, además, no sé qué quieres decir con eso de que «está bien».

—No, si en realidad es una prenda muy decente, tiene manga larga y el cuello alto. —Jane tocó un pliegue de la parte de la falda y acarició el terciopelo—. Me refería a qué pensaría la gente si te viera así…

Prudence se echó a reír.

—¡Jane, por favor! No me vas a decir ahora que te preocupa lo que piense la gente de tu ropa, ¿verdad?

—No, supongo que no. Lo cierto es que estaba poniéndome en tu lugar. Una mujer casada se siente, en cierto modo, responsable de sus amigas solteras, ¿sabes?

—¿En serio? Nunca lo había pensado. De todas formas, soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma yo solita —dijo Prudence algo ofendida.

—¡Por supuesto, querida! Es solo que me preguntaba… —Jane hizo una pausa, porque era francamente difícil encontrar la manera de preguntar lo que quería saber, dando por hecho que tenía algún derecho a formular semejante pregunta—. No sé, imagino que todo va bien entre Fabian y tú… —se aventuró a decir.

—¿Que si todo va bien? Bueno, sí.

—Me refiero a que no ha pasado nada «malo» entre vosotros. —Jane siguió rizando el rizo, al recordar una expresión que había visto a veces en las revistas femeninas baratas, donde se les preguntaba a las chicas qué harían si sus novios les pidieran que «se portaran mal».

—Es que no te entiendo, Jane. ¿Crees que nos hemos peleado o algo así? Porque te aseguro que no.

—No, no me refería a eso. Me parece que no sé explicarme. Lo que intentaba preguntarte es si eres la «querida» de Fabian…

En cuanto lo soltó, a Jane le entraron unas ganas locas de echarse a reír. Era una palabra tan ridícula… Le recordó a las amantes que salían en las comedias de la Restauración, o a la actriz y favorita del rey Nell Gwynn, o incluso a las damas eduardianas enclaustradas en sus casitas tan monas con balcones de barrotes de acero de Saint John's Wood.

Prudence se echó a reír, de modo que Jane pudo unirse a ella con cierto alivio.

—¡De verdad, Jane, eres única! Solo a ti se te ocurre preguntar semejante cosa… ¿Que si soy la querida de Fabian? ¿Que si pasa algo malo entre nosotros? ¡Cómo iba a imaginarme adónde querías llegar!

Jane levantó la mirada de su Ovaltine, expectante.

—Es que no sé cómo se comporta la gente hoy en día —se justificó.

—Bueno, pues para empezar, eso no se pregunta —dijo Prudence —. Da igual si se es o no se es la amante de alguien, y no se hacen preguntas con segundas para enterarse. En fin, Jane, ¿quieres que te prepare una bolsa de agua caliente o te has traído la tuya?

La esbelta Prudence se levantó de la silla con su elegante bata de terciopelo rojo.

—No me la he traído —contestó Jane—, pero no me hace falta, de verdad. Aunque si tienes una de sobra, no me importaría usarla.

Estaba algo malhumorada, como si la hubieran engañado, cosa que sin duda había ocurrido. También se sintió un poco estúpida. Por supuesto, a esas alturas debería haber sabido ya si Prudence era (o no era) la querida de Fabian.

—¿Y qué pasa con Arthur Grampian? —preguntó Jane—. ¿Sigue habiendo una relación negativa entre vosotros dos?

—¡Ay, el pobre Arthur! —exclamó Prudence algo ausente—. Es un viejo refunfuñón, tengo que reconocerlo, pero es tan dulce…

Jane se apretó la bolsa de agua caliente contra el pecho y se fue a su habitación. Esa noche se sentía totalmente ajena a la generación de Prudence.

CAPÍTULO 13

Jane regresó a casa bastante satisfecha de su visita a Londres. El encuentro de la sociedad literaria había sido interesante, había «supuesto un cambio», como le gustaba decir a la gente, y además había disfrutado de la compañía de su amiga. A pesar de que no había descubierto mucho más acerca de la relación entre Fabian y Prudence, por lo menos parecía que las cosas marchaban bien; la situación era satisfactoria, y sin duda pronto se haría público su compromiso, tal vez cuando la primavera llegara de verdad. Jane empezó a imaginarse a Prudence afincada en el pueblo y casada con Fabian. Sería tan reconfortante tenerla cerca… Y, además, Prudence sería sin duda una excelente esposa y ama de casa (en el mejor sentido de la palabra, pensó Jane con una sonrisa). Podría dar cenas para sus amigas a la luz de las velas, en las que hablarían de cultura mientras bebían buen vino y comían platos igual de buenos. Incluso podría ponerse esa bata de terciopelo rojo que Jane había llamado batín por equivocación y, si quería, recibir así a las visitas…

La tarde siguiente a su regreso de la capital, Jane recibió un mensaje de la señorita Doggett, que le preguntaba si sería tan amable de ayudarlas a ella y a la señorita Morrow a empaquetar las cosas de la pobre señora Driver destinadas a las mujeres necesitadas. Por supuesto, Jane aceptó la invitación encantada; iban a quedar a las tres y media, después de que la señorita Doggett hubiera echado su acostumbrada siesta, así que Jane supuso que en algún momento de la jornada harían una pausa para tomar el té.

Cuando llegó a casa de la señorita Doggett, se la encontró con la señorita Morrow, ya enfrascadas en la tarea de seleccionar las prendas en medio del salón.

—Voy a mandar la mayor parte de estas cosas a la Sociedad Geriátrica para Mujeres necesitadas —dijo la señorita Doggett—. No es que la pobre Constance fuera una anciana, ni mucho menos, pero considero que a veces las mujeres de avanzada edad necesitan ropa buena.

—Sí, sí —coincidió Jane—. Cuando nosotras lleguemos a su edad, agradeceremos un vestido viejo de Marks and Spencer's, porque en el

fondo nunca hemos tenido nada mejor.

La señorita Doggett no contestó, y Jane recordó entonces que, por supuesto, ella estaba acostumbrada a ir a la modista y se hacía los sombreros a medida en Marshall's o en Debenham's.

—Me refiero a la señorita Morrow y a mí —añadió, pero apenas logró enmendar su comentario.

—No tengo intención de ser una mujer necesitada —dijo a su vez la señorita Morrow—, aunque podemos decir que ya he tenido bastantes motivos para serlo en los primeros años de mi vida…

—Venga, Jessie, no vas a solucionar nada acordándote de eso ahora —dijo la señorita Doggett con cariño—. Es posible que heredes algo cuando yo pase a mejor vida.

—O puede que encuentre un buen partido —dijo Jane de inmediato mientras doblaba un vestido de lana negra con muy poca maña—. Nunca es tarde para esas cosas.

La señorita Morrow la miró con cierta petulancia, pero no dijo nada.

—Ay, eso me recuerda —dijo entonces la señorita Doggett— que he recibido una carta de la señora Bonner, que trabaja en las oficinas de la Sociedad Geriátrica para Mujeres necesitadas, en la que me daba una noticia muy interesante. Dice que la encantadora señorita Lathbury se ha casado. ¿Qué les parece?

—No sé, no la conozco —contestó Jane—. ¿Trabajaba en la asociación? Y ¿por qué debería sorprendernos su matrimonio?

—Bueno —dijo la señorita Doggett—, a mí sí me sorprendió. Tenía otras muchas cosas a las que agarrarse. Su labor allí y en la parroquia… Al parecer, era la mano derecha del pastor.

—¿Con quién se ha casado? —preguntó la señorita Morrow.

—Con un antropófago —informó la señorita Doggett con rotundidad—. Me parece que se dedica a no sé qué investigación científica.

—Creí que se refería a que era un caníbal… Ya sabe, que comía carne humana —dijo Jane, asombrada.

—Bueno, la ciencia avanza mucho —dijo la señorita Doggett ya no tan segura de sus palabras—. Se trata del señor Bone.

—Ja, ja, sin duda es un apellido muy adecuado para un caníbal —dijo Jane entre risas—. Aunque creo que se refiere a que es antropólogo. Sí, debe de ser eso. Que yo sepa, no comen carne humana, pese a que es probable que estudien a las personas que lo hacen, en África y otros lugares.

—A lo mejor tiene razón —dijo la señorita Doggett más aliviada—. Leí la carta de la señora Bonner demasiado rápido. Pero lo importante de todo esto es que al parecer es un hombre muy apuesto, alto y

guapo, según dice la señora Bonner. Creo que mide cerca de dos metros.

—Nunca entenderé por qué se valora tanto la altura —dijo Jane—. De todas formas, me atrevería a decir que seguro que tiene otras cualidades. Lo espero de todo corazón por el bien de la señorita Lathbury.

—Es un hombre excelente —dijo la señorita Doggett—. Creo que ella le ha ayudado mucho con su trabajo. La señora Bonner dice que incluso aprendió a escribir a máquina para poder mecanografiar sus manuscritos.

—Vaya, entonces sin duda tenía que casarse con ella —dijo cortante la señorita Morrow—. ¿Qué otra clase de devoción puede superar al chantaje? Un hombre no puede escapar a algo así…

—Es verdad, tiene razón —coincidió Jane—. Además, debía de estar seguro de que sería una mujer muy hacendosa —añadió con un ápice de tristeza al pensar en sus fallos.

—Voy a preparar el té —dijo la señorita Morrow, y salió del salón sin hacer ruido.

—Ahora que hablamos de bodas —empezó a decir la señorita Doggett—, a menudo me pregunto si el señor Driver volverá a casarse algún día.

Daba la impresión de que había soltado la pregunta al aire con la esperanza de que Jane la recogiera y se la lanzara de nuevo acompañada de una respuesta.

—Bueno, no sería de extrañar que lo hiciera —contestó haciéndose la despistada.

—Esa amiga suya, señora Cleveland —la señorita Doggett dudó un momento—. Me preguntaba…

—¿Qué se preguntaba, señorita Doggett? —preguntó a su vez Jane.

—Si acabarán casándose —dijo con seguridad la señorita Doggett, mientras enroscaba un ovillo de cuerda.

—La verdad es que no lo sé —dijo Jane—. Claro está que han quedado algunas veces y creo que se gustan. Pero es difícil aventurar nada más.

—En mi opinión sería un enlace excelente —dijo la señorita Doggett—. El señor Driver está muy solo.

—Sí, parece que no pierde ocasión de decirle a la gente lo solo que está —contestó Jane.

—Y su amiga, la señorita Bates…, se llama así, ¿verdad?, parece una joven encantadora.

—Sin duda lo es —corroboró Jane.

—Ya sabe que la pobre Constance era mayor que él —dijo la señorita Doggett, pensativa—. Tengo la sensación de que si se casara

con una mujer joven y atractiva no existirían esos pequeños, ejem, lapsus. Entiende a qué me refiero, ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

—Nosotras sabemos que los hombres no son como las mujeres —continuó la señorita Doggett con voz segura—. Los hombres son muy pasionales —dijo en voz más baja—. No me gustaría que Jessie oyera esta conversación —aclaró entonces mirando por encima del hombro —. Pero usted y yo, señora Cleveland… Bueno, yo ya estoy entrada en años y usted está casada, así que podemos admitir con franqueza cómo son los hombres.

—¿Se refiere a que solo buscan una cosa? —preguntó Jane.

—Bueno, dicho así… Sí. Y ya sabemos qué cosa es.

—Pasar a máquina la tesis de un hombre, corregir sus pruebas, doblar primorosamente las sábanas, educar a los hijos, hacer equilibrios con la economía familiar… Todas esas cosas no significan nada en el fondo —dijo Jane con tono triste y melancólico—. O por lo menos no significan nada para un hombre como Fabian Driver. Por lo tanto, sí, es mucho mejor que Prudence sea joven y atractiva.

Se oyó un ruido de tazas y platitos fuera y la señorita Morrow apareció con una bandeja tras empujar la puerta.

La conversación se centró en temas más generales mientras tomaban el té, y las mujeres repasaron los asuntos parroquiales, entre ellos la próxima reunión del consejo parroquial, del que era miembro la señorita Doggett. Después de tomar el té terminaron de preparar los paquetes y escribieron en ellos las señas para enviarlos. Las tres se sintieron satisfechas al ver que habían realizado una tarea útil.

Cuando Jane salió a la calle, al atardecer de ese día de marzo, se percató de repente de que estaba llegando la primavera. Su aparición era menos emocionante en el campo que en Londres, y se preguntó si Prudence también lo estaría percibiendo en esos momentos al salir de la oficina; si se daría cuenta de que el cielo tenía un extraño color azul eléctrico y los estorninos piaban con más fuerza sobre los edificios. Tal vez quedara con Fabian aquella noche y él le regalara un ramo de mimosas.

Sin embargo, al instante se dio cuenta de que su fantasía primaveral no podía cumplirse, porque vio a Fabian, que se acercaba, bajo aquel atardecer azul. Quizá la contemplación de su rostro hermoso y algo ajado era lo que le hacía falta para completar esa primera tarde de primavera. Su corazón se alborozó por un momento de una forma un tanto absurda mientras se disponía a saludarlo.

—Qué tarde tan bonita —dijo Jane—. Ya llega la primavera. ¿Ha salido a dar un paseo?

Jane levantó la mirada para encontrarse con la de él.

—Sí, una vuelta rápida. Parece que ya no lloverá.

Fabian golpeó el suelo con el paraguas.

—¿Siempre sale con el paraguas cuando va a dar un paseo por el campo? —preguntó Jane muy sorprendida.

—Muchas veces. Y hoy parecía que iba a llover.

—Además, se ha puesto sombrero, gabardina y guantes… —continuó diciendo Jane. «Y seguramente lleva también jersey de lana», añadió para sus adentros.

—Sí, en esta época del año es muy fácil resfriarse —dijo Fabian, ligeramente a la defensiva, tras percibir la hostilidad de ella.

—Ay, yo nunca pienso en esas cosas —contestó Jane negando con la cabeza—. Será mejor que se dé prisa; si no el aire fresco de la noche podría perjudicarle.

Y dicho esto se marchó.

Él la siguió con la mirada hasta que Jane entró en el jardín de su casa. Sin sombrero, con el pelo al viento y con ese horrible abrigo viejo y esa falda… «Y, además, lleva medias de hilo de Escocia», añadió para sí mismo con malicia. Lo consideró casi un insulto hacia su persona que se atreviera a ir vestida con tanta dejadez; tal vez la hubiera perdonado si ella se hubiera mostrado azorada o confundida, o consciente de su descuido. Ni siquiera Jessie Morrow, por muy arisca que pudiera ser, se ofendía cuando él le daba algún tipo de consejo para mejorar su aspecto. Entró en su casa, sonriendo para sus adentros, y se alegró de no haber invitado a Jane Cleveland a una copa de jerez.

Cuando Jane llegó a su casa se encontró con Nicholas, que estaba de pie en el recibidor con un paquete entre las manos. Esa absurda sensación de estar presenciando la primera noche de primavera volvió a envolverla de repente, y se le ocurrió que tal vez él también había pensado lo mismo y le había comprado un regalo.

—Mira —dijo él mientras abría el envoltorio—. Se me ha ocurrido que podría ponerlos en el cuarto de baño del piso de abajo.

Encima de la mesa vio cuatro pastillas de jabón con formas de animales en distintos colores: un oso, un conejo, un elefante y una tortuga.

—La verdad es que parecen jabones de juguete —añadió—. Los colocaré en la estantería de cristal.

Y se marchó muy contento murmurando algo ininteligible.

«Si es cierto que los hombres solo quieren una cosa —se dijo Jane —, tal vez sea que los dejen solos con sus animalitos de jabón o con cualquier otro entretenimiento inofensivo.»

—Cariño —dijo Jane—, ¿sabes una cosa?

—Yo usaría la tortuga primero —dijo su marido desde el cuarto de

baño.

—Fabian Driver siempre coge el paraguas cuando sale a pasear. Y se pone sombrero y guantes.

—¿En serio? —Nicholas salió del cuarto de baño y miró por encima de las gafas.

«Una mirada brillante, amable y cariñosa, y unas gafas —pensó Jane—. Tanto en la iglesia o en el salón de actos como en una facultad de Oxford, es todo lo mismo.»

—Hay una carta de Flora —continuó su esposo—. Todavía no la he abierto.

Se la entregó a Jane.

«¡Ay, Oxford en primavera!», pensó Jane mientras rasgaba el sobre para leer las noticias de su hija. Ahora sus cartas eran más interesantes que antes. Parecía que las clases le iban bien, aunque la señorita Birkinshaw estaba «algo ida». El siguiente trimestre su amiga Penelope y ella irían a las tutorías de lord Edgar Ravenswood, lo que sería «más estimulante»: «¡Imaginaos cómo debe de ser estudiar *El paraíso perdido* con lord Edgar!». Jane no se sentía con fuerzas para imaginarse la escena, así que continuó leyendo hasta llegar al final de la carta, en la que Flora contaba anécdotas de su vida social. Había conocido a muchos jóvenes interesantes, algo que al parecer continuaba haciéndose en Oxford. Su favorito resultaba ser un tal Paul, de quien hablaba con profusión en su carta. «Está estudiando geografía y es muy divertido…»

—¡Imagínate! —exclamó Jane dirigiéndose a su marido—. Flora ha conocido a un joven llamado Paul que estudia geografía. ¡Y es muy divertido!

A Nicholas aquello no le parecía extraño, así que Jane se quedó sola meditando acerca de lo raro que tenía que ser alguien para estudiar geografía, una carrera que, en su ignorancia, le parecía estéril y aburrida, que carecía de la emoción de estudiar filología inglesa, literatura clásica o filosofía, por ejemplo. «Las cosas ya no son como eran», pensó con tristeza, y durante la cena su ánimo siguió por los suelos, pues había experimentado un bajón después de la euforia de pensar en la llegada de la primavera.

—¡Ay, comprendo que algunas personas renuncien al mundo! —dijo Jane con afectación cuando se sentaron a cenar un plato muy poco apetitoso.

—Bueno, a mí no me importaría renunciar a la carne reseca y fría y a la remolacha —contestó Nicholas sin inmutarse—. No me supondría un gran esfuerzo.

—No debería importarnos lo que comemos —dijo entonces Jane—, y sin embargo nos importa. Eso demuestra lo lejos que estamos de

alcanzar el estado en el que seríamos capaces de renunciar al mundo.

Nicholas se sirvió un poco más de remolacha y terminaron de cenar en silencio.

Después de la cena Jane empezó a revolver en el cajón de su escritorio, en el que guardaba sus cuadernos de Oxford. En ellos había plasmado muchos de sus pensamientos acerca del poeta Cleveland. La labor creativa, eso era lo importante. Si uno era capaz de realizarla, lo demás no importaba. Sacó punta a los lápices y rellenó la pluma de tinta. A continuación, abrió los cuadernos, ansiosa y con la placentera emoción de saber que iba a releer sus apuntes. Sin embargo, cuando empezó a leer se dio cuenta de que la tinta había palidecido y había adquirido un insípido tono pardo. ¿Cuánto tiempo hacía que no añadía a ellos ninguna impresión?, se preguntó reflexiva. Sería más fácil que empezara otra vez desde cero y volviera a leer los poemas antes de ponerse a escribir. Entonces se acordó de que tenía en el piso de arriba su libro *Poems on Several Occasions*, pero le daba pereza subir a buscarlo. ¿Cuántas cosas recordaría sin tener el libro delante? Le vino a la mente un verso: «No hay una sola hora voraz que a ti no te devore»… Ojalá fuera como esas esposas hacendosas y atareadas que siempre están tejiendo o cosiendo. Tal vez así no le importarían todas esas horas voraces. Permaneció sentada un buen rato rodeada de la tinta descolorida de sus apuntes, meditando, hasta que llegó Nicholas con los vasos de Ovaltine en una bandeja y Jane supo que había llegado la hora de irse a la cama.

CAPÍTULO 14

La siguiente reunión del consejo parroquial se celebró en el salón de la casa del párroco y fue todo un experimento, porque Nicholas, alentado por su esposa, llegó a la conclusión de que un encuentro informal con sillas cómodas, permiso para fumar y la oportunidad de tomar una taza de té en el momento idóneo de la velada podría crear un ambiente más relajado en el que no tuvieran cabida los reproches y las salidas de tono.

Habían acordado que Jane desaparecería cuando llegara el momento de la pausa y haría una señal a la señora Glaze, que había accedido a quedarse en la cocina aquella tarde para prepararles el té y ayudar a hacer unos bocadillos y unos pastelitos. También había aceptado ser quien se ocupara de abrir la puerta y recibir a los invitados, para indicarles que pasaran al salón conforme fueran llegando, mientras Jane y Nicholas esperaban (o quizá se refugiaban) en el comedor haciendo tiempo hasta que llegara la hora de las presentaciones.

El señor Mortlake, el secretario, fue el primero en llegar, seguido tras escasos minutos por el tesorero, el señor Whiting. Ambos tomaron asiento en la mesa presidencial, frente a las hileras de sillas, y escudriñaron la estancia moviendo la cabeza de un lado a otro con ojos críticos. Elogiaron los muebles, que no eran tan costosos como los de sus propios hogares pero que reflejaban un mejor gusto, un gusto que eran incapaces de apreciar porque solamente se dieron cuenta de que una mesa tenía una pata carcomida y una silla de estilo Chippendale tenía un roto en el tapizado.

—Esas sillas son de dormitorio —dijo el señor Mortlake con tono lacónico mientras señalaba un par de sillas con asiento de mimbre y pintadas de blanco que estaban en la última fila—. Habrían quedado mejor las sillas del comedor.

—Pero yo diría que ahora mismo están sentados en las sillas del comedor, acabando de cenar —comentó el señor Whiting.

—Aunque no suelen cenar mucho —dijo el señor Mortlake—. Generalmente hacen una comida copiosa al mediodía. La prepara la señora Glaze, y para la noche les deja alguna cosa que solo tienen que

calentar, o bien una ensalada.

—Ay, qué diferentes son ahora las cosas de como eran con el canónigo Pritchard —dijo el señor Whiting lamentándose de una forma que resultaba excesiva para tanta intrascendencia—. Incluso durante la guerra continuaron cenando en condiciones. Aquello me parecía más apropiado.

—Era digno del cargo —añadió el señor Mortlake—. Pero, claro, la señora Pritchard era una excelente ama de casa. Y además cocinaba de maravilla. Lo sé a ciencia cierta. Sin embargo, dicen que la señora Cleveland apenas sabe abrir una lata de conserva. No es justo para el párroco.

—Nunca se sabe, tal vez es lo que impide que lo asciendan —dijo el señor Whiting—. A menudo se juzga a un hombre por la mujer que tiene.

—Aquella noche que apareció en el coro fue de lo más inoportuna…

—A lo mejor pensaba que estaba haciendo una buena obra —se apresuró a decir el señor Whiting en voz más baja, porque le pareció oír unos pasos que se aproximaban.

A pesar de que no eran el pastor ni su esposa sino la señorita Doggett, la conversación no podía continuar en aquellos términos, así que la desviaron a temas menos interesantes (la inminente llegada de la primavera, los días más largos…). Cuando la señora Crampton, la señora Mayhew y el señor Glaze llegaron, su charla había derivado ya hacia un intercambio de planes para las vacaciones estivales.

Fue en ese momento cuando Jane y Nicholas eligieron hacer acto de presencia. Nicholas, como presidente de la reunión, ocupó su lugar en la mesa, mientras que Jane se sentó en una de las sillas de dormitorio que había al fondo del salón, cerca de la puerta.

—Bueno, ¿estamos todos? —preguntó Nicholas con un tono enérgico que parecía haber adoptado ex profeso para la reunión.

—El señor Oliver no ha llegado todavía —dijo el señor Mortlake.

—Vaya —contestó Nicholas mirando el reloj—. Pasan ya de las ocho y media. Tal vez se ha entretenido por algún motivo. Creo que deberíamos empezar. —Se puso en pie—. ¿Les parece bien que recemos una oración?

Todos se levantaron e inclinaron la cabeza. Jane intentó por todos los medios imaginarse la presencia de Dios en el salón de su casa, pero, para variar, no lo consiguió, pues en medio de aquel silencio la distraía el ruido del grifo que la señora Glaze había abierto en la cocina para fregar los platos de la cena.

La reunión empezó cuando el señor Mortlake leyó el acta de la reunión anterior y el orden del día. Mientras leía, entró el señor Oliver

y se sentó junto a Jane, en la otra silla de dormitorio. A continuación, el señor Glaze se puso en pie y comunicó el estado del depósito de agua que había junto a la entrada de la iglesia. Algo lo había obstruido, ya fueran hojas secas o polvo acumulado que había formado una especie de tapón. Se trataba de un comentario muy técnico. Jane observó que Nicholas fruncía el entrecejo muy concentrado, pues procuraba seguir las explicaciones aunque no acabara de comprenderlas. Por su parte, Jane había desistido ya de intentar interesarse por esos pormenores. Pensó en que todas las señoras tenían por costumbre llevar el mismo tipo de sombrero cuando iban a las reuniones del consejo parroquial, una boina grande de fieltro de un color neutro que se calaban inclinada hacia un lado. Tanto la señora Crampton como la señora Mayhew llevaban sombreros de este tipo, igual que la señorita Doggett, aunque el suyo era de un tejido de calidad superior, una especie de felpa decorada con una horquilla de abalorios. A decir verdad, parecía que las mujeres tenían poco que hacer allí, aparte de observar los sombreros de las otras mujeres, porque sus voces apenas se dejaban oír. De vez en cuando Nicholas las interpelaba con alguna pregunta directa como: «¿Y qué opina usted, señorita Doggett? Estoy seguro de que a todos nos gustaría conocer su opinión al respecto», pero como siempre que preguntaba eso se trataba de temas como los impuestos derivados de la colecta de Semana Santa, un asunto en el que se esperaba que las mujeres tuvieran pocas cosas sensatas que decir, sus comentarios acababan cayendo en saco roto y se olvidaban enseguida, salvo que alguno de los hombres dijera algo que los hiciera parecer ridículos.

—Y ahora pasemos a hablar de la portada de la revista parroquial —dijo Nicholas para poner fin con gentileza, pero de forma taxativa, a la disertación del señor Mortlake acerca de los impuestos de la Iglesia —. Me parece que a algunas personas no les gusta.

—Desde luego que no. —Jane, que seguía sentada al lado del señor Oliver, se sobresaltó por la impetuosa respuesta de este—. Debo decir que me sorprendió muchísimo ver la fotografía de la entrada al camposanto en la nueva portada. Tenía la impresión, y me atrevería a decir que no era el único, de que habíamos decidido utilizar una fotografía del altar mayor.

—Sí, eso se dijo —respondió Nicholas con brusquedad—, pero pensamos (me refiero a los representantes del consejo) que, como ambas fotografías eran igual de adecuadas (señor Oliver, estoy seguro de que recordará que nos costó mucho decidir cuál de las dos nos gustaba más), el consejo no pondría objeciones a la utilización de la fotografía de la entrada al camposanto.

—Pero ¿por qué no podemos poner la del altar? —intervino entonces la señorita Doggett—. En mi opinión, ilustra mejor cómo es

nuestra bella y antigua iglesia.

—Bueno, digamos que advertimos algunos inconvenientes… —dijo Nicholas con un tono de voz demasiado débil para ser el presidente del consejo.

—Hablemos claro —dijo entonces el señor Mortlake—. Al párroco y a sus ayudantes nos pareció, después de meditar la cuestión, que existía el peligro de que la portada de nuestra revista se pareciera demasiado a la de la parroquia de Saint Stephen.

—Vaya —espetó Jane—, nunca había oído nada tan ridículo. Aunque las portadas se parecieran, no podría haber confusión alguna acerca de los contenidos. La santa misa, la confesión y esas cosas…

Nicholas, que hasta entonces había preferido mantener a su esposa ajena a esa cuestión, sonrió, contrariado. «Nunca aprenderá a permanecer callada», pensó, con menos afectuosa tolerancia que en otras ocasiones. No era la primera vez que se planteaba que, a fin de cuentas, sí tenía cierta lógica que los clérigos mantuvieran el celibato.

Jane se dio cuenta, por la sonrisa de Nicholas y el incómodo silencio que siguió, de que debería haber mantenido la boca cerrada.

—Tal vez una taza de té nos ayude a ver las cosas desde otra perspectiva —dijo rápidamente—. Iré a ver si la señora Glaze lo tiene listo —añadió.

Y salió apresurada de la habitación.

—Un té siempre va bien —dijo la señora Mayhew con voz chillona y algo aflautada—. Nunca está de más.

—No me gusta contradecir a una dama —dijo a su vez el señor Oliver—, pero tengo la impresión de que no es el mejor momento para tomar el té.

—Si no le gusta contradecir a una dama, no lo haga —dijo el señor Whiting, que se encontraba en un dilema, porque en su fuero interno le habría gustado dar la razón al señor Oliver y reconocer que tal vez no fueran ni el momento ni el lugar adecuados para tomar una taza de té.

—Me parece que lo mejor que podemos hacer es votar para solucionar el tema de la portada —dijo Nicholas cansado de la discusión—. Así podremos zanjar la cuestión antes de que llegue el té.

Todo el mundo parecía dispuesto a aceptar su sugerencia, salvo el señor Oliver, que puso cara de pocos amigos. Los demás fueron levantando la mano, y todos menos el señor Oliver votaron a favor de mantener la foto de la entrada al camposanto en la portada de la revista. La señorita Doggett, que antes había lanzado una débil objeción, confesó a la señora Crampton y a la señora Mayhew que, por supuesto, era consciente de que no sería una buena idea poner la imagen del altar mayor si corrían el riesgo de que su revista se

confundiera con la de la iglesia del padre Lomax.

—Qué bien que hayan preparado algo de picar —dijo la señora Crampton cuando se oyó el repiqueteo de las tazas de porcelana al otro lado de la puerta—. En la época del canónigo Pritchard nunca nos daban nada.

—Bueno, me pareció una buena idea —contestó Jane desde el vano de la puerta—. Cuando oigo por la radio una escena de una obra de teatro, tensa y apesadumbrada, como las de Ibsen u otras por el estilo, siempre pienso que si a alguien se le ocurriera preparar un poco de té todo sería distinto…

—Confío en que nuestras reuniones no le parezcan comparables a las trifulcas familiares que se emiten por la radio —dijo el señor Whiting—. Aquí solemos hablar como buenos amigos. Además, en la época del canónigo Pritchard nunca hacía falta hacer una pausa para el té, porque entonces no había temas espinosos ni comentarios desagradables.

—Digamos que el canónigo tenía las agallas necesarias para mantener en su sitio a ciertas personas —comentó el señor Glaze.

—¿Se refiere a hacer callar a la esposa del párroco? —preguntó Jane, divertida—. ¡Vaya, parece que el señor Oliver se ha marchado! —exclamó al instante, con la taza de té que iba a ofrecerle congelada en la mano.

—Creo que se escabulló mientras usted iba a buscar el té, señora Cleveland —dijo la señora Mayhew.

—Podría haberse disculpado antes de irse —dijo el señor Mortlake —. Aunque, claro, ya no cabe esperar semejantes muestras de cortesía de los jóvenes de hoy.

—Estoy convencido de que el otro día oí cantar a un ruiseñor —dijo Nicholas en voz bastante alta—. ¿Lo cree posible, señor Mortlake? ¿Sabe si esa especie mora por esta zona?

Jane, que había vuelto a sentarse algo apesadumbrada en la silla de dormitorio de la última fila, recuperó la ilusión cuando oyó la expresión que había empleado su marido («¿Puede decirse que los pájaros “moran”?»), pero al segundo volvió a sumirse en el silencio más taciturno.

¡Si tuviera una copa con vino del sur tibio…!,

pensó melancólica mientras rodeaba con las manos la taza de té y miraba en sus profundidades. Permaneció así, sentada, durante unos instantes, intentando ver cuántos versos de la «Oda a un ruiseñor» era capaz de recordar, pero la breve estrofa que logró recitar no le sirvió de consuelo:

Perderme en lo lejano, disiparme, olvidar
lo que no has conocido jamás entre las ramas:
el hastío, la fiebre, la angustia que se siente
aquí donde los hombres se escuchan sus gemidos.[7]

Al cabo de un momento se percató de que todos se habían puesto en pie y que Nicholas estaba dando la bendición para concluir el encuentro.

—¿Te ha gustado celebrar la reunión en nuestra casa y ofrecerles un refrigerio? —le preguntó Jane cuando los pasos de los últimos asistentes se alejaron por el caminito del jardín—. ¿Crees que ha salido bien?

—Cariño mío, ojalá no hubieras dicho lo que dijiste… —le reprochó Nicholas muy serio.

—Pero ¿qué he dicho? —preguntó Jane, que por un momento no entendió a qué venía la reprimenda—. Pero si siempre digo lo que pienso. Además, era ridículo montar semejante escándalo por que la portada de la revista se pareciera a la del padre Lomax.

—Sí, ya sé que es un tema sin importancia, pero Mortlake y Whiting lo consideran primordial. No puedes esperar que vean las cosas igual que nosotros.

—¡Por qué tenemos que hacer siempre todo como ellos quieren! —soltó Jane—. Uf, si hubiera sabido que iba a terminar así…

Salió apresurada de la habitación y entró a toda prisa en el cuarto de baño del piso inferior, donde los animalitos de jabón colocados en fila por Nicholas le recordaron lo mucho que lo quería, y se habría puesto a llorar allí mismo de no ser porque ya había superado la edad en la que uno cree que llorar puede servir para aliviar las penas o proporcionar consuelo.

En lugar de eso, volvió al salón y empezó a mover las sillas de aquí para allá sin un propósito concreto, pues no recordaba a qué habitación pertenecía cada una.

—Si por lo menos hubieras conseguido llegar a capellán de Oxford… —se lamentó—. Aquí estás malgastando tus capacidades.

—Pero, mi amor, si siempre decías que querías ir a una parroquia en el campo. Estabas encantada.

—Ya lo sé, pero no pensaba que pudiera ser así. Yo creía que la gente de los pueblos era más noble, que estaba más en contacto con la tierra y la naturaleza, no sé. —Sonrió—. Nos pasamos el día preocupándonos por detalles insignificantes, ¡como el depósito de agua y la portada de una revista! Igual que hace la gente de las afueras de la ciudad…

—Debemos aceptar a las personas tal como son e intentar hacer las

cosas lo mejor que sepamos —dijo Nicholas con un tono demasiado espontáneo para resultar mojigato. Se puso en pie y empezó a deambular por la estancia—. Ya verás, se me ha ocurrido una idea fantástica. Voy a cultivar tabaco. ¿No te parece que sería entretenido?, y además nos ayudaría a ahorrar

—¡Ay, cariño! Desde luego, hay que ver qué intereses tienes en la vida… —dijo Jane con humildad—. Bueno, ¿nos acabamos estos canapés?

De modo que se sentaron cada uno a un lado de la chimenea, como las dos personas de buen hacer que eran, y empezaron a comer unas rebanadas gruesas de pan untadas con una pasta hecha a base de «gambas (y otros pescados)». Nicholas se puso a leer un libro acerca del cultivo de tabaco y Jane empezó a darle vueltas a cómo podía enmendar la torpeza que había dicho aquella tarde por culpa de su falta de tacto. Tal vez pudiera ir a visitar al señor Oliver e intentar razonar con él, o tal vez pudiera ir a ver al señor Mortlake, aunque se sobrecogía solo de pensarlo. Se imaginó el momento en el que la hicieran pasar al salón principal, donde esperaría mientras examinaba las fotografías y los objetos decorativos… No, lo mejor sería que los dejara solos con sus asuntos y se concentrara en las cosas que de verdad sabía hacer, fueran las que fuesen.

CAPÍTULO 15

Cuando la señorita Doggett llegó a casa descubrió, para su irritación, que la señorita Morrow no estaba allí. Entonces se acordó de que era su tarde libre, porque Jessie había insistido en tener una tarde totalmente libre para sus cosas, y le había dicho que era probable que fuera al cine. No cabía duda de que se había marchado a toda prisa, se dijo la señorita Doggett cuando miró, desde la puerta abierta de su dormitorio, y vio la ropa enmarañada encima de la cama y los restos de los cosméticos usados en el tocador. Daba la sensación de que Jessie había dudado qué ponerse, algo que no solía ocurrirle. La señorita Doggett llevaba razón en sus conjeturas, porque en cuanto la anciana había salido de la casa a las ocho menos cuarto para ir a la reunión del consejo parroquial, Jessie había subido corriendo a cambiarse a su habitación.

Esa noche iba a ver a Fabian. No porque hubieran quedado, ya que a él no se le habría ocurrido invitarla formalmente, sino de manera fortuita. A menudo Fabian se sentaba a escuchar la radio por las noches, después de cenar, y Jessie lo sabía. Algunas veces salía a tomar algo al pub o a The Golden Lion, y ella había decidido arriesgarse.

Se había reservado un vestido muy especial para ponerse esa noche, uno de terciopelo azul que había sido de Constance y que ella misma había arreglado para que le sentara mejor. Sabía que los hombres no se fijaban en esas cosas y, además, estaba convencida de que si él se percataba de que era el mismo vestido, ella encontraría el modo de salir del apuro.

Allí sentada junto al tocador se sentía como el personaje de una novela. Fue examinando cada una de sus facciones: la nariz afilada, los ojos grises y grandes, y la boca algo pequeña. Se maquilló a conciencia, aplicándose una base de color melocotón, y después se dio unos brochazos de colorete rojizo, para a continuación pintarse los labios y perfilarse la boca, ponerse sombra de ojos de color azul y, por último, oscurecerse las pestañas. Cuando hubo terminado, se sintió satisfecha del resultado. Tenía treinta y siete años, era, por lo tanto, mayor que la amiga de la señora Cleveland, Prudence Bates, pero más

joven que la pobre Constance y que el propio Fabian. Siempre lo había querido, pero no había caído en la cuenta, hasta que lo contempló desde su jardín aquel día de otoño (cuando lo vio mirar por la ventana del piso superior), de que podía hacer algo al respecto. No era de esa clase de personas que se contentan con alimentar un amor platónico con un hombre, y menos si estaba libre y vivía en la casa de al lado, y ahora que Prudence Bates había entrado en su mundo, presentía que debía actuar con celeridad. Le pareció muy acertado tramar su plan mientras la señorita Doggett estuviera en la reunión parroquial, discutiendo acerca de la fotografía de la cubierta de la revista.

A las nueve menos cuarto salió de casa, asegurándose de que, al cruzar la puertecilla de la verja, nadie la viera; pero era noche cerrada y no había nadie por los alrededores. Abrió la puerta del jardín de Fabian y se coló sigilosamente por el lateral de la casa hasta llegar a la parte posterior, desde donde se veían las contraventanas acristaladas del comedor que daban al jardín. Esa noche había luz en el interior y las cortinas todavía no estaban echadas; vio a Fabian vestido con una chaqueta de terciopelo, sentado junto al fuego con un vaso de un líquido de color ambarino (whisky, tal vez) en la mesita de al lado. Tenía un bloc apoyado en las rodillas y parecía estar escribiendo una carta.

«Parecía estar escribiendo» es la mejor forma de decirlo, porque estaba sentado con la pluma en una mano, pero no añadía nada a las pocas palabras que ya había escrito. No le resultaba fácil escribir a Prudence. Para empezar, nunca había sido muy aficionado a escribir cartas, y además las cartas de ella eran de un nivel tan literario, embellecidas con citas tan acertadas, que le parecía imposible igualarlas. Consideraba que eso no estaba bien; el hombre debía ser quien supiera escribir cartas, no la mujer, aunque entonces recordó que tampoco había sido nunca capaz de igualar el estilo de las cartas de Constance. Era irónico pensar que ella habría tenido muchos más recursos para contestar a las misivas de Prudence que él mismo. Pensó que tal vez era un buen momento para dejar la carta. Daría un paseo, quizá le ayudara a recuperar la inspiración, y antes de volver a casa tal vez iría a tomar algo a The Golden Lion. «Hace una noche estupenda», se dijo mientras se acercaba a las puertas para echar las largas cortinas de brocado verde oscuro.

Cuando se acercó a las contraventanas, vio una figura que salía de unos arbustos de rododendro: una mujer a quien no conseguía reconocer lo estaba observando desde allí. Por un momento se inquietó, pero entonces la mujer sonrió y Fabian se percató de que se trataba de Jessie Morrow.

—Vaya, ¿qué hace ahí fuera a oscuras? —preguntó de una manera un tanto forzada—. ¿Le apetece entrar? ¿Ha venido con la señorita

Doggett?

En cuanto se lo hubo preguntado reparó en que era una incongruencia pensar que la señorita Doggett iba a estar escondida entre los arbustos.

Jessie entró por la puerta acristalada y, a continuación, Fabian la cerró y corrió la cortina por entero.

—No, esta noche estoy sola —dijo ella—, y me preguntaba si usted también estaría solo y si yo tendría el valor de venir a visitarlo. Y ya ve, sí lo he tenido, porque aquí estoy.

—Siéntese —dijo Fabian mientras acercaba otra silla a la chimenea. Decididamente, ahora ya no podía continuar peleándose con la carta que quería escribir a Prudence—. ¿Qué le apetece tomar? ¿Una taza de té o alguna otra bebida caliente?

Jessie no dijo nada, pero sus ojos no se apartaban del líquido ambarino que había sobre la mesita.

—¿Quiere un whisky? —Los ojos de Fabian se iluminaron y fue a buscar otro vaso—. No sé por qué, pero creía que no le gustaba el whisky.

—¿Qué creía usted que me gustaba?

—No lo sé. Supongo que nunca me lo había planteado.

—¿Se refiere a que nunca se había planteado que yo fuera un ser humano, una persona con gustos propios?

—Bueno, no sé… Pero esta noche está muy cambiada. —Fabián la observó con detenimiento, algo confundido, y admiró lo que veía—. Su vestido es precioso.

—Sí, a mí también me encanta, y me alegro de que usted piense lo mismo.

—Constance tenía un vestido muy parecido. Es de terciopelo, ¿verdad?

—Sí, creo que me acuerdo.

Pero qué lástima que él se acordara también, pensó Jessie. Era un poco irritante descubrir de qué cosas se acordaban a veces los hombres. Ahora temía que se diera cuenta de que era el mismo vestido y que ella lo había retocado para adaptarlo a su figura. Era como si, de pronto, se hubiera revelado que Fabian poseía una profundidad que ella ignoraba, como si Jessie acabara de percatarse de que no lo conocía tan bien como creía.

—Estoy seguro de que a Constance le gustaría imaginarnos a los dos aquí sentados—dijo Fabian—. Siempre le cayó muy bien usted. Se portó muy bien con ella.

—¿Ah, sí? —preguntó Jessie con tono algo brusco—. Supongo que me porté con ella mejor que usted. Aunque eso no era muy difícil…

—¡¿Por qué me atormenta con esos comentarios?! Como si no lo

supiera… No soy tan insensible como usted se cree.

—Lo siento. Tengo la lengua muy larga y me traiciona algunas veces.

Jessie notó, no con sorpresa sino con una especie de cómoda satisfacción, que el brazo de Fabian se había acomodado alrededor de sus hombros. Inclinó la cabeza hacia atrás para apoyarla contra la manga de la chaqueta de él.

—Parece que a veces tenemos que hacer daño a las personas que amamos —dijo Fabian mientras le acariciaba el pelo—. Oscar Wilde dijo algo parecido, ¿no?

—A quién le importa Oscar Wilde… —dijo Jessie—. Siempre he pensado que debía de ser un tostón de hombre que no paraba de decir *boutades* en todo momento. Imagíneselo abriendo la boca y todo el mundo esperando que dijera algo inteligente. Yo no lo habría aguantado.

Fabian sonrió. En el fondo no estaba seguro de qué era lo que había dicho Oscar Wilde.

«¿Estará pensando en Constance o en Prudence?», se preguntó Jessie. Había hecho daño a la una y tal vez iba a hacerle daño a la otra… Ahora que se paraba a pensarlo, qué raros le resultaban esos dos nombres: Constance y Prudence, «Constancia» y «Prudencia»… Jessie era un nombre mucho más cercano, sin ningún reproche escondido. ¿Acaso amaba a Prudence? Y ella, ¿le amaba a él? «No me importa», pensó Jessie mientras Fabian inclinaba la cabeza para besarla. Si Prudence estaba enamorada, no tardaría en recuperarse del desengaño…

CAPÍTULO 16

Jane estaba haciendo las camas, una tarea sencilla que, en su opinión, era superior a sus fuerzas. Los empleados que tenían que limpiar las ventanas habían llegado poco después del desayuno, así que la mujer del párroco se inventó una especie de juego que consistía en esquivarlos. «Si bajo a los confines más lejanos de la tierra —pensó Jane mientras aplanaba una almohada y volvía a ahuecarla para darle forma—, allí me encontrarán.» Y, como era de esperar, justo entonces vio la escalera de mano apoyada contra el alféizar, oyó el ruido de unos pies que subían los escalones y luego descubrió una cara en la ventana, sorprendida tal vez de encontrarse a la señora de la casa haciendo la cama. En realidad, hacer las camas era tarea de la señora Glaze, pero nunca lograba llegar lo bastante temprano, y cuando lo hacía tenía que fregar los platos y las tazas del desayuno, preparar las verduras para la comida y barrer y limpiar el polvo del comedor y del salón por si venía alguna visita inesperada…

El rostro de la ventana se quedó impertérrito, pero eso le resultó a Jane todavía más irritante que la mirada de perplejidad, así que puso pies en polvorosa dejando la cama a medio hacer y el pijama de rayas de su marido tirado en el suelo. «Supongo que le parecerá curioso ver el pijama del párroco», se dijo Jane. Aunque, ¿acaso era el limpiador de ventanas uno de los feligreses devotos? Ahora que lo pensaba mejor, no recordaba haberlo visto nunca por la iglesia. A lo mejor era católico, o protestante (pero no de la Iglesia anglicana), o iba a la capilla improvisada, junto a la compañía del gas, en la que los evangelistas se reunían; o tal vez no perteneciera a ninguna Iglesia… Era un pensamiento aterrador, como si se hubiera asomado al abismo oscuro de la mente del joven. Por supuesto, también era posible que sencillamente fuera a la Iglesia anglocatólica y tuviera por costumbre encender cirios o sacudir el incensario en la iglesia del padre Lomax. Sí, eso debía de ser. Jane se lo imaginó ahora a través de una nube de incienso, con sus rugosas facciones suavizadas…

—¡Nicholas! —llamó a su marido, pero no llegó ninguna respuesta del despacho.

Entonces se acordó de que el párroco había salido inmediatamente

después de desayunar, aunque no recordaba adónde. Alguien debía de estar enfermo o moribundo; o habría ido a jugar al golf o tal vez a la iglesia, para supervisar la decoración. Se había acostumbrado a acercarse por allí los sábados por la mañana para animar a las señoras en sus tareas, y Jane tenía la sensación de que recibían la llegada de su esposo con mayor disposición que la ayuda incierta de ella. En cualquier caso, no estaba allí, de modo que no podía transmitirle sus pensamientos acerca del limpiador de ventanas…

—¡Señora! —exclamó la señora Glaze, que apareció al pie de la escalera con su cofia y su delantal de flores—. Ha venido el señor Mortlake.

—¿El señor Mortlake? ¡Por el amor de Dios! —exclamó Jane llena de agitación. Sus pensamientos volaron a la reunión del consejo parroquial celebrada en su casa y a su inapropiado comentario sobre la portada de la revista. ¿Había ido a verla en privado para hablarle del tema? ¿Acaso quería recriminarle que se hubiera inmiscuido en la cuestión?

—Le he dicho que pasara al salón —añadió la señora Glaze.

—¿Al salón? Sí, sí, por supuesto. —Jane se atusó el pelo ondulado con las manos—. Enseguida bajo.

—Señora, no hace falta que se dé prisa.

—¿Por qué? ¿Está el párroco con él?

—El señor Mortlake ha venido a afinar el piano —dijo la señora Glaze con tono de sorpresa.

—A afinar el piano, ¡claro! —exclamó Jane casi gritando.

Bajó apresuradamente la escalera y se detuvo en el recibidor. Allí vio un sombrero, un bombín algo anticuado, encima de una silla. ¡Qué alivio! No había ido para reprenderla, sino para afinar el piano… Le entraron ganas de irrumpir en el salón y saludarlo con algún gesto exagerado mientras le decía en broma: «Buon giorno, Rigoletto» y hacía una reverencia. Pero tal vez al señor Mortlake no le hiciera gracia, o ni siquiera lo entendiera. Así pues, cogió el bombín y se lo colocó en la cabeza. Entonces empezó a saltar por el recibidor y a cantar:

> Oh, Donna Clara,
> anoche la vi bailar…

Desde el salón le llegaba el sonido que emitía el señor Mortlake al tocar las teclas sueltas del piano, primero con cautela y después con creciente impaciencia. Tardaría un buen rato en aventurarse a tocar los acordes y armonías tan propias de su profesión. Jane volvió a dejar el sombrero sobre la silla y abrió la puerta principal.

Un hombre joven, que sin duda estaba a punto de llamar al timbre,

permanecía inmóvil en el vano de la puerta. Iba vestido de forma demasiado afectada y llevaba en la mano una maleta grande.

—Buenos días, señora —dijo—. ¿Tiene ropa vieja para vender?

—Esto es la casa parroquial —dijo Jane sin contestar a su pregunta.

—Ah, ya veo…

Parecía haber perdido la confianza por un momento.

—Así que no creo que aquí tengamos ropa vieja para darle —comentó Jane—. Salvo que le sirva la que llevo puesta…

—A muchas mujeres les gusta ponerse ropa algo gastada para estar en casa por la mañana —dijo el joven recuperando la compostura—. Ya lo sé.

—Sí, pero la diferencia es que yo pienso llevarla todo el día —contestó Jane—. Mis días no saben lo que son las mañanas, por lo menos no en ese sentido, quiero decir…

El joven se alejó de ella.

«Seguro que cree que ha llamado a la puerta de una clínica privada para enfermos mentales —pensó Jane—. Los pacientes que hay ingresados no son peligrosos, por eso les permiten pasear por dentro del recinto.»

—Lamento no poder ayudarle —dijo alegremente—. Qué mañana tan estupenda —añadió cuando él le deseó buenos días y se apresuró a salir por la verja del jardín.

Sin duda parecía que la mañana había mejorado mucho después del susto que se había llevado con la visita inesperada del señor Mortlake.

Decidió salir a dar un paseo por el jardín para pensar en qué podía escribir. Era una maravilla estar viva, sobre todo en primavera. Empezaban a salir narcisos de entre la hierba, debajo del castaño, que ya tenía brotes nuevos, y en el sendero que llevaba a la parte posterior de la iglesia estaba floreciendo una planta con hojas brillantes y flores verdosas: el mercurial perenne o berza perruna… Jane se acordaba del nombre de su infancia, un nombre extraño y casi siniestro… ¿De dónde vendría?, se preguntó. ¿Sería una deformación de algún otro nombre? Se acercó hasta el castaño y apoyó la cabeza contra el tronco. Tal vez fuera capaz de oír el murmullo de la savia y las flores que se preparaban para abrirse en alguno de los capullos del árbol. «No hay una sola hora voraz que a ti no te devore.» Bueno, sí, pero tenía menos importancia en una preciosa mañana primaveral. Cortaría algunas flores a medio abrir y decoraría con ellas la casa. Las pondría en un jarrón grande en la mesa de la entrada, para demostrarles a los visitantes que aún quedaba esperanza para la casa parroquial. Pero le haría falta algo con que cortarlas, alguna herramienta del cobertizo,

donde guardaban los utensilios del jardín. Corrió por el césped y después rodeó la casa hasta llegar a la parte posterior, pero entonces se detuvo.

Una mujer con un traje hecho a medida y unas pieles en el cuello observaba por encima de la puerta de la verja posterior, como si se dispusiera a entrar. Detrás de ella había un clérigo robusto, de cara sonrosada y pelo canoso.

—¡Ah, señora Cleveland! ¡Buenos días! —dijo el clérigo con voz cantarina—. Perdone que nos hayamos presentado de forma tan poco ceremoniosa, pero se nos ocurrió venir por la parte de atrás porque es más habitual encontrar a las féminas en la parte posterior de la casa, sobre todo por las mañanas…

«Las féminas —pensó Jane algo irritada—, qué expresión tan ridícula. Y qué manía con las mañanas…»

—Me refiero a que suelen estar en la cocina, preparando la comida —continuó el clérigo a modo de explicación.

—La señora Glaze se encarga de eso —dijo Jane.

Entonces le vino la inspiración y cayó en la cuenta de quiénes eran sus visitantes y de cómo podían saber de qué modo se accedía al jardincillo posterior, cuya portezuela no quedaba a la vista. Sin duda el clérigo era el canónigo Pritchard, de modo que la mujer debía de ser su esposa. Seguro que se les había ocurrido colarse por detrás para husmear desde la ventana y sorprenderla en la cocina, puede incluso que para pillarla en pleno acto de apagar un cigarrillo en las hojas de té que había en el cubo de la basura o algo por el estilo. Sintió una especie de triunfo al constatar que el plan de la pareja no había salido bien.

—Pasen, pasen —dijo intentando parecer amable—. Mi marido no está en casa ahora mismo, pero volverá pronto.

Caminaron por fuera hasta la entrada principal de la casa y de allí pasaron al recibidor. Desde el comedor llegaba el sonido de alguien que estaba tocando el piano con un estilo eduardiano y artificioso. El señor Mortlake estaba a punto de terminar de afinar el instrumento. Empezaron los arpegios; las cuerdas vibraban y modulaban el sonido de la mayor a la menor y volvían en sentido inverso.

—Ay, como en los viejos tiempos —se lamentó el señor Pritchard —. Oír al señor Mortlake tocando el piano. Tiene un estilo tan particular…

Se abrió la puerta y apareció el propio señor Mortlake, con su porte digno y su estatura, casi como si saliera a escena.

—Vaya Daniel —dijo el canónigo Pritchard—, qué sorpresa tan agradable.

Jane se percató de que el rostro del señor Mortlake se iluminaba de

verdad.

—Vaya, si es el canónigo —dijo—. Y la señora Pritchard. Ya lo creo que es una sorpresa muy agradable. ¿Qué tal les va todo?

—Muy bien, gracias, Daniel. Y tú también tienes muy buen aspecto.

Jane esperaba que el señor Mortlake dijera que las cosas no eran como en los viejos tiempos, ahora que se había marchado el canónigo Pritchard, pero el párroco, tal vez intuyendo que el hombre iba a decir algo así, y con el fin de ahorrarle el bochorno a Jane, le hizo un gesto para que callara de un modo tan sutil que no podía considerarse ofensivo.

Todos se dirigieron al salón. Jane se preguntó qué hora debía de ser y qué tipo de aperitivo o de bebida era más apropiado ofrecer a sus visitantes (si es que tenía que ofrecerles algo). No quedaba jerez, eso lo sabía. Probablemente hubiera té o incluso un poco de café, pero ¿tenían galletas?

—Ah, veo que han colgado las cortinas de verano —dijo la señora Pritchard mientras repasaba la estancia con la mirada—. A nosotros siempre nos parecía una habitación tan fría, incluso en verano, que a menudo esperábamos hasta mayo para quitar las de terciopelo.

—Sí, estas son más finas. La primavera está siendo muy suave —comentó Jane—. Y a mi marido le gusta que entre el aire.

De día, cuando estaban recogidas, quedaban mejor. Si los Pritchard los hubieran visitado por la noche se habrían dado cuenta de que las cortinas eran cortas y algo escasas por el centro. Apenas llegaban a cubrir todo el cristal de los ventanales.

—Me da la impresión de que las cortinas que teníamos aquí son algo grandes para nuestro comedor nuevo —continuó con su cháchara la señora Pritchard.

—¿De verdad? —preguntó Jane.

No le parecía una conversación muy interesante para el canónigo, así que deseó que Nicholas volviera cuanto antes.

—¿Le gusta su nuevo puesto? —preguntó Jane para intentar integrar al clérigo en la conversación.

—Bueno —dijo con una sonrisa—, por supuesto que me gusta. El obispo y yo fuimos juntos a Rugby, ¿sabe?

—No, no lo sabía. Qué bien. Como el doctor Arnold de Rugby… —murmuró Jane.

—Claro que él entró un poco antes que yo —apuntó el canónigo.

—Pero ¿aún se mantiene la tradición? —preguntó Jane—. Los versos sobre la capilla de Rugby… Ojalá me acordara de alguno, pero cuando yo estudiaba en Oxford las clases de literatura inglesa solo llegaban hasta Wordsworth, y no sé por qué nos cuesta mucho

recordar las cosas que hemos leído de adultos.

La señora Pritchard se removió un poco incómoda en su asiento.

Alguien llamó a la puerta y la señora Glaze apareció con una bandeja de plata en la que había una cafetera y unas tazas.

Jane se volvió hacia ella llena de gratitud. Nunca habría dicho que la señora Glaze pudiera ser tan detallista. Sin duda, con su iniciativa buscaba complacer al canónigo y a su esposa más que a la propia Jane, pero de todos modos sirvió para salvar la situación. Pensó que debía de sentirse bastante desesperada cuando estaba a punto de recitar a Matthew Arnold delante de unos completos desconocidos, aunque cualquier cosa era mejor que fingir que una tenía cortinas de invierno y de verano cuando lo único que tenía era un juego de cortinas y punto.

—¿Quiere que lo sirva yo, señora? —preguntó la señora Glaze.

—Sí, por favor, señora Glaze —contestó Jane más relajada, al darse cuenta de que, para su sorpresa, había un platito de galletas para el té en la bandeja. «¿De dónde las habrá sacado la señora Glaze?», se preguntó.

—¿Lo tomará solo, señora? —preguntó la señora Glaze dirigiéndose a la señora Pritchard—. ¿Y el canónigo lo tomará con leche?

Parecía que todavía recordaba bien sus gustos.

A partir de entonces la conversación fue más fluida. Charlaron y repasaron la vida de varios habitantes del pueblo, aunque no de manera tan entretenida como le habría gustado a Jane. Ella también se mostraba muy cautelosa con sus comentarios, pues era consciente de que su lengua y su curiosidad podían jugarle una mala pasada en cualquier momento.

—¿Ha vuelto a casarse Fabian Driver? —preguntó la señora Pritchard.

—No, todavía no —dijo Jane.

—¿Todavía no? ¿Cree que le ha echado el ojo a alguien?

La señora Pritchard se inclinó levemente hacia delante.

—Bueno, no sé, pero supongo que tarde o temprano encontrará esposa. Al fin y al cabo, todavía es un hombre joven. Dudo que tenga más de cuarenta años.

—Claro que aquí no creo que haya nadie adecuado para él —insistió la señora Pritchard—. Tendrá que ampliar el radio de acción…

—Sí, supongo que debe de sentirse muy solo en el pueblo…

Se hizo un silencio y entonces el canónigo se levantó.

—En fin, querida —dijo dirigiéndose a su esposa—, creo que es hora de que nos pongamos en marcha.

—Tenemos un almuerzo con el obispo —se excusó la señora

Pritchard—. Hemos dejado el automóvil fuera.

«Caramba, tienen un almuerzo y se desplazan en un automóvil —pensó Jane mientras se imaginaba un cupé eléctrico de estilo eduardiano y a la señora Pritchard poniéndose un sobretodo y una gorra con velo para protegerse el peinado—. Supongo que las personas como ellos siguen hablando así hoy día.» Imaginaba que comerían de maravilla en el Palace, pero se mostró prudente y no hizo más comentarios.

De nuevo en el recibidor, el canónigo se detuvo un momento y dejó las manos suspendidas en alto haciendo un gesto vago. Por un instante, Jane pensó que iba a darle alguna especie de bendición, pero al parecer quería lavarse las manos.

—Sí, sí, por supuesto —dijo Jane mientras le mostraba dónde estaba el lavabo—. No sé si habrá una toalla limpia —añadió, pese a saber que era imposible que la hubiera.

—Sí, gracias, veo que hay una —contestó desde el interior el canónigo Pritchard.

Jane supuso que la señora Glaze había colocado una toalla de manos en el lavabo al oírlos llegar, y entonces no dudó de que, de haber tenido tiempo para quedarse a comer, habrían podido hacerlo porque la señora Glaze ya había preparado un menú adecuado. Si hubiera querido, la señora Pritchard habría podido decir: «Fuimos en nuestro automóvil a casa de los Cleveland y almorzamos con ellos».

Al parecer, la señora Pritchard no necesitaba lavarse las manos. Sin duda el Palace tenía muchas más comodidades, pensó Jane mientras se percataba de lo incómodas que estaban las dos mujeres solas en el recibidor.

—Un día tienen que venir a almorzar a casa —comentó la señora Pritchard—. Su marido y usted están invitados.

—Muchas gracias. Iremos a verlos encantados —contestó Jane.

Mientras tanto, el canónigo Pritchard salió del cuarto de baño y los tres fueron juntos hasta el coche, que, para decepción de Jane, no era de estilo eduardiano.

—¿Tienen hijos pequeños los Cleveland? —preguntó el canónigo a su esposa mientras se alejaban.

—Me parece que tienen una hija de unos dieciocho años. Está estudiando en Oxford, creo.

—Qué raro —dijo el canónigo a la vez que cambiaba de marcha—. Habría apostado a que en la casa vivía un niño, porque la pastilla de jabón tenía forma de conejo. Y había otras dos con formas de animales: un oso y un elefante.

—¿Y te has lavado las manos con un jabón que tenía forma de conejo? —preguntó su esposa muy seria.

—Pues claro, no había ninguna otra pastilla. Me pregunto si las habrá colocado la señora Cleveland. Parece una mujer muy rara.

—Sí, la verdad es que hay algo extraño en ella.

—Por lo menos creo que el señor Cleveland es bastante sensato —dijo a su vez el canónigo—. Nada de pertenecer a la Asociación de Clérigos Modernos ni cosas por el estilo…

Dudó un momento. Tal vez estaba meditando acerca de los jabones con forma de animalillos y lo que podían significar.

Por su parte, Jane y la señora Glaze también estaban comentando la visita. Jane le agradeció a la sirvienta que hubiera llevado el café y las galletas en un momento tan oportuno y que hubiera colocado la toalla limpia en el cuarto de baño.

—Ay, señora —dijo entonces la señora Glaze—, lo que no pude encontrar fue una pastilla de jabón decente.

—¿No había jabón en el cuarto de baño?

—Solo los de animales, señora.

—Bueno, creo que es un jabón bastante bueno. Seguro que al canónigo le habrá hecho gracia usarlo. Los hombres son como niños para muchas cosas.

«Aunque puede que no todos sean iguales», pensó Jane. A lo mejor los había considerado una peligrosa forma de idolatría.

—Confío en que pensara que eran de la señorita Flora —dijo la señora Glaze.

—Sí, seguro que ha pensado eso. En el fondo, todavía es una niña. —A pesar de todo, era lo bastante mayor para disfrutar analizando a Milton junto a lord Edgar Ravenswood, y para enamorarse de un joven llamado Paul que estudiaba geografía. ¿Hacían esas cosas las niñas?

Nicholas se presentó justo antes de comer y Jane le contó lo ajetreada que había sido la mañana. Se rieron a carcajadas con la anécdota de los jabones con forma de animales.

—Me pregunto si se lo contará al obispo —dijo Nicholas.

—Sería peor si lo guardara en secreto —dijo Jane—. Eso significaría que lo considera algo importante y no una broma.

—Uf, Pritchard no tiene sentido del humor. Me alegro de no haber estado aquí para recibirlo.

—Sí, la verdad es que es un poco estirado —coincidió Jane—. Supongo que solo vino para cotillear un poco. No me extrañaría que un día se colaran en la iglesia sin que nos demos cuenta para ver si detectan olor a incienso u otras innovaciones papistas.

—Vi que tenían el coche fuera cuando llegué a la verja del jardín —admitió Nicholas—, así que me escondí en el cobertizo hasta que se marcharon. Además, tenía que ver cómo estaban mis plantas de tabaco —añadió algo avergonzado de su comportamiento.

—Pues la verdad, Nicholas —protestó Jane—, ¡podrías haber entrado a ayudarme!

Pero en su fuero interno se sentía satisfecha de haber sabido lidiar ella sola con los dos.

CAPÍTULO 17

Después de Pentecostés el tiempo se volvió cada vez más cálido y Prudence empezó a ir a trabajar con elegantes vestidos de seda de estampados oscuros; la señorita Trapnell y la señorita Clothier optaron por vestidos de algodón o de rayón con estampados más discretos. A menudo, la conversación giraba en torno a las vacaciones. Incluso el doctor Grampian sacó el tema una mañana, cuando Prudence estaba en su despacho, y le preguntó cuándo iba a tomar sus días libres.

—No es que me importe —añadió haciéndose el despistado—. Me preguntaba si sus vacaciones coincidirían con las mías. Así sería más fácil.

Un año antes, Prudence habría tomado sus palabras y les habría dado la vuelta para convertirlas en: «¡Ay, si pudiéramos ir juntos de vacaciones!». Con frecuencia se había imaginado que iban los dos al sur de Francia o a los lagos de Italia (ella con su traje de baño más favorecedor y él magníficamente bronceado y con un físico e intelecto mejorados como por ensalmo). Sin embargo, aquel día, mientras lo observaba con su traje gris y la corbata oscura, con los hombros encorvados hacia la mesa, lo de imaginárselo en la playa con el torso desnudo le pareció una fantasía muy poco razonable.

—Mi mujer quiere que vayamos a Saint-Tropez en septiembre —dijo el catedrático, como si le leyera el pensamiento—. A los dos nos hace falta unas dosis de sol.

—Ay, sí, el sol —corroboró Prudence—. Yo todavía no me he planteado cuándo iré de vacaciones. Puedo cogerlas cuando usted prefiera.

—Bueno, en verano nunca hay demasiado trabajo —dijo, como si otras épocas del año fueran más movidas—, así que elija las semanas que más le apetezcan.

A continuación, se volvió hacia una pila de papeles que tenía encima del escritorio y Prudence supuso que ya podía retirarse.

Regresó a su despacho compartido, donde encontró al señor Manifold hablando con la señorita Trapnell y la señorita Clothier.

—… a hacer senderismo por el Pirineo —decía entonces el joven —. A finales de septiembre. Si no, hará demasiado calor.

—Me parece un plan estupendo —intervino Prudence con un tono que sonó frío y burlón—, aunque increíblemente cansado.

—No me gusta pasar las vacaciones en un hotel de lujo —contestó él defendiéndose con uñas y dientes—. No le veo la gracia. Yo prefiero ir de aquí para allá, ver diferentes sitios…

—Mi ideal de vacaciones es pasar unos días tumbada al sol bebiendo cócteles —respondió Prudence, y en cuanto lo hubo dicho se dio cuenta de que había sonado bastante ridícula.

—Sí, a mí también me gusta beber —dijo el señor Manifold—. Pero no en bares y hoteles con adornos cromados.

Prudence sintió cómo crecía la rabia en su interior, pero no se le ocurría nada que decir.

—Pues a mí me gusta mucho ir a Torquay —comentó la señorita Trapnell con intención pacificadora—. Allí siempre se conoce a gente interesante, y, si llueve, hay un montón de cosas para hacer.

—No soporto conocer gente durante las vacaciones —dijo Prudence con aire infantil.

—Entonces, usted es un lobo solitario, como el señor Manifold —apuntó la señorita Clothier.

A Prudence le entraron ganas de soltar una risita cuando se imaginó al señor Manifold convertido en un lobo, solitario o no, y de pronto temió que el joven hubiera captado el doble sentido de la palabra cuando se empleaba en femenino: «loba»; algo que sin duda había pasado desapercibido a la señorita Trapnell y la señorita Clothier.

—Me atrevería a decir que tanto Prudence como yo hemos tenido experiencias de todo tipo —dijo él, dejando a las dos mujeres entradas en años totalmente descolocadas.

«¡Prudence!» ¡Había osado llamarla por su nombre de pila! «¿Se le habrá escapado o lo habrá dicho a propósito?», se preguntó la joven.

—De verdad, ¡este hombre es cada día más insoportable! —exclamó Prudence cuando él se marchó del despacho.

—Qué va, es un joven muy simpático —dijo la señorita Trapnell—. Y se porta tan bien con su tía… Lo sé de buena tinta. Me parece una virtud que los jóvenes se preocupen por los ancianos.

—¿Que se porta bien con su tía? —preguntó Prudence, algo irritada por que la señorita Trapnell conociera ese detalle tan personal acerca del señor Manifold.

—Vive con su tía —explicó la señorita Trapnell—. Sus padres murieron, ¿sabe?

—Vaya.

Muy a su pesar, Prudence sentía curiosidad por saber qué había pasado.

—Es huérfano —añadió la señora Clothier a modo de explicación.

—¡Pobre huerfanito! —exclamó Prudence con un tono despreocupado y casi burlón.

Por supuesto, muchas personas de su edad eran huérfanas, se dijo. No había nada especialmente dramático en esa circunstancia. Prudence se puso a trabajar, dispuesta a quitárselo de la cabeza, pero la señorita Trapnell parecía no tener ganas de retomar su fichero alfabetizado y se negó a abandonar el tema en ese punto.

—La señora Manifold colabora muchísimo con la iglesia —dijo entonces—. Y tiene una excelente vena artística. Nunca he visto adornos florales tan preciosos como los del día de Pentecostés. Colocó flores rojas y rosadas en el altar, rododendros y peonías, con un poco de helecho y florecillas blancas para contrastar. Quedaba muy bien, porque el rojo es el color propio de Pentecostés, claro.

—¿Y cómo es que las vio usted? —preguntó Prudence—. ¿Vive cerca del señor Manifold?

Intentó imaginarse el barrio del norte de Londres donde vivía la señorita Trapnell, y luego a Geoffrey Manifold y a su tía en una casa próxima.

—Sí, bastante cerca —contestó la señorita Trapnell—. A un viaje de tres peniques en autobús. Lo cierto es que no pertenezco a la misma parroquia, Saint Michael, pero estoy dentro del mismo distrito electoral. Digamos que la iglesia de Saint Jude, la parroquia a la que pertenezco, es demasiado estricta para mí. Tienen incensarios y esas cosas, y el párroco escucha a los fieles en confesión —dijo bajando la voz.

—¿El señor Manifold va a la iglesia? —preguntó Prudence.

—Pues no, señorita Bates, y eso supone un tormento para su tía. Lo sé porque me lo han dicho. ¡Ay!, ya sabe cómo son los hombres jóvenes de hoy en día. Creen que tienen las respuestas a todos los problemas de la vida. Pero es tan bueno con su tía que supongo que se le puede perdonar.

—Además, ha tenido una vida muy dura —intervino la señorita Clothier—. Sería fácil pensar que podría buscar consuelo en la iglesia…

—¿Una vida muy dura? —preguntó Prudence.

—Sus padres murieron en un accidente de coche cuando él tenía dieciocho años —dijo la señorita Trapnell con un tono triunfal.

—Qué pena… —dijo Prudence con un hilo de voz—. Pobre señor Manifold…

—Justo cuando empezaba la universidad —dijo la señorita Trapnell para echar más leña al fuego.

—Bueno, supongo que le darían una beca o algo así —dijo

Prudence con bastante crudeza—. Es lo que suelen hacer.

—Sí, y era muy inteligente, por supuesto. Pero aun así tuvo que pasar un mal trago.

—Aunque me han dicho que su tía lo ayudó, ¿verdad?

—Sí, claro que lo ayudó. Pero aun así fue muy duro para él.

—Yo diría que ya lo ha superado —insistió Prudence, obligándose a recordar sus modales tan descarados y el hecho de que la hubiera llamado Prudence. Aunque, evidentemente, él no era de esas personas que suelen mostrar sus sentimientos… Supuso que, tras los diez años que habían transcurrido, ahora era agua pasada y que, sin duda, no quedaba nada de esos momentos dolorosos en él. Además, había vivido experiencias de todo tipo… Él mismo acababa de recordárselo. A pesar de todo, la conversación le había dejado un regusto bastante amargo. Se veía capaz de despertarse en mitad de la noche pensando en ello. Se lo imaginaba con el cuello de la gabardina subido, haciendo cola para comer en el Lyons mientras leía el *New Statesman*.

—¿Sabe ya qué va a hacer en vacaciones, señorita Bates? —preguntó la señorita Trapnell.

—Creo que me iré de viaje con un amigo —respondió Prudence evitando una respuesta concreta.

Sin lugar a dudas, ahora sus planes vacacionales incluían a Fabian, bronceado y guapo, tumbado en la playa o bebiendo una copa en una terraza. Y eso requería menos esfuerzo mental que imaginarse a Arthur Grampian en la misma situación. De todas formas, hasta ese momento Fabian no se había pronunciado al respecto. Es más, su última carta había sido bastante impersonal, casi de compromiso. Era difícil describir con exactitud qué era lo que chirriaba en ella. Comenzaba de forma bastante afectuosa, pero tras unas pocas líneas se perdía en circunloquios vacíos que no decían nada, incluso llegaba a hablar del tiempo, hasta que terminaba de forma abrupta, con media página aún en blanco. Aunque, claro, escribir cartas no era el punto fuerte de Fabian. Hacía ya tiempo que Prudence se había dado cuenta de que sus propias cartas eran mucho más interesantes y contenían citas mejor escogidas que las de él. Recordaba una que le había escrito Fabian hacía unas semanas en la que había empezado a citar a Oscar Wilde y después lo había pensado mejor y había tachado la cita. No era muy buena señal, porque Wilde había dicho infinidad de cosas que uno difícilmente hubiera deseado decirse a sí mismo. Tal vez Fabian era un hombre de hechos y no de palabras, aunque no cabía duda de que, en ese sentido, también le costaba mucho ir al grano.

El siguiente fin de semana Prudence iba a visitar a Jane. Quizá las cosas llegaran a buen puerto durante su estancia en el pueblo. El campo estaría precioso, las tardes serían largas, los prados estarían plagados de rosas silvestres y filipéndulas, y en medio de todo ello

destacaría la propia Prudence, que iba a adornar la casa y el jardín de Fabian y estaría tan radiante que, sin duda, este se preguntaría cómo podía imaginarse siquiera el vivir sin ella.

La habitación de invitados de la casa del párroco parecía más acogedora en primavera que en noviembre; sus espacios vacíos le daban ahora un toque moderno, casi continental. La bata que Prudence llevaba en verano, una prenda de algodón blanco con estampado de rosas y un volante en el cuello y en las mangas, parecía más adecuada que la de lana azul turquesa o la de terciopelo rojo. Jane había colocado un jarrón con flores en la mesita de noche, pero esta vez no había ninguna fotografía de Arthur Grampian que Prudence quisiera dejar en ella. De momento no tenía ninguna foto de Fabian y, además, le daba la sensación de que habría sido de mal gusto tenerlo inmortalizado en la casa del pastor cuando, en realidad, podía verlo en carne y hueso paseando por el pueblo. Así pues, en la mesita había solo unas rosas, un libro de poesía que Fabian le había regalado y una novela de las que tanto le gustaban a Prudence, bien escrita y enrevesada, con una buena dosis de cultura y el inevitable final desgraciado o incierto, tan parecido a la vida misma.

Había concluido el segundo trimestre en la Universidad de Oxford, de modo que Flora y su joven amigo Paul, que iba a pasar unos cuantos días con ellos, tenían que llegar también el viernes, antes de la cena. Jane, o mejor dicho la señora Glaze, había preparado pollo hervido, y Prudence se ofreció a hacer una ensalada y encargarse de los últimos toques.

—No hay que tratar al joven como si fuera un marajá —se excusó Jane—, pero no quiero que Flora se avergüence de su hogar. —Se echó a reír al darse cuenta de lo que acababa de decir—. ¿No es eso lo que responden las expertas de las revistas femeninas a las cartas de las lectoras?

—¿Tenéis ajo? —preguntó Prudence.

—¿Ajo? —repitió como un eco Jane, desconcertada—. ¡Por supuesto que no! ¡Imagínate que el pastor y su esposa fueran por ahí oliendo a ajo!

—Pero da un toque especial a la ensalada…

—Da igual. Asegúrate de que la lechuga quede bien lavada —dijo Jane como si tal cosa—. Eso es lo importante. Me habría encantado llevar una de esas vidas en las que se aderezan los alimentos con ajo, pero no ha podido ser. No creo que al amigo de Flora le importe mucho. La geografía y el ajo no parecen muy buenos compañeros. Puede que a Fabian le parezca un poco sosa la lechuga, pero estará satisfecho solo con verte a ti y no le importará si la ensalada lleva un toque de ajo o no.

—¿Has invitado a Fabian? ¡No me lo habías dicho!

—Sí, se me ocurrió que seis era un buen número —dijo Jane muy satisfecha—. Y, además, prometió traer unas botellas de vino… Aunque espero que no se exceda… con el vino, me refiero. Tenemos una botella de jerez que no es de los mejores, pero lo he vertido en un decantador, así que nadie se dará cuenta. Por lo menos el decantador es bueno…

Una vez que terminaron con los preparativos, se dirigieron al salón, que en verano parecía más agradable: una estancia ventilada con las contraventanas abiertas al jardincillo. El viento helado del invierno había dado paso a una brisa refrescante que se agradecía en una tarde calurosa como aquella.

Fabian avanzaba por el césped con las botellas en brazos. Las sujetaba con tanto primor como si se hubiera tratado de un recién nacido. Vio a Jane y a Prudence sentadas en el salón antes de que ellas lo vieran a él. Jane se había puesto el que debía de ser su mejor vestido de verano, con un estampado y un corte indeterminados, como los que llevaban miles de mujeres británicas, mientras que Prudence llevaba un vestido negro y vaporoso, tal vez de chifón, que le daba un toque encantador y elegante.

—Mira, ¡ahí está Fabian! —exclamó Jane—. Ahora hará su aparición como uno de los personajes de las comedias de enredo en las que siempre hay ventanales en la parte posterior del escenario. Me pregunto cuáles serán sus primeras palabras.

—Buenas tardes —dijo Fabian saludando ligeramente con la mano por encima de las botellas.

Jane dio un salto hacia él con la intención de liberarle de la carga, mientras Prudence levantaba la mano con un gesto lánguido y le sonreía.

—Hola, Fabian —dijo la joven.

—Prudence, cuánto me alegro de verte —contestó él—. Uy, tenga cuidado con esas botellas —dijo dirigiéndose a Jane—. No es bueno que se agiten demasiado. Y si puede, póngalas en un lugar fresco.

—Ofrécele una copa de jerez, Prue —dijo Jane—. Tengo que llevarme las botellas.

—Querida —dijo Fabian inclinándose para besar a Prudence, pero con mucha cautela, como si temiera estropearle el maquillaje o el peinado—, esta noche estás radiante.

«Siempre dice lo mismo», pensó Prudence con un arrebato de irritación. Aunque también podía ser que siempre fuera verdad.

Se sentaron algo incómodos y empezaron a beber jerez hasta que llegó Nicholas, y al cabo de un momento se oyó el ruido de un coche y la efusiva bienvenida de Jane a Flora y Paul.

El principio de la comida fue un poco extraño, pero Jane no tardó

en sacar innumerables temas de conversación.

—Paul estudia geografía —explicó—. Debe de ser una carrera fascinante. Todas esas tablas con las precipitaciones anuales y esas cosas… La vegetación, el clima, el suelo…

Sacudió las manos, al parecer incapaz de continuar enumerando las delicias de la geografía.

Paul, que era un joven callado y de apariencia tímida, con los ojos muy azules («un típico universitario», pensó Prudence) no parecía estar apurado por que la atención se centrara en él. La geografía le resultaba francamente fascinante, así que fue capaz de charlar sin problema durante un buen rato acerca de sus estudios. Flora lo observaba con evidente devoción y, de vez en cuando, hacía algún comentario inteligente como si quisiera que se explayara todavía más.

«¡Ay, cuántas cosas extrañas y maravillosas logran extraer los hombres de las mujeres!», pensó Jane. Se acordó de una ocasión en la que, hacía mucho tiempo, ella había empezado a aprender sueco (todavía había un libro de gramática sueca acumulando polvo en la buhardilla), y de cómo lo había intentado con el griego al conocer a Nicholas. Y ahora ahí tenía a su hija, ¡embelesada por los grandes secretos de la geografía! Paul parecía un buen chico, aunque eso era lo mínimo que se podía decir sobre el novio de una hija. ¿O acaso lo máximo?

Prudence observaba a la juvenil pareja con cierta envidia. Ojalá ella volviera a tener dieciocho años para embarcarse en una larga serie de aventuras amorosas de distintos grados de intensidad. Empezó a recordar algunos de sus triunfos pasados, en Oxford y más adelante, y los comparó con su estado actual. ¿Podía decirse que su atractivo había decaído un poco últimamente?

Cuando Paul la miró, Prudence observó una expresión de sorpresa en sus ojos, de modo que se preguntó si se había excedido con el maquillaje y con la elegancia de su vestido y al final resultaba vulgar en lugar de femenina y atractiva. Sin embargo, Fabian y Nicholas evidenciaron con sus miradas que estaba preciosa, y el vino no tardó en poner a todos de un humor excelente.

—Ojalá pudiéramos beber vino en las reuniones del consejo parroquial —dijo Jane—. Probamos a ofrecerles té con galletas y unas sillas más cómodas, pero no sé por qué no mejoró mucho el ambiente. El vino es lo que de verdad alegra el alma del ser humano, ¿no le parece?

Jane levantó la copa hacia Fabian con bastante alegría.

Flora miró a su madre con cierto nerviosismo. De hecho, los más jóvenes del grupo parecían mucho más solemnes que los mayores. Resultó difícil separar a Paul de las beldades de la geografía, pero al

final consiguieron cambiar de tercio y los anfitriones y su amiga se pusieron a rememorar sus años en Oxford mientras Fabian recordaba los de Cambridge, y todos coincidieron en que la vida era más divertida en aquella época.

—Ay, me acuerdo de cuando nos tirábamos rosas los unos a los otros para divertirnos —dijo Jane—. Y Nicholas, ¿te acuerdas de la noche en la que dimos una serenata a la directora desde una batea en el río? Por supuesto, cuando salió a la ventana nos desplazamos para que no nos viera.

Prudence sonrió enigmáticamente, como si a ella el río también le trajera recuerdos. Y así era.

—¿Sabes si los estudiantes han recuperado la religión? —preguntó Nicholas dirigiéndose a Paul—. He oído que es así.

—Me temo que no puedo darle información al respecto —contestó Paul muy educadamente—. Como es natural, mis intereses están en otros campos.

—Pero ¿no has observado nada? —insistió Jane.

—Puede que la gente prefiera mantener esas cosas en el ámbito privado —dijo Prudence.

—Casi todos mis amigos son geógrafos o antropólogos —dijo Paul.

—Antropólogos —repitió Fabian, confundido.

Prudence temió que fuera a preguntar qué eran los antropólogos, y le irritó lo poco que estaba participando su amado en la conversación. «¡Qué distinto habría sido si hubiera estado aquí Grampian!», exclamó para sus adentros mientras oía mentalmente su discurso comedido y de tono algo monótono. Incluso habría preferido tener allí a Geoffrey Manifold con sus comentarios despectivos sobre los bares, las vacaciones y sus «historias».

Después de cenar tomaron el café y, a continuación, Flora dijo que iba a enseñarle el pueblo a Paul. Nicholas y Fabian se pusieron a charlar sobre jardinería, de modo que Jane y Prudence se encontraron mano a mano junto al fregadero de la cocina, ante la vajilla sucia de seis personas.

—Bueno, siempre podemos dejarlo así para que lo lave la señora Glaze —dijo Jane como si hablara sola mientras pasaba los restos de un plato a otro—. Es evidente que no puedes fregar con este vestido, Prudence. ¿No prefieres volver al comedor y quedarte hablando con los hombres?

—No, ya secaré yo los platos si me das un delantal para no salpicarme —contestó Prudence.

Observó cómo Jane metía los platos y vasos en el agua caliente sin orden ni concierto y sin el menor asomo de orden científico o lógico.

—Creo que el amigo de Flora es muy correcto —dijo Prudence—.

¿Te parece apropiado para ella?

—Bueno, es difícil de decir —contestó Jane—. Confío en que sea el primero de muchos. He intentado ver en él a ese joven divertido que Flora describía en sus cartas…

—Sí, la verdad es que el chico no es muy divertido —afirmó Prudence—, pero tal vez estuviese cohibido y prefiriera ceñirse a hablar de geografía. Seguro que es mucho más interesante cuando están los dos solos. ¡Quizá sea un amante fantástico!

—¡Ay, Dios mío! —Jane levantó la mirada con preocupación—. Prefiero no imaginarme esas cosas. Flora solo tiene dieciocho años. ¿Cómo debería enfocar el tema?

—Flora es una chica muy sensata —dijo Prudence—. Yo no me preocuparía.

—Sí, no se parece a mí. En cierto modo, Paul no es la persona que yo habría elegido para mi hija. Sé que es una tontería, pero casi esperaba que lord Edgar se enamorara de ella… Cuando empezaran las tutorías, me refiero.

—Pero si no le gustan las mujeres, ¿no? —preguntó Prudence.

—Ya lo sé, ahí está el problema. Yo imaginaba que Flora rompería el hechizo.

Prudence se echó a reír y miró un poco preocupada a Jane, que intentaba enjuagar las copas de vino en un dedo o dos de agua parduzca que quedaba al fondo del fregadero.

—Necesitarás agua limpia para los vasos y las copas —le comentó.

—Y tendría que haberlos fregado antes —añadió Jane con tristeza —. Mira, ya empieza a anochecer. Será mejor que encendamos la luz.

La luz que había encima del fregadero era una bombilla tenue y desnuda que añadía cierto aire de desolación a toda la escena, incrementado por los huesos de pollo y la vajilla desperdigada. Jane continuó fregando, abstraída, mirando al exterior por la ventana que tenía enfrente, hacia los laureles del jardín.

—Hay laureles junto al despacho de mi marido y aquí —dijo pensativa—. No me cabe duda de que Nicholas y la señora Glaze se merecen una corona de laurel, pero yo no. ¡Ay, Prudence! —se lamentó mientras se volvía hacia su amiga con un estropajo pequeño y empapado en la mano—. Fabian y tú formaréis una pareja estupenda cuando os caséis, estoy convencida. Y seguro que serás un ama de casa intachable y le ayudarás en todo.

—Todavía no me ha pedido que me case con él —dijo Prudence.

—¿Y por qué no se lo propones tú? —se atrevió a preguntar Jane —. Las mujeres ya no están en la misma situación que en la época victoriana. Pueden hacer prácticamente todo lo que hacen los hombres. Y cada vez son más altas y corpulentas, mientras que los

hombres van menguando. ¿No te has dado cuenta?

—Fabian es alto —dijo Prudence satisfecha de su elección—. Tengo que reconocer que me gustan los hombres altos.

—Ya, te gusta tener un hombro fuerte, cubierto de tweed, sobre el que llorar —dijo Jane, burlona—. Bueno, ¿por qué no vas e interrumpes la conversación tan aburrida que deben de estar manteniendo Nicholas y Fabian y le sugieres dar un paseo al anochecer?

—¿Te refieres a que me ofrezca a acompañarlo a su casa? —preguntó Prudence casi con desdén.

—¿Y por qué no? ¿Por qué no puede tomar la iniciativa una mujer en una circunstancia como esta?

Prudence continuó secando los tenedores y al poco tiempo se oyeron las dos voces masculinas en el pasillo.

—¿Podemos ayudaros? —preguntó Nicholas con el tono de alguien que confía en que le digan que ya no hace falta.

—Sí, podríamos habernos ofrecido a ayudaros antes —añadió Fabian—, pero siempre he creído que sirvo de muy poco en la cocina… Y mucho menos a la hora de fregar.

—Nunca he entendido por qué los hombres pueden ser buenos cocinando, pero no para fregar lo que han ensuciado —dijo Prudence con cierta acritud.

—¿Por qué no dejáis que Nicholas y yo acabemos de recoger esto? —intervino Jane—. Marido y mujer juntos en la cocina… Suena muy bien.

Fabian suspiró. Jane se preguntó si había recordado algún momento agridulce mientras fregaba junto a la pobre Constance.

—Buenas noches, pues —dijo Fabian—. Ha sido una velada encantadora.

—En fin, si estás segura de que no me necesitas… —añadió Prudence mientras colgaba en un gancho el paño de cocina ya húmedo que había utilizado para secar la vajilla.

A continuación, acompañó a Fabian al recibidor. La puerta principal estaba abierta, así que bajó los peldaños junto a él.

—Será mejor que me marche ya —dijo Fabian—. Aunque es un final de fiesta un poco triste eso de dejarlos fregando a los dos…

—Bah, no creo que Jane tuviera pensado hacer otra cosa. Lo importante era la cena en sí.

—Nos vemos mañana, querida —dijo Fabian—. Vendrás a tomar el té a mi casa, ¿verdad? Podríamos tomarlo en el jardín, bajo el nogal.

—Qué bien —dijo Prudence.

Habían llegado a la verja del jardín y se detuvieron sin saber muy bien qué hacer. Unos cuantos murciélagos revoloteaban en la noche,

Prudence se llevó las manos a la cabeza y soltó un chillido.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó Fabian muy nervioso.

—¡Los murciélagos! Los odio…

—Entonces, me parece que es mejor que entres en casa —dijo él muy serio—. Habría sido agradable dar un paseo juntos, pero supongo que estarás cansada y, además, no procede.

—¿Que no procede?

—Bueno, ya sabes, la gente del pueblo sale a pasear de noche, pero nosotros no —afirmó él.

—¡Qué idea tan rocambolesca! Pues Paul y Flora se han ido a dar un paseo, ¿o no?

—¡Ah, el amor juvenil! —dijo Fabian con afectación—. Los adolescentes tienen sus propias reglas… Pero es que es muy probable que me elijan para el consejo parroquial el año que viene —continuó con tono aún más serio—. No sé si entiendes a qué me refiero.

—¡Por supuesto! —Prudence se echó a reír con cierto nerviosismo —. Es evidente que no puede verte nadie rondando por ahí de noche con una mujer.

—No sé, quedaría un poco raro. Buenas noches, querida. —Fabian se inclinó y le dio un beso en la mano—. *A domani*!

Prudence regresó a casa y encontró a Jane descalza y tumbada en el sofá del comedor.

—No me apetecía ir a dar un paseo —dijo Prudence—. La verdad es que estoy bastante cansada.

—¿Qué te ha parecido? ¿Cómo crees que ha ido la velada? —preguntó Jane.

—Muy bien —dijo Prudence por educación—. El pollo estaba delicioso.

—¡El pollo estaba delicioso! —Jane se echó a reír—. Claro que sí, y el vino y la conversación sobre geografía, y luego los platos por fregar… Fabian y tú, Flora y Paul, Nicholas y yo…

—No se puede decir que Fabian sea un gran conversador —dijo Prudence casi para sus adentros.

—¡Y quién quiere a un buen conversador! —exclamó Jane. Bostezó y se levantó del sofá—. Nicholas ha salido a ver qué tal van sus plantas de tabaco. Y yo me voy a quedar dormida si sigo aquí tumbada. ¿Nos vamos a la cama antes de que lleguen los jóvenes? Tal vez les resulte violento encontrarse conmigo a su regreso. Por supuesto, si te ven a ti es diferente.

—No, creo que yo también voy a retirarme —dijo Prudence—. ¿Puedo darme un baño antes?

—¡Pues claro! —contestó Jane muy efusiva.

Habían gastado casi toda el agua caliente fregando, pero la noche

era cálida y Prudence se quedó un buen rato tumbada en el agua tibia, contemplando el techo sombrío del inmenso cuarto de baño, con la ventana de cristal tintado y una bañera colocada en un rincón. Era como bañarse en una capilla. «Estoy desprovista de toda emoción y nada me parece real —pensó—. Y mucho menos Fabian. Dice que vamos a tomar el té bajo el nogal. Y después… ¿qué?»

—¿Tienes algo interesante para leer? —preguntó Jane cuando entró en la habitación de Prudence.

—Sí, por supuesto. He traído una novela.

—Y qué mejor que eso… —contestó Jane—. Sobre todo si es una de las últimas del señor Green, ¿o se llama Greene? Nunca me acuerdo. Los dos son magníficos a su manera. Y veo que también tienes un libro de poesía, por si el señor Green o Greene no te sirve de entretenimiento o relajación.

—Sí, me lo regaló Fabian —dijo Prudence apresuradamente.

—Es una antología muy buena —dijo Jane mientras la hojeaba.

Por supuesto, era la misma que la pobre Constance le había regalado a él y que Jane había rescatado mientras seleccionaban las pertenencias de la difunta. Tal vez no conocía ningún otro poemario. Volvió a pasar las páginas con rapidez hasta detenerse en las portadillas. Allí vio escrito: «A Prudence, de Fabian», seguido de la fecha y estos versos:

> Mi amor nació de forma tan extraña,
> como raro y altísimo es su intento.

La misma dedicatoria que Constance le había escrito a Fabian hacía quince años.

«¡Qué curioso que se acuerde de esos versos!», pensó Jane. ¿Acaso habían estado escondidos en lo más profundo de su mente todos aquellos años para ser recuperados ahora, igual que una mujer recupera, cuando mete la mano en su bolsa de retales, una tira de terciopelo antiguo o un brocado?

Cerró el libro inmediatamente.

—¿Fabian lee mucha poesía? —preguntó.

—No, me parece que no. Apenas conoce un par de citas —dijo Prudence sin darle importancia—. A los hombres no suele gustarles tanto la poesía como a las mujeres.

—Tienes razón —corroboró Jane—. Tenemos que aceptar eso, junto con todas sus limitaciones. Chist, acabo de oír a Paul subir a la buhardilla donde le hemos preparado la habitación. Me pregunto si habrán pasado una velada entretenida… Supongo que debe de tener más temas de conversación aparte de la geografía.

—«Oh, mi América, mi descubierta *terra nova*, / mi reino, más seguro cuando con mano singular es dirigido»[8] —citó Prudence—. A lo mejor le ha recitado ese poema.

—Bah, los geógrafos no leen poesía —dijo Jane en voz baja—. Buenas noches, querida Prue. Que descanses.

CAPÍTULO 18

Al día siguiente era domingo y Prudence se despertó temprano por culpa de la voz de Nicholas, que gritaba desde lo que parecían las profundidades de un armario ropero que había en el hueco de la escalera.

—Jane, ¡aquí no hay ni una sola camisa limpia! ¿Dónde has metido la colada?

Entonces Jane debió de acercarse a él y a continuación se oyeron pasos acelerados que subían y bajaban la escalera seguidos de una conversación agitada. En nada se parecía a como Prudence se había imaginado una mañana de domingo en casa del pastor. Ella suponía que oiría los pasos sigilosos de Nicholas y de Jane cuando estos se marcharan a la misa matutina. Incluso había llegado a pensar que le entrarían ganas de acompañarlos. «¿Será igual todos los domingos?», se preguntó. Haciendo un repaso de las otras ocasiones en que los había visitado, llegó a la conclusión de que probablemente sí. Si ella estuviera casada con el párroco, se aseguraría de que todo estuviera listo y preparado los domingos por la mañana… Volvió a quedarse dormida y esta vez la despertaron unos nudillos llamando a la puerta y la visión de Jane con un sombrero y abrigo, que había entrado en el dormitorio con una taza de té en la mano.

—Buenos días, Prue. He pensado que te apetecería una taza de té —dijo mientras se detenía junto a la cama—. Qué aspecto tan interesante tienes, incluso a estas horas de la mañana. Una imagen típica del estilo regencia.

Prudence se había recogido el pelo con una especie de turbante de color verde esmeralda, un tono más oscuro que el de su camisón, era de una tela bastante transparente. «Un poco descarada… Menos mal que no ha sido Nicholas quien le ha traído el té», se dijo Jane.

—Ahora nos vamos a misa, pero Flora mientras preparará el desayuno —le dijo, mientras pensaba que era maravilloso que Prudence se hubiera tomado la molestia de recogerse el pelo tras lo que parecía haber sido una velada no muy satisfactoria con Fabian.

—Ah, entonces me levantaré para ayudarla —dijo Prudence sin mucho entusiasmo.

—Muchas gracias por ofrecerte, Prue, pero me parece que la va a *ayudar* Paul. Creo que el chico se desenvuelve bastante bien con las tareas domésticas.

En cuanto Jane se hubo marchado, Prudence bebió la taza de té que le había llevado y luego se dio la vuelta en la cama. No le apetecía nada levantarse y tener que hacer frente a las miradas penetrantes de los ojos azules de Paul. ¿Hablaría de geografía también durante el desayuno?, se preguntó. En el mejor de los casos, desayunar no era una de sus actividades favoritas, y si a eso unía la perspectiva de verse acompañada de un joven de menos de veinticinco años y amenizada por la alegre conversación de Flora, la situación le parecía insufrible. Sin embargo, cuando bajó a desayunar, Paul y Flora parecían absortos en sus planes y apenas repararon en la presencia de Prudence. Fue a misa por deferencia a sus anfitriones y, con cierto interés burlón, se percató de que Fabian estaba en la iglesia. Decidió que se pondría sus mejores galas para ir a su casa y se comportaría con frialdad.

Jessie Morrow sabía que no podía igualar a Prudence en elegancia, así que no se arregló de manera especial para el té improvisado bajo el nogal al que la señorita Doggett y ella, tal vez debido a que eran vecinas de Fabian y este no podía hacerles un feo, habían sido invitadas. Sus esfuerzos tendrían que centrarse en intensificar la intimidad que iba aumentando entre Fabian y ella durante las tardes en las que la señorita Doggett salía por su cuenta. Además, ¿tanto se fijaban los hombres en la ropa que llevaban las mujeres? Sin duda se había esforzado por aparecer más despampanante que la noche en que había llamado a la puerta de Fabian con el viejo vestido de terciopelo azul de Constance, aunque en otras ocasiones había ido a verlo con un traje cualquiera y no parecía que eso hubiera menguado el afecto con que él la recibía. Casi había encajado de buena gana la visita de Prudence para ese fin de semana, porque tenía la sensación de que eso le daría a Fabian la oportunidad de dejar las cosas claras de una vez. Puede que la noche anterior hubieran dado un paseo bajo la luna y hubieran hablado de la situación. Aunque entonces se le ocurrió que tal vez fuera mejor que pospusiera la noticia hasta el domingo, que sería la última noche que Prudence pasaría allí. Entonces ella podría volver a verlo y todo sería menos extraño. Después de eso, las cosas podrían seguir su curso. Pero lo primero era deshacerse de Prudence, se dijo Jessie con rotundidad.

—¡Fíjate qué suerte! —dijo la señorita Doggett—. El señor Driver ha convencido al señor Lyall y a su madre para que vengan a tomar el té con nosotros.

—Bueno, tampoco debió de resultarle tan difícil —contestó Jessie, abstraída—. Seguro que los invitó y ellos no encontraron una excusa

para no venir. Al señor Driver le encanta mostrarse hospitalario con la gente importante.

—Será una reunión fantástica —insistió la señorita Doggett—. Y hace un día estupendo. Voy a ponerme el vestido azul marino y blanco y mi sombrero nuevo. Supongo que te pondrás el vestido floreado de crepé, ¿verdad?

—Había pensado en ponerme esto —dijo Jessie mientras se alisaba una arruga de su vestido de lino azul ya descolorido—. No puedo competir con Prudence Bates.

—¡Competir con la señorita Bates! —dijo entre carcajadas la señorita Doggett—. Yo diría que no, desde luego. Pero por lo menos puedes ponerte otro vestido que parezca más limpio. Al fin y al cabo, va a ir también nuestro parlamentario.

—Bueno, no soy de su partido —dijo Jessie.

—Venga, vamos, Jessie. No digas tonterías… Mira. —Estaba de pie junto a un ventanal del piso de arriba, desde el que se veía el jardín de Fabian—. La señora Arkright está colocando varias sillas alrededor del nogal. Lleva toda la mañana con los preparativos. El señor Driver solo quería algo ligero: una ensalada de salmón y algún queso de postre. No salmón enlatado, por supuesto —se apresuró a añadir.

—Nadie podría contentar a un hombre con salmón de lata —dijo Jessie irónicamente.

—Bueno, es muy común entre las clases trabajadoras, pero eso es otro tema… No entiendo por qué no podemos ser las primeras en llegar —continuó la señorita Doggett con otro tono de voz—. Al fin y al cabo, alguien tiene que ser el primero.

—¿Quiere que controle para ver cuándo es el mejor momento?

—No es mala idea. Tampoco se trata de llegar demasiado pronto… Por lo menos, no antes de que estén listos todos los preparativos.

Jessie se quedó apostada junto a la ventana y vio a Fabian, con un veraniego traje gris de una tela fina, que salía al jardín. Se escondió tras una cortina y lo observó: el hombre movió una silla de aquí para allá, se retiró un poco y contempló la imagen. Ese traje gris le hacía parecer un poco vulgar, pensó Jessie. Tal vez el color fuera demasiado claro o hubiera algo que no acababa de sentarle bien en el corte. Pensó que era capaz de llevar zapatos marrón y blanco, como el protagonista de una comedia musical de los años veinte, si bien eso le parecía bastante improbable. De todas formas, como solemos hacer todos cuando se trata de alguien a quien amamos, se convenció de que cualquier pequeño defecto servía para aumentar el cariño que le profesaba.

—Creo que ahora es un buen momento para ir —dijo en voz alta —. Parece que el señor Driver está supervisando la mesa, como si

esperara que alguien se presentara dentro de poco.

En la puerta del jardín delantero se encontraron con Jane, Nicholas y Prudence, que llevaba un vestido de algodón lila de una sencillez decepcionante.

—Me alegro de que nos hayamos encontrado con ustedes —comentó Jane—. Teníamos miedo de llegar demasiado pronto.

Fabian les dio la bienvenida y todos se sentaron con cuidado en las sillas de jardín que había en el césped.

—¿No viene su hija? —preguntó la señorita Doggett.

—No, tiene un amigo de la universidad y se han ido a pasar el día fuera, para enseñarle un poco la zona.

—Supongo que habrá hecho muy buenas amigas en Oxford —comentó la señorita Doggett.

—Sí, pero quien ha venido es un joven —dijo Jane con aire misterioso.

—¿Ah, sí? —Los ojos de la señorita Doggett se iluminaron.

—Un geógrafo —añadió Nicholas con una voz algo burlona.

—Ya. —El interés de la señorita Doggett disminuyó un ápice al enterarse—. Claro que allí conocerá a muchos jóvenes —añadió con seguridad.

—De todo corazón espero que sí —dijo Jane con sinceridad—. Al fin y al cabo, solo tiene dieciocho años.

—¡Ay!, ¡quién tuviera dieciocho años! —exclamó Fabian melancólico.

—¿Es una buena edad para un hombre? —preguntó Prudence mientras jugueteaba con las gafas de sol en la mano, como en una fotografía de la revista *Vogue*, pensó Jessie, que tenía los ojos fijos en el esmalte encarnado de las uñas de los pies de Prudence, que se entreveían por entre las tiras de sus sandalias.

—Sí, yo diría que sí —contestó Nicholas—. Uno tiene toda la vida por delante, o eso cree.

—¡Ay!, todas las cosas que íbamos a hacer, los libros que íbamos a escribir —dijo Jane perdida en su ensoñación—. Los fantásticos matrimonios que nos aguardaban…

—¿Matrimonios? —preguntó su marido—. Vaya, vaya… Uy, por allí vienen la señora Lyall y su hijo.

—Qué raro suena dicho así —comentó Jane—. Normalmente la gente dice «el señor Lyall y su madre».

El parlamentario había calculado el tiempo con precisión, pensó Jane, aunque claro, seguro que ya tenía mucha práctica, acostumbrado como estaba a ser siempre el último en presentarse.

Las damas hicieron ademán de levantarse al ver a su querido miembro del Parlamento, que les estrechó la mano a todas, una por

una. Se interesaron por su salud, Jane se dio cuenta de que la señorita Doggett hablaba de sus cargas y obligaciones y entonces la señora Arkright apareció corriendo con una tetera llena.

«Le pedirá a Prudence que lo sirva ella», pensó Jessie, mientras una repentina angustia y cierto miedo se colaban por su indiferencia cuidadosamente fingida. Y, por supuesto, en cuanto vio la tetera de plata, Prudence se incorporó un poco en su asiento y volvió a quitarse las gafas.

—Le pediré a la señora Arkright, si es tan amable, que nos sirva el té —dijo Fabian—. A mí no se me da nada bien hacerlo.

—Es una idea excelente. Y así no herirá la sensibilidad de las damas —dijo Nicholas haciendo alarde de sus mejores dotes de predicador.

—¿Acaso podría herir la sensibilidad de alguien? —preguntó Edward con sincero interés—. ¿Es que hay personas a las que les guste servir el té?

—A mí no, hijo mío —dijo la señora Lyall—. Me pongo muy nerviosa, como bien sabes.

—Bueno, a veces es un indicativo de algo —comentó la señorita Doggett mirando a Prudence de soslayo.

—La señorita Bates no debería servirlo —apostilló Jessie algo brusca.—. Podría salpicarse ese precioso vestido.

—Estoy seguro de que la señorita Bates lo haría de forma admirable —dijo Edward.

—No hay por qué salpicarse, salvo que la tetera gotee —dijo Prudence.

—Y conocemos muy bien esta tetera —dijo la señorita Doggett con tono afectuoso y sentimental—. No ha goteado en su vida.

«Por favor, que no se pongan a hablar de los difuntos», pensó Jane, imaginándose a Constance Driver encargada de servir el té.

—Nuestras teteras siempre pierden agua —dijo Jane con tono desenfadado—. Son de porcelana, pero tienen las boquillas resquebrajadas.

La señora Arkright fue pasando tazas de té junto con unos bocadillos de pepino y tomate, y después pareció desvanecerse. Era como si por arte de magia se hubiera convertido en un arbusto o en una planta para alejarse del grupo, y después volviera a aparecer milagrosamente justo en el preciso momento en que era necesario volver a llenar las tazas o los platos que habían quedado vacíos.

—¡Qué preciosidad de nogal! —exclamó Edward admirando sus ramas—. Da una sombra estupenda. No sé cuándo fue la última vez que me senté en el jardín, y eso que es una de mis maneras favoritas de pasar el tiempo.

—¿No suelen tomar el té en la terraza del Parlamento? —preguntó Jane—. Siempre he pensado que debe de ser fantástico poder hacerlo.

Edward le dirigió una de sus sonrisas encantadoras pero cansadas.

—Solemos estar ocupados entreteniendo a los electores y no hay tiempo para relajarse.

—Bueno, pues espero que por lo menos aquí se relaje —intervino la señorita Doggett con mucho entusiasmo.

—Nosotros somos sus electores —dijo Nicholas—. Pero no se sienta obligado a entretenernos. Es más, somos nosotros los que vamos a entretenerle.

Hizo una pausa y de pronto su rostro se tiñó con una expresión preocupada. ¿Cómo iban a hacerlo? Los párrocos de pueblo no eran las personas más indicadas para entretener a los parlamentarios. Bueno, no importaba, seguro que las mujeres se encargarían de eso, pensó, relajándose de nuevo en su silla de jardín.

—Ojalá supiéramos cómo hacerlo —dijo Fabian con una sonrisa casi tan cargada de tedio como la de Edward.

—Edward se conforma con poder sentarse tranquilamente —dijo su madre—. Eso supone un cambio de rutina y es casi un lujo para él.

—Sí, la verdad es que es un alivio poder relajarse al aire libre en el jardín de casa —dijo Fabian—. El ajetreo del centro de la ciudad me resulta insoportable.

—¿A qué se dedica? —preguntó la señora Lyall.

—Uf, es muy complicado y aburrido —dijo Fabian—. No creo que sea el mejor momento para explicárselo. Supongo que el tedio del trabajo es lo que me agota.

—¿Le agota? —dijo Jessie con cierta irritación.

—Sí, me agota.

Fabian cerró los ojos durante un instante.

—No cabe duda de que hoy día la vida es agotadora —comentó Nicholas.

Se hizo un silencio.

—Parece que todos nos hemos quedado sin fuerzas —dijo Jane—. A lo mejor es buena idea que permanezcamos sentados en silencio. Si los hombres consideran que la vida es tan agotadora, es probable que nuestra cháchara los fatigue aún más.

Las mujeres hicieron un valiente intento de continuar charlando entre ellas. La señora Lyall hablaba continuamente de su hijo y de cuántas ganas tenía de que el pobre pudiera tomarse unas vacaciones de verdad. La señorita Doggett la escuchó con aire comprensivo y le recomendó que fuera a una casa de huéspedes en Cotswolds que, sin embargo, a Jane no le pareció el lugar idóneo para que se alojara un miembro del Parlamento tan exquisito como Edward, aunque, si

hubiera sido representante de otro partido, a lo mejor le habría parecido apropiado. Era muy probable que allí estuviera rodeado de adorables mujeres entradas en años, y tal vez eso no resultara muy divertido para un parlamentario, fuera del partido que fuera, o para ningún hombre en general, tanto si se dedicaba a la política como si se dedicaba a otra cosa.

La conversación sobre la casa de huéspedes arrastró a todas las mujeres, porque Prudence y Jessie eran incapaces de pensar en algo que pudieran decirse la una a la otra. Prudence no tenía la menor idea de si ambas poseían alguna afinidad y Jessie se sentía incapaz de utilizar de algún modo la ventaja que tenía al conocer la vida de la otra.

Fabian y Edward intentaban sortear la fatiga y el hastío del otro, e incluso Nicholas hacía lo que podía por contribuir a la conversación, hablándoles del número de servicios religiosos que tenía que hacer el domingo y del montón de casas que tenía que visitar durante la semana.

De pronto algo interrumpió la tertulia. Jessie Morrow, que se levantó para ofrecerle un plato de pastelillos a la señora Lyall, tropezó con una mesita en la que Prudence había dejado la taza de té, de modo que todo el líquido de la taza se derramó sobre la falda de su vestido de algodón de color lila.

—¡Pero, Jessie! ¿Cómo puedes ser tan patosa? —la reprendió la señorita Doggett—. Has echado a perder el vestido de la señorita Bates. ¡El té le va a dejar mancha!

—No importa… —dijo Prudence reprimiendo el primer impulso de enfadarse por la torpeza de la señorita Morrow—. Es de algodón, ya lo lavaré…

—Tiene que quitárselo inmediatamente y remojarlo con agua fría —dijo la señorita Doggett.

—Sí, entre en casa —dijo Fabian.

—Sería mejor que fuera a mi casa —dijo entonces la señorita Doggett—. Podría dejarle algo que ponerse.

—Tengo el coche fuera —intervino Edward—. No me costaría nada acercarla a The Towers.

—Creo que sería más práctico que volviera a la casa parroquial —dijo Jane—. Así podría ponerse uno de sus vestidos.

Prudence se sentía como una estúpida, y la irritaba ser el centro de semejante alboroto. Además, tal vez Edward y Fabian se molestaran un poco al ver que su tedio dejaba de ser el tema de conversación, y parecía inevitable que la fiesta se disolviera, sobre todo cuando Nicholas empezó a murmurar que era hora de prepararse para la oración vespertina.

—Sí, supongo que deberíamos marcharnos —dijo Jane.

—Bueno, pues ya nos veremos en la iglesia —se despidió la señorita Doggett.

—Creo que hoy haré una de las lecturas —dijo Edward con cierto tono complacido—. Muchas gracias, señor Driver, por esta tarde tan encantadora. Un interludio para el descanso y los buenos alimentos.

—Me preocupa cómo quedará el vestido de la señorita Bates —le dijo la señorita Doggett a Jane—. Si no lo mete en agua fría ahora mismo, la mancha del té no se irá. Mucho me temo que le dejará marca…

—De hecho, parece que ya está dejando marca —dijo Jessie con un tono exageradamente despreocupado para haber sido la responsable del desastre—. Tiene la forma de Italia. Me pregunto si tendrá algún significado…

—Consultaremos en el *Enquire Within* cómo se puede eliminar la mancha —dijo Jane—. Seguro que ofrece un buen remedio casero… Algún preparado con hiel de buey o con ajenjo. ¡Siempre resulta tan práctico!

—En fin, Prudence —dijo Fabian para zanjar la cuestión—. Supongo que volveré a verte pronto en la ciudad.

—Oh, claro —dijo Prudence como si tal cosa—. Llámame cuando quieras.

«No es una despedida muy cariñosa», pensó Jane. Le pareció notar una falta de entusiasmo, una ausencia de verdadera tristeza, a menos que la actitud de ambos fuera solo una pose para ocultar sus sentimientos más profundos.

—¡Qué chica tan tonta! —exclamó Prudence, enfadada, mientras volvían andando a casa—. Me ha arruinado el té. Y luego todo el mundo ha montado un alboroto… No creo que vaya a la oración vespertina, Jane. No me apetece nada.

—¿Ah, no? Pues qué pena —dijo Jane—. A mí me encanta la oración vespertina. Tiene un punto triste y un aire muy inglés, sobre todo en el campo. Además, vienen la mayoría de los ancianos del pueblo. Siempre me gusta oír ese salmo que habla de las manos enguantadas que sujetan el devocionario y que por la mañana ordeñaron las vacas. Aquí se cantan himnos antiguos, ¿sabes? Bueno, antiguos y modernos. «Sol de mi alma, tú, amado Salvador…» A la congregación le encanta, y Nicholas no lo cambiaría por nada del mundo.

Sin embargo, a Prudence no le apetecía que la hicieran sentirse triste, así que se ofreció a quedarse en casa preparando la cena. Después de cambiarse de vestido se sentó en el salón, con la esperanza de que Fabian la llamara por teléfono o fuera a verla. Pero entonces

cayó en la cuenta de que él también debía de haber ido a la oración vespertina. «Las noches de domingo estivales llenas de melancolía son algo que conocen muchas mujeres enamoradas», pensó, sintiéndose un poco abandonada, sola en aquella cocina grande y desordenada de la casa parroquial, mientras abría una lata de sopa y preparaba una salsa para los espaguetis. Jane ni siquiera tenía unos espaguetis largos como era debido, pensó, sin poder evitar que las lágrimas le anegaran los ojos y se derramaran en horribles gotitas inconexas. «¡Ay, amor mío!», dijo para sus adentros, una vez sentada a la mesa de la cocina que acababa de limpiar, mientras le acudían a la mente distintos pensamientos sobre Fabian, Arthur Grampian y otros hombres como Philip, Henry y Laurence de un pasado lejano. Entonces pensó en Geoffrey Manifold y en lo bueno que era con su tía, y se vio embargada por una sensación de tristeza vital, hasta el punto de que casi se olvidó de que Fabian se había negado a pasear con ella al anochecer porque eso podía perjudicar sus posibilidades de ser elegido para el consejo parroquial. Cuando Jane y Nicholas regresaron de su ceremonia religiosa, se la encontraron hecha un ovillo en el suelo del comedor, revolviendo en el armarito esquinero de madera oscura entre las latas de galletas vacías y las aceiteras deslustradas en busca del decantador de jerez.

CAPÍTULO 19

El martes siguiente a ese fin de semana empeoró el tiempo, y el miércoles seguía lloviendo cuando Jessie Morrow se preparó para su tarde libre.

—Voy a ir al cine —dijo en respuesta a las preguntas de la señorita Doggett—. Y después cenaré en el Regal Cafe.

—¿Por qué no llamas al canónigo y a la señora Pritchard y vas a verlos? —sugirió la señorita Doggett—. Ya sabes que nos invitaron a ir a su casa cuando quisiéramos.

—Sí, en una de esas invitaciones que se hacen a todo el mundo y a nadie en particular —dijo Jessie con desdén.

—Estoy segura de que la señora Pritchard te invitaría a una taza de té.

—Sí, pero no me daría platija con patatas fritas, que es lo que suelo tomar después de ir al cine: platija con patatas fritas, uno o dos pastelitos y una taza de té bien fuerte.

—La señora Pritchard siempre tenía una mezcla de té muy especial, algo a medio camino entre el earl grey y el orange pekoe —continuó la señorita Doggett con cierta nostalgia—. Supongo que seguirá tomando el mismo té en esas tazas tan finas y exquisitas. A la pobre Constance también le encantaban las tazas de porcelana.

«Pero a Fabian le gusta el té de la India servido en una taza gruesa y resistente», pensó Jessie con picardía. Ahora que había pasado en su compañía varias de sus tardes libres, Jessie había conseguido que a Fabian le gustara el plato de pescado con patatas fritas que al principio consideraba algo vulgar, incluso había superado ese temor desenfrenado a que alguien los viera juntos. De todos modos, todavía comía la platija con patatas fritas de manera casi furtiva y no se ponía tanto ketchup como Jessie.

—Bueno —dijo Jessie después de servir la segunda taza de té para ambos—. ¿Se lo has contado ya?

—¿A quién? —preguntó Fabian muy nervioso, sin dejar de repasar la cafetería con la mirada.

A lo mejor no era tan mal sitio para sus encuentros clandestinos. Sin duda, no era la clase de lugar en el que uno se encontraría al

canónigo y a la señora Pritchard, ni a Edward Lyall con su madre.

—¡Pues a Prudence! ¿A quién va a ser? Dijiste que se lo dirías este fin de semana.

Fabian suspiró con dramatismo y hundió el tenedor en su porción de tarta con un gesto teatral, de tal modo que una parte del postre salió disparada hacia el suelo.

—No, lo siento mucho, pero no… ¿Qué puedo decirle? Temo hacerle daño.

—¿Hacerle daño? ¿Acaso sería la primera vez que haces daño a una mujer?

—No, tienes razón. Supongo que es inevitable hacer daño a las personas —dijo Fabian inclinando la cabeza hacia un lado.

De pronto cayó en la cuenta de que el hombre de porte distinguido que estaba sentado a una mesa distante era él mismo reflejado en un espejo que había al fondo de la sala. Por supuesto, era inevitable hacer daño a las personas, pensó mientras apoyaba la frente en una mano.

—Por favor, te lo ruego, deja de imitar a Edward Lyall y no te quejes más —dijo Jessie tajante—. ¿Me estás diciendo que no le has dicho nada de nada a lo largo de todo el fin de semana?

—Apenas tuvimos tiempo para charlar. El sábado, después de cenar, salimos juntos al jardín de la casa del párroco, pero ella se asustó por culpa de un murciélago. Creo que le apetecía dar un paseo conmigo al anochecer, pero los dichosos murciélagos lo impidieron. Y, además, yo no sabía cómo decírselo. De haber ido a pasear, ella habría esperado que la besara, y no puedo hacer algo así en el pueblo.

—No, claro, solo puedes hacerlo detrás de una puerta cerrada con llave —dijo Jessie burlona—. Lo que alguien haga en la intimidad de su casa no tiene importancia…

—Por favor, querida… No hables de eso aquí. No es el lugar más indicado.

Apartó un jarrón de flores de papel de color rosa algo polvorientas y tomó a Jessie de la mano.

—Será mejor que no me cojas de la mano —dijo Jessie en voz baja —. Flora Cleveland y ese joven amigo suyo acaban de entrar. Supongo que también habrán ido al cine. Y él no le ha cogido la mano a ella… Aunque quizá los amantes maduros somos más sentimentales… Qué bonito.

—Me pregunto si podremos escabullirnos sin que nos vean —dijo Fabian con ansiedad—. Al fin y al cabo, no conviene que la noticia se sepa demasiado pronto.

—No, al menos no antes de que hayas roto con Prudence. Rápido, Flora acaba de entrar en el lavabo de señoras, y el muchacho no nos reconocerá; desde luego, a mí no.

—Escribiré a Prudence esta misma noche —dijo Fabian con determinación mientras cruzaban la calle a toda prisa—. Este engaño es intolerable. Pobre Prudence, siempre ha visto correspondido su amor. Será un golpe duro para su orgullo.

—Mira. —Jessie se detuvo en la puerta de una tienda de antigüedades y miró el escaparate—. ¿Podrías comprarme algún detallito? —se atrevió a pedirle, porque tenía la sensación de que Fabian no iba a ofrecérselo.

—Es una tienda bastante cara, mi amor —dijo él con cautela—. Todavía tengo uno o dos anillos de Constance, y estaba pensando…

—Desde luego, ya que voy a ocupar su puesto, es lógico que tenga alguno de sus anillos —dijo Jessie—. Quizás guardas aún el anillo de bodas con la inscripción que te pidió que grabaras en él…

—Pues sí, no me pareció apropiado venderlo. Pero supongo que preferirás que te regale una alianza nueva —dijo Fabian totalmente en serio—. Además, puede que no te vaya bien. Pero bueno, deja que te compre una cosita aquí. Hoy es un día especial, ¿no crees? Mira, hay una bandeja con una variedad de cosas muy interesante. ¿Te gusta algo de eso?

—«Todo a 15 chelines» —leyó Jessie. «Bueno, menos es nada», pensó la joven, satisfecha de ver que Fabian estaba dispuesto a gastarse quince chelines en un objeto inútil y sentimental para ella—. Me gusta ese brochecito en el que pone «Mizpah». Sí, eso es lo que quiero.

—No es muy bonito, ¿no te parece? —dijo Fabian dubitativo—. Además, «Mizpah» tiene una deprimente connotación bíblica.

—Pero al menos simboliza algo. Y puede ser muy apropiado para nosotros dos, porque significa: «El Señor cuidará de ti y de mí cuando uno de los dos esté ausente».

—Visto así, sí —dijo Fabian sonriendo.

Entraron en la tienda y Fabian compró el broche, que el dependiente envolvió en un papel, seguramente porque no le parecía merecedor de una de las cajitas reservadas para las joyas. Una vez fuera, Jessie desenvolvió la pieza de bisutería y se la clavó en la gabardina.

—Muchas gracias, cariño —dijo, y lo cogió del brazo—. Ahora me siento importante.

Tenían por costumbre marcharse del pueblo y también regresar en trenes diferentes, para que nadie los viera juntos en la estación, pero esta vez, quizá debido al «Mizpah», decidieron volver juntos y, si era necesario, fingir que se habían encontrado por casualidad.

Sin embargo, aunque ellos aún no lo supieran, en el fondo era indiferente lo que hicieran o dejaran de hacer, porque la señorita

Doggett, que estaba sola en casa, ya había descubierto la verdad de lo que había entre ellos. Se había topado con ella, como se decía a sí misma.

Desde que había visto cómo Jessie derramaba el té a propósito encima del vestido de Prudence, le daba la impresión de que estaba algo cambiada. La había descubierto sonriendo cuando creía que estaba sola, y más de una vez la había sorprendido mirando por la ventana hacia el jardín de Fabian.

Después de que Jessie se despidiera de ella para pasar su tarde libre, la señorita Doggett se sintió inquieta e incómoda. Como de costumbre, puso los pies en alto para echarse la habitual siesta mientras escuchaba un programa femenino en la radio, pero en cierto modo, sus precisos consejos acerca de la lactancia materna, los temas de interés para los niños y el relato de la vida de un ama de casa en Nigeria no le parecieron lo más adecuado para una anciana solterona. El libro de la biblioteca que tenía entre las manos tampoco conseguía captar su atención, porque, aunque según la desconcertante jerga de los editores, su extensa cuarta reimpresión se había agotado antes casi de publicarse, el efecto que le producía la novela era agotador, pero no garantizaba la bendición del sueño. Así pues, cuando dieron las tres y todavía no había logrado pegar ojo, volvió a dirigir sus pensamientos hacia Jessie. ¿Por qué habría derramado deliberadamente la taza de té sobre la pobre señorita Bates? Porque no le cabía duda de que había sido un acto deliberadamente calculado. ¿Qué podía ganar ella con eso? La señorita Doggett apartó el escabel, dejó el libro en el suelo y subió al piso de arriba.

El dormitorio de Jessie carecía de todo carácter, salvo el que le confería la amalgama de muebles variopintos, que no encajaban en otras habitaciones, con los que estaba amueblada. En todos los años que llevaba viviendo con la señorita Doggett, Jessie no había conseguido impregnar el cuarto con su personalidad. Sería de esperar que una joven como ella tuviera «sus cosas», esos objetos (fotografías, libros, recuerdos de las vacaciones…) que podían lograr que una habitación vestida con los muebles de otra persona se convirtiera en una especie de hogar para quien la habitaba. Sin embargo, Jessie parecía no tener nada de eso. La única fotografía a la vista era la de su madre —la prima de la señorita Doggett, llamada Ella—, una mujer de aspecto anodino con una expresión irónica poco apropiada para alguien de la época victoriana. Se había casado tarde y no había tenido mucha suerte en su matrimonio. Los pensamientos de la señorita Doggett se perdieron con cierta satisfacción en ese asunto durante unos minutos, porque Aubrey Morrow había abandonado a su esposa y a su hija de corta edad, y pronto siguió examinando el dormitorio. Los únicos libros que se veían eran de la biblioteca, libros

que Jessie debía de estar leyendo en esos momentos: una novela de bolsillo sobre detectives que cualquiera podría tener en casa y, otro más curioso, un viejo ejemplar de *A.B.C.* No había ningún devocionario, ni siquiera una Biblia o un libro de oraciones, algo que sin duda sería de esperar en la habitación de una mujer soltera. Los objetos de decoración eran aún menos prometedores: un perrito escocés de porcelana muy feo pegado a un cenicero, un cuenco con un dibujo de un sauce que aparentemente no tenía función alguna, unas conchas marinas polvorientas en una caja… Daba la sensación de que Jessie había intentado por todos los medios ocultar su personalidad, pues no cabía duda de que el suyo era un carácter extraño; había heredado la expresión irónica de su madre, y ¿quién sabía qué parte de su padre habría escondida en ella? Esas cosas siempre acababan por aflorar. Era muy probable que Jessie también terminara embarcándose en un matrimonio poco conveniente. Aunque, ahora que lo pensaba, ¿con cuál de los hombres que había por los alrededores podía casarse, aunque fuera de manera poco conveniente? Esa era la cuestión. Los pensamientos de la señorita Doggett empezaron a vagar desbocados desde el hombre que les entregaba la colada limpia y que, a su manera, era un espíritu libre, hasta el cura católico de la capilla prefabricada, que, según había admitido una vez Jessie, era guapo. No cabía duda de que casarse con el segundo pretendiente no la haría feliz. Y además tendría que colgar los hábitos, claro… La señorita Doggett se dirigió al armario ropero y lo abrió.

Conocía al dedillo toda la ropa de Jessie: el vestido de punto verde salvia, el abrigo de tweed gris y la falda con la que no combinaba del todo, el vestido azul más arreglado y el floreado de crepé que durante varios años había sido su mejor vestido de verano. Le había añadido una tira de color liso a la falda para alargarla, lo que indicaba que la prenda había sido adquirida antes de 1947 por lo menos. Las manos de la señorita Doggett jugueteaban entretenidas entre las distintas telas: punto, tweed, crepé, lana, algodón… Hasta que de pronto tocó una prenda de terciopelo. ¿Desde cuándo tenía Jessie un vestido de terciopelo? Intentó hacer memoria, pero no consiguió recordar ninguno, así que cogió la percha y sacó la prenda en cuestión. Era un vestido de terciopelo azul, largo, con el escote cuadrado y las mangas estrechas. Pero ¿cuándo se lo había comprado? El tejido era bueno, mejor de lo que Jessie podría permitirse. Constance Driver tenía uno muy parecido que le hicieron a medida en Marshalls. ¡Claro, era el mismo vestido! Jessie lo había acortado y le había cambiado el escote para camuflarlo un poco.

La señorita Doggett se quedó inmóvil con el vestido en las manos, barruntando qué podía significar aquello. Seguro que Jessie lo había escondido mientras seleccionaban las pertenencias de la pobre

Constance. Bueno, tal vez no había que buscarle tres pies al gato. Quizá siempre deseó tener un vestido de terciopelo, aunque la verdad era que no solía manifestar demasiado interés por la ropa. Sin embargo, a la señorita Doggett le dio mala espina, y se sintió impulsada a acercarse al tocador y abrir los cajones. El inferior estaba lleno de medias y ropa interior, nada especial, ni descarado o impropio de una chica como ella. Vio un par de medias de nailon en un sobre de celofán, pero ahora todo el mundo las tenía. En el cajón superior izquierdo había infinidad de pañuelos, guantes y una o dos bufandas. La señorita Doggett levantó la pila de pañuelos y sacó uno más grande del fondo del cajón. Era un pañuelo de hombre, de los que una mujer solo utilizaría cuando está acatarrada. Además, tenía unas iniciales finamente grabadas: «F. C. D.», «Fabian Charlesworth Driver…». Con movimientos agitados la señorita Doggett forcejeó con el pomo del cajón derecho, pero no se abrió. Estaba cerrado con llave.

Se dejó caer a plomo encima de la cama, sin soltar el pañuelo de Fabian de la mano. ¿Qué podía haber en el cajón cerrado con llave? ¿Y por qué iba a tener Jessie uno de los pañuelos de Fabian Driver? ¿Se le habría caído por casualidad algún día que hubiera ido a visitarlas o habría llegado a manos de Jessie de otra manera? ¿Acaso existía algo entre él y Jessie?

Ahora la señorita Doggett se hallaba presa de una gran agitación. Estaba enfadada tras haberse enterado del engaño de Jessie, pero a la vez profundamente emocionada. Bajó a la planta inferior y se preparó un té casi por inercia, sin darse cuenta. Tenía muchas ganas de compartir su descubrimiento con alguien, para debatirlo y darle vueltas al tema, así que empezó a plantearse quién era la persona más indicada de entre los habitantes del pueblo. Casi todas las mujeres estaban casadas y tenían más que de sobra con ocuparse de sus hijos y de las labores del hogar; la señora Crampton y la señora Mayhew eran un par de pájaros bobos, viudas con un concepto de la vida insulso y sentimental, pensó burlona para sus adentros. Entonces pensó que la señora Cleveland era la persona más apropiada para tal propósito y, además, ¿quién mejor que la esposa del párroco para aconsejarle? Uno tiene que ser capaz de llevar todos sus problemas, esperanzas y miedos a la casa parroquial.

La señorita Doggett se terminó el té y llevó la bandeja a la cocina, para dejarla en el escurreplatos. A continuación, se puso la gabardina y un sombrero de fieltro marrón muy grueso, sacó el paraguas del paragüero y se puso en marcha.

Llovía a cántaros cuando abrió la puerta de la casa del pastor, y los laureles que había delante de la ventana del estudio de Nicholas chorreaban agua. «El jardín ya no es lo que era en tiempos del canónigo Pritchard», pensó. El césped estaba muy abandonado y no

quedaba nada en los parterres delanteros, salvo unos tristes asteres y unas capuchinas.

Jane Cleveland en persona salió a recibirla. Llevaba puesto un delantal y se apresuró a explicar esa insólita circunstancia diciéndole a la señorita Doggett que estaba envasando ciruelas.

—Bueno, lo estoy intentando —añadió—. En realidad, Nicholas es quien hace la mayor parte del trabajo. Estamos a punto de sacar los tarros del horno, y luego tendré que verter dentro el sirope hirviendo. Después habrá que taparlos y… Es muy pesado.

La señorita Doggett, que sabía perfectamente cómo se envasaban al vacío las ciruelas, no prestó mucha atención a las explicaciones de Jane. Le resultaba desconcertante habérsela encontrado en medio de una actividad, y se preguntó si no sería mejor posponer el objetivo de su visita para otro momento más adecuado.

—Me gustaría pedirle consejo sobre un tema —dijo a modo de introducción.

—¿Pedirme consejo a mí? —El rostro de Jane se iluminó—. ¡Es fantástico! Pase, pase, por favor. Espero que no le importe sentarse con nosotros en la cocina mientras terminamos con los frascos. ¡No tardaremos mucho!

La señorita Doggett siguió a Jane a regañadientes por el largo pasillo de piedra que conducía a la cocina.

—Cariño, es la señorita Doggett —dijo Jane mientras abría la puerta de par en par—. Quiere que la aconseje.

«Por el amor de Dios —pensó la señorita Doggett, irritada—, he elegido el peor momento.» Y es que no solo estaba la mesa cubierta de todos los accesorios necesarios para envasar al vacío (tarros, tapas metálicas, gomas, ciruelas, tazas, recipientes y hojas de papel de periódico), sino que toda la cocina parecía festoneada con unas hojas verdes gigantescas que colgaban de cualquier lugar en el que uno pudiera imaginarse algo colgado: del mantel, de los pomos de los armarios, de los percheros y de los ganchos del techo en los que en otra época se colgaban los jamones y las piezas de lomo… La señorita Doggett se llevó ambas manos al sombrero, sintiéndose igual que si estuviera en una selva amazónica en la que las serpientes venenosas y los insectos pudieran abalanzarse sobre ella desde aquellas enormes hojas colgantes. Para empeorar aún más las cosas, el pastor surgió de pronto de entre una cortina de hojas, con esa expresión tranquila tan característica que denotaba que la situación no le parecía nada extraordinaria. Él también llevaba puesto un delantal floreado que, a ojos de la señorita Doggett, parecía salir, sin que se supiera muy bien cómo, del digno alzacuellos.

—Ah, hola, señorita Doggett. Me alegro mucho de verla —dijo,

avanzando hacia ella con la mano extendida—. Supongo que mi esposa ya le habrá dicho que estamos envasando ciruelas. De paso yo intento secar unas hojas de tabaco. Lo ideal sería hacerlo fuera, al sol, claro.

A la señorita Doggett no se le ocurrió ningún comentario apropiado. Ni siquiera encontró un lugar en el que sentarse hasta que Jane retiró un plato de huesos de ciruela de una de las sillas de la cocina, y se vio obligada a hablar de trivialidades mientras sacaban los tarros del horno, los llenaban de sirope hirviendo y los sellaban.

—Ya está —dijo Jane mientras enroscaba la tapa del último frasco —. No sé si mañana me atreveré a comprobar si están bien cerrados, sujetándolos solo de la tapa. Supongo que es un poco como ir a Roma… Es cuestión de fe. Una vez que ves que funciona, te preguntas cómo pudiste haberlo dudado.

—Oye, Jane… —protestó su marido—. No creo yo que…

—Pero claro, no siempre funciona —continuó Jane—. A veces te quedas con la tapa suelta en la mano.

—Personalmente considero que el otro método funciona mejor —dijo la señorita Doggett—. Me parece que no me ha fallado nunca.

—Bueno, bueno, ya lo probaremos al año que viene —dijo Nicholas—. Es que nos pareció más complicado.

—Siempre he pensado que merece la pena esforzarse un poco más si es para obtener mejores resultados —dijo complacida la señorita Doggett.

—¡Ay, mis hojas! —dijo Nicholas con impaciencia mientras las tocaba con una mano—. Me pregunto si ya estarán lo bastante secas…

Ninguna de las damas se sentía capacitada para responder a esa pregunta, así que Jane se volvió de pronto hacia la señorita Doggett y le recordó que quería pedirle consejo acerca de un tema.

—Si no me equivoco, quería preguntarme algo a mí, ¿verdad? —recalcó Jane.

—Sí, pero no tengo inconveniente en que el pastor oiga lo que tengo que decirle —respondió la señorita Doggett.

—Me da la impresión de que casi puede considerarme otra mujer —dijo Nicholas, tal vez sin darle importancia a lo que decía, porque seguía pensando en sus hojas de tabaco más que en el motivo de la visita de la señorita Doggett.

—El asunto concierne a un hombre y a una mujer —dijo la señorita Doggett con mucho misterio, porque no sabía por dónde empezar. Las ciruelas y las hojas de tabaco, junto con el desorden general de la cocina, le habían quitado las palabras de la boca. Se había imaginado que soltaría la información nada más llegar, casi en el vano de la puerta. Se trataba de transmitir de forma espontánea sus

inquietantes sentimientos, no de manifestar unas emociones que fueran fruto de la reflexión y la tranquilidad.

—¿Ha ocurrido algo en el pueblo? —preguntó Jane—. ¿Alguna muchacha va a tener familia?

La señorita Doggett sintió un escalofrío. Era evidente que no había pensado en eso. Aunque, al mismo tiempo, ¿quién podía saber hasta dónde habría llevado a Jessie su comportamiento?

—No, no se trata de eso —dijo con firmeza—. Será mejor que diga sin tapujos qué pasa.

—Sí, la verdad es que no nos ayuda mucho el no saberlo —dijo Jane igual de seria.

Se produjo un breve silencio y entonces la señorita Doggett dijo en una especie de arrebato:

—Me parece que hay algo entre Jessie y el señor Driver.

—¿Entre Fabian y la señorita Morrow? —repitió Jane, aunque sin hacerse eco de sus palabras—. ¿A qué se refiere?

—A una complicidad, una amistad, o algo más que eso, tal vez. No lo sé muy bien… Y me da la impresión de que preferiría no saberlo.

Esta última frase no era del todo cierta. No había nada en el mundo que la señorita Doggett deseara saber con más ganas.

—Bueno, supongo que pueden ser amigos —dijo Jane no muy convencida—. Pero está comprometido con la señorita Bates… De manera extraoficial, por supuesto, pero creo yo que se sobreentiende.

—Querida mía, lamento decir que no opino lo mismo —intervino Nicholas—. Me parece que Prudence y tú os habéis formado esa idea. No creo que el señor Driver tenga lo mismo en mente.

—Pero ¡cómo vas a saber tú lo que tiene en mente el señor Driver! —preguntó Jane, indignada—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Mantuvimos una larga conversación la otra noche cuando vino a casa a cenar. Me dio a entender que no tenía intención de volver a casarse.

—¿Así que de eso hablan los hombres cuando están a solas? —preguntó Jane muy enfadada—. Mientras Prue y yo estábamos enfrascadas fregando los platos de seis personas, ¡Fabian y tú llegabais a la conclusión de que no debería volver a casarse!

—Cariño, no fue así…

—Imagino que él pensó que con una vez bastaba y tú le animaste a que continuara sin pareja señalando que a la Iglesia no le parece demasiado bien que los viudos se vuelvan a casar.

—Jane, querida, ¿cómo iba a hacer yo tal cosa? Sabes perfectamente que no se ponen objeciones a que un viudo vuelva a casarse si lo desea. Además, creo que nos estamos desviando del tema. Al fin y al cabo, la señorita Doggett todavía no nos ha dicho en qué se

basa para suponer que hay un, eh…, entendimiento entre Driver y la señorita Morrow.

La señorita Doggett se vio en un aprieto, porque no quería reconocer que había encontrado un pañuelo de Fabian entre los de Jessie mientras husmeaba en sus cosas. Por lo tanto, tuvo que contentarse con darles pistas vagas, con decirles que desde hacía un tiempo tenía un presentimiento, que había notado cosas, algo que no resultó muy convincente.

Nadie tenía muy claro qué era lo que se suponía que debían hacer entonces. A Jane solo le preocupaba Prudence y el impacto que la noticia (si es que había tal noticia) pudiera tener en ella. Nicholas, que tal vez de manera inconsciente se puso de parte de Fabian con respecto a las mujeres, comentó que no creía que fuera asunto de nadie inmiscuirse en la relación a esas alturas. En cualquier caso, no había nada que él personalmente pudiera hacer.

—A fin de cuentas, no soy amigo íntimo de Driver —señaló—. Jane lo conoce casi mejor que yo. Por supuesto, podría decirle algo si fuera conveniente, pero no creo que eso…

—¡No te preocupes! —exclamó Jane muy exaltada—. Yo no vacilaré en hablarle de frente si hace falta, o si considero que ha estado jugando con Prue en algún sentido. ¿Por qué no le hacemos una visita ahora mismo? —preguntó dirigiéndose a la señorita Doggett —. Cuanto antes salgamos de dudas, mejor, creo yo. Tal vez quiera venir conmigo, señorita Doggett…

—Ten mucho cuidado con lo que le dices, cariño —dijo Nicholas a modo de advertencia—. Al fin y al cabo, no es asunto nuestro…

Pero a esas alturas las mujeres ya no podían oírlo, así que volvió a dedicar su atención a las hojas de tabaco con cierta sensación de alivio. Toda la historia le parecía una nimiedad, la típica montaña que hacen las mujeres a partir de un grano de arena. Se acercó a la ventana y vio que continuaba lloviendo. Se preguntó si Jane se habría acordado de coger el chubasquero.

Ella había cogido al pasar la primera prenda de abrigo que había visto colgada en el recibidor, que resultó ser la levita negra de Nicholas y que le llegaba casi hasta los tobillos. No se puso nada para cubrirse la cabeza, pero como tenía el pelo rizado por naturaleza casi nunca se lo protegía de la lluvia. Además, rechazó con un gesto el ofrecimiento de la señorita Doggett de que se cobijara debajo de su paraguas de cuadros escoceses. La señorita Doggett la miró con vergüenza ajena y se preguntó por qué iba vestida de forma tan estrafalaria, casi ridícula. No había que tomarse a la ligera ninguno de los elementos de la escena que iban a interpretar a continuación, que era muy seria. Se trataba de un asunto de lo más peliagudo y hasta ese momento no había caído en la cuenta de las implicaciones que tenía.

«Algo entre Jessie y el señor Driver…», se dijo. De repente le vino a la cabeza la posibilidad de que fuera algo nefasto, pues se acordó de la extraña personalidad de Jessie y del matrimonio tan desafortunado de su madre. Por otra parte, a lo mejor se trataba de algo tan aburrido como respetable y no había nada que ocultar, tal vez solo fueran amigos…

—¡Qué triste se va a poner Prue! —murmuró Jane mientras esquivaba la lluvia con su levita negra—. Señorita Doggett, estoy segura de que debe tratarse de una confusión. ¿Está la señorita Morrow en su casa? ¿Por qué no se lo preguntamos? Aunque —continuó sin dejar tiempo a que esta contestara— quizá sea mejor preguntarle directamente a Fabian. Algunas veces las mujeres se llevan una impresión equivocada, en ocasiones imaginan que los sentimientos de los hombres hacia ellas son más profundos de lo que son en realidad.

Tal vez fuera eso lo que había hecho la pobre Prudence. Entonces recordó: «La señorita Bates y sus aventuras amorosas…». Era imposible que la hubieran engañado, ¿o no?

—Jessie tenía la tarde libre —dijo la señorita Doggett—. Suele aprovecharla para ir al cine, así que dudo que haya vuelto ya.

—En ese caso, tal vez sea mejor que vayamos a ver a Fabian —dijo Jane con voz temblorosa, porque incluso su coraje empezaba a menguar.

¿Qué iban a preguntarle? ¿Acaso no pensaría que eran un par de entrometidas? En el fondo, tendría todo el derecho del mundo a pensarlo…

Mientras se acercaban a la casa, se dieron cuenta de que el hogar de Fabian estaba en absoluto silencio y parecía vacío. Seguramente a esas horas la señora Arkright ya se habría ido y le habría dejado una cena fría, acompañada tal vez de una sopa que pudiera calentarse él mismo. Jane y la señorita Doggett no podían saber que Fabian y Jessie estaban en el salón discutiendo acerca de cómo había que decírselo a Prudence y quién era el más indicado para hacerlo. Casi fue un alivio para él que llamaran a la puerta, así que se apresuró a abrir y se encontró con Jane y la señorita Doggett allí plantadas bajo la lluvia.

—Ah, pasen —dijo casi a modo de bienvenida—. Hace una noche horrible para estar en la calle.

Las invitó a pasar al salón. En cuanto vio a Jessie, la señorita Doggett soltó una especie de chillido.

—¡Así que es cierto! —exclamó mientras se dejaba caer en un sillón—. Hay algo entre los dos.

Jessie no contestó y Fabian, de espaldas a ellas, estaba ocupado sacando unas copas y unas botellas de un mueble, de modo que

tampoco abrió la boca. Pensó que en una situación así haría falta una copa. A decir verdad, había pocas ocasiones en la vida en las que no le pareciera adecuado beber algo.

—¿Prefieren jerez o ginebra? —preguntó con un tono bastante neutro, haciendo caso omiso del comentario de la señorita Doggett.

—Eh, ginebra, por favor —dijo Jane con indignación.

La señorita Doggett no contestó, de modo que Fabian le puso delante una copa de jerez.

Jane dio un trago muy largo a su bebida incolora y después carraspeó y tosió. Se había olvidado de lo desagradable que era.

—Fabian y yo nos vamos a casar —anunció Jessie con tranquilidad —. Pensábamos decírselo en breve, pero parece que se nos han adelantado.

—Sí, vamos a casarnos —dijo Fabian—. La cosa ha salido así.

Por un momento Jane torció el gesto indignada por Jessie. «¡La cosa ha salido así!» Menuda forma de anunciar que uno amaba a una mujer y que iba a casarse con ella… ¿Es que los hombres de hoy día no sabían desenvolverse mejor? Entonces se acordó de Prudence con su bata de terciopelo encarnado y sus respuestas evasivas a las preguntas que Jane le había formulado acerca de su relación con Fabian.

—¿Y qué pasa con Prudence? —preguntó Jane—. Parece que se ha olvidado de ella.

Fabian juntó las manos y se las retorció en un gesto de desesperación.

—¡Ay!, ¡qué voy a hacer con ella! —se lamentó mientras deambulaba por la habitación—. No he tenido el valor de decírselo todavía. No me lo perdono…

—Sí, creo que en esta ocasión se merece cargar con ese peso sobre los hombros —dijo Jane—. Siempre es mejor terminar una cosa antes de empezar otra.

Y a la vez pensó que era horrible decir algo así, como si fuera un niño al que se le recomendaba que abandonara un juguete viejo antes de pedir uno nuevo con el que jugar.

—La verdad es que no hay gran cosa entre Prudence y yo —dijo Fabian de forma poco convincente—. Puede que menos de lo que usted cree. Hemos salido a cenar un par de veces y hemos visto algunas películas juntos. Sin duda la encuentro atractiva y encantadora, pero nunca podría ocupar el lugar de Constance.

—¿Y Jessie sí? —preguntó la señorita Doggett con mucho interés —. Aunque son muy diferentes en tantísimos aspectos… ¿Quién iba a decir que…?

—A Prudence le habría encantado hacerlo —continuó Fabian, sin

dejar de caminar por el salón y dando la impresión de que hablaba para sí mismo—. Pero sus cartas, unas cartas en cierto modo maravillosas, eran muy difíciles de contestar. Y luego habría querido cambiarlo todo. Le encantaba ir a la tienda de Heal's y mirar telas para las cortinas… Incluso había elegido un empapelado nuevo para la antigua habitación de Constance.

«¡Pobre Prue! —pensó Jane—, qué segura debía de estar de que iban a casarse.»

—Supongo que yo podría escribir a Prudence para contarle lo que ha pasado —dijo la esposa del pastor.

Fabian se detuvo un instante y se quedó mirando a Jane fijamente.

—¿Lo dice en serio? —preguntó lleno de gratitud—. Me ayudaría mucho si lo hiciera. Por supuesto, yo también le escribiré. Creo que es mi obligación.

—Sí, Fabian, tiene que hacerlo —dijo Jane con firmeza—. Los hombres no pueden esperar que las mujeres lo hagan todo por ellos.

—Pobre señorita Bates —dijo la señorita Doggett sin sentirlo.

—Bah, tiene montones de admiradores —replicó Jane con brusquedad.

—Entonces se recuperará rápido del disgusto —añadió la señorita Doggett, porque ya había perdido el interés en Prudence y estaba organizando mentalmente la boda de Jessie, que tendría que salir desde su casa. No podrían poner objeción alguna a que se casaran por la iglesia, porque, aunque Fabian no hubiera tenido una conducta intachable en el pasado, cuando la pobre Constance estaba viva, nunca había habido rumores de divorcio ni de nada igual de deshonroso. Sin lugar a dudas, Edward Lyall y su madre esperarían ser invitados a la boda. Sería todo un acontecimiento para el pueblo.

—Bueno, Jessie —dijo la señorita Doggett con satisfacción—, creo que Constance se alegraría si se enterara de la noticia.

—Sí, ¿verdad? —dijo Fabian, también con cierta satisfacción—. Creo que habría sido exactamente lo que hubiera deseado. A lo mejor lo sabe y nos está dando su bendición de algún modo. Estoy convencido de que, quizá, en cierto modo…

Su frase perdió fuelle y quedó en suspenso. Tal vez fuera consciente de que los ojos de Jane estaban clavados en él. La mujer se levantó de repente y apartó su vaso de ginebra aún medio lleno con un gesto impaciente. No podía sentir la menor empatía hacia las digresiones sentimentaloides de Fabian y, sin duda, pensaba que su parte en aquella función había terminado ya. Nadie le estaba prestando mucha atención, así que se despidió y se marchó.

Cuando llegó a su casa se encontró a Flora y a Paul, que habían regresado de su excursión y estaban en la cocina preparando la cena.

Nicholas seguía merodeando por entre las hojas de tabaco y, de vez en cuando, tocaba una con las yemas de los dedos para ver si se había secado en condiciones.

—¿Qué tal os ha ido? —preguntó el pastor.

—Los encontramos juntos en casa de Fabian. Parece ser que la señorita Doggett tenía razón. Fabian y Jessie van a casarse, o eso han dicho.

Jane se sentó con desgana, sin quitarse siquiera la levita negra de Nicholas.

—¿Te refieres al señor Driver y la señorita Morrow? —preguntó Flora desde el fogón donde estaba trajinando—. Los vimos el otro día en el Regal Cafe, ¿a que sí, Paul?

—¿Ah, sí? Ahora que lo dices, recuerdo que comentaste algo sobre un hombre y una mujer que había sentados a una mesa. ¿No era el hombre que vino el otro día a cenar a esta casa y que no sabía lo que era un antropólogo?

«¿Así que ese es el rasgo más característico que ha visto Paul en él?», pensó Jane con cierto agrado. Fabian no habría quedado tan satisfecho.

La cena fue bastante tristona. Nicholas y Jane no intercambiaron apenas comentarios, porque Jane no hacía más que darle vueltas a lo que debía decirle a Prudence, mientras que los dos jóvenes se pusieron a hablar entre susurros, como si estuvieran en un funeral. Después de cenar, Jane se retiró para escribir la carta a su amiga y Nicholas se marchó a su despacho sin especificar el propósito.

Paul y Flora se dispusieron a fregar y recoger los platos, y se les oía cantar desde la cocina.

—Pobre Prudence —dijo Flora—. Teníamos la esperanza de que esta vez… ¿Qué opinas de ella?

—Podríamos decir que me pareció atractiva, pero se nota que ya tiene treinta años —dijo Paul con tono solemne.

—Me pregunto si yo seré como ella —musitó Flora.

—¿A qué te refieres?

—Pues a ir enamorándome de la gente y rechazarla hasta que al final me rechacen a mí.

—Pero ¿por qué tiene que ser el final para ella?

—Bueno, la cantidad de hombres a tu disposición no es inagotable cuando se alcanza cierta edad. No es como en Oxford.

Paul, que contaba diecinueve años y ya había tenido algunos romances, no hizo ningún comentario.

—¿Te parece atractivo el tal Fabian? —le preguntó al cabo de un rato.

—Sí, supongo que sí, aunque tiene un estilo un poco antiguo, como

Byron. Además, ya es mayor.

Flora escurrió escrupulosamente el paño con el que estaba secando los platos y lo puso encima del barreño.

—Salgamos al jardín —propuso Paul—. Ha parado de llover.

Jane, que miraba por la ventana de su habitación mientras mordisqueaba la punta de la pluma, los vio pasear cogidos de la mano por el caminillo que había entre los parterres de asteres. Entonces se acordó del título de una de las obras de teatro que había escuchado en la radio: *Amor y geografía*. Cuando la oyó por primera vez, se preguntó qué relación podía haber entre ambas cosas. En fin, hacía una buena noche ahora que había dejado de llover, pensó con la mente absorta mientras volvía la vista de nuevo hacia la página en blanco que tenía delante.

En el cenador húmedo e infestado de tijeretas, una anticuada estructura de madera con las ventanas de cristales romboidales tintados de color rojo, anaranjado y azul real, Paul rodeó a Flora con sus brazos y empezó a citar a Donne: «Oh, mi América, mi nueva tierra encontrada», tal como había sugerido Prudence que haría. Pero entonces, Jane, la ansiosa madre, estaba inmersa en la carta y sus frases fluían con bastante facilidad.

CAPÍTULO 20

Así pues, resultaba que al final Prudence no había sido la querida de Fabian. Ese era el pensamiento que repiqueteaba con fuerza en la mente de Jane mientras intentaba dar con las palabras más adecuadas para su amiga, y le irritaba pensar en ello continuamente. Sin embargo, al recapacitar acerca de la respuesta evasiva de Prudence a su pregunta tan directa, así como al recordar los comentarios de Fabian unas horas antes, tuvo la sensación de que no había ocurrido «lo peor» (que era como calificaba Jane el asunto). Eso haría que las cosas fueran mucho más fáciles. Los sentimientos de Prudence no estarían tan arraigados y no habría posibilidad alguna de que fuera a tener un hijo. Aunque, ahora que lo pensaba mejor, Jane se dijo que esas cosas ya no pasaban en la actualidad. Le habría ayudado mucho saber qué iba a decir Fabian en su carta, pero él no le había dado ninguna pista, más allá de decirle que escribiría unas líneas. Sin embargo, teniendo en cuenta su pose, la mano en la frente, los ojos llenos de dramatismo y el pelo alborotado, Jane pensó que parecía que iba a dolerle más a Fabian dar la noticia que a Prudence recibirla.Tenía la sensación de que escribiría desde el abismo de una desesperación que no tenía por qué ser fingida solo porque sus signos externos fueran tan teatrales. «Es de suponer que los hombres atractivos, y probablemente también las mujeres atractivas, sufren a menudo de este modo. Con frecuencia tienen que rechazar y despreciar el amor, y puede que ni siquiera la práctica los insensibilice lo suficiente como para darles la sangre fría necesaria para hacerlo sin sentir ningún remordimiento.»

Por supuesto, Jane trató de convencerse mentalmente, para aliviar su tristeza y el sentimiento de culpabilidad por haber contribuido a que estuvieran juntos, de que Prudence no estaba del todo enamorada de Fabian. Era evidente que en algunas ocasiones lo consideraba aburrido e irritante. Aunque, ¿acaso no ocurría lo mismo en muchos matrimonios, en los que se amaba a una persona a pesar de considerarla aburrida e irritante? ¿Quién podía imaginar a un hombre que no fuera nunca aburrido o irritante? La relación parecía tan adecuada, tan ideal para una mujer de veintinueve años… Y, además, el orgullo de Prudence se sentiría herido al enterarse de que había

sido la anodina y simplona Jessie Morrow la que le había arrebatado a Fabian. En el fondo, tal vez era eso lo que les gustaba a los hombres cuando trataban de buscar esposa, alguien tranquilo y neutral, que no tuviera intención alguna de cambiar las cortinas o el empapelado de la pared… Seguro que Jessie, que a pesar de su aspecto apagado era bastante astuta, se había dado cuenta de ello. Una mujer hermosa habría sido demasiado para Fabian, porque, en una pareja, basta con que uno de los dos sea apuesto, en el caso de que alguno lo sea. «¡Y hay tantas veces que ninguno de los dos lo es!», pensó Jane mientras dibujaba casitas en el papel y recordaba las parejas grises y aburridas que se veían con frecuencia en los hoteles, parejas en las que casi resultaba imposible distinguir al hombre de la mujer en su aspecto desdibujado.

> Diferencia de sexo nunca conocimos,
> no más de lo que nuestros ángeles custodios…[9]

Mientras recitaba esos versos, Jane no pudo evitar sonreír para sus adentros al pensar en cómo le venía a la mente una cita, precisamente no demasiado apropiada para todas las ocasiones.

Entonces volvió a concentrarse en el asunto que la ocupaba y, después de dar unas cuantas vueltas a sus confusos pensamientos, consiguió escribir una carta afectuosa y llena de comprensión que hizo llorar a Prudence mucho más que la nota de Fabian, que incidía sobre todo en su propia desesperación y en lo tranquila que estaría ella sin él.

Ambas cartas habían llegado con el mismo reparto de correo, cuando Prudence, con su bata de verano estampada de rosas, estaba preparando el desayuno en su pulcra cocina.

El golpe no resultó menos duro por el hecho de que ya se lo esperara, puesto que, aunque Prudence había notado que el afecto de Fabian se había enfriado un poco la última vez que se habían visto, la joven lo había atribuido a sus preocupaciones por el consejo parroquial y a lo que la gente pudiera pensar si los veía paseando juntos por la noche. En el fondo, estaba convencida de que volverían a verse en Londres y de que entonces todo iría bien.

Se quedó allí de pie, con la carta de Jane en una mano, mientras con la otra sacaba la rejilla tostadora del horno.

«Tú sabes mejor que yo cómo surgen y se desvanecen las aventuras amorosas —había escrito Jane—, así que confío en que no te entristezca mucho mi noticia, al menos, no durante demasiado tiempo. No obstante, como el día en que recibas esta carta estarás sola, mi querida Prue, hazme el favor de prepararte un buen desayuno, si puedes…»

«¡Ay, mi querida Jane!», pensó Prudence con una sonrisa en los labios. Qué poco habitual en ella era el preocuparse por las cosas prácticas. Bueno, la tostada no se había quemado y el café estaba empezando a borbotear y a subir por la cafetera, así que no había motivo para retirarlo del fuego antes de que estuviera tan fuerte como a ella le gustaba. También tomaría un zumo de naranja y tal vez incluso un huevo duro. Puede que más tarde no tuviera ganas de comer.

Hacía calor. Prudence se vistió con su habitual elegancia y se maquilló la cara y los ojos casi con más esmero que otras veces. Era al mismo tiempo una costumbre y una especie de desafío. Sin embargo, mientras estaba esperando para cruzar la calle y coger el autobús, se sintió ajena al mundo, como ocurre a veces cuando se experimenta una felicidad o un dolor extremos, y empezó a preguntarse si sería capaz de sortear el tráfico con éxito.

Por suerte, llegó al trabajo sana y salva. La señorita Clothier estaba de vacaciones, y aunque la señorita Trapnell parecía, en cierto modo, incompleta sin ella, su conversación era exactamente igual a la que hubiera mantenido de haber estado las dos.

—¡Qué día tan maravilloso! —exclamó la señorita Trapnell—. Siempre me despierto más temprano cuando la mañana está tan despejada. De hecho, hoy he llegado a las nueve y cuarto, y me he puesto a trabajar de inmediato.

—Entonces podrá marcharse a las cinco y cuarto —dijo Prudence sin prestarle atención.

Se puso a trabajar casi aliviada, con la esperanza de perderse en sus obligaciones. Incluso empezó a escribir a máquina unas tablas de cifras, una tarea que normalmente le parecía indigna de ella, pero que ese día le resultó reconfortante. Sin embargo, otros pensamientos atravesaban de vez en cuando la barrera de seguridad que había creado. ¿Qué iba a decirle a Fabian cuando contestara a su carta? ¿Quién la acompañaría ahora de vacaciones?

Cerca de las once menos cuarto, la señorita Trapnell miró el reloj y comentó:

—Confío en que el doctor Grampian no haya llamado a Marilyn para dictarle una carta esta mañana.

—¿Por qué? ¿Qué más nos da a nosotras?

—¿Es que no lo ve, señorita Bates? Como Gloria está de vacaciones, Marilyn es la única que puede prepararnos el té, y si el doctor Grampian le ha pedido que vaya a su despacho, puede que se retrase. Seguro que él no se da cuenta de que es hora de poner a calentar el agua.

—No, supongo que debe de considerar que está por encima de esas

nimiedades —dijo Prudence.

—Verá, señorita Bates, no se trata de estar por encima de esas cosas. Son muy importantes; vitales, me atrevería a decir. Y alguien tiene que pensar en ellas. De lo contrario, no tardaríamos en echarlas de menos. Además, luego los hombres son los primeros en quejarse.

—Pues ya iré yo a preparar el té si Marilyn está con el doctor Grampian —contestó Prudence con apatía.

—¿Usted, señorita Bates? No me parece muy apropiado, la verdad. No es su obligación, ni la mía, puestos a decir. Además, es muy difícil.

—Sí, parece imposible —dijo Prudence.

Continuaron trabajando en silencio unos minutos más y después la señorita Trapnell dijo:

—Mejor que vaya a ver qué pasa. Quizá lo preparo yo.

En cuanto la mujer salió del despacho, Prudence se derrumbó. Inclinó la cabeza sobre la máquina de escribir y notó el frío metal contra la frente.

Se abrió la puerta y entró Geoffrey Manifold.

—Bueno, ¿qué tal está hoy, Prudence? —preguntó con tono bastante desenfadado.

Prudence no contestó, sino que se echó a llorar.

Tal vez no fuera del todo consciente de la presencia del joven allí de pie junto a su mesa y se hubiera puesto a llorar igualmente de haber estado sola, pero el caso era que si esperaba que él la abrazara para consolarla, se equivocaba. El señor Manifold se limitó a quedarse allí plantado, sintiéndose incómodo como suele sucederles a los hombres en cuanto ven a una mujer llorando.

—Se le va a estropear el maquillaje —dijo con un tono que sonó insensible—. Seguro que el Abuelo la llama en cualquier momento ¿y cómo va a arreglar este estropicio entonces? ¿Eh? ¿Y no se le borra esa cosa de las pestañas cuando llora?

—En teoría, no —dijo Prudence entre hipidos, mientras sacaba el pañuelo y se secaba los ojos con mucha cautela—. Pero creo que tiene razón. Se ha corrido…

Lo miró a la cara y se percató con cierta sorpresa de que la expresión de sus ojos no iba a la par con el tono indiferente de sus comentarios.

—¿Puedo hacer algo por usted? —le preguntó.

«¡Qué va a hacer él!», pensó Prudence con cierta malicia mientras observaba la camisa de cuadros y la corbata del joven.

—Bueno, tal vez podría ayudarme con estas tablas. Me veo incapaz de terminarlas yo sola.

Se sentaron en silencio uno al lado del otro hasta que la señorita Trapnell, bastante sofocada, apareció con una bandeja en la que

llevaba tres tazas.

—Marilyn sigue en el despacho con él —dijo—, de modo que he tenido que preparar el té yo misma. No me ha quedado otro remedio. Desde luego, qué desconsiderado es… He entrado en su despacho con una taza para él y ni siquiera se ha dignado a levantar la mirada para darme las gracias.

—Nosotros sí vamos a darle las gracias —dijo el señor Manifold intentando ser amable—. Le estamos muy agradecidos, ¿verdad que sí, señorita Bates?

—Sí, ya lo creo que sí.

—No sé si el Nescafé estará a su gusto, señor Manifold —dijo la señorita Trapnell algo apurada—. No estaba segura de cuánta leche quería, así que la he traído en una jarrita.

—Gracias. Es usted muy amable, aunque suelo tomarlo sin leche.

La señorita Trapnell se sentó en su sitio y suspiró, exhausta después de haber preparado el té.

—Por cierto, el doctor Grampian me ha dicho que quiere verla, señorita Bates. Cuando usted pueda.

—¿Cuando yo pueda? —preguntó Prudence—. No es muy propio de él mostrarse tan considerado.

Subió a la planta de arriba, donde estaba el despacho del catedrático, y se detuvo ante su puerta. Oyó su voz atronadora al otro lado, dictando frases interminables sin verbo.

Prudence llamó a la puerta.

—Pase, pase —contestó él con impaciencia, porque no se sentía muy bien esa mañana. Lucy había organizado una fiesta la noche anterior y se habían ido a dormir tarde; la compañía había sido aburrida, y la bebida fuerte y abundante. Ya no podían permitirse dar semejantes fiestas…—. Ahora vete —dijo para despedirse de Marilyn —. Y muéstramelo cuando lo hayas pasado a máquina. En fin, señorita Bates, ¿qué la trae por aquí?

—Pensaba que quería verme —dijo Prudence perdida en su desesperación. Estaba tan atrapada en su dolor que ni siquiera se dio cuenta de que el doctor Grampian tenía resaca. Un año antes habría pensado: «Ajá, una de las fiestas de Lucy. Pobrecillo, voy a intentar consolarlo». Pero hoy era ella la que necesitaba que la consolaran.

—Pues la verdad es que no —dijo con brusquedad—. Salvo que tenga algo que enseñarme…

—No, pero usted le ha dicho a la señorita Trapnell…

—Ay, no sé qué le he dicho. Se me ha olvidado.

El perfume caro de Prudence, del todo impropio para ir a trabajar, le recordó la fiesta de la noche anterior. Sintió una levísima satisfacción al percatarse, cuando levantó la mirada para despedirse

de ella, de que sus ojos estaban rebosantes de lágrimas. Por suerte, a la hora de comer en el club, la voz fuerte y quejumbrosa de un obispo que protestaba porque no quedaba camembert lo hizo sonreír. Y todo porque las lágrimas de la señorita Bates demostraban que todavía seguía ejerciendo el mismo poder que antes sobre las mujeres.

Prudence se apresuró a entrar en el lavabo, donde lloró en silencio durante unos instantes antes de salir a tomar lo que presentía sería una comida muy solitaria. Eligió un restaurante bastante caro, pero frecuentado sobre todo por mujeres, para no sentir vergüenza por estar sola. Sabía que allí podrían ofrecerle la clase de comida que merecía, pues ese día tenía que ser especialmente generosa consigo misma. Se tomaría una copa de martini seco y después un plato de salmón ahumado; sí, eso le apetecía. Encontró cierto consuelo en la multitud de señoras vestidas a la moda, en especial cuando Prudence se percató de que podía equipararse a ellas o incluso superarlas. ¿Habrían sufrido también ellas por amor?, se preguntó. ¿Acaso alguna sufría en ese preciso instante? ¿O habrían tenido que enfrentarse a algo mucho peor, como el vacío y el tedio de la indiferencia? Era imposible adivinarlo en sus rostros suaves y bien maquillados, y Prudence se planteó si ella también tenía un aspecto tan indiferente. A lo mejor alguien se preguntaba: «¿Quién es esa joven tan interesante, con los surcos dejados por las lágrimas aún visibles en las mejillas, que come un plato de salmón?».

—Y ¿qué tomará de segundo, señora? —preguntó la camarera—. Le recomiendo el pollo.

—No sé. —Prudence dudaba—. Tal vez me conformo con un poco de pechuga con muy pocas verduras.

No tomaría nada de postre, por supuesto, a menos que tuvieran fruta fresca; por ejemplo, un melocotón amarillo bien maduro. Y después el café solo más negro del mundo.

Se acercaban el sábado y el domingo, se dijo. Jane se había ofrecido a pasar el fin de semana con ella en Londres si creía que eso iba a ayudarla, pero Prudence consideraba que tener que lidiar con Jane en esas circunstancias sería demasiado para ella. Se vería obligada a enfrentarse a sus preguntas llenas de cariño; incluso tal vez volviera a preguntarle si había sido la querida de Fabian.

Por suerte, Fabian no había pasado tanto tiempo en el piso de Prudence como para haber dejado recuerdos especialmente dolorosos. Había admirado las cortinas de color rosa, se habían sentado juntos en el sofá de estilo regencia que era bastante incómodo y allí la había besado, pero nunca se había quedado a dormir ni había trajinado en la cocina, tampoco había colgado una estantería ni arreglado una lámpara. A decir verdad, con su elegancia, Fabian parecía ir a juego con el estilo del mobiliario, como si fuera una estatua con turbante de

las que sujetaban a veces las lámparas. Sí, podía decirse que no había sido más que otro objeto decorativo.

Por la noche, Prudence le escribió una carta triste y resignada, una especie de obra de arte epistolar, sobre la que él derramó numerosas lágrimas mientras la leía de pie en el jardín, con las primeras hojas que empezaban a desprenderse del nogal cayendo a su alrededor.

De pronto, pensar en la vida junto a Jessie le dio vértigo y llegó a la conclusión de que solo sería capaz de superar ese miedo si podía tener sus pequeños escarceos amorosos aquí y allá como cuando vivía con Constance. Sin embargo, Jessie tenía demasiado carácter para tolerar esas situaciones. Era como si una red se hubiera cernido sobre él y lo hubiera atrapado. Entró en casa y guardó la carta de Prudence en un cajón secreto de su escritorio, donde años después pudiera retomarla y, o bien preguntarse cuál de todas sus numerosas amantes había sido ella, o bien arrepentirse de que esa pasión tan arrebatadora hubiese llegado a su vida tan tarde.

CAPÍTULO 21

A Prudence se le pasó el sábado en un abrir y cerrar de ojos mientras ordenaba sus cosas con una energía frenética, limpiaba el polvo del piso, y se compraba los mejores manjares que se le ocurrieron de comida y bebida. Había invitado a cenar a Eleanor Hitchens, su amiga de la facultad, y con ella se divirtió bastante, sobre todo cuando, al insinuarle la tragedia, Eleanor, con el rostro bonachón iluminado, dijo con una actitud comprensiva algo ruda:

—Vaya, vaya, Prue. ¡Tú y tus hombres! Con todos esos altibajos emocionales… ¿Es que no te cansas? Aunque, ahora que lo pienso, ya eras igual en Oxford. ¿Cómo se llamaba entonces…? Peter o Philip o Henry o qué sé yo…

Prudence sonrió. Había habido un Peter, un Philip y un Henry en algún momento de su vida. Por no mencionar a Laurence y a Giles.

—Deberías casarte —dijo Eleanor muy seria—. Eso te estabilizaría.

Se subió un poco la falda de tweed y estiró las piernas, enfundadas en unas medias de hilo de Escocia, al calor de la estufa de gas, que Prudence, que llevaba un vestido fino, había considerado necesario encender a pesar de que la noche era cálida.

—Mira qué medias tan horribles llevo. No he tenido tiempo de cambiarme después del golf. Supongo que como no empiece a preocuparme por mi imagen nunca encontraré novio —continuó diciendo Eleanor, pero hablaba de manera espontánea y sin lamentarse mientras pensaba en su piso en el barrio de Westminster, tan cómodo para ir al ministerio, en su partida de golf del fin de semana, en los conciertos y las obras de teatro que veía con sus amigas, en los mejores asientos y con magníficas cenas después. Prue podía tener esa clase de vida si quería, porque las aventuras amorosas no podrían continuar indefinidamente. Tarde o temprano había que sentar la cabeza y pasar a ser una solterona convencida o una esposa satisfecha o aburrida.

—Íbamos a pasar juntos las vacaciones —dijo Prudence, aunque no sonó muy convincente—. Ahora supongo que no iré a ninguna parte.

—Vente a España conmigo a finales de septiembre —dijo Eleanor con ese tono suyo tan sincero y pragmático—. Aunque mi compañía te

aburra, por lo menos comerás bien y podrás tomar el sol. Te iría bien… Te convienen unas vacaciones, ¿sabes? Además, quizá encuentras a un señor apuesto.

Prudence sonrió y le agradeció el ofrecimiento, diciendo que se lo pensaría y le diría algo al respecto. Qué amable era todo el mundo con ella. Su querida Jane y su querida Eleanor, ¿qué haría ella sin la comprensión de las otras mujeres?

Al día siguiente era domingo, y Prudence se despertó llorando. Supuso que debía de haber empezado a llorar mientras dormía, antes de que aflorara la conciencia de lo ocurrido. Su vida estaba vacía y el verano parecía haber terminado. Se quedó tumbada, escuchando el repicar de una campana de iglesia y la lluvia que tamborileaba en las hojas de la plaza. Ojalá tuviera el consuelo de la religión en aquellos momentos. Ahora, a las ocho menos diez, pensó, las mujeres de la Iglesia anglicana, con el rostro sin maquillar y los labios pálidos, se apresurarían a ir a la oración matutina, sin tener siquiera una taza de té en el cuerpo para hacerlas entrar en calor. Y alrededor de las nueve, o incluso un poco antes, regresarían a casa, felices y serenas, para disfrutar de un desayuno más copioso que de costumbre y de los periódicos dominicales. También las católicas irían a misa a las nueve y media o a otra hora más tardía y razonable, y considerarían que ya habían cumplido con su obligación del día. Tal vez esa fuera la mejor forma de fe que se podía tener. Prudence se imaginó de vacaciones en España, con una mantilla de encaje negro prendida del pelo, entrando deprisa en una catedral sombría. Tal vez no tenía que esperar hasta entonces para hacerlo. Se acordó de un cartel que había junto a la iglesia por la que pasaba todos los días camino de la parada del autobús: «Charlas sobre la fe católica para los no católicos, impartidas por el padre Keogh. Martes a las 20.00 h». Pero entonces se imaginó sentada en una silla dura e incómoda después de haber ido a trabajar, escuchando la perorata de un campesino irlandés que iba dirigida a personas con menos luces que ella. Sin duda, sería mejor acercarse a Farm Street, donde la instruiría un pálido y templado jesuita que conocería las respuestas a todas las dudas que pudiera tener. Además, en la calle donde solía hacer la compra estaba la capilla protestante, con una nota en la puerta que decía: «Todo el mundo es bienvenido». El pastor, el reverendo Bernard Tabb, tenía el título de licenciado en ciencias. Prudence siempre pensaba que el hecho de que hubiera estudiado ciencias debía de conferir cierta autoridad a sus sermones. Incluso era posible que conociera todas las respuestas y que se enfrentara a las dudas con valentía y las superara gracias a que conocía lo mejor y lo peor de ambos mundos. Tal vez habría estudiado la evolución y la bomba atómica y hasta supiera encontrarles sentido… «Aunque, claro —pensó Prudence, haciéndose eco de los

sentimientos de Fabian cuando paseaba por el pueblo—, uno no puede ir a la iglesia protestante, sencillamente no puede.» Así como tampoco podía unirse a esos encuentros de religiones exóticas que se anunciaban en la contraportada del *New Statesman* y que siempre parecían celebrarse en Bayswater.

Esos pensamientos le dieron fuerzas suficientes para levantarse de la cama y prepararse un té y unas tostadas. Mientras recostaba la espalda en las almohadas de color verde pálido, contempló su imagen en el espejo de la pared de enfrente. No estaba en su mejor momento a esas horas, pero resultaba atractiva debido a su sencillez, bebiendo su Lapsang Souchong favorito, que costaba dieciséis peniques la libra, en una frágil taza de color dorado y blanco.

En cuanto terminó de desayunar y de leer los periódicos del domingo, cogió una antología de George Herbert que le había regalado Jane. Abrió el libro por la página de un poema titulado «Esperanza», que empezó a leer:

> A la Esperanza le entregué un reloj, y ella me dio un ancla.
> Un viejo devocionario le ofrecí, y una lente recibí a cambio.
> Un frasquito con lágrimas le di, y ella a mí unas espigas verdes.
> ¡Ay, juguetona! Nada más te daré, yo esperaba un anillo.

El poema le resultaba confuso y a la vez inquietante, así que se quedó un rato más allí tumbada intentando dilucidar qué significaban esos versos. Sin embargo, al mismo tiempo se sentía aliviada y empezó a pensar en Jane y Nicholas. Le vinieron a la mente las oraciones matutinas y vespertinas en una iglesia de pueblo húmeda y fría con bancos alineados y cojines de polvoriento terciopelo rojo sobre los que arrodillarse. Ni ligeras sillas de roble, ni incienso, ni reclinatorios de piel limpios. Tal vez, bien pensado, la religión anglicana fuera la mejor. Al fin y al cabo, en ella la habían educado. ¿Por qué no iba a hacerle una visita a su madre a Herefordshire y repasaba los escenarios de su infancia? La idea le resultaba atractiva, pero enseguida se imaginó cómo sería: el jardín frondoso y mojado, su madre y sus amigas con un aspecto tristemente envejecido, jugando al bridge como todas las tardes, con esos ojos ávidos de información y cargados de preguntas que en el fondo no les gustaba formular. ¿Por qué no iba a ver a su madre más a menudo? ¿Qué hacía en Londres? ¿En qué consistía su trabajo con el doctor Grampian? ¿Por qué aún no estaba casada?

La comida fue bastante exigua, no como Prudence acostumbraba a hacerla. No se veía con ánimo de cocinar el pollo tierno que había comprado. En la sobremesa, intentó leer una novela y echó una

cabezadita, pero a las tres en punto se despertó y se dio cuenta de que no tenía absolutamente nada que hacer salvo quedarse remoloneando en el sillón, contemplando las pocas cartas que Fabian le había escrito, hasta que llegara la hora de prepararse una taza de té. Esta vez el Lapsang Souchong le supo a ahumado y amargo, casi como un desinfectante, pensó. Se imaginó que era como si intentara quitarse la vida con detergente Lysol.

A las cinco en punto sonó el teléfono. Prudence supuso que sería Jane, que estaría ansiosa por saber qué tal estaba pasando el día, pero cuando descolgó el auricular y oyó una voz masculina, se coló en su mente la idea de que debía de ser Fabian. Seguro que todo había sido un terrible malentendido, una pesadilla.

Su ilusión se desvaneció al segundo, porque la voz era la de Geoffrey Manifold, que le preguntó qué tal estaba.

—Ah, bien, gracias —contestó Prudence muy desilusionada.

—Las tardes de domingo siempre son deprimentes —dijo él—. Me preguntaba si estaría usted libre y le apetecería ir a cenar conmigo, o tal vez al cine…

—Es usted muy amable. Sí, tal vez es buena idea.

—Estupendo, entonces pasaré a buscarla a las seis y media.

¡Qué atento! Prudence se sintió un poco reconfortada al imaginarse que él había estado pensando en ella en ese domingo tan triste. «Y el señor Manifold es tan bueno con su tía…» Por primera vez en todo el día le entraron ganas de reír. Entonces fue a cambiarse de ropa rápidamente, a maquillarse y a pintarse las uñas. Después preparó unas bebidas en una bandeja y esperó a que él llegara.

Al principio los dos se mostraron un poco tímidos. Nunca se habían visto fuera del horario laboral y a Prudence el pulcro traje oscuro de él le resultó mucho menos familiar que la camisa de cuadros y los pantalones de pana con los que esperaba verlo.

Él paseó la mirada por el salón de Prudence, de ese elegante estilo regencia, con una expresión en el rostro entre el nerviosismo y la ironía.

—Su casa es exactamente como me la imaginaba —dijo por fin—. Parece salida de las páginas de *Vogue*. Aunque me temo que no es de mi estilo.

«No le estoy pidiendo que se quede a vivir conmigo —pensó Prudence enfadada—. Solo quiero que tomemos una copa.»

—¿Qué le apetece tomar? —preguntó ella mientras señalaba su colección de botellas—. Y no me diga que prefiere una cerveza, porque no tengo.

Geoffrey sonrió.

—Lo siento. Creo que he sido muy descortés al opinar sobre su

piso. Al fin y al cabo, se supone que he venido para consolarla, ¿no?

—¿Para consolarme? —preguntó Prudence algo indignada—. ¿Cómo lo sabe?

—Pensaba que le habían roto el corazón —dijo él, mirando el vaso de ginebra—. No se preocupe, se le pasará.

—¿Cómo está tan seguro?

—Bueno, yo siempre tengo problemas con mis novias —dijo él sin darle importancia.

Prudence sintió un leve arrebato de celos. ¡Qué ridiculez! Le habría gustado preguntarle con tono formal: «¿Y ha tenido muchas novias últimamente?», pero el orgullo se lo impidió. «¡Cómo podía alguien atreverse a ser desconsiderado con él!», pensó con rabia.

—¿Dónde le apetecería cenar? —preguntó él algo tenso.

Como siempre que le hacían esa pregunta, Prudence fue incapaz de pensar en otro sitio que no fuera el Claridge's o el Lyons, pero ninguno de los dos le parecía muy apropiado para la ocasión. Sin embargo, al final resultó que Geoffrey conocía un lugar tranquilo en el Soho donde la comida no estaba mal.

Estaban mirando la carta cuando el hombre de la mesa de al lado se acercó y les dijo con voz triste y mirándolos fijamente con sus ojos negros y brillantes:

—No les recomiendo el *pâté* esta noche. Sin embargo, la bullabesa es excelente. Es curioso, pero es que no he podido aguantar decirles que no tomaran el *pâté*.

Prudence y Geoffrey, algo incómodos, le dieron las gracias.

—Ay, qué difícil es el momento en que se echa un primer vistazo a la carta —añadió el hombre—, en el que uno se pregunta: ¿habrá algo que me apetezca comer? «Entonces me he sentido como el que observa el cielo / y ve un nuevo planeta surgir ante su vista.»[10] Ya saben, de «Al leer por vez primera el Homero de Chapman»… Siempre me gusta echar una mano a los comensales con los que comparto restaurante…

—Señor Caldicote —dijo un camarero acercándose con una botella —, espero que este le parezca lo bastante *chambré*.

—¡Ay, Henry! ¡Qué pícaro es usted! Seguro que lo ha metido en un cubo de agua caliente, que yo lo sé…

—Pero, señor Caldicote, caballero…

Los dos se echaron a reír.

—Una botellita de beaujolais no del todo despreciable —dijo aquel extraño hombre y, después de despedirse con la mano de manera afectuosa, regresó a su mesa.

—Vaya —dijo entonces Geoffrey—, no sé qué podremos pedir después de esto.

—¿Habrá algo que nos apetezca comer? —dijo entre risas

Prudence.

Se sorprendió al darse cuenta de que tenía bastante apetito, y disfrutó de su pato al horno con vino tinto.

—¿Sabe una cosa? —comentó poco después—. No sé si me apetece ir al cine. ¿Le importa si no vamos?

—En absoluto. Solo lo había propuesto porque uno no puede esperar que una muchacha se sienta satisfecha solo con la compañía de uno durante toda la velada.

—Es muy amable —dijo Prudence—. Hay tantos hombres que piensan que basta con su presencia para deleitar al resto…

Pero ¿acaso las novias buscaban algo más?

—Han estrenado una película en el Academy —dijo Geoffrey.

—Le no sé qué de *monsieur* no sé cuántos —dijo Prudence.

—Me parece que empieza con una imagen de la niebla sobre el muelle y un barco que silba a lo lejos.

—Y una chica con gabardina y sombrero espera en la puerta de una casa.

—Y entonces ella y el hombre que surge de la niebla van a una cafetería recóndita en la que tocan unos músicos franceses.

—Y poco después aparece una habitación con una cama de forja y la chica en ropa interior…

—Vaya, parece que ya hemos visto la película —dijo Geoffrey.

—Ahora que hablamos de Francia, ¿sabe ya qué va a hacer en vacaciones? ¿Sigue con el plan de ir de excursión o le han entrado ganas de tumbarse al sol a beber cócteles?

—Sí, ya lo tengo todo organizado. ¿Y usted?

—Seguramente iré a España con alguien —dijo Prudence haciéndose la misteriosa.

Una vez más, volvió a imaginarse que se colaba en misa con una mantilla de encaje negro muy favorecedora tapándole el pelo.

—Yo estaré muy cerca de España. Quizá hasta nos encontremos… Tal vez la vea tomando algo en una terraza de un hotel de lujo mientras yo paso con mi mochila de montaña.

—¡Entonces le invitaré a compartir conmigo una botella de vino! —dijo Prudence riendo.

«Esto es de lo más inapropiado —pensó para sus adentros—. El cadáver de Fabian aún está caliente y aquí estoy yo echando unas risas con Geoffrey Manifold, ¡como si no hubiera más gente en el mundo! ¿Qué diría Jane si lo supiera?»

Sin duda, Jane no habría sabido qué decir, pero cuando llamó a casa de Prudence a las nueve de la noche se inquietó muchísimo al no obtener respuesta.

—Aunque la gente salga, es de suponer que todo el mundo está en casa para escuchar las noticias de las nueve —dijo—. Confío en que Prue esté bien. —Le vino a la cabeza una imagen espeluznante de un horno de gas encendido y una sobredosis de fármacos, y recordó que siempre había pensado que el bloque de pisos en el que vivía Prudence era el tipo de sitio en el que no le extrañaría encontrar a alguien muerto de forma trágica—. Ay, Nicholas, crees que es capaz de hacer alguna tontería, ¿verdad?

—Pero, por favor, si siempre está haciendo tonterías… —contestó él para quitarle hierro al asunto.

—Ya, pero no crees que vaya a hacerse daño a propósito, ¿verdad que no?

—Desde luego que no, cariño. Prudence se quiere demasiado para correr ese riesgo.

—Ya lo sé. A lo mejor está cenando con el doctor Grampian —dijo Jane de repente—. Claro, seguramente no está en casa por eso. Esta semana ha sido horrible, todo ha salido al revés. Menos mal que pronto llegarán las vacaciones. Espero de todo corazón que tu sustituto no falle.

—Bueno, si lo hace no voy a enterarme. Y, además, estaremos demasiado lejos para poder hacer algo al respecto —dijo Nicholas sin perder la calma.

—Estarán todos esperando a que llegue —dijo Jane, que empezaba a entrar en situación—. Darán las once en punto. Entonces se oirán susurros agitados entre los feligreses y un par de frases intercambiadas por los sacristanes. Supongo que el señor Mortlake y el señor Whiting podrán ofrecer algún tipo de servicio religioso…

—Sin duda. Es un derecho y un deber consuetudinario de los sacristanes el dirigir el oficio de la oración matutina —dijo Nicholas —. Supongo que estaría perfectamente justificado que ejercieran ese derecho.

—Pero ¿no tendría que consultarse antes al obispo?

—Mi querida Jane —dijo Nicholas, ahora con un ápice de exasperación en el tono de voz—, estoy seguro de que el señor Boultbee, del grupo misionero de la iglesia, es digno de confianza. No hay por qué preocuparse.

CAPÍTULO 22

La iglesia de la aldea de Cornualles en la que los Cleveland habían ido a pasar las vacaciones tendía un poco más al anglocatolicismo de lo que estaban acostumbrados Jane y Nicholas.

—Menos mal que no has tenido que colaborar en ningún sentido —dijo Jane después de salir de la misa cantada el último domingo por la mañana.

—No habría pasado nada —dijo Nicholas algo ofendido—. No se tarda mucho en acostumbrarse a ese tipo de ritual.

—Pero imagínate que te lo hubieran propuesto así de sopetón —insistió Jane—. ¿De verdad habrías sabido qué hacer?

—Un clérigo de la Iglesia anglicana debería estar preparado para todo tipo de imprevistos, desde el asperges y el incienso hasta la posición norte del pastor y la comunión vespertina.

—Ah, claro, nuestra flaqueza y nuestra gloria —dijo Jane—. ¿A eso se refería san Pablo cuando hablaba de serlo todo para todos los hombres? —musitó—. Por supuesto, si hubiéramos consultado la *Church Guide* de Mowbray habríamos visto que no era de nuestro nivel. Me pregunto si a alguien se le habrá ocurrido alguna vez recopilar una lista de las iglesias anglicanas liberales, colocándoles una «N» para indicar la posición norte aconsejada para el clérigo y una «V» para marcar que realizan la comunión vespertina…

—Las personas que desean ir a una iglesia anglicana liberal no suelen tener que buscar tanto como aquellas que desean los privilegios de la Iglesia anglocatólica —señaló Nicholas.

—Ojalá Prue se hubiera animado a venir con nosotros —dijo Jane —. Me preocupa un poco eso de que se haya ido a España. Dice que jamás en su vida había visto a tantos curas juntos.

—Bueno, no creo que tenga muchas tentaciones —dijo Nicholas.

—No, tal vez no, pero piensa en todas esas tiendas de rosarios y estatuillas de santos. Ya sabes lo impresionable que es Prudence. Además, me ha dicho que ha visitado la cuna de san Ignacio de Loyola, y que allí había un jesuita que hablaba en inglés y que le hizo una visita guiada para ella sola.

—Creo que un jesuita tiene menos probabilidades que cualquier

otro cura de caer rendido ante los encantos de Prudence —insistió Nicholas muy serio.

—Pero ¿es que no lo ves? Lo que me preocupa es que Prue caiga rendida ante los encantos de los católicos —dijo Jane—. Y eso no es lo peor. ¡Escucha bien! «Geoffrey y yo fuimos a ver una corrida de toros en Pamplona. Tuvimos que levantarnos a las cuatro de la mañana, pero mereció la pena.» ¿Puede saberse quién es ese dichoso Geoffrey? Nunca se lo había oído nombrar. Tenía entendido que iba a ir de vacaciones con Eleanor Hitchens, que es una muchacha muy sensata y con los pies en el suelo.

—A lo mejor ha conocido al tal Geoffrey en España —sugirió Nicholas—. O a lo mejor Eleanor y ella han discutido y han decidido seguir el viaje por separado, como suele pasar cuando dos amigos se van de vacaciones juntos.

—Ay, espero que esté bien de todo corazón. Me quedaré más tranquila cuando regresemos a casa y vea que todo vuelve a la normalidad.

Llegaron a casa el sábado por la tarde y se encontraron el jardín como una selva y a la señora Glaze allí, que salió a recibirlos casi como si fueran el canónigo y la señora Pritchard, pensó Jane.

—Vaya, cuánto me alegro de verla, señora, y al pastor también —dijo muy cariñosa—. Todos estábamos deseando el cambio.

—¿El cambio? —preguntó Jane—. Pero si el señor Boultbee solo lleva aquí tres semanas… Es imposible que se hayan cansado de él en tan poco tiempo.

—De lo que estamos cansados es de África —dijo la señora Glaze muy decidida—. ¡Nos ha dado seis sermones sobre África! Es más de lo que los pobres mortales podemos soportar, señora. La verdad es que me quedé de piedra al enterarme de algunas de sus costumbres. —Hizo una pausa y después añadió en un tono más alegre—: Por cierto, he comprado unas costillas muy buenas para cenar, así que espero que hayan venido con hambre. El señor Driver también cenará costillas. Tengo entendido que la señora Arkright iba a hacerlas a la brasa con unas verduritas de acompañamiento. ¡Qué pena lo del señor Driver y la señorita Bates!

—Ay, sí —dijo Jane apresuradamente—. Supongo que sí… Pero bueno, no había nada oficial. Me refiero a que no estaban comprometidos, ¿sabe?

—Bueno, digamos que la señorita Bates y la señorita Morrow lucharon cada una con sus armas y al final ganó la señorita Morrow. Pero jamás sabremos cuál es su arma secreta… A lo mejor se adentró en vericuetos en los que la señorita Bates ni siquiera soñó entrar…

La señora Glaze se quedó mirando a Jane con la esperanza de

sonsacarle algo, pero Jane era incapaz de arrojar luz sobre ese asunto. Además, prefería no pensar en qué habría hecho Jessie para conseguir sus objetivos. ¿Acaso había sido ella la querida de Fabian? Bueno, nunca lo sabrían.

—Me encanta volver a casa y estar solos los tres —dijo Jane una vez que estuvieron sentados a la mesa delante de un plato de costillas con tomates troceados, judías tiernas y puré de patatas.

—Mamá, siempre dices lo mismo cuando volvemos de vacaciones… —dijo Flora con impaciencia.

—¿De verdad, cariño? Supongo que es porque me voy acercando a esa edad en la que uno no se da cuenta de las veces que repite algo ni tampoco le importa —dijo Jane con complacencia—. Quiero creer que es una de las compensaciones que se obtienen al hacerse viejo.

—Me ha parecido oír a alguien en la puerta —dijo Flora—. Iré a ver quién es. A estas horas la señora Glaze ya se habrá marchado.

Cuando sonó el timbre de nuevo, Flora abrió la puerta y se encontró con el señor Oliver en el porche de la entrada.

—Buenas noches, señorita Cleveland —la saludó—. ¿Podría ver al pastor un momento?

¿Cómo podía haber pensado que ese hombre era interesante?, se preguntó Flora, avergonzada de su falta de gusto más que de su volubilidad. Ese rostro enjuto, como de animal desnutrido, ese pelo rubio que se rizaba un poco por delante… Ya había olvidado las exquisitas oraciones en las que su rostro le parecía tan espiritual al verse iluminado por la luz tenue de la iglesia. «¡Ay, Paul, mi queridísimo Paul!», pensó mientras acompañaba al señor Oliver al despacho de su padre. ¿Cómo iba a soportar las semanas que faltaban para que volviera a empezar el curso en Oxford y ella pudiera verlo de nuevo después de las clases, junto a la facultad de geografía?

—Espero que las cosas marchen bien en el banco —dijo la muchacha por educación.

—Sí, muchas gracias, señorita Cleveland. Pronto me iré de vacaciones.

—¿En octubre? Es un poco tarde, ¿no? Confío en que siga haciendo buen tiempo. Bueno, voy a decirle a mi padre que ha venido.

Cuando Flora volvió al comedor donde estaban sus padres, Jane le preguntó:

—Supongo que le habrás hecho pasar al estudio, ¿verdad? Qué pena que no sepamos qué ha venido a decirle a tu padre.

Nicholas se levantó de la mesa y Jane y Flora empezaron a recoger las cosas.

—No han levantado la voz ni parecen enfadados —dijo Jane con cierto pesar—. Tengo la impresión de que el señor Oliver está muy

calmado esta noche. Me pregunto para qué habrá venido… Sin duda tiene que ser algo importante, si se ve obligado a contárselo a Nicholas cuando apenas hace una hora que hemos vuelto de vacaciones.

—Creo que están a punto de salir del despacho —dijo Flora—. No han tardado mucho en aclarar lo que fuera que quería aclarar el señor Oliver.

Jane se apresuró a salir al recibidor.

—Buenas noches, señor Oliver —dijo—. ¿Va todo bien?

—Muy bien, gracias, señora Cleveland. Confío en que ustedes hayan pasado unas buenas vacaciones.

Jane agradeció su comentario y permaneció a la espera de una explicación.

—He venido a contarle al pastor que me temo que no nos veremos mucho de ahora en adelante.

—Cuánto lamento oírle decir eso. ¿Se marcha de la comarca?

—Bueno, no exactamente, señora Cleveland. Para decirlo sin rodeos, me he unido a la congregación del padre Lomax.

—Vaya. —Jane no sabía si expresar pena o felicitarlo. Hablaba como si hubiera obtenido un ascenso. «Sigue subiendo, amigo mío», pensó Jane.

—Hace unos meses que asisto a sus ceremonias religiosas de forma intermitente, ¿sabe? —dijo el señor Oliver—. Y considero que esa clase de misa y sus rituales se ajustan más a mis gustos, con todos los respetos para el pastor y para usted.

—Ah, entiendo —dijo Jane intentando ponerse en su lugar.

—Además, últimamente ha habido algunos puntos de fricción, de los que creo que está al corriente —continuó.

—Sí, claro. Como aquella noche en que los encontré en la sacristía del coro…

—Es obvio que el señor Mortlake tiene su propio punto de vista, pero considero que las cosas no pueden permanecer inamovibles. La vida no es como hace cincuenta años.

—No, por supuesto que no —dijo Jane algo confundida—. Pero echará de menos hacer las lecturas, ¿verdad?

El señor Oliver sonrió con aire de superioridad.

—Verá, señora Cleveland, tengo la suerte de haberme hecho un hueco en la iglesia de Saint Stephen. El puesto de encargado del incensario ha quedado vacante y me han pedido si quiero ocuparlo yo. El caballero que solía desempeñar esa tarea ha abrazado la fe católica.

—Hay que ver —dijo Jane—. En ese caso, estará usted muy entretenido.

—Pues sí, señora Cleveland. Tendré que ir a la misa cantada de las

once y a la solemne oración vespertina de las seis y media. Y a veces celebran también una misa cantada entre semana y otra en las fiestas de guardar, ¿sabe?

—Habrá que ir a ver cómo balancea el incensario —dijo Jane antes de darse cuenta de que sería prácticamente inviable—. Buenas noches —se despidió a toda prisa y corrió a refugiarse en el comedor, donde Nicholas se había sentado con gran desconsuelo y miraba fijamente las costillas de cabrito que ya se le habían enfriado y tenían la grasa gelatinosa.

—Cariño, lo he hecho mal —dijo.

—Ni hablar, mi amor, no has hecho nada mal —contestó Jane con afecto—. No es culpa tuya que el señor Oliver se enfadara con el señor Mortlake y el señor Whiting, ni que le guste el incienso y esas cosas.

—¿Y qué es lo que has dicho de que una noche te los encontraste en el coro? —preguntó Nicholas.

—Nada, resulta que un día pasé por delante de la iglesia y oí que alguien estaba discutiendo en su interior. Entonces entré a ver si podía hacer algo para solucionarlo.

—Mi pobre Jane… —Nicholas pasó el brazo por encima de sus hombros y ambos se quedaron mirando los restos de la cena—. ¿Qué podemos hacer nosotros por esta gente?

—Lo único que podemos hacer es seguir vagando hacia el momento de la vida en el que Dios decida llamarnos a su lado —dijo Jane—. ¡Y yo que me proponía ser una esposa ejemplar cuando me casé contigo…! Pero no sé por qué, no ha resultado ser como en la obra *The Daisy Chain* o en *The Last Chronicles of Barset*, en la que acusan al reverendo de robar un cheque de veinte dólares.

—Seguro que tú hubieras permanecido junto a mí si me hubiesen acusado de robar un cheque —dijo Nicholas—. ¡Te imagino perfectamente! Vaya, ¿quién llamará a la puerta a estas horas? Uy, hay un montón de gente. ¿Te acuerdas de la tarde en que llegamos al pueblo, cuando creías que una multitud de feligreses vendrían a darnos la bienvenida?

—Sí, ¡y no vino nadie salvo la señora Glaze con un paquete de hígado para la cena! —exclamó Jane entre risas—. Bueno, ahora no puedo quejarme. Parece que se trata de la señorita Doggett con Jessie y Fabian. Iré a pedirle a Flora que prepare café.

—Qué alegría tenerlos de vuelta —dijo la señorita Doggett mientras entraba en la estancia con el brazo extendido para darles la bienvenida.

—Parece que el señor Boultbee nos ha hecho un gran favor —dijo Nicholas—. Tengo la sensación de que sus sermones no eran muy bien recibidos.

—No, hemos acabado hartos de África, y además creo que la mitad de lo que nos contó era mentira. Dijo que el jefe de una tribu africana tenía mil mujeres. Me resulta un poco difícil de creer…

—Bueno, ya sabemos cómo son los hombres —comentó Jane de manera desenfadada.

Le sorprendía que a la señorita Doggett, que siempre insistía en que los hombres solo deseaban una cosa, le costara creer lo que le habían contado.

—Basta, por favor —protestó Fabian, porque parecía que Jane lo había mirado a él—. Además, en cualquier caso, eso tuvo que ser en otros tiempos, antes de que el señor Boultbee fuera allí de misionero.

En ese momento apareció Flora con el café y Jane empezó a servirlo de forma un tanto descuidada.

—Jessie y yo hemos decidido que queremos casarnos lo antes posible —dijo Fabian—. Al fin y al cabo, ninguno de los dos es muy joven.

—Puedo preparar la boda para el día que prefiráis —dijo Nicholas —. Supongo que ya estáis al corriente de los permisos y amonestaciones que hacen falta, ¿verdad?

—Nicholas suele dar una charla a las parejas jóvenes antes de que contraigan matrimonio —comentó Jane más contenta—. Aunque imagino que en este caso no será necesario…

—Bueno, puede quedar un día a solas con Fabian —dijo Jessie.

Nicholas empezó a hablarles de los preparativos y, mientras tanto, la señorita Doggett le dijo a Jane en voz baja:

—Por fin ha decidido qué va a hacer con la lápida de la pobre Constance.

—¡Cuánto me alegro! ¿Y qué va a poner?

—Algo bastante sencillo y digno. Ha pensado en colocar una lápida de granito de Cornualles con un epitafio apropiado. Es que fueron de viaje de novios a Cornualles, ¿sabe?

> Espérame aquí, no te fallaré.
> Nos encontraremos en este valle.
> Y no te atormentes por mi tardanza,
> en realidad ya he emprendido el viaje…[11]

Jane citó el poema en voz baja.

—Menos mal que en la otra vida no existen ni el matrimonio ni las obligaciones conyugales. Eso facilita mucho las cosas. En fin, ¿va a ponerse Jessie un vestido blanco?

—No, no nos parece que el blanco sea del todo apropiado. Seguramente llevará algo azul claro o gris perla, con un tocado

sencillo. Y un ramo de flores informal, no un ramo de novia.

—Las novias de más de treinta años no deberían ir de blanco —corroboró Jessie, que acababa de reunirse con ellas.

—Bueno, algunas tienen el mismo derecho… —dijo Jane.

—No sé si a las mujeres de más de treinta años les haría gracia su comentario —añadió Jessie inmediatamente—. En cierto modo puede resultar bochornoso hacer pública la falta de experiencia de una mujer madura.

Jane, como esposa del párroco, no sabía muy bien qué responder a eso. Además, de pronto recordó el comentario de la señora Glaze acerca de que tal vez Jessie se hubiera adentrado «en senderos en los que la señorita Bates ni siquiera soñó con entrar». Sería mejor dejar por imposible esa cuestión, y más teniendo en cuenta que Flora se hallaba presente.

Antes de marcharse, Fabian consiguió quedarse a solas con Jane un momento en la galería que había junto al salón.

—Me gustaría hablar un instante con usted —le dijo—. ¿Qué tal está mi pobre Prudence?

—Bueno, creo que ahora mismo está de vacaciones en España con alguien llamado Geoffrey —contestó Jane con sequedad.

—¿De veras? —Fabian parecía muy afligido—. ¿Tan pronto se ha olvidado de mí?

—Confío en que así sea. ¿Acaso no ha hecho usted lo mismo?

—¿Olvidar… yo? Mi querida Jane…

Se llevó una mano a la frente con ese gesto tan característico mientras con la otra repasaba las estanterías de listones de madera de la galería, en las que se acumulaban los tiestos llenos de tierra ya usada y los bulbos secos con hijuelos que salían libremente, hasta que sus dedos se toparon con lo que parecía una estatuilla. Bajó la mirada sorprendido al contacto de su mano con la piedra, y empezó a distinguir el cuerpo sin cabeza de un enano que en otra época había observado las plantas desde una piedra del jardín delantero.

—No entiendo cómo la señora Pritchard podía tener esta cosa en el jardín —dijo Jane—. Siempre me pareció que era una mujer con muy buen gusto… La cabeza está aquí —aclaró divertida mientras la agarraba por la barba poblada y se la tendía a Fabian.

—No. —Fabian retrocedió como si ella le estuviera haciendo una auténtica ofrenda que él no quisiera aceptar—. La vida es tan complicada, ¿verdad? ¿Cómo podemos saber que estamos haciendo lo correcto?

A Jane le habría gustado decirle que tenía razón y regalarle el enano roto, tal vez para que lo colocara en la tumba de Constance, como recordatorio de la futilidad del amor terrenal, pero en lugar de

eso dijo amablemente:

—Su obligación es hacer feliz a Jessie. En este momento eso es lo correcto para usted.

—Sí, supongo que sí —dijo él suspirando.

—¿Qué están tramando? —preguntó la señorita Doggett de pronto —. Vamos, está anocheciendo y conviene que Fabian nos acompañe a casa.

—Qué procesión tan triste —dijo Jane cuando oyó los últimos crujidos de sus pisadas en la grava del camino—. Fabian cautivo de dos mujeres…

—Como el *Sansón agonista* de Milton —comentó Flora.

—«Oh, la oscuridad…» —dijo Jane riendo—. Le he dicho que Prudence ya se había olvidado de él. Me pregunto si es cierto.

CAPÍTULO 23

Daba la impresión de que Prudence había olvidado a Fabian en la misma medida en que había olvidado a Philip, Henry, Laurence y todos los demás. Es decir, le había otorgado un espacio en su altar de amores pasados; la urna que contenía sus cenizas había sido depositada ceremoniosamente en el nicho en el que descansaría para siempre. Philip, Henry, Laurence, Peter, Fabian y ¿quién podía decir cuántos más acabarían allí?

—Sinceramente, opino que es lo mejor que podía pasar —le dijo Prudence a Jane mientras comían juntas en el restaurante vegetariano.

—Bueno, sí. A veces las cosas terminan de este modo —dijo Jane mientras repasaba la sala con la mirada.

Tenía la sensación de que siempre veía a las mismas personas comiendo lo mismo. Recordó con cierta tristeza que no había vuelto a reunirse allí con Prudence desde que se le había ocurrido la idea de emparejarla con Fabian. Allí estaban los mismos caballeros extranjeros con barba, y la misma mujer, vestida de color naranja y con unas joyas de plata muy vistosas, que parecía una querida de los años veinte. Cuando le vino a la cabeza la idea de «querida», Jane sintió vergüenza de repente y comenzó a remover de forma bastante frenética el plato de col laminada.

—Me pregunto si alguna vez se esconderá por aquí una oruga o algo así —dijo en voz alta y algo nerviosa.

Prudence no contestó, así que Jane continuó hablando en el mismo tono:

—Bueno, dime, ¿quién es ese Geoffrey? Lo mencionaste en tu carta, pero nunca me habías hablado de él.

—Por favor, Jane, no hables tan alto. Es un joven que trabaja para Arthur Grampian. Lo conozco desde hace mucho tiempo y fue muy amable conmigo cuando Fabian… Ya sabes… Y luego nos encontramos por casualidad estando de vacaciones.

—¿Y te gusta? —le preguntó Jane bajando el tono de voz, pero intentando no parecer demasiado emocionada ni intrigada.

—En cierto modo, sí —Prudence dudó un momento—. Congeniamos bastante y en España nos lo pasamos muy bien. Supongo

que es por la atracción de los opuestos, aunque desde luego lo nuestro nunca funcionaría.

—¿Y por qué no? —preguntó Jane sin rodeos.

—Pues porque todo se estropearía si empezáramos a salir en serio —dijo Prudence muy segura de sus palabras—. ¿No entiendes a qué me refiero? Eso es casi lo mejor…

Jane reconoció con humildad que era totalmente inexperta para juzgar esas sutilezas.

—¿Te refieres a que es una especie de relación negativa como la que tuviste con Arthur Grampian? —preguntó intentando parecer inteligente y comprensiva.

—No, qué va, no tiene nada de negativo. ¡Al contrario! Es probable que nos hagamos mucho daño antes de que lo nuestro termine, pero no me cabe duda de que estamos predestinados.

Una sonrisa iluminó el rostro de Prudence mientras decía esas palabras, porque la experiencia de enamorarse de un joven tan normal y corriente como Geoffrey Manifold era totalmente novedosa y encantadora para ella.

> Por lo tanto el amor que nos anuda
> y que vence a la envidia del destino
> es una concordancia de las almas
> con una oposición de las estrellas.[12]

Después de recitar esos versos, Jane dijo:

—¿Es algo así?

Siempre le resultaba mucho más fácil imaginar las situaciones cuando encontraba una cita que le alumbrara el camino; incluso Prudence pareció satisfecha con el resumen que el poeta Marvell había hecho de la situación.

Mientras se acercaban al edificio en el que trabajaba Prudence, Jane se percató de que había un chico moreno y delgado con una gabardina esperando en la puerta, y Prudence se lo presentó. Así pues, Jane le estrechó la mano a Geoffrey igual que le había estrechado la mano a Arthur unos meses antes, y volvió a sorprenderse igual que la otra vez de la maravilla que era el amor. ¿Qué propósito podía albergar el destino al permitir ese amor peculiar entre Prudence y un joven tan anodino y gris como el que tenía delante? Aunque, por supuesto, recordó para sus adentros, eso era lo que volvía tan maravillosas a las mujeres; su amor y su imaginación eran los que transformaban en únicos a los seres más insustanciales. No cabía duda de que, si se los miraba de cerca, casi todos los hombres eran anodinos, cuando no abiertamente feos. Fabian era una excepción, y tal vez eso demostraba que las relaciones amorosas con los hombres

guapos tendían a ser menos estables porque se requería mucha menos comprensión e imaginación por parte de las mujeres…

Sin embargo, no tuvo oportunidad de decirle nada de esto a Prudence, que al instante se despidió de su amiga para marcharse con Geoffrey con el mayor regocijo del mundo. ¿Acaso no era algo deprimente embarcarse en una relación amorosa que una sabía que estaba desde el principio condenada al fracaso? De todos modos, pensó Jane, la gente lo hacía constantemente, y emprendía las aventuras más disparatadas sin preocuparse del sufrimiento postrero.

Se quedó plantada junto a la parada del autobús, preguntándose qué podía hacer. Entonces se acordó de que había una tienda especializada en libros religiosos por allí cerca, así que le pareció muy acertado echar un vistazo para elegir los regalos de los confirmandos. «Unos catecismos de bolsillo», pensó con la mente abstraída al detenerse junto a una mesa en la que había lo que parecía un manual de preguntas y respuestas acerca de los distintos puntos del ceremonial religioso.

—«¿Por qué terminan los salmos con un pneuma?» —leyó en voz alta, y se preguntó qué querría decir eso mientras intentaba darle respuesta.

Sus manos se detuvieron en otra pila de libros que abarcaban desde el significado de la confesión hasta la *Respuesta a Roma*, pasando por los misterios de la bibliófila Alcuin Society.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora? —preguntó la dependienta, una mujer muy amable de pelo canoso.

Su vida seguía cierto patrón que hacía que las mismas cosas se repitieran una y otra vez, pero mientras deambulaba entre los libros, Jane tuvo la sensación de que no podía eludir su pregunta con un mero «No, gracias, solo estaba mirando», una fórmula que tan a menudo se utilizaba en esos casos. Porque ¿cómo decir que solo estaba mirando cuando había repasado los conceptos de la Iglesia anglicana de la cabeza a los pies y se había puesto de puntillas para mirar la Iglesia anglocatólica, y luego había estirado el cuello hasta descubrir lo que había al otro lado del muro, es decir, la Iglesia católica, para después regresar al punto de partida rápidamente?

—Sí, por favor. Busco unos libros adecuados para los confirmandos —dijo Jane con una voz sorprendentemente firme y meditada—. Que no sean demasiado estrictos, ya sabe.

—Muy bien, señora —dijo la dependienta—. En ese caso, creo que encontrará lo que busca en esta mesa de aquí.

Jane se puso manos a la obra muy concentrada y en menos de diez minutos había elegido unos libritos muy adecuados e incluso algunas postales de Navidad que escribiría con tiempo.

Ya era casi la hora del té, pero Jane, haciendo alarde de la virtud recién adquirida, no sintió ganas de quedarse en la ciudad a escuchar música en una cafetería ni a comer una porción de tarta bastante cara en el restaurante de uno de los centros comerciales. Volvería a casa sin tomar nada, como una especie de penitencia por todas esas veces en las que no había sabido cumplir con su labor de esposa del párroco. Además, si cogía ya el tren, eludiría la hora punta.

Sin embargo, en la estación en la que debía cambiar de línea de ferrocarril reparó en que le sobraban unos minutos antes de enlazar con el siguiente tren, así que decidió que tal vez se mereciera una taza de té y un bollo de la cafetería de la estación.

Se puso en la ordenada, pero reducida, cola de la cafetería y se entretuvo en contemplar la ventana de detrás del mostrador, que tenía las vidrieras de colores en forma de racimos de uvas. «Creían que aquí la gente vendría a beber vino», se dijo, lamentando no tener a nadie con quien compartir su pensamiento. Cuando se volvió con la taza en la mano, dispuesta a sentarse a una mesa, se percató de que detrás tenía a Edward Lyall.

—Creían que aquí la gente vendría a beber vino —le dijo mientras señalaba con el dedo las uvas de los cristales—. Estaba pensando eso mismo cuando le he visto y me he preguntado si alguien más se habría percatado de los racimos.

—No, la verdad es que no me había fijado —admitió Edward.

—Supongo que no acostumbra a tomar el té en la estación… —contestó Jane—. No parece muy propio de usted venir por aquí.

—Me gusta tomar una taza de té mientras espero el tren.

—Pensaba que siempre se desplazaba en coche a Londres cuando va a trabajar.

—No, no, a veces me impongo ir en tren.

—¿Se refiere a que le gusta saber qué tienen que soportar sus votantes? El té demasiado flojo o demasiado fuerte, el bocadillo algo seco, el tapizado sucio, la ventana que no se abre, la espera en un andén inhóspito…

Jane podría haber seguido enumerando elementos eternamente, en un arrebato lírico moderno, de no haber sido porque Edward la interrumpió con una risa escandalosa.

—¿Desea soportar nuestra carga a la vez que la suya? —insistió Jane incombustible.

—Ahora se está burlando de mí —dijo él con una sonrisa muy dulce—. Por lo menos, deje que le lleve el paquete. Mire, ahí llega el tren.

—No me reía de usted —contestó Jane mientras se acomodaban en el vagón—. Lo observaba como si estuviera viendo a un ser humano

por primera vez.

—¿Tan poco humano le parezco, entonces?

—No es culpa suya si da esa imagen. Como «amado miembro del Parlamento» no es de extrañar que lo subamos a un pedestal, y cuando baja de él recuerda un poco a un clérigo que entra en un pub con el alzacuellos puesto. No sé si me explico…

—Realmente me gusta entablar amistad con la gente —dijo Edward—. Pero tengo pocas oportunidades de mantener una conversación desenfadada como esta. Lo pasamos muy bien aquella tarde de domingo en casa de Fabian, ¿verdad?

—Ah, sí, aquel té bajo el nogal… ¡Qué lejana parece ya!

—Su amiga, la señorita Bates, vive cerca de Regent's Park, ¿no es así? —preguntó Edward—. A lo mejor me la encuentro algún día por la calle.

—Ha estado de vacaciones —dijo Jane, que sintió cómo la esperanza empezaba a nacer en su interior—. Pero espero que vuelva a visitarnos dentro de poco.

—En ese caso, me encantaría volver a verla.

Se despidieron al llegar a la estación, pero Jane estaba un poco abstraída cuando se separaron, porque su mente iba dándole vueltas a una maravillosa idea recién forjada. Edward y Prudence… ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Prudence viviendo en The Towers… Era un escenario mucho más apropiado para ella que la casa de Fabian Driver. El repicar de unos pasos apresurados a su espalda y la voz de Edward gritando que se había olvidado el paquete la sacaron de su ensoñación.

—¿El paquete? —preguntó ella con voz asombrada—. ¡Ay, claro! Muchísimas gracias, señor Lyall.

Casi se había olvidado de su paquete, la prueba de la buena obra que había hecho en la librería, ¡y todo porque ya estaba actuando de casamentera otra vez!

—Hola, cariño —dijo Nicholas, que salió a recibirla a la puerta principal—. ¿Qué tal está Prudence?

—Ah, muy bien —dijo Jane, emocionada—. Y, mira, me he acordado de comprar los obsequios para quienes van a hacer la confirmación. La dependienta me ha ayudado mucho.

—Espléndido, mi amor —dijo Nicholas—. Y me alegro de que Prudence no se haya tomado el asunto muy a pecho.

Jane miró el reloj que había en el recibidor. Marcaba las seis y cinco.

—¡Ay, mi querida Prue! —dijo—. Supongo que debe de estar esperando en la cola del autobús, o yendo a algún sitio con una concordancia de las almas y una oposición de las estrellas.

Sin embargo, se equivocaba en su predicción, porque a las seis menos cinco Prudence había recibido la llamada de Arthur Grampian, que quería verla en su despacho.

—Desde luego, señorita Bates —dijo la señorita Clothier—, ese hombre es de lo más desconsiderado. ¿Qué puede desear a estas horas?

—No estaría de más que fuera a su despacho con el abrigo y el sombrero puestos —dijo la señorita Trapnell—. Así vería que no puede jugar con usted.

—No me dejaré amedrentar —dijo Prudence—. Además, tengo una cita esta noche.

—Va a ir con el señor Manifold al cine —dijo la señorita Clothier a la señorita Trapnell—. Me he enterado.

—Me pregunto si ya habrá conocido a su tía —dijo la señorita Trapnell con doble intención.

Prudence se dirigió al despacho de Arthur Grampian y miró desde la puerta entreabierta. Estaba sentado al escritorio con el abrigo puesto, aunque la estufa estaba encendida y todas las ventanas cerradas.

—¿Me necesitaba para algo? —preguntó Prudence.

—Ay, Prudence… —Se acercó a ella y la cogió de la mano—. Esta tarde se ha apoderado de mí la melancolía.

—¿Le ocurre algo?

—Nada especial, pero desearía contar con la compañía de alguien encantador. Tenía la esperanza de que pudiera ir a cenar conmigo esta noche.

La observó a conciencia, pero no supo ver si había lágrimas en sus ojos.

—Lo siento, pero esta noche tengo una cita —dijo Prudence muy seria—. Será mejor que vaya a cenar a su club. Quizá podríamos quedar en otra ocasión…

Antes de marcharse, Prudence se detuvo un momento a apagar la estufa y ordenarle el escritorio. «Dejaré que hoy cene con los obispos —pensó, abrumada de repente por la riqueza de su vida—. Nos quedan muchas veladas por delante si queremos aprovecharlas.»

BARBARA PYM

(1913-1980) nació en Oswestry, Shropshire. Se licenció en literatura inglesa en St. Hilda's College, en Oxford. En la Segunda Guerra Mundial prestó servicio en el Cuerpo Auxiliar Femenino de la Armada británica. Posteriormente trabajó en el Instituto Internacional Africano de Londres.

A lo largo de su vida escribió varias novelas, de las que Gatopardo ediciones ha publicado *Mujeres excelentes* (2016), *Amor no correspondido* (2017), *Un poco menos que ángeles* (2018), *Extranjeros, bienvenidos* (2019) y *Cuarteto de otoño* (2021). Tras su muerte, en 1980, se publicó su diario, *A Very Private Eye* (1985).

Junto con Elizabeth Taylor está considerada una de las escritoras inglesas más importantes de la segunda mitad del siglo xx.

Jane Cleveland y Prudence Bates forman, por edad y temperamento, una extraña pareja de amigas. Jane tiene cuarenta y un años, está casada con un clérigo y lleva una vida plácida pero anodina. Desempeña sin gracia y sin entusiasmo el papel de ama de casa; atrás quedan sus años de docencia en Oxford. Su aspecto torpe y descuidado contrasta con el de Prudence, una mujer independiente, atractiva y elegante con un largo historial amoroso que, a sus veintinueve años, ha alcanzado una edad «crítica para una mujer que aún no se ha casado». Corren los años cincuenta del siglo pasado y, según la mentalidad de la época, está a punto de pasar de soltera con pretendientes a solterona sin remedio.

Con la mejor voluntad, Jane decide resolver el problema y buscar

al hombre apropiado para su amiga. Utilizando como excusa una partida de *whist*, Jane invita a Prudence a su parroquia rural con la secreta esperanza de que entable un idilio con Fabian Driver, un viudo apuesto y solitario. Sin embargo, Jane descubrirá que el papel de casamentera puede llegar a ser tanto o más complicado que el de ama de casa. En esta deliciosa comedia de costumbres, Barbara Pym retrata la amistad de dos mujeres cuyos destinos se ven constreñidos por los convencionalismos de la clase media británica.

NOTAS

[1] Marca de productos con sabor a leche malteada, azúcar y suero de leche. (*N. de la T.*)

[2] Versos del poema «A su recatada amante», de Andrew Marvell. (*N. de la T.*)

[3] Versos de «Tired Memory», de Coventry Patmore. (*N. de la T.*)

[4] Versos del poema «To Julia, to Expedite her Promise», de John Cleveland. (*N. de la T.*)

[5] Fiambre enlatado a base de carne de cerdo que servía de alimento cuando la comida escaseaba durante la guerra. (*N. de la T.*)

[6] Versos del poema «The Mermaidens' Vesper-Hymn», de George Darley, recogido en *Siren Chorus*. (*N. de la T.*)

[7] Versos de la «Oda a un ruiseñor», de John Keats. (N. de la T.)

[8] Versos de «A su amada, al acostarse», de John Donne (*N. de la T.*)

[9] Versos del poema «La reliquia», de John Donne. (*N. de la T.*)

[10] Versos de «Al leer por vez primera el Homero de Chapman», de John Keats. (*N. de la T.*)

[11] Versos de «The Exequy», de Henry King. (*N. de la T.*)

[12] Versos de «La definición del amor», de Andrew Marvell. (*N. de la T.*)